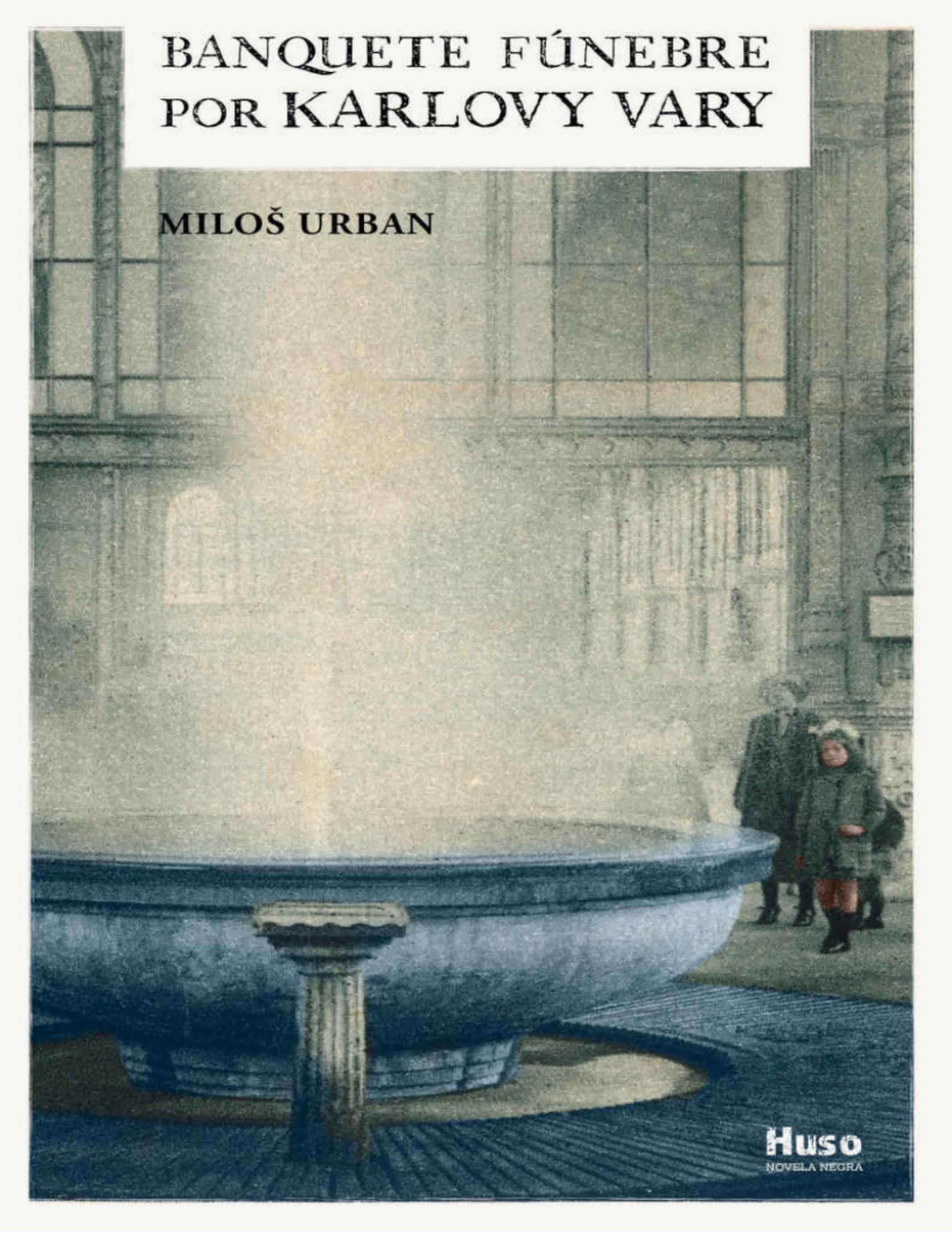
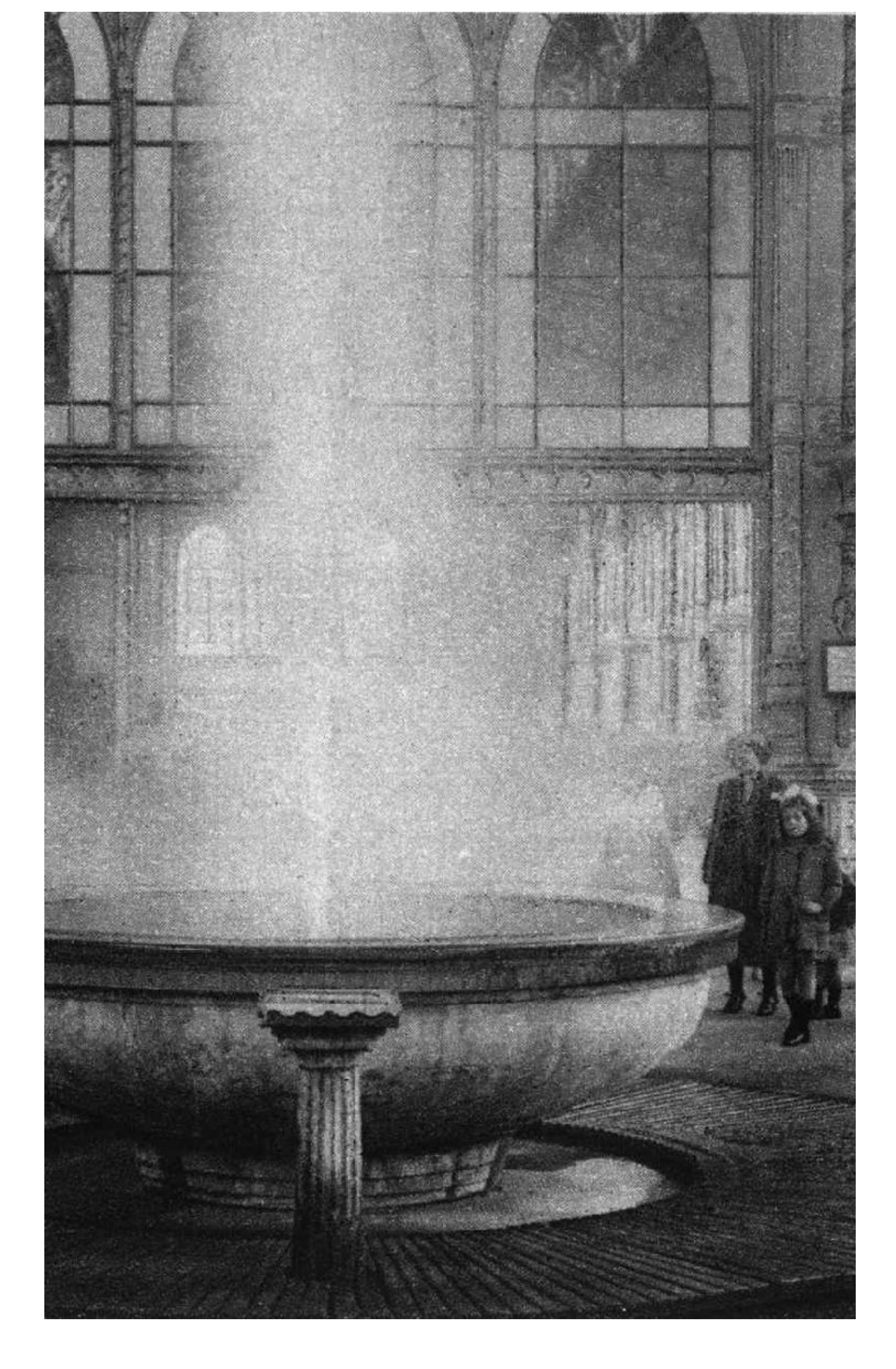

BANQUETE FÚNEBRE
POR KARLOVY VARY
MILOŠ URBAN
Huso
NOVELA NEGRA



Banquete fúnebre por Karlovy Vary



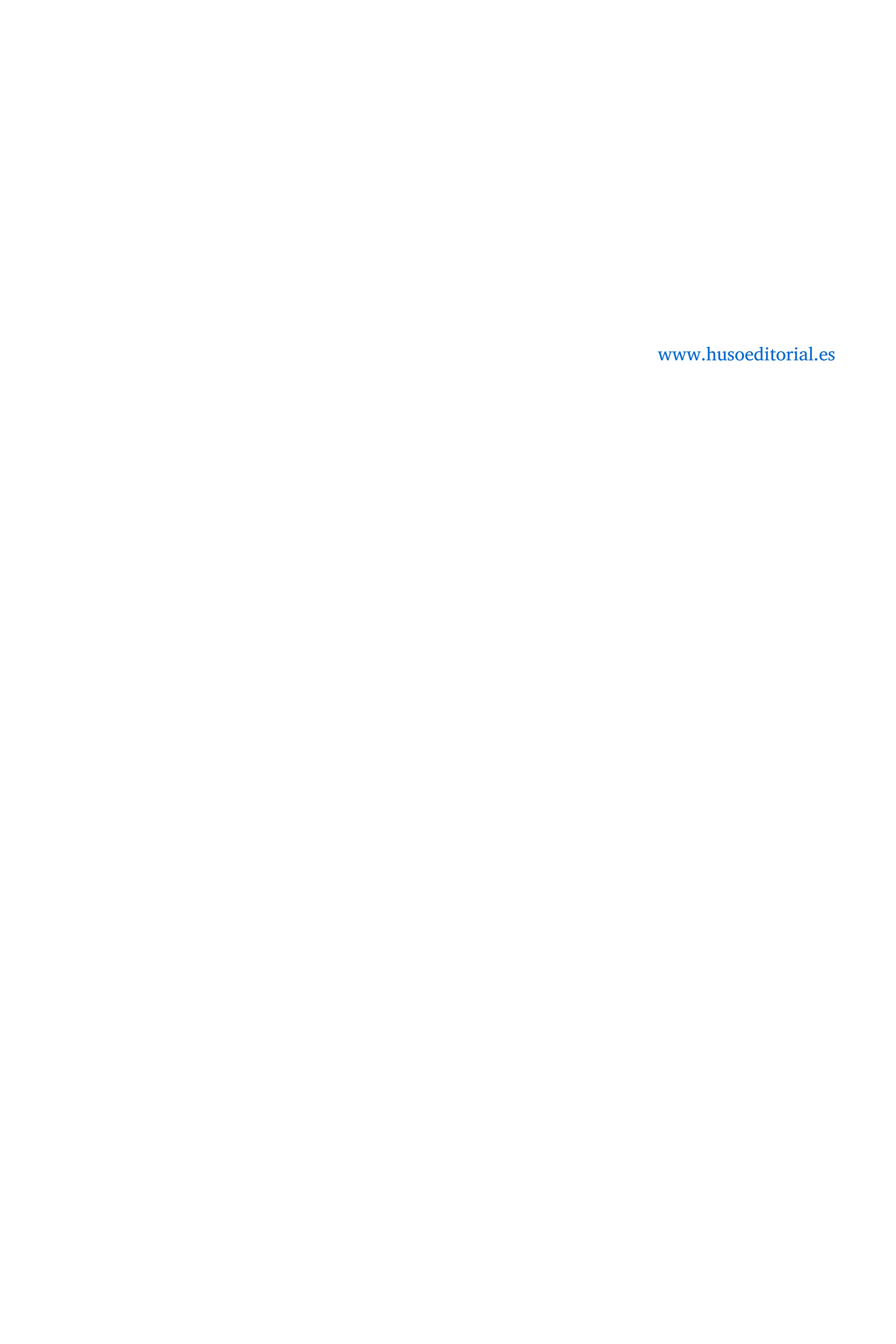
BANQUETE FÚNEBRE POR KARLOVY VARY

MILOŠ URBAN

Traducción
Kepa Uharte

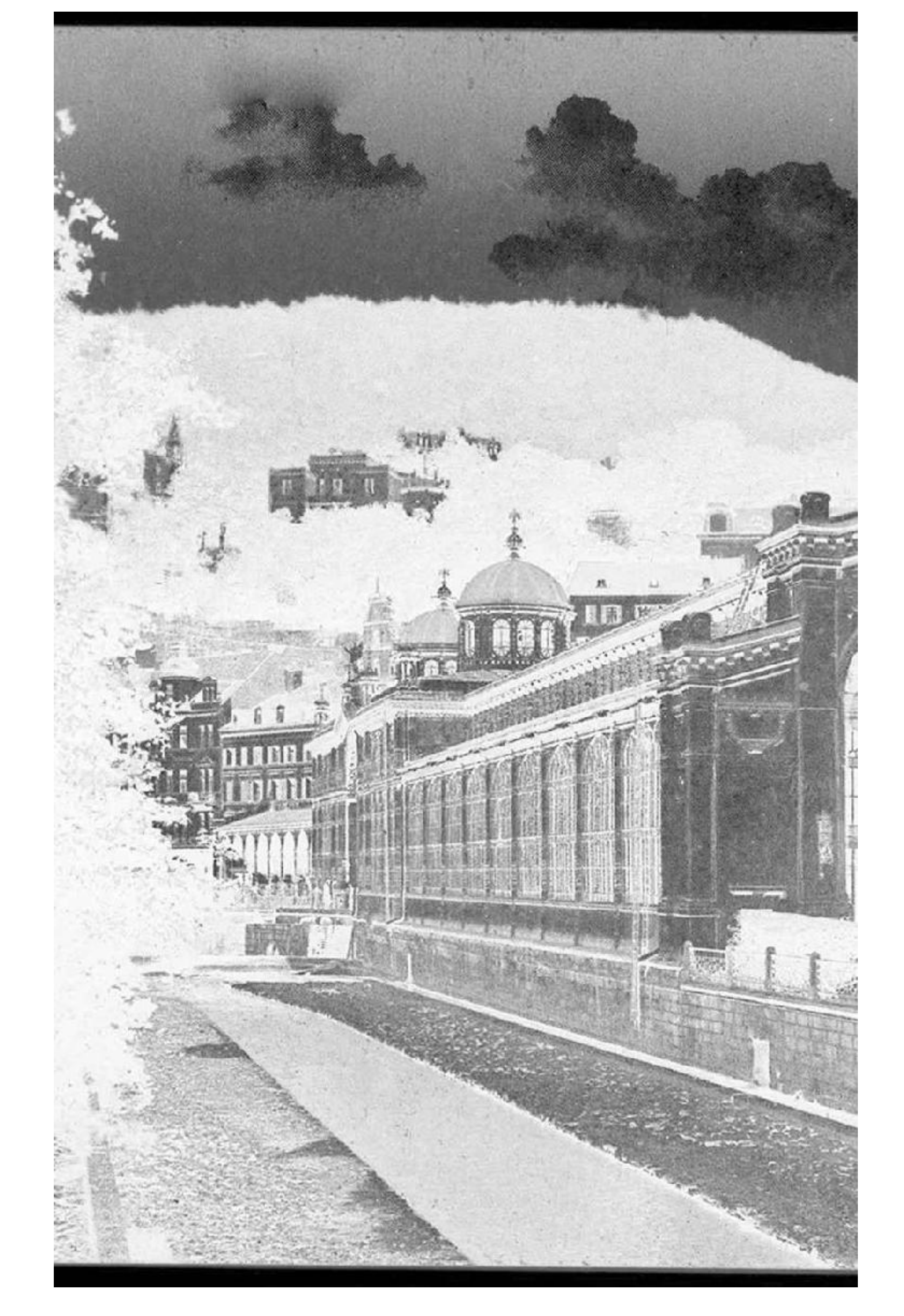
Este libro ha sido publicado con el apoyo
del Ministerio de Cultura de la República Checa.




www.husoeditorial.es

La naturaleza geológica de las rocas más antiguas, con sus extraordinarias irregularidades, sobre las que finalmente se asentaron los grandes yacimientos de carbón, en los que más tarde se produjeron incendios subterráneos, brinda la ocasión para tantas observaciones de todo tipo, que el visitante del balneario se olvida de sí mismo y de sus achaques y, a causa de los mismos pensamientos, no piensa.

GOETHE



Perdí el mundo. Muero en mí mismo. Antaño
quizá engendrado por Fortuna,
luego seducido por ella; con la marca del incesto
recibí una caja decorada
y la besé impulsivamente… Pero era la de Pandora,
caja de asquerosas golosinas donde se oculta
el asesino: mi culpa.
BASADO EN GOETHE

¿Amar y no perder la razón? Ni los dioses son capaces.
BASADO EN PUBLILIO SIRO

Julián finalmente había vuelto. Después de tantos años. Aunque fuera por muy poco tiempo. Por una carta. Al bajar del autobús, comprobó que el odio hacia su ciudad natal se había esfumado. Desde lejos, sintió en la nariz las fuentes, el olor salado y mineral del subsuelo.

O no, ese olor no existía. Ese olor era ficción. A saber si olió algo. Esperó no tener indiferencia dentro de él, no la había traído consigo. Enseguida dudó de si la decisión de venir había sido la correcta. ¿Dónde estaban las emociones?

Las echaba de menos. Habría aceptado incluso las negativas. Pero no sentía nada. Había venido a una ciudad de Bohemia Occidental. Como si hubiera ido a Plzeň, Stříbro o Cheb.

Se sentó en un banco, dejó la maleta a su lado y sacó de la mochila de piel el móvil y las gafas de lectura. Se puso las gafas y en el teléfono, entre los documentos descargados, encontró la carta fotografiada. Una carta auténtica, no un *e-mail* ni un SMS. Una carta escrita con ordenador, y sin embargo una carta… en estos tiempos. Llegó a la redacción impresa en papel de oficina. Dirigida a él. Doblada en un viejo sobre 4x3, blanco, sin etiqueta de remitente. Una hoja de papel corriente, un sobre corriente, un envío corriente, sin firma. Un peculiar anónimo. Si el servicio postal checo lo hubiera perdido, nadie se habría enterado de lo que contenía. Nunca habría llegado al destinatario.

Trataba sobre un caso, o más bien dos, de los que se había escrito y retransmitido bastante. También en el extranjero, especialmente en Alemania y Rusia. Pero Karlovy Vary es demasiado local como para copar la atención de todo el mundo. No les interesa, por ejemplo, ni a los españoles ni a los escandinavos. El extraño caso de los caníbales de Karlovy Vary entonces no había obtenido la cobertura mediática adecuada, por ello son tanto más valiosos los dos libros que los describen. Uno es esta novela subjetiva, el otro una no ficción objetiva, firmada por un autor que aparece un par de veces en el libro.

«¿Cómo puede no interesar algo así, extinguirse sin más?», se había preguntado Julián los últimos años.

Entendió la respuesta en ese lugar, en ese momento, aunque no quería aceptarlo: Karlovy Vary es una ciudad de desaparición. No hay nada más sencillo que morir. Una persona que sabe que ya ha pasado lo mejor también sabe que ya ha pasado todo lo que no fue lo mejor, pero que al menos valió la pena. Incluso hay ciudades que lo desean. La eutanasia. Apagarse sin más. Julián nunca había pensado en volver, pero aquí estaba ahora la razón: negro sobre blanco, en sus dedos que apretaban el móvil. Al menos algo que, con los años, no se había escurrido entre ellos.

Revista *Fokus*

Julián Uřídil, colaborador de la redacción, Plaza de Carlos, 40
Praga 2, 128 00
Hola, Julián.
Hace mucho que no recibías una carta de amor, ¿verdad? Es tan romántico volver a las viejas usanzas, nada de Messenger. Mucho mejor que todos esos *smileys* y emoticones con corazones. Abajo no encontrarás una firma, pero igualmente adivinarás quién te escribe, es decir, si llegas hasta el final. Y espero que así sea. Espero que no haya faltas, esta vez no le estoy dictando a mi secretaria, escribo yo solo, lo he impreso en una impresora casera privada y anónima que ya no existe, igual que el portátil en el que está escrita. (Ahora pondría aquí un *smiley*, pero se trata de un asunto terriblemente serio. Sabes de él algo por Internet y por vuestra revista, pero podrías saber más, si quisieras. Como que querrás, me apuesto. Aquí tienes.) Leí tu libro. Luego dos más. Tus asesinatos. ¿No serás un psicópata? Siempre lo pensé sobre ti. Ya entonces. También conozco algunos de tus cuentos. Aquí en provincias, de donde te largaste a la gran ciudad, también leemos de vez en cuando, ¿te lo puedes creer? Y bien, ahora tenemos esto en Vary y estamos jodidísimos. Como si lo hubieras escrito tú para vengarte. Sé que no me soportabas, pero hoy somos amigos, espero. De verdad lo espero. Sabíamos el uno del otro, las chicas sabían de nosotros, y nosotros de ellas. Somos lo que somos, ahora son nuestros críos los que hacen esas chorradas, solo que ellos les tienen más miedo a las enfermedades de transmisión sexual que nosotros entonces. ¿Tienes hijos? Yo sí, ya son *fucking teenagers*, dos chicas sanas y guapas. Estoy divorciado, tú por fin también, un estado normal, ¿quién no lo está? Divorciado dos veces: todavía más normal. Ahora salgo con una chica que es dos veces más joven que yo, pero casi nadie lo sabe, ahora tú, el trabajo es un nido de cotillas, por eso vamos a dormir juntos (la chica y yo) a sitios diferentes, es que el segundo divorcio aún no está cerrado. Lo escribo para humanizar un poco el motivo de esta misiva, tú sin duda lo entiendes, en tanto que autor conocido. Te lo digo como lo veo: como si tú mismo, entonces, antes de marcharte a Praga a estudiar, hubieras colocado una bomba de relojería a distancia. Así que, Julián, viejo asesino latente, empezó el cinco de marzo y tendría que haberse acabado también cuando esa mujer, la que mordió al otro, se suicidó. Lo leíste, pero no viste las tomas de las cámaras. Y con eso no acabó, tiene continuación. El segundo asesinato se produjo hace poco, en un campo de golf, después el culpable se tiró debajo de un coche. Si algo me recuerda a tus libros, es esto.
Que yo sepa, los investigadores no tienen ninguna pista, ninguna clave, entre estos casos no hay ninguna relación excepto en el parecido. Si se repite —y eso es precisamente lo que temo—, no aguantaremos mucho tiempo la tapa cerrada. Pero me gustaría discutirlo contigo personalmente. Aquí en Vary es la realidad, no una historia. Y tengo miedo por mi joven compañera y, por supuesto, por mis hijas.
Si apareces y te entusiasman nuestros misteriosos asesinatos y suicidios, habrá algo para ti. En una entrevista dijiste que tenías una crisis de autor. ¡Aquí te espera el material!
Firmado:
Un admirador anónimo del señor escritor
P.S.: «La víctima solo es portadora de un asesinato perfecto». ¿Citaste a alguien de un viejo libro tuyo? Así que entenderás por qué te necesitan en Vary. Y por qué te lo estoy pidiendo en nombre de nuestra ciudad, pero no puedo firmar.

Sin querer, tampoco pudo evitar sonreír después de leerlo por décimo segunda vez. Levantó los ojos de la carta y cerró el archivo, se encendió un cigarrillo y miró a su alrededor, en la estación de autobuses. Caía la noche y el aire era aséptico. Ni gases de gasóleo, ni

apretones en los andenes. En poniente, un indicio de aurora rosácea, aunque ese día ya no estaría a tiempo.

Inspiró el humo, vio la ciudad de los niños muertos (sí, con esta imagen se intensificaba notablemente su vieja relación negativa), sin una universidad decente, apestando a coronas, apestando a dólares y a euros, incluso a los miserables rublos, apestando a cualquier divisa que alguien estuviera dispuesto a traer. Pobreza y miseria, suciedad donde mirara. Fealdad, rótulos de colores, anuncios descoloridos de los noventa, tan repugnantes como los de los países del Tercer Mundo. Sin gusto, sin estilo, sin un principio unificador con el que ese lugar exclusivo tuviera un efecto visual en el visitante que quiere quedar deslumbrado. La ciudad de los carteles checos y rusos que se traducen mutuamente a grito pelado: «Estoy de rodillas, necesito un inversor, ayuda». No era que Praga estuviera mucho mejor, aunque sí un poco. Se le revolvió el estómago. Necesitaba los cigarrillos tanto como los odiaba. Quizá fuera por las atroces fotos de las cajetillas. Como fumador, dejaba que lo asustaran, pero al mismo tiempo sabía que él no acabaría así. Quizá otra persona, pero no él, así que, ¿por qué lo agobiaban a él con eso? Pero la amenaza se clavaba en algún lugar de atrás, en el cerebro, en la región de los miedos reprimidos. Y cuando se encendió el primero, el segundo, el tercero de la mañana, tuvo ganas de vomitar.

Se levantó del banco, sacó el mango de la maleta móvil y se dirigió al primer taxi de la fila. Tenía reservada una habitación en el hotel Burian, que ofrecía estancias y servicios de balneario. La fe te ha salvado, pensó. Se dice fácil. A menudo es lo contrario.

Llegó a la ciudad de cuento de su infancia y su adolescencia, los años de aprendiz que, si pudiera, olvidaría con gusto.

Sentía odio hacia Vary desde su marcha a la universidad, cuando se dio cuenta de que detestaba la ciudad ya de antes, como mínimo desde la segunda mitad de los cuatro años de estudio en la institución educativa para adolescentes discapacitados que llaman «instituto». Sus fracasos, los suficientes, y suspensos en asignaturas incomprensibles y nunca comprendidas. Las lágrimas que de joven lo avergonzaban mientras las chicas, después de los exámenes, lloriqueaban de manera regular (excepto las geniales, aunque estas lo estropearan con su comportamiento). No entendía que pudiera haber conseguido graduarse aquí. Debería haberse dejado expulsar ya en primero e ir a una escuela artística, la que fuera, donde lo aceptaran. No le importaba nada más que la fantasía, de la que entonces, al contrario de hoy, rebosaba, pero aquí nadie sentía curiosidad por un alumno así. Y él, en cambio, nunca se lo perdonó al instituto. Lo consolaba que hubiera vuelto su vieja y glacial animosidad hacia esa terrible ciudad. Algo era algo. Siempre era mejor que la tibia indiferencia, eso

se sabía desde hacía tiempo. Al fin y al cabo, el rumbo incierto de un escritor era una opción mejor que la seguridad de Karlovy Vary, una ciudad estancada en la historia, una indecisa a la que se debía abrir y servir; la ciudad es un pequeño estado, ha de ofrecer seguridad y posibilidades. Y hospitalidad. Antes, alemanes y rusos. Rusos, siempre. Primero, pobres y burlados, a su manera soberbios e impertinentes; luego, ricos con sus coches caros. Durante una breve temporada, americanos. Principios de los noventa. Los alemanes en retirada, de camino a la unificación. Vary se quedó para los rusos. ¿Pero de qué sirven los rusos, si ya no traen ni dinero? Entonces era diferente. A los pequeños balnearios de Bohemia Occidental pareció mudarse toda la Unión Soviética desintegrada, como si se tratara de nuestra Montecarlo o Cannes provincial. La silueta de postal de la ciudad, fuentes medicinales, una iglesia rusa con cúpulas doradas como símbolo de los que lo comprarían todo, lo corromperían y, después de un bloqueo económico, lo arruinarían. Estamos en un tiempo intermedio. Este proceso está sucediendo ahora mismo. Da absolutamente igual que antiguamente vinera Johann Wolfgang von Goethe, según las listas de huéspedes conservadas, para reunirse con hombres importantes y hermosas mujeres. La ciudad vivió su primera república, sus tres huevos de Vlasta Burian[1], luego el exceso alemán, después el de los rojos checos. Tampoco se quejaron demasiado los eslovacos, que vinieron después del cuarenta y ocho. Por su parte, los checos iban a Eslovaquia: Teplice, Starý Smokovec, Tatranská Lomnica. La abuela de Julián era eslovaca, de Přerov, y se mudó a la checa Sokolov. Luego iba de tanto en tanto a los balnearios eslovacos, pero su mayor felicidad era cuando recibía un cupón para Karlovy Vary, a solo un par de kilómetros de Sokolov. Una curiosa alegría. El balneario de Sanssouci. De pequeño, había ido a visitarla y no le entraba en la cabeza por qué su abuela, durante tres semanas, no vivía en el piso de sus padres delante del Thermal, así podría haberle llevado arriba a la piscina cada día. Pero seguramente hasta las abuelas necesitan vacaciones. Igual que todas las ciudades, también los balnearios tienen su tiempo. Karlovy Vary lo tuvo. Seguía existiendo, seguía alojando a quien viniera a beber el agua del lugar o a bañarse en ella. Consumir la fe en la curación, sumergirse en ella, creer en la propia salud en las fuentes de agua caliente. Tener tiempo para uno mismo gracias al agua mineral, poseedora de una esencia transitoria.

El hotel Burian era agradable, mediocre y excesivamente caro. Julián se alojó y, puesto que aún no era de noche, se fue a ver a quien lo había invitado. No por la fe líquida, sino por los desagradables asesinatos. Llegó hasta el edificio donde suponía que lo encontraría. Estaba a un par de pasos del hotel Thermal, a cuya sombra había

pasado tantos años de vida, en la dirección I. P. Pavlova 36. Precisamente allí iba una vez por semana a la biblioteca. Y la comisaría de policía, a un tiro de piedra, estaba en esencia frente a la fachada trasera. Pero se encontró con que todo era diferente: solo tenía su sede un departamento policial de distrito. Se puso las gafas y buscó en el móvil. Detuvo un taxi y se hizo llevar a la periferia, a Dvory, donde antes, cuando era un niño, como mucho había un cuartel, fábricas, talleres mecánicos, solares vacíos. Bajó y, asombrado, observó el entorno nuevo y desconocido, donde habían crecido un centro administrativo y una nueva biblioteca regional, hormigón a diestro y siniestro. Se encendió un cigarrillo, se lo fumó e inmediatamente después, otro. El edificio de la dirección regional de la policía no era completamente inaccesible, aunque lo fingiera. Dijo su nombre en la portería y entregó el documento de identidad. A la pregunta de si lo esperaban, se encogió de hombros y asintió con la cabeza.

—Voy a ver a Weber —dijo.

El guardia llamó arriba y luego él también hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Julián pasó el detector de metales, no llevaba equipaje. La reja se abrió, fue registrado superficialmente. El policía le ordenó apagar el teléfono móvil. Luego otra reja y las escaleras. Se estremeció. Habría querido salir, pero se dirigió hacia dentro sin parar. Se encontraba aún peor que entonces, cuando mañana tras mañana entraba en el edificio del instituto, rezando para que llegaran el viernes por la tarde y los dos días sin colegio. El domingo por la noche, de puro terror al lunes, no podía dormir. Hacía treinta años. Una época asquerosa. Unos años asquerosos.

Otro guardia lo llevó hasta una puerta en el centro de un pasillo. Julián dijo que necesitaba ir al baño. El policía señaló una puerta y le pidió el móvil. Dijo que se lo devolvería después. Julián replicó que ya no tenía ganas y, divertido, observó la expresión del hombre, que decía:

—Pues luego se lo diré al jefe, que querías volver a encender el móvil. Y la grabadora.

—Pues díselo —le informó al policía con los ojos fríos y luego leyó la placa de la puerta.

DIRECTOR ADJUNTO DE LA DIRECCIÓN REGIONAL DEL SERVICIO DE POLICÍA CRIMINAL E INVESTIGACIONES.
TENIENTE CORONEL, LICENCIADO MICHAL WEBER

El policía llamó a la puerta y esperó. Ambos esperaron. La puerta se abrió, en el umbral había otro policía. Hizo un gesto para que entrara. Julián entró, saludó con la cabeza a la secretaria y se dejó llevar por la

pequeña oficina hasta una grande. Genial que aún estuvieran trabajando.

Lo vio. Seguía pareciendo él mismo, mantenido por el gimnasio o el *running*, los genes juveniles, los aceites etéreos, productos químicos, seguramente todo junto, con un erizo encrespado sobre la frente en retroceso.

Weber salió con dificultad de detrás de la mesa, grande como siempre; no, ahora más robusto, fornido, por tanto, más viejo, pero aún con la misma boca dentuda y segura de sí misma abierta de oreja a oreja. Despreocupación sonriente.

—Sabía que no me decepcionarías. Bienvenido. Dame un minuto.

Entretenido, exitoso, un hombre satisfecho consigo mismo y con los cincuenta en un horizonte lejano. Estiró la mano, se saludaron sin triturar dedos, solo una encajada decente. Camisa blanca, corbata negra suelta, gorra y chaqueta en el colgador. Un olor a colonia que le revolvió el estómago. Mucho almizcle. El perfume de lujo de segunda que hacía unos veinte años Julián mismo utilizaba. O algo parecido.

Weber señaló la silla delante de la mesa de roble plastificado. Sobre ella, tres portátiles abiertos, todos de la misma marca, pero con monitores de tamaño distinto. En el centro, un 19”; a los lados, 17” y 15”.

Estuvo mirándolos mucho tiempo. Quizá no más de dos minutos, pero mucho. Cuando ya Julián quería decir que no le sobraba el tiempo, el policía alzó la vista hacia él por encima del monitor.

—Tu nombre es muy popular. Quiero decir, el de pila. Entonces lo tenían diez tíos en la república, contando bebés y viejos. Hoy en día hay diez veces más. La inversión a largo plazo ha valido la pena, Julián.

—No lo creo.

—Yo sí. Entonces el nombre me parecía ridículo, hoy lo ponen, igual que Tadeo, Tobías o Ignacio —dijo Weber, riéndose—. Quién lo habría dicho. Igual que nadie habría dicho que un chico con tan poco beneficio como tú se convertiría en escritor.

—Quizá precisamente porque no me quedaba nada más —apuntó Julián—. Tampoco habría esperado que un chico con tan buenas notas acabaría de policía.

—Estudié Derecho. Antes, Turismo.

—Lo sé. Y tu padre era policía, así que lo tenéis en la familia. Una vez me puso una multa por ir en bici por la columnata.

—¿Papá? ¿De verdad?

—Fue él. Se parecía tanto a ti que le tuve que preguntar por ti.

—No se lo tienes en cuenta, ¿verdad? Murió el año pasado.

—Lo siento.

Se produjo un silencio. Weber pasó la vista por los monitores,

claramente desconcertado por que la conversación se hubiera desviado hacia su padre, y luego cerró la tapa del ordenador del centro para que se pudieran ver.

Julián echó un vistazo al reloj.

—Sobre la carta…

No acabó la frase, Weber lo frenó con la mano levantada.

—No sé nada de ninguna carta. —Su expresión tenaz advertía a Julián que ya no volviera a mencionarla—. ¿Qué sabes de nuestros asesinatos?

—Lo que leí en los periódicos y que… —Se detuvo y Weber sonrió satisfecho—. ¿Cómo podría saber más?

—Resúmemelo. Aunque solo sea por puntos. ¿Quieres un café?

—No. Y no pienso resumirte nada. —Intentó dominarse, pero se le estaba acabando la paciencia—. Cuéntamelo tú, Michal, sé tan amable. Cúrratelo. Tú me has arrastrado hasta aquí, así que esfuérzate un poco.

—No nos estamos entendiendo —dijo el policía, sin dejar de sonreír —. Has venido por motivos sentimentales, al fin y al cabo, es tu ciudad. Y ya que estabas aquí, has pasado a visitar a un compañero de clase.

—Ajá. —Durante unos momentos solo respiró y se obligó a calmarse. Cruzó las piernas—. Pues vale. Estoy aquí en una especie de viaje sentimental.

—Exacto. Seguro que irás a Mariánky, a Frantovky y a Loket. A Kladská. Al Soos y al Komorní Hůrka. Pero ahora que estás aquí de visita, me gustaría que me dijeras qué sabes de nuestro peliagudo caso. Quizá me digas algo que no sé, que se nos escapó a mí y a los chicos… señor autor de misteriosas novelas policíacas. O quizá te haya traído la curiosidad de un asesino en serie. Al fin y al cabo, eres un pequeño Hannibal Lecter checo.

—Eso lo escribió de mí un idiota hace diez años. El Hannibal Lecter de la literatura checa. —Al volver a oír la expresión después de tanto tiempo, se quedó rígido. Se dio cuenta de cómo le dolía la espalda, de que sentía un pinchazo entre los omóplatos, de que de repente apenas podía mover la cabeza. Intentó relajarse.

—Y una candidata a licenciada en Literatura calculó hace poco —enlazó Weber— que en tus libros has matado ya a más de cincuenta personas; la tesina está en la red, seguro que te la has leído. Entre otras cosas, pone que: a) la calidad literaria de tus obras siempre fue fluctuante y tiene una tendencia decreciente; b) eres comercial, aunque no vulgar, y los institutos y facultades no deberían dar clases sobre ti; c) no eres tan bueno comercialmente hablando como para mantenerte. Siempre te tienes que meter a ti mismo. Y yo añado: «¿A quién le interesa, Julián?». Aprende a escribir como las americanas,

las autoras de superventas a las que en dos años Hollywood les hace una película. No te metas a ti mismo. De verdad que no eres interesante.

Julián asintió con la cabeza, no podía sino estar de acuerdo, y durante unos momentos procesó sus limitaciones. Luego dijo:

—Es excitante que escribiera eso en una tesina. En nuestra época no se lo habrían pasado.

—Pero nuestra juventud se ha ido a la mierda —dijo Weber, riéndose—, y esta es una futura crítica. ¿Cómo va a exhibirse sino degollando a una estrella? Cuanta más sangre, más crecerá ella. Me gustó especialmente el comentario de que, solo teniendo en cuenta lo que escribes, se puede dudar de tu salud mental y de tu relación con las mujeres. Oye, yo a veces también tengo que resolver memeces, pero no me preocuparía por algo así.

—Con una tesina así, yo la echaría de la defensa. —Julián estaba furioso de que algo así siguiera teniendo el poder de ponerlo de mal humor. A su edad. Después de tantos libros.

—¿Y lo eres? —Weber levantó las cejas—. ¿Eres normal? Todas tus aberraciones, la sangre, mujeres empaladas en un pararrayos.

—Mis cadáveres solo están en el papel.

Sonó el teléfono.

—Diga. Estoy en una reunión —gruñó Weber al auricular—. Por hoy estoy fuera de servicio, me suple Matlach, comuníqueselo.

Colgó el teléfono y alzó la vista hacia su invitado.

—Un chupito. —Sin esperar respuesta, abrió la portezuela de un mueble bar y colocó sobre la mesa una botella de litro sin etiqueta y con un líquido transparente, llena hasta tres cuartos, y dos copas pequeñas. Brindaron y bebieron. Aguardiente de ciruelas.

Julián durante unos momentos no pudo hablar. Tosió.

—Pues suelta ya y no me hagas perder el tiempo —dijo, suspirando. Quería demostrar de esa manera que tenía ventaja, pero no lo consiguió.

Weber lo miró pensativo, con la copa junto a la nariz, como si considerara si tenía sentido seguir discutiendo, y luego dijo, con un suspiro:

—Te lo cuento, ya que no quieres decirme lo que sabes. A mí me da igual. Así que presta atención. Principios de marzo, la temporada de balneario todavía no estaba del todo en marcha, cuando pasó. Imagínate Karlovy Vary sonámbula, ni un alma, como mucho un par de personas. Una ciudad completamente distinta a cuando íbamos al insti.

—Me acuerdo.

—Los rusos luego compraron como tres cuartos de Vary. Y, después, la política europea de despecho económico. Así que Rusia tiene

Crimea y Vary, pero nadie va como antes, ni aquí ni allá. Llega poca gente, pero no mantiene la ciudad, así que no hay dinero.

—Eso ya lo sé. Al asunto.

—Cinco de marzo de este año. Arriba, en la piscina, cerrada hace mucho. Está todavía más deteriorada que cuando la abandonaron. Siguen funcionando las dos últimas cámaras de seguridad, durante un tiempo los yonquis se juntaban en las terrazas cubiertas. Gracias a Dios por ellos, si no, no estarían ni las cámaras. Las tomas nos ayudaron a unir piezas para saber lo que había pasado.

Weber tecleó algo en el ordenador, giró el monitor hacia Julián y se fue hacia él.

Julián movió la silla a un lado y se puso las gafas. Weber puso la grabación en marcha. En el monitor, se veía la gran terraza abierta encima de la piscina. Nadie por ningún lado. La escena medianamente amplia, ocho metros, según los datos que aparecían en la esquina de la pantalla, nitidez alta, reducida por el pixelado. La fecha, las cinco y cincuenta y siete minutos, y después, los segundos corriendo.

Entonces entró alguien en escena. Un hombre con pantalones negros y un abrigo marrón claro. Se agarraba el cuello en un lado. La mano parecía sucia, negra, la tela del abrigo también, como si alguien le hubiera echado encima un líquido oscuro. Con la otra mano agarraba un móvil y no dejaba de mirar hacia atrás, a la derecha. Se sentó abruptamente en un banco y se miró la mano manchada. Levantó el hombro e inclinó la cabeza hacia él, le temblaban las dos manos. Se frotó la sucia en el abrigo y tecleó algo en el teléfono. Se lo acercó a la oreja, habló, con la cabeza siempre a un lado, como en un calambre.

Desde el lado opuesto al que miraba, una figura corrió hacia él, más pequeña e insuficientemente vestida. Una mujer con blusa blanca y una rebeca gris abierta, pantalones apretados, desabrochados, pero todavía puestos. En los pies no llevaba zapatos, solo unos calcetines de colores. En la parte inferior de la cara llevaba un pañuelo; no, no era un pañuelo, sino un color negro, el mismo tono que la camisa debajo del cuello y en el pecho.

Se detuvo a la altura del hombre, lo observó, él gritó algo al móvil y luego se dio cuenta de su presencia. Saltó del banco como si le hubiera pasado una corriente eléctrica y salió corriendo. No se pudo ver ni cuándo ni cómo lo hizo, pero de repente ella estaba a su espalda. Él se inclinó como si la mujer fuera un saco de patatas que quisiera tirar por encima del hombro, pero ella se sujetó como una garrapata y pareció que le decía algo al oído, en el lado limpio del cuello, que, sin embargo, se volvió inmediatamente negro. Él empezó a golpearla en la cara con la mano con la que sujetaba el móvil, puñetazos directos a la nariz, le hizo saltar la cabeza. Sin embargo, no se apartó en absoluto. Se la llevó fuera de la toma.

Julián y Weber miraron toda la escena desde la segunda cámara, que atrapó la acción algo después que la primera y durante más tiempo. Desde ese ángulo, el hombre y la mujer estaban de espaldas. Corrió con ella hacia una farola, allí se giró hacia la cámara, corrió hacia atrás, e impactó con todas sus fuerzas contra la farola. Esta se estremeció y la mujer finalmente cayó. Se quedó tumbada bajo la farola, jadeando. Incluso pareció, por su pecho que se agitaba, que se riera de algo. El hombre, que estaba de pie sobre ella como un oso herido, se llevó la mano a la parte izquierda del cuello y luego a la derecha y se miró la mano. Ahora estaba más oscura. La otra, con la que seguía sujetando el móvil, estaba sembrada de manchas negras.

—No se ven muy bien los colores, ya había anochecido —comentó Weber.

—Pixelado de los tonos oscuros. Cámaras antiguas.

«Da igual», pensó Julián. Tenía claro que lo negro era rojo oscuro.

El hombre dio tres pasos inseguros y cayó a cuatro patas. Lo negro chorreó desde su cuello. La mujer ni se esforzó en levantarse. Levantó el brazo sobre su cabeza, dio vueltas en su dirección como si rodara por una cuesta y, cuando él estiró el brazo para frenarla, lo mordió con su boca negra. Al apartar la mano bruscamente, arrastró a la mujer hacia él. No estaba dispuesta a soltarlo y se enroscaron entre sí como amantes. Luego ella lanzó la parte superior del cuerpo y enganchó su cara a la mejilla de él. El terrible beso duró diez segundos, el hombre le arrancó el pelo de la cabeza a mechones hasta que apenas quedó cabello y luego la golpeó entre los omóplatos, pero no ayudó. Finalmente, se puso en pie con dificultad y corrió con ella, que ondeaba tras él como una trompa, sin soltarse de ningún modo. Ambos acabaron fuera de escena.

—Puaj —soltó Julián. Por poco se le revuelve el estómago—. ¿Puedo encender un cigarrillo?

—Porque eres tú. Ahora te lo pondré de más cerca. Estará más borroso, pero verás con toda claridad que primero le mordió el cuello y luego la cara, como un invasor marciano de película.

Julián lo aguantó. Los cigarrillos, especialmente por la mañana, le daban náuseas, pero este fue terapéutico.

Siguió un vídeo policial de la víctima, primero vestida y tumbada en la terraza, luego desnuda sobre la mesa del patólogo. El cuello mordisqueado, la cara sin nariz ni ojos, una mano sin dos dedos. Un *rigor mortis* espantoso. Después, un corte. En el fondo de la piscina, muy debajo de la terraza, una pequeña mujer tumbada. Sobre el estómago, con las piernas abiertas, una estirada y la otra grotescamente doblada bajo el cuerpo, de manera que el pie con el calcetín de colores sobresalía en oblicuo desde debajo del cuello. La cabeza, tan ensangrentada que no se podía distinguir de quién era la

sangre. Alrededor de la boca y de la nariz sin duda era la de él; desde la frente hacia arriba y en las orejas, la de ella.

Los policías habían iluminado la escena, sacaron el vídeo después del anochecer del mismo día. A las ocho cuarenta y tres. Números por todas partes, arriba y abajo. La escena del crimen.

—¿La tiró? —preguntó Julián.

Weber le puso un fragmento de escena en la que, mientras caía la noche, volaba por encima de la barandilla de la terraza un pequeño murciélago blanco y negro. A las seis horas, nueve minutos, seis segundos. Una toma de la primera cámara.

—Se mató. O alguien la empujó, o saltó. Teniendo en cuenta su comportamiento anterior, más bien lo segundo. Qué hizo entre que se suicidó y devoró al tipo, no está documentado en las imágenes. Pero fueron un par de minutos. La piscina no la habría ayudado ni aunque hubiese tenido agua, cayó en las baldosas fuera del tanque. La altura no es necesariamente mortal, pero cayó de mala manera. No se rompió el pescuezo, los huesos sí, el golpe le dañó los órganos y le detuvo el corazón. Luego el cuerpo rebotó y volvió a caer boca abajo. Lo fatal fue el daño a la cabeza y el hígado. Cuando llegamos, hacía mucho que no estaba viva. En la boca tenía la nariz entera, incluido el cartílago y un globo ocular, el otro se encontró directamente en la piscina, salió volando lejos, igual que siete de sus dientes. El hombre, arriba, se desangró. Blanco como una cáscara de huevo. Aparte de la cara, el cuello y las manos, que cubría una capa de sangre seca. Cuando la quitaron, descubrieron impactos traumáticos en la piel, los tejidos musculares, los cartílagos y las partes blandas. La mujer no alcanzó las arterias, lo mataron la pérdida secundaria de sangre, el trauma y el *shock*. Pero, sobre todo, ella.

—¿El motivo? —quiso saber Julián, pero tranquilamente pudo contestarse a sí mismo—. Una pregunta tonta, pero alguien tenía que hacerla —añadió, irritado.

Weber ni se encogió de hombros, solo acabó de servir aguardiente.

—Estuve allí. También en el lugar de la otra matanza doble, por supuesto, cuando ya era demasiado tarde. Las cámaras no lo captaron, pero debió de ser parecido.

—¿Qué gente era la del Thermal?

—Llegaré a eso. Ahora, el segundo incidente.

—El caníbal del golf.

—Así lo llamaron en las noticias. Un caníbal que mordió los pechos de una mujer y luego se dejó atropellar.

—Eso fue… hace un par de semanas, como mucho.

—Hace tres, a mediados de septiembre. Una golfista muerta, matada por un golpe en la cabeza. Y devorada de manera parecida al tipo de la piscina.

—¿Alguna relación?
—Solo en la forma similar en que acabaron la víctima y el asesino, nada más, de momento. Esto fue en el campo de golf de Olšová Vrata. Cerca del aeropuerto, del monte Vítkov, donde está la taberna, y también donde íbamos con el colegio de excursión, aunque no hay nada. Tú también ibas.
—Por desgracia —respondió Julián—. Y déjate los detalles, sé dónde está el campo de golf de Karlovy Vary. Lo sabe cualquier persona de Praga.
—Incluido tú. Pero hoy hay más campos alrededor de Vary, tenemos uno directamente en la ciudad, solo para tu información.
—Escribieron en el sentido de que estaba en un mal sitio, en un mal momento. Un día nublado, parecido a marzo en la piscina, esta vez incluso lloviznaba, una punta alejada del campo justo al lado de la carretera de Praga, el hoyo número cinco, bosquecillos, *roughs*, *greens*, búnkeres. Estaba sola, un caso sin testigos, ninguna cámara en el lugar —adelantó Julián—. No tendría que haber estado allí, pero estaba. Si hubiera estado leyendo en algún sitio, podría estar viva.
—Como dices. La mujer no huyó de ningún modo, no se defendió. En ese momento debía de estar concentrada en el golpe, en la pelota. Esta estaba a unos quince metros, cerca del hoyo. No fue un mal golpe. La cuestión es si las golfistas tienen que estar solas en sitios así. Y si las mujeres debieran jugar al golf en absoluto…
Julián no estaba dispuesto a discutirlo.
—¿Y los palos?
—A su lado había dos. El que golpeó la pelota era un *pitcher*, un nueve, creo. Pero el que la mató era el llamado híbrido.
—¿Híbrido?
—Curioso, ¿eh? Si hubiera querido ir hacia ella con la intención de romperle el cráneo, habría escogido un hierro, habría sido lo mejor para el golpe fatal. O la habría golpeado como con una porra, para eso habría elegido un *driver* de madera, que realmente golpea la pelota lejos. Algo así. ¿Sabes de palos de golf?
—Solo vagamente.
—Hice mis pinitos, hace mucho tiempo, no tengo paciencia. —Weber apretó la copa mientras recordaba algo.
—¿Y qué más? —lo incitó su invitado—. Escogió el híbrido, como dices, y se lo dobló en la cabeza. ¿El híbrido no es macizo?
—Bastante. Pero es un híbrido.
—Seguramente no era ningún entendido. Tenía prisa. Escogió un palo que parecía un mazo. Tendría sentido. Mientras ella estaba concentrada, se le acercó por la espalda y le birló de la bolsa su propio palo. Ella no lo vio. Cuando golpeó la pelota, miró adónde caía, ¿y entonces murió de un golpe en la cabeza?

—Es lo que parece. Él no era golfista, solo un turista. Probablemente de paseo. Alojado en Vary, divorciado, sesenta y un años. El palo no se dobló por la mitad, le tendría que haber dado con la parte central. Solo se doblegó un poco en la punta, debajo de la cabeza, de lo fuerte que fue el golpe. La cabeza del palo contra la cabeza de la víctima. Después de matarla, tiró el objeto homicida y ya no le prestó atención. Todavía estuvo por ahí un rato, dando vueltas cada vez más amplias. El médico determinó la muerte de la mujer entre las cuatro y las seis de la tarde, pero el asesino volvió a la víctima un par de horas más tarde y se comió sus pechos. Los dos. Y se lo tragó todo bien, los encontraron bien digeridos en su estómago.

Julián esperó a que todo se posara en él. Consideró otro cigarrillo, pero cambió de idea.

—¿De verdad que nadie encontró a la pobre antes? —preguntó, por fin.

—Un lugar alejado —contestó Weber—. Se puso a llover, hacía viento, la gente no tenía muchas ganas de ir a jugar al golf. En septiembre, incluso en octubre, aquí sigue siendo una temporada excelente, pero el tiempo estaba en contra.

—Esto no lo vi escrito en ningún sitio —dijo Julián, con el ceño fruncido—. La demora temporal.

—También hay que considerar que los casos pueden no tener nada en común —intentó Weber, pero con eso solo disgustó a Julián.

—No, eso no. Trabajemos con la idea de que están relacionados. El canibalismo es evidente.

—Solo me permitiría dudar de que se trate de canibalismo, como lo conocemos, por ejemplo, por los casos en Rusia, en los Estados Unidos o en Alemania. Allá siempre estaba asociado con una satisfacción sexual sádica. Aquí nada lo indica.

—Bien. Pues se comió sus pechos. Después los encontraron en su barriga, pruebas en lugar de promesas.

—Con leche y todo.

—Nooo…

—Sííí… En el cuarto mes. A veces la leche no aparece tan pronto, pero por otro lado puede aparecer incluso sin embarazo. Aquí la había. Y ella estaba embarazada.

—Una golfista embarazada solitaria. Tuvo que notarlo de lejos. Y los pechos, ¿cómo…? ¿Tenía un cuchillo? ¿Cubiertos y una servilleta debajo de la barbilla?

—Los arrancó sin más, con los dientes. Como si fuera a por la leche. Pero ya debía de estar sólida, la leche debía de ser requesón.

—Arrancó con los dientes, trozo a trozo… Yo también he querido hacerlo un par de veces. A algunas chicas.

—Siempre he sabido que lo llevas dentro.

—Por eso estoy aquí.

—Eso digo. El médico calculó poco volumen, más bien tamaño pequeño. Pero las glándulas hinchadas y listas para amamantar, aunque quedara medio año para el parto.

—¿La causa exacta de la muerte?

—Contusión cerebral y vértebras cervicales en el lugar donde entran en el cráneo, lesión irreversible por golpe en la cabeza con un objeto desafilado. Astillas del cráneo incluso en el hipotálamo.

—Y los pechos masticados en la barriga de él.

—¿Alguna explicación, autor? Tú entiendes de esto.

—Concluyo que estos glotones van a por la vida. Algo así como los zombis de las películas de terror.

Weber aguzó la atención y apartó su vaso.

—¿Qué quieres decir?

—De otro modo, ¿por qué habría vuelto? El primer asesinato doble, me refiero también al posterior suicidio, duró un par de minutos. Pero aquí el tipo atacó a una mujer embarazada en un campo de golf… seguramente no se le notaba, pero él quizá la olió… le dio un golpe en la cabeza, huyó, se escondió en algún lugar y después de una o dos horas volvió para cenar. ¿Un loco? ¿Un sádico? ¿Un ocultista? Todo a la vez. Le quitó la vida, y luego volvió como si quisiera quitársela otra vez. Solo estoy especulando. Porque el niño dentro de ella quizá siguiera vivo. Pero él pareció olvidar que estaba allí. O quizá al principio no lo sabía, un loco y punto. Pero los pechos le recordaron algo, así que se los comió y dejó al bebé.

Sintió cómo empezaba a revolvérsele el estómago, pero entonces se dio cuenta de que Weber se había vuelto ligeramente, así que se tragó lo que había empezado a subir por su esófago hacia la boca.

Julián bebió rápidamente para lavar la acidez. Se dominó.

Weber volvió a acercarse su vaso, como si no estuviera seguro de si después se sentiría peor, olisqueó con cuidado y lo vació en su boca. Sus ojos chispearon.

—Sabía que eras la persona adecuada, Julián. Te identificas a la perfección con los asesinos, como en los libros.

—¿Cómo acabó él exactamente? —preguntó Julián, impaciente—. Algo he leído, pero quiero oírlo de ti.

—Un perro policía siguió su rastro a través de la carretera de Praga hasta Olšová Vrata, cerca del aeropuerto, hay unas antiguas piscinas. Se dirigió allí justo después del asesinato.

—Un parecido con la piscina del Thermal, donde la palmaron los primeros dos.

—Qué va. Rodeó en un arco el agua fétida y se dirigió hacia los estanques, que están un poco más al este.

—¡Así que agua, siempre!

Weber se encogió de hombros.

—¡Haces agua, amigo! También rodeó los estanques. Por la longitud de los pasos, porque el camino llevaba un rato por el fango, corrió como un atleta. Trazó un círculo de dos kilómetros de diámetro, se metió en los arbustos debajo del monte Vítkov y quizá se quedó dormido. Luego salió, volvió a por la golfista e hizo lo que debía. Después, volvió a cruzar la pequeña valla y se dirigió oblicuamente a la carretera E48, en dirección a Vary. Ahí parece que saltó debajo del primer coche que iba a Praga.

—¿Qué coche?

—Un RAV4, blanco. Tenía encendidos sesenta y seis leds, o los que tenga, y aunque no fuera así, se habría visto igualmente. Si tienes en cuenta los cochazos que van entre Praga y Vary, ese tipo no fue exigente.

—Enséñame las fotos.

Weber tecleó en el ordenador y entonces volvió a girar la pantalla. La escena del accidente, iluminada por los focos policiales. El Toyota, a su lado una joven pareja mortalmente pálida, pero obviamente viva. Luego la fotografía de una figura tirada fuera de la calzada. La figura de un hombre tendido sobre su costado derecho, flaco, como dilatado: un filete humano ablandado. Un plano cercano a la cara. La boca sangrienta, la cavidad de la cabeza desangrándose intensamente y el cerebro gris amarillento, a trozos rosa, saliendo por su oreja derecha. «Como una boa extravagante», pensó Julián. Inmediatamente, se abofeteó para sus adentros por la comparación, pero no ayudó, el cráneo roto daba la impresión como si alguien hubiera vomitado en él.

—¿Quieres también el video? —preguntó el subdirector policial—. Aunque no verás nada más que en las fotos.

—Ha sido más que suficiente —soltó Julián—. De verdad, gracias. Solo creo que es raro que acabara igual que su víctima: con la cabeza destrozada. Aunque nadie se comió sus pechos.

—Y acabó de manera parecida a la arpía de la piscina.

—¿De quién se trataba? ¿Quién era?

—¿El del golf? Se llamaba Drahoslav Zach, se mantenía en forma, trabajaba en O2 en Praga, *management* medio, ningún animal, un ratón discreto, decían de él. Vino a Vary por problemas digestivos crónicos. Divorciado dos veces, cuatro hijos de dos matrimonios. Cuando hicimos venir a sus ex, no se lo podían creer. Lo negaron. Nunca haría eso.

—A veces, precisamente estos son los peores. Quizá quisiera vengarse de sus mujeres. Proyección y transgresión. Trasladó su presunta culpa a otra mujer.

—Lo descartaron absolutamente, tanto una como la otra, a pesar de que parece que se odian a muerte.

—De eso se desprende que se volvió loco aquí.

—Eso pensé también. En el primer caso, todo cuadra. La mujer de la piscina se llamaba Yekaterina Pavlovna Devidze, georgiana de origen, aunque vivía en Moscú. Treinta y siete años, trabajaba en una inmobiliaria, en Vary tenía tres edificios y alquilaba muchos más como intermediaria. Una chica con dinero, aunque los últimos años había tenido que buscar financiación. De dónde, por ahora no lo sabemos.

—El dinero no era el motivo, ¿verdad?

—No hemos probado nada por el estilo, aunque lo hemos intentado, créeme. Su víctima era un alemán de cincuenta y tres años, Udo Winkelhöfer, dueño de una zapatería en Bayreuth, solo dos filiales, pero una clientela fija y leal de jubilados que odian comprar en Internet. No tan forrado como ella, y, sin embargo, un ciudadano respetable que donaba a la caridad, al tratamiento para el cáncer de animales, imagínatelo, miembro de los Amigos de la Frontera Checo-Alemana. ¿Por qué una rica rusa, o sea, georgiana, mataría a un tipo simpático de Bayreuth? Especialmente si nunca se habían visto antes. Es decir, según lo que hemos podido comprobar. Una casualidad total.

—Si hay más casualidades y son parecidas…

—… ¿no son casualidades? Conozco la regla, así que ayúdame.

—¿Y la jugadora de golf asesinada?

—Concejal del ODS en el ayuntamiento de Poděbrady. Abigail Pokorná, veintinueve años, uf. Por eso lo investigamos como una posible acción de sabotaje político, pero todos sabían desde el principio que no tenía fundamento, aunque tuviéramos que investigarlo. Una pena. Tenía una hija que empieza el colegio en septiembre. En la barriga de su madre tenía a un hermanito, aunque de otro padre, estaba divorciada.

—¿El baño está por el pasillo? —Lo más de fiar que uno puede decir cuando no sabe dónde está el baño.

—Vete a la izquierda, tercera puerta. Yo, entretanto, imprimiré el contrato. Ya lo tengo preparado.

—¿El contrato? —Julián se dio la vuelta en la puerta—. ¿Cuál? —Quiso reprimir su enfado, pero no lo consiguió de ningún modo.

—El contrato de colaboración —dijo Weber, sonriendo—. Te lo estudias bien y luego, si te parece, lo firmas. No. Estoy seguro de que lo firmarás. Fijo.

Cuando Julián volvió, sobre la mesa de Weber había un papel. Tenía el vaso lleno, pero no le prestó atención. Antes había bebido con el estómago vacío y la cabeza le daba vueltas, un poco. Cogió las gafas para leer y repasó el texto.

—¿Es necesario?

—Sí —dijo Weber—. Léetelo otra vez. ¿No quieres un café

asqueroso?

Julián asintió con la cabeza y leyó. Unos momentos más tarde, junto a su mano se posó una taza. Sorbió automáticamente. No era tan terrible. No era nada exigente con el café, bastaba que tuviera cafeína, tampoco era exigente con los contratos. De este se desprendía lo que ya había supuesto. Tendría acceso a materiales no publicados que trataban los asesinatos, pero no podía mencionarlo en ningún lugar. Lo que descubriera por su cuenta debía anunciarlo inmediatamente al teniente coronel, licenciado Michal Weber. Si se acercaba el desenlace, por ejemplo, entraba en contacto con el perpetrador, debía pasarle el caso. Todo era una acción policial dirigida a capturar lo más rápido posible al culpable. Al mismo tiempo, Julián Uřídil, número de identidad tal y tal, nacido tal día y en tal sitio, cumpliría la promesa de callar sobre el caso ante los medios. El caso lo resolvería la Policía de la República Checa, no él. Él luego podía trabajarlo en dos años como un libro, pero solo de ficción, inspirado en los acontecimientos de Karlovy Vary. En él pondría que era ficción y que todos los personajes y sucesos eran inventados. Si rompía la promesa, tendría problemas con la ley, porque había sido iniciado en un caso abierto. Como no policía, excepcionalmente, podía ser informado, pero bajo el patrocinio de la policía. Todo lo que descubriera debía pasárselo inmediatamente al oficial en cargo. El caso lo resolvería la policía.

—No dejas de repetir esto, aquí —señaló Julián.

—Estás aquí para que evite nuevas pérdidas de vidas.

—Pero sabes que las habrá. —Julián levantó los ojos del papel.

—Es probable. Los hechos que te he presentado te dicen tan poco como a mí.

—¿Y si firmo, pero luego rompo el pacto?

Weber se quedó pensativo. O lo fingió.

—Te hago una oferta justa, en un juicio lo defendería: hace mucho que escribes estas cosas y este caso solo es uno más. No lo escribiste tú, pero sucede en tu propia ciudad. Al final me lo tolerarán, me echarán, pero no me encerrarán. Tú lo tendrás peor.

—Entonces, ¿por qué tendría que firmarlo? —Julián apartó bruscamente el contrato y, al hacerlo, el nudillo de su meñique golpeó la taza de café. Esta se tambaleó, pero no cayó. Un chorro de líquido marrón formó, en el papel, una mancha con la forma de una mano de seis dedos.

—Lo volveré a imprimir.

—No, me gusta esto —Julián lo frenó—. Lo secas con papel secante. Solo te firmaré estas dos copias, nada más.

Cogió un bolígrafo y arañó rápidamente los papeles salpicados. Esperó a que los firmara también el policía, luego cogió el más sucio, lo metió en una carpeta azul y lo guardó en la cartera.

—Nos procesarían penalmente a los dos. Nunca podrás exculparte, yo sí.

—En este momento, me da igual —contestó Julián.

—Eso se verá —dijo Weber, sonriendo. Limpió el contrato con un pequeño trapo azul y se lo llevó a la ventana; primero lo colocó en ella, pero luego se asustó porque el papel se enganchaba al alféizar. Fue a la mesa, buscó un clip y sujetó las dos hojas del contrato en un tablón. Allí se secarían con seguridad. Como mucho, se arrugaría el papel. Nada que no resolviera una plancha.

Julián metió sus gafas en la funda.

—¿Por hoy, no habrá nada más?

Weber lanzó las manos.

—Por hoy, no, pero en cuanto sepa algo te lo pasaré. No es tan poco.

—De momento, no demasiado. Sabía la mayoría de cosas, los nombres no. Gracias por el video. Pero no tengo ni idea de qué hacer con esto.

—Despegarás con el tercer asesinato.

—Y si le sigue un suicidio, ¿despegaré mejor?

Weber lo observó. Julián olió el sudor amargo, tapado con colonia. Luego el policía dijo:

—Ya que me has complacido, te diré algo más. O más bien te lo señalaré. Si no me hubieras firmado la colaboración, ni lo mencionaría.

Julián esperó.

—Una tontería. Seguramente —continuó su compañero de clase y buscó en la mesa. Sacó del cajón un papel en formato A4, en el que había impresa una fotografía.

Julián agarró el papel y examinó la imagen durante unos momentos. Sin levantar la vista hacia el policía, comentó:

—Un tatuaje. En una foto arrugada. —Pasó la muñeca por el papel, que estaba completamente liso—. ¿Dónde está el original?

Weber se rio, volvió a buscar en el cajón y le pasó una fotografía cuidadosamente planchada, antes arrugada.

—Esta es la fuente. La encontró el administrador del campo de golf en el hoyo junto al que murió la mujer. Apareció justo cuando reabrieron. El administrador controla el *tee* de salida y los hoyos cada día, los *greens* cada dos y los *roughs* dos veces por semana. Esto estaba en el quinto hoyo. Como digo, una semana después.

Julián examinó las dos fotos idénticas y, sin embargo, distintas. Una, la original, la otra hecha con una fotocopiadora a color. Flores tatuadas en la piel de una persona. Tonos difíciles de determinar. Violeta rojizo. Tirando a azul. Una flor y agua. Los largos pistilos en una mueca de desprecio. Un tatuaje en el tobillo interno del pie derecho, que pertenecía con la mayor de las probabilidades a una

mujer joven. Antes de que pudiera preguntar si el tatuaje pertenecía a la persona asesinada, Weber negó con la cabeza.

—No llevaba tatuajes. La foto estaba allí, nadie sabe por qué. La encontró el administrador y nos avisó. Ah, y la georgiana de la piscina estaba tatuada, por si quieres enlazarlo por aquí. Por supuesto, lo verificamos. No llevaba un tatuaje en el pie, pero sí en la espalda. Tenía más, pero eran completamente distintos a los que ves en la foto. Una línea básica azul, entre otras cosas el motivo geométrico de la pirámide masónica y el ojo divino, sin colorear. Según el patólogo, debía llevarlo desde hacía unos veinte años. Ya estaba un poco borroso. Un poco más…

—¿Tenía algo más en el cuerpo?

—Un Monchichi llorón, o un peluche, no domino estas «emobestias» japonesas de ojos saltones. La pirámide entre los omóplatos, el monstruo abajo a la derecha, más o menos en el riñón. Perdona, no tengo las fotos aquí.

—Es una pena.

—De verdad que es diferente. Esto es un pie completamente distinto y un tatuaje distinto.

—¿No encontrasteis ninguna fotografía parecida en la piscina?

—Por supuesto, lo revisamos… yo personalmente, Julián, una pandilla y un par de mis hombres de más confianza. Los más sagaces. Te los presentaré si necesitas que te cubran las espaldas. Vinieron conmigo de Cheb, son chicos leales.

—Así que es posible que la foto estuviera en el agujero por casualidad. Por seguridad, iré a la piscina a mirar y te diré algo.

—Sin problema. Pero este caso lo romperé yo con ayuda de ellos, Julián. Tú te quedarás en segundo plano. Luego tendrás un libro en el que te callarás algunas cosas. A cambio, obtendrás información exclusiva.

—Lo he entendido. Lo registrasteis con detalle, estoy seguro.

—Registramos el lugar del asesinato y del suicidio, registramos toda la piscina abandonada, y también los interiores, el bar, los vestuarios, aunque evidentemente nadie había entrado desde hacía varios años, excepto el administrador. No encontramos nada parecido a esta fotografía.

—¿Puedo quedármelo? —se permitió preguntar Julián, y luego dobló el papel de la foto por la mitad.

—Por supuesto, pero no quiero que ya para empezar te enganches a pistas falsas, amigo.

Amigo, dijo. Julián nunca había sido amigo de este individuo, ni lo sería. Metió el papel en la cartera y se puso en pie.

Weber guardó la botella en el mueble bar y le ofreció la mano a Julián.

Este la aceptó, con una sonrisa rígida.

—Bienvenido de vuelta a Vary —dijo el policía—. Vivimos cosas juntos, ¿verdad?

«¿Nosotros dos?», pensó Julián.

Weber acompañó a su invitado a la puerta de la oficina. Incluso le dio una palmada en el hombro y le entregó un móvil corriente.

—Está encriptado. Llama cuando tengas algo. —Le dio un número fácil de recordar y añadió—: No llames con él a ningún otro lugar, igualmente no podrías.

Julián apretó el móvil en la mano. Sintió cómo se le ponía la piel de gallina debajo de la camisa.

Lo estúpido era que no tenía nada que hacer, dónde echar mano, en qué apoyarse. Estudió la fotografía del tatuaje en el pie pálido echado sobre una alfombra. ¿Cuánto tiempo podía estar así? Incluso compró una lupa, no ayudó de ningún modo. Lo único que pudo descubrir fue que el pie, que en otras circunstancias hubiera estado cubierto de vello, había sido rasurado. Flores tatuadas. Rastros de una maquinilla de afeitar. Granulación oscura de la piel donde crecería el vello. Algún grano o herida. Una antigua cicatriz. Las uñas cortadas y pintadas. Esmalte oscuro. Los dedos rozados por los zapatos. Edad veintiséis o menos.

Durante los dos días siguientes, escribió dos breves ensayos por encargo. Trataban de Vary y de que la ciudad termal se había convertido en ciudad del cine y que por eso vivía exactamente durante una semana al año. El resto del tiempo, a pesar de las fuentes, se secaba, fuese temporada o no.

Decidió ir al lugar del crimen por la tarde y lo hizo dando un gran rodeo. Subió a la torre Diana, donde había estado quizá unas cincuenta veces con su familia y las visitas de esta, tampoco entonces se habría perdido aquí. Subió a los demás miradores, el de Carlos y el de Goethe. Escaló bajo la lluvia hasta las Tres Cruces, donde se fumó un cigarrillo tras otro. Empezaron a temblarle las manos, estaba allí con su nostalgia y quizá también con emoción. Bajó con dificultad, pisando las hojas de haya a lo largo del cauce de hormigón del teleférico, construido hacía cien años, aunque nunca lo acabaron. Dejó de llover, así que se dirigió por la calle del mirador a la piscina del hotel Thermal. Antes, se preparó ante la vista, de pequeño nunca había visto la piscina vacía, la recordaba como una aguamarina reluciente en verano y una ágata rodeada de vapor en invierno. Nadar en una fuente termal, subida al nido de hormigón en la roca, era una experiencia única. ¿Alguna otra ciudad tenía algo así? Pero nadie podía prepararse para la miseria y el deterioro que se encontró ante sus ojos. Azulejos oscuros bajo el trampolín de salto como cruces de tumbas. Porquería, moho, grafitis, marañas de cables enredados como

serpientes, la mala hierba, despiadada, brotando por las grietas entre las baldosas. Una piscina abandonada como una negación de la piscina, un desierto artificial, el desdén a la función, al trabajo y a la arquitectura, a todas las décadas de mantenimiento caro y cuidadoso. La muerte del tiempo y del espacio. La creación de un barreño anguloso y seco, sin sentido ni utilidad.

Qué sintomático que alguien asesinara aquí a otra persona de manera tan repugnante y que luego incluso se matara a sí mismo. La pequeña mujer mordiente cayó por allí, consideró mientras exploraba desde la terraza. Cambió de lugar, fue hasta la barandilla que daba al hotel, caminó junto a ella hasta encontrarse fuera de la vista de las cámaras. ¿Dónde podría esconderse algo allí?

Un tejo languidecía en una angulosa maceta de hormigón. Cuando miró debajo, encontró el envoltorio de un polo y vio una paloma, muerta desde hacía mucho, junto a una pequeña bolsa de polietileno que contenía algo que podría haber sido una merienda, dejada allí por algún niño durante una excursión del colegio. Quizá. La piel marrón de un plátano, completamente desinflada, luego algún tipo de moho muerto y sin forma, quizá en algún momento una rebanada untada. Y algo blanco, o, como mínimo, claro.

Con asco, se enderezó y encendió otro cigarrillo, aunque volvió a hacerle sentir mal. Superó las náuseas y aspiró vorazmente la nicotina.

Avanzó por la terraza hasta donde se partía alrededor del añadido en el que solía estar el *snack bar*. De nuevo a la vista de los ojos electrónicos. Más lejos del lugar de la acción, pero en el sentido contrario. Y más allá, hasta la esquina. Las paredes de vidrio estaban tan sucias que apenas dejaban pasar la luz. Dentro, un páramo. En ningún lugar, en ningún artículo se describía con exactitud el lugar del asesinato ni del consiguiente suicidio. En los reportajes visuales, una vez el reportero frente a la cámara se colocó delante de la entrada principal del hotel, luego seis veces en la terraza en la que pasó, pero nunca en el auténtico lugar del crimen. Ahora no estaba seguro ni él mismo, aunque lo había visto en las tomas de las cámaras de seguridad.

Se puso a caminar y, junto a la cuesta socalzada, vio una farola con una papelera fijada. Entre el recipiente y la columna había metido un pequeño trozo de papel. Un envoltorio de chicle, tal vez. De una piruleta. De una oblea rellena.

«Así se cazan los tesoros por GPS», pensó Julián, sonriendo para sus adentros. Sabía que iba por buen camino, pero no quería felicitarse antes de convencerse. Se detuvo frente a la farola y estiró la mano hacia el papel. Un anuncio de masaje tailandés. En cirílico. A la mierda. Volvió a la terraza, hacia la maceta del tejo. Miró hacia las ventanas del Thermal. Ya oscurecía, paulatinamente empezaron a

encenderse.

Ya no se fumó otro cigarrillo. Preso de una repentina inspiración, se metió la mano en el bolsillo, sacó un pañuelo de papel del paquete de plástico, lo extendió en su mano y con él cogió la pequeña bolsa abandonada bajo el tejo con la merienda ennegrecida.

En ella solo había unas asquerosidades oscuras. Debajo, la cosa clara. Un papel doblado como un cuadrado. Lo cogió. Celulosa rígida, seguramente plástico. Cuando lo abrió, vio una fotografía. Una extremidad, piel, en ella un tatuaje. Como en la primera foto. Aunque seguramente fuera esta la primera… No podía llevar allí tirada varios meses, su estado sería mucho peor. Una mano pálida con una rosa azul tatuada. Los dedos parecían señalar hacia algún lugar. Más bien hacia abajo, según indicaba el patrón de la alfombra. Una foto lineal, un poco desde arriba, una impresión experimental de un relato tradicional, si es que había algo que explicar. Se rio, pero tan pronto se dio cuenta de que en la imagen probablemente había otro cadáver, se reprendió a sí mismo y se reafirmó en que debía resolverlo costara lo que costara. No por el futuro libro. Por las vidas actuales.

Soltó una risa floja por lo patético que resonaba en su cabeza. Pero el patetismo también es parte de la vida.

Sabía que no existen las rosas azules. No se pueden cultivar (por ahora). Cruzarlas no sirve de nada, el azul no puede cruzarse porque es alcalino y las rosas ácidas lo rechazan. Pero esta lo era. Pequeña pero valiente, tatuada con tinta de color. Un plano *amateur*, pobremente iluminado. Sabía que las chicas se tatuaban cualquier cosa, a veces en lugares inesperados del cuerpo. Este tatuaje concreto le pareció más morboso que la flor amebiana en el pie. Él también se habría dejado hacer una rosa azul, símbolo de lo inalcanzable y del deseo vano. El otro solo podía ser un capricho. Se preguntó si el pie y la mano pertenecerían a la misma persona. Pero ¿por qué había dejado alguien eso? ¿Por qué estaba esta foto aquí, y la otra en el hoyo de golf, aunque él no estuviera mirando los cuerpos de los asesinos —posteriores suicidas— ni los de sus víctimas? ¿De quién eran el pie y la mano? Sintió un escalofrío al pensar que por fin volvía a vivir y no tenía que escribir únicamente. Porque, aparte de escribir, fueran libros o cuentos, reportajes o glosas, no tenía nada en Praga, solo la supervivencia, la soledad y un aburrimiento profundo y bostezante iluminado por películas, exposiciones, conciertos, teatro. Solo que de todo eso había demasiado poco que le gustara, hasta el punto de que le hacía dudar si era suficiente como para justificar el corte suicida de sus propias raíces. Porque eso conseguía entretenerlo, pero de ningún modo llenarlo. Una oferta desaprovechada en un noventa por ciento. Para eso, ya podía estar viviendo en Aš o en Jablunkov. La vida *on-line*, hoy ya más real que la vida real, es igual

de relevante en Alabama o en Arizona, en cualquier agujero polvoriento, que en Nueva York, Los Ángeles o Londres. Quizá incluso sea de mayor calidad y, sin duda, más barata. Si uno es escritor, no cocinero o director de cine.

Si se hubiera quedado, podría haberse metido en la política local; hum, más bien no, pero sí al menos en la cultura, que ofrecía algo diferente que la de balneario. Nunca habría pensado que Karlovy Vary, de la que un día había huido hacia la metrópolis, le concedería una aventura detectivesca. Y que precisamente aquí se sentiría mil veces más útil de lo que jamás se había sentido como escritor. Solo si era capaz de salvar un par de vidas, entender por qué sucedía todo aquello, señalar al culpable y entregárselo a la policía. Si todo aquello no era alguna grotesca casualidad «karlovariana». Como cuando en septiembre de mil ochocientos nueve estalló una fuente termal y convirtió el entorno cercano en ruinas hirvientes. La fuente original se perdió, pero emergió una nueva algo más allá. Sobre esta estaba la ciudad. Si volviera a pasar, quizá la ciudad entera se movería hacia el futuro.

Y si no al futuro, al menos al presente. Eso se merecería al menos Karlovy Vary. Pero la fuente termal hace tiempo que es regulada por la gente, no por la tierra, los gases y el agua. Por la gente que quedó allí. No era mala gente, el agua acepta a cualquiera que la sirva. Ya no estallará. Si se ha de mover, se moverá artificialmente. Se doblegará y luego encontrará su propio camino. El agua es como un gato. No se puede hacer nada con ella. En el horizonte cercano sí, pero a largo plazo no la puedes civilizar.

¿Cuántas ciudades tienen un monumento a un gato? Vary lo tenía, y no era cualquier monumento: un gato en una columna enseñándole el culo a la ciudad. Julián siempre lo entendió.

La leyenda sobre el nacimiento de los baños era dudosa, literalmente está flotando sobre las aguas, igual que todo el centro de la ciudad. El rey Carlos y sus cazadores corrían tras un ciervo que saltó de la roca —igual que Šemík saltó desde Vyšehrad— y se escaldó en una fuente de agua hirviendo.

Pero un venado quemado no da pie a fundar un balneario. Seguramente, entonces se mojaron los pies en la fuente y les resultó agradable.

Sí. Te sumerges en agua caliente, ¿y te resulta desagradable? El futuro éxito del balneario estaba asegurado. Aunque, en realidad, naciera un par de siglos más tarde.

La verdad no importa, lo importante es el relato. El que sea.

Llamó desde el móvil encriptado, Weber le contestó con un malhumor dormido. Se dio cuenta de que era muy temprano, apenas las cinco y media de la mañana. No dormía desde las tres, y aunque

afuera todavía estuviera en penumbra, le pareció que en cualquier momento sería mediodía.

Le explicó al policía que, según su opinión, pronto habría un nuevo ataque. Weber quiso saber cómo lo sabía. Pero Julián no lo sabía, solo lo intuía. La nueva foto encontrada solo confirmaba que los casos anteriores, sin duda, no habían sido una casualidad. Pero a la policía no le podía traer mayor provecho que a él. Se arrepintió de haber llamado. No le diría nada de la foto.

Weber esperó y, después de unos momentos, contestó que no le había dado el teléfono y el número para eso, y con una frase inacabada, le sugirió irse por ahí. Él le imploró que la policía avisara a los habitantes, a los visitantes, a los huéspedes de los balnearios, a todos; que en las calles se vieran uniformes y armas, quizá eso pudiera ser algún tipo de prevención.

Weber le replicó que ya tenía en el terreno a más gente de la que podía justificar. Y que en ningún caso debía despertar el pánico.

Julián colgó y encendió un cigarrillo junto a la ventana. Quizá la señora de la limpieza no se chivara.

Luego fue hacia Linhart, desde donde bajó al antiguo Kaiserpark y volvió a Vary. Vigilaba con los cigarrillos, una hora entre uno y el siguiente. Se sentía sano como un visitante al balneario al final de su estancia. En el barrio de chalés alquilados y villas termales, vio tras la valla el pomposo edificio donde iba al parvulario. Un palacio, como todo aquí. Villa Rusalka. Hacía mucho que no era una guardería. Tampoco era que le importara. En la cercana capilla protestante de ladrillos rojos, se exponían unas estatuas de cera; eso le molestaba más, pero agitó la mano. La ciudad estaba en decadencia, así que la cera era lo que mejor le iba. Como había escrito en su amargo artículo: «De no ser por el festival de cine una vez al año, en julio, está igual de medio muerta que Chodov, Jáchymov, Cheb, Aš, Žalmanov. Igual que el pasado alemán».

Sabía que debía ir al campo de golf, rodear el quinto hoyo, pero no le apetecía, todavía no. Condujo hasta Mariánské Lázně; en el parque del centro de la ciudad encontró unos hermosos champiñones, había catorce bajo un arbusto. Les sacó fotos y los dejó donde estaban. En el cementerio, en el prado de las cenizas, encendió dos velas por sus abuelos maternos. Soplaba el viento y amenazaba la lluvia, seguramente en poco rato dejarían de arder. En la ciudad, bebió con voracidad de una fuente fría que brotaba de un muro de estuco rojo. El agua tenía un sabor excelente. La ciudad se mantenía, sin duda la chillona plaza de los años noventa la afeaba, igual que a Vary, pero se podía sentir allí alguna fuente interior de vitalidad positiva. Había menos rusos y chinos, quizá más alemanes mayores, tal vez fuera eso. Junto al hotel de lujo del centro, desesperadamente engalanado con

las pálidas banderas de los grandes estados europeos, observó a un par de ancianos, seguramente un matrimonio de muchos años, saliendo con dificultad de un reluciente Mercedes negro clase S, con el interior acabado en cuero marrón claro. Incluso los fotografió, cuando el señor le entregaba las llaves al empleado para que aparcara el vehículo tras el edificio. Después, los dos ancianos se cogieron de la mano y se fueron a recepción. Llevaban puestos unos pantalones universales de jubilado y chaquetas beige a juego con su pelo gris y blanco y sus zapatillas deportivas sénior, blancas y cómodas. Se atrapó a sí mismo y se sorprendió: no se reía de ellos, al contrario. La obvia y evidente relación larga, la conformidad en la ropa de la gente mayor. Contaba con que él mismo no tendría ni lo uno ni lo otro, si es que vivía hasta su edad. Imaginar el aspecto que tendría de anciano lo ponía enfermo. Salía con una chica que, aunque era joven, estaba absolutamente resignada al respecto. Incluso una vez le dijo que tenía ganas de que se hiciera mayor. Entonces fue motivo de pelea. Hoy entendía su sabiduría.

Los dos viejos alemanes y el recuerdo lo forzaron a dejar de vacilar: ¿cómo podía saber que tenía tanto tiempo frente a él? Ya al día siguiente fue hasta el campo de golf de Olšová Vrata. En la recepción del club pidió un mapa y se dirigió al hoyo número cinco. Estaba realmente lejos. Soplaba el viento. Antes de llegar, lo regaron tres suaves lloviznas. Sintió cómo el agua repentina hacía que la sangre irrigara sus mejillas. Entre los árboles detectó unas hermosas setas, boletos marrones y violetas, *russulas* azules y verdes, luego otras especies más delicadas que no conocía. Igual que los champiñones de Mariánské Lázně, las fotografió. Durante unos momentos dudó de si debía entrar en el *green* rasurado, entonces lo hizo. El administrador fue tras él, quería saber qué hacía allí sin palo ni pelota. Julián respondió que investigaba el asesinato. El administrador reculó, no quiso ver ningún documento. Solo bajó la mirada por el impermeable del visitante e hizo una mueca de disgusto ante los botines duros con la suela robusta. Lo dejó estar y se marchó.

Julián se levantó el cuello y se acurrucó ante el hoyo. Como un jugador experimentado, inspeccionó con detenimiento el terreno y todas sus irregularidades. Miró hacia la carretera, donde, tras deambular absurdamente, la vida del asesino había acabado bajo las ruedas de un coche.

«Por qué aquí», se preguntó. «Si el primer asesinato caníbal sucedió en la piscina, ¿por qué el segundo tuvo que ocurrir en un campo de golf relativamente alejado de Karlovy Vary, en las afueras del término municipal?».

Y todos eran gente de fuera, en estos casos no había muerto ningún local. De momento. Pero no sabía quién era la chica tatuada de las

fotografías abandonadas. Un cuerpo de mujer en las imágenes, símbolos en el cuerpo. Una flor como inocencia. Pero también fertilidad. Y una rosa azul como lo que no existe. Y, sin embargo, existe.

Avanzó desganado por el campo de juego hacia la carretera y volvió, llovía de nuevo, aquí ya no había nada que encontrar. Un lugar triste, quizá precisamente en un lugar así se asesinara de manera espectacular. Aparte de él, no había nadie, era el fin de temporada, las hojas de los árboles arrancadas por el viento, el firmamento lleno de monstruosos nubarrones acumulados, el cielo lejos tras ellos.

Pensó en que había para quien eso tenía sentido, alguien que mataba y luego dejaba fotografías que no eran de la víctima, sino de un desconocido sin nada que ver. Si ni los detectives sabían qué hacer, ¿cómo debía orientarse él? De no haber sabido que en el quinto hoyo alguien había matado a una mujer, luego la había mordisqueado y finalmente había saltado bajo el coche de un desgraciado, a su alrededor solo habría visto una idílica escena para privilegiados.

Sin embargo, recordó, los policías no sabían nada de la segunda foto y él tenía ventaja sobre ellos. Cuando, completamente húmedo, volvió en taxi al hotel, la reconfortante sensación de ventaja ya se había esfumado.

Tal como él suponía, con preocupación y un miedo creciente, sucedió en el mismo centro de la ciudad balneario, ya al día siguiente. La policía no pudo hacer nada. Tampoco lo esperaba. Él no fue una de las víctimas, pero podría haberlo sido. Se lo encontró cara a cara.

Por la mañana, leyó un artículo sobre la piscina Thermal: por lo visto había cierta esperanza de que se salvara. La noticia lo alegró, así que volvió a salir a pasear hacia allí.

Recordó cómo tres veces por semana subía a nadar a la piscina. Su figura recia, aunque fuera un gandul y ya hiciera ocho años que no practicaba deporte, se la debía precisamente a esos tiempos del final de la infancia y del principio de la adolescencia. Era su abuela quien lo llevaba a nadar, siempre cincuenta minutos no ocupados con nada más que nadar enconadamente, un largo, otro, otro más. Ella era una excelente nadadora y se ocupaba de que su nieto no engordara (le reprochaba su tendencia a tumbarse en el sofá y su pasión por las novelas de aventuras, especialmente cuando mientras tanto se zampaba panecillos con crema de chocolate). Él también lo tenía en los genes. La abuela estaba más que rechoncha y, para no engordar aún más, obligaba también a Julián a meterse en el agua clorada. En la piscina de cincuenta metros podrían haberse organizado carreras internacionales, pero el agua termal estaba demasiado caliente. Si hubiera habido oportunidad, tranquilamente se habría apuntado a alguna carrera para mayores. Hacía fundamentalmente braza, partía

intrépidamente el agua con su gorra de baño obligatoria de color azul claro, decorada con rosas de goma, y quien se metiera en su camino tenía que apartarse enseguida.

Julián nadaba más deprisa y alternaba estilos, pero también se cansaba mucho antes que su abuela y después, cuando se perdía de vista tras las nubes de vapor, se escondía junto a la lejana pared de la piscina hasta que ella lo encontraba.

Quizá el machaque de natación de la abuela surgiera de la muerte prematura del abuelo. Quería aguantar, al menos para su nieto, y también quería inculcarle un estilo de vida saludable. Él era buen chico y no soportaba los conflictos, con gusto siguió nadando con la abuela hasta los diecisiete años.

Entonces, una tarde-noche en que estaba en su casa para que le cocinara y lo cuidara, porque sus padres habían salido al extranjero por trabajo, ella abrió el gas de la cocina. De los cuatro fogones, sin encenderlos. Pero Julián no estaba durmiendo. En una premonición imprecisa, fue a la cocina, apagó los fogones siseantes y fue a buscar a la abuela a la habitación de los invitados. Llamó a la puerta y abrió. Ella estaba solo en enaguas. Puso cara de culpa, pero solo un poco. Le explicó que en el mundo estaba a punto de producirse una terrible catástrofe y que quería ahorrársela. En sus ojos castaños, ya oscuros, había una nueva oscuridad, rara e inmensa. Añadió, como disculpa, que la próxima vez saldría bien y que él por fin tendría la paz celestial, se sacó de la boca los dientes postizos y los hizo castañetear frente a él. Esa misma noche se la llevaron a una institución para enfermos mentales en la cercana Ostrov. Julián fue a visitarla durante casi tres años, semana a semana; en verano, en bicicleta; el resto del tiempo, en autobús. A veces estaba consciente, podían charlar y acordarse de la piscina. Otras veces, las enfermeras le decían directamente que la visita no tenía sentido. Si quería ver a la abuela, se lo permitían. Un par de veces se la encontró amarrada a la cama, sin los dientes, para que no se mordiera a sí misma. Luego se rompió la cadera y antes de un mes se murió de una pulmonía. Entonces todavía no se diagnosticaba el alzhéimer con tanta precisión y no se podían encontrar medicamentos. Los médicos, igualmente, nunca tuvieron claro lo que le había pasado.

«Quizá a mí también me espere eso», pensó sobre la piscina, mientras se esforzaba en descifrar los grafitis pintados en uno de los muros de azulejos. Grandes y amplias letras con un sentido claro únicamente para el que las había escrito.

Oyó el silbido de una sirena y sopló los recuerdos junto con el humo del cigarrillo. Abajo, en la ciudad, vio relucir un faro azul. Vio un coche de policía, luego un segundo y un tercero, un cuarto desde el otro lado, además de dos ambulancias. Todo el centro se llenó de

silbidos y centelleos, un barullo electrizante. Y, encima, empezó a lloviznar.

Antes de poder darse cuenta de lo que estaba haciendo, corrió tras las luces y los ruidos, como un *paparazzi*. Para atajar, no bajó hacia la biblioteca y la antigua central policial, sino que subió entre las lápidas solitarias del parque de Mozart —donde yace Franz Xaver, hijo del compositor, y no el hijo de Goethe, Julius August Walter, que descansa en Roma, aunque aquí tendría más sentido— hasta la capilla de San Andrés, y solo entonces se dirigió por la calle homónima, en bajada empinada, hasta la calle de la Fuente Termal. Rezó para no resbalar en la humedad, torcerse el tobillo, romperse la rodilla o partirse la cadera, como entonces la abuela.

A la velocidad que iba, se dio cuenta tarde de que alguien corría colina arriba hacia él. Se apartó a la izquierda y el corredor hizo lo mismo hacia la derecha, desde su punto de vista, ambos hacia el mismo lado. Pasó volando junto a las puertas de las casas, contra cuyos marcos se golpeó dolorosamente en el codo izquierdo, e intentó evitar la figura que corría desde el otro lado, pero un *slalom* a ese ritmo no podía bordarse, mucho menos uno tan enorme. Describiendo una extensa diagonal, cruzó la calle de San Andrés hasta las casas en la cuesta colindante con la ciudad, pero la otra persona, o bien pensó lo mismo, o bien era el doble de Julián y había llegado el momento del encuentro.

De nuevo saltó, esta vez desde el muro de la casa, que dejó un rastro en la manga de su abrigo, evitó a duras penas el guardabarros de un Octavia azul y forzó los músculos de su cuello, hombros, brazos, espalda, barriga, nalgas y piernas a que ralentizaran bruscamente el movimiento y finalmente se detuvieran del todo. Lo mismo hizo el otro, que ya se abalanzaba sobre él.

Era una mujer. Estaban a un metro de distancia, mirándose, cogiendo aire. Empezaron a temblarle las rodillas, comenzó automáticamente a recular colina arriba, porque la anciana, que hacía un par de segundos subía la escarpada calle a una increíble velocidad, tenía sangre alrededor de sus labios agitados y jadeantes. Y salpicaduras de un color rojo oscuro en el pecho de la chaqueta color crema. La chaqueta estaba medio desabrochada, debajo un jersey rojo con manchas negras e irregularmente húmedas.

Tenía el pelo encrespado y teñido de castaño, también en él había gotas oscuras, secándose, pegajosas, igual que en la frente arrugada y alrededor de sus ojos marrones desorbitados.

Él caminó hacia atrás, y la mujer hacia delante, como si estuviera tirando de ella con una cuerda invisible. Jadeaba roncamente, pero tenía aún la suficiente energía, aunque sus mejillas sudorosas estuvieran blancas, como si en sus vasos capilares no corriera la

sangre, únicamente las salpicaduras que corroían su maquillaje. Podía tener entre setenta y ochenta. Se cuidaba y estaba en una magnífica condición, eso saltaba a la vista, igual que el hecho de que, en su caso, tal conservación ya no tenía mucho sentido.

Dio un paso hacia él, luego otro. Estiró la mano. Él la miró, había tres dedos mordidos en el nudillo central: el índice, el corazón, el anular. Ella misma los miró, abrió los ojos presa de espanto y los lanzó a los pies de Julián. Dedos con las uñas ovales, cuidadas, pintadas de rosa. Dedos de mujer.

Apretó en el bolsillo la llave de la habitación, no tenía nada mejor, y en un momento pronunció un silencioso agradecimiento por que, por suerte, siguiera habiendo hoteles donde no se mete una tarjeta con chip en el cerrojo. La llave estaba fijada a una pequeña bola de madera que tenía grabado el número de la habitación. El suyo era el diecisiete, que consideró afortunado, perfecto, quizá mágico. Si algo tenía que salvarlo era una llave con una bolita y un número que le habían asignado por casualidad en recepción. La vieja gruñó como un perro, la confusión se había esfumado, la había reemplazado una expresión de rabia desesperada. Se lanzó contra él como si quisiera besarlo, sus brazos se abalanzaron a un abrazo pasional. Él se agachó y le clavó la llave en la delgada mejilla derecha. Apuntó al ojo, pero acertó bajo el pómulo. La punta de hierro penetró la piel y el músculo, pero como ella tenía la boca abierta, no acertó en los dientes. Julián vio la punta roja y brillante en contraste con la oscuridad del esófago, sobre la lengua agrietada y con un revestimiento amarillento, cuando tras la primera sorpresa ella soltó un rugido ronco de sus cuerdas vocales. Le llegó aroma de mentol, café, algún licor y mal aliento. Sacó la llave de la mejilla y se preparó para asestar otro golpe. De los ojos de ella brotaron lágrimas y se giró a medias, como si estuviera pidiendo testigos de un ataque tan brutal. Bruscamente, dejó de gritar, se llevó la mano a la mejilla herida y se observó la palma, como si no quisiera creer que aquello estuviera pasando: que por fin estaba manchada también con su propia sangre. Su mirada volvió hacia Julián. Había reproche en sus ojos lagrimosos. Dijo algo y la sangre brotó de sus labios. Tenía toda la cavidad bucal llena y, presa del pánico, primero se la tragó y luego la escupió en el asfalto.

Julián se apartó y frotó la llave en un pañuelo. Le extrañó que nadie hubiera llamado a una patrulla policial, aunque después de lo que había pasado en la ciudad, y seguramente seguía pasando, los policías no tenían tiempo para pequeñas disputas callejeras.

—¿Cómo ha conseguido huir de ellos? —preguntó él, con la voz lo más tranquila posible.

—Me he escondido —contestó la mujer, con una suavidad sorprendente, tras escupir otra baba sangrienta.

—¿Dónde?

—Detrás de la chimenea —ronqueó y él entendió que debía ser una carcajada.

—¿Cómo podría llegar atrás de la chimenea?

—En una escoba.

Él meneó la cabeza.

—¿De quién son? —preguntó, señalando al pavimento, hacia los tres dedos que recordaban cabezas de espárragos verdes con las puntas rosas.

No debió habérselos recordado. Ella los miró confundida, se agachó para cogerlos, los levantó y los blandió delante de su cara.

—Mi cresta, crestita, que te creció —farfulló, se removió con ellos el pelo despeinado, se rascó con ellos la barbilla y luego se los metió en la boca. Cuando Julián soltó un grito e hizo un pobre intento para evitarlo, ella, agachada como un jugador de rugby, empezó a correr y lo golpeó con el hombro.

Él cayó de culo y enseguida se defendió salvajemente con los brazos y las piernas.

No fue necesario, la vieja ya corría colina arriba, llevándose la presa. Parecía un pájaro desplumado que volara bajo, persistente, sobre la tierra, buscando un nuevo botín.

Él sabía que no debía hacerlo, pero lo hizo: echó a correr tras ella. De haber podido, se habría encendido un cigarrillo. Pero sus pulmones no hubieran aguantado.

Sobre la capilla, ella bajó de velocidad y, sin mirar y con la arrogante lentitud de un oso perezoso, cruzó la carretera; allí él casi la alcanzó. Cuando llegó al otro lado, él estaba en el bordillo, jadeando y esperando a que pasaran seis coches que el semáforo había dejado pasar abajo, uno tras otro. Ella de nuevo se echó a correr, él entonces dejó pasar los coches que venían por la derecha, desde el mirador. Cuando por fin llegó al otro lado, no la vio, había desaparecido de su vista en algún lugar de la cuesta que se elevaba hacia la glorieta Camera Obscura. Trepó hacia arriba, hacia la ladera con la cruz de paz en la que su padre lo fotografió cuarenta años atrás, cuando se subió a ella. No pensaba encontrársela, solo quería mirar el paisaje.

Ya no había muchas hojas en las ramas y la vista a Drahovice estaba casi libre. La vio debajo de él, estaba a unos ciento cincuenta metros de terreno de bosque. Ya no corría, parecía que se estuviera quedando sin fuerzas y descansara caminando. Una joven mujer con un carrito pasó a su lado y la vieja se giró hacia ella. A Julián por un momento se le paró el corazón, pero la anciana la dejó estar. Parecía que le costara lo suficiente mantenerse en pie. Encendió un cigarrillo y avanzó a zancadas, no hacia ella, sino hacia el lugar donde podría toparse con ella en un par de minutos. Sudaba como un pollo.

Sin detenerse, se quitó el abrigo y lo colgó en su brazo. Empezó a contar los pasos. Después del veinte aspiró el humo, pisó la colilla entre las hojas y se echó a correr.

Antes iba a esas zonas apartadas con sus citas, había una intimidad de confianza, en verano hacía fresco, en invierno oscuridad total. Una vez, antes de una tormenta, estaba esperando en la glorieta a una pelirroja de ojos verdes a la que le encantaba llevar una blusa amarilla mostaza y un chaleco tejano y, antes de que llegara, compuso para ella un poema primitivo medio plagiado de Goethe, que luego le recitó, esperando que se riera de él y lo enviara al cuerno. Pero a ella la pequeña rima la conmovió tanto que se echó a llorar. Todavía recordaba el poema:

> Quizá un arcoíris pueda comprarte,
> un color que dentro de otro se ensarte
> en una preciosa armonía, es el motivo,
> por tus colores yo sé que estoy vivo,
> y no me asusta la tormenta, el trueno romo
> o el relámpago; porque tú eres de cromo,
> y aquí espero el arcoíris, que vendrá, sin duda, cuando mi [Cromántica acuda…]

No pudo evitar soltar una risa, después empezó a toser. Puesto que ya estaba casi en la calle, la vieja lo oyó, buscó entre los árboles, lo vio, soltó un chillido y se echó a correr. Tenía un agujero en la cara, como si alguien le hubiera disparado.

Él corrió tras ella por la callejuela, los zapatos llenos de porquería del bosque, y la vio a unos setenta metros. Estaba junto al muro del cementerio, quitándose la ropa, hasta quedarse en unas enaguas color crema. Así vestida, trepó por la puerta al muro y se dio la vuelta, como si el personaje de la Muerte de un cuadro de Walter Kuhlman se asegurara de que todos los visitantes de la galería que justo se hallaran frente al lienzo se concentraran como era debido. Entonces arqueó sus hombros enjutos y, con los brazos extendidos, se lanzó de cabeza al otro lado.

Él encontró la valla y, por el lado interior del muro del cementerio, corrió hacia el lugar donde la había perdido de vista. La encontró sobre una lápida de granito, con el cráneo abierto y la nuca partida, el cuello torcido por la postura de la cabeza. Había muerto de manera inmediata. Cuando se arrodilló hacia ella, supo que no le diría nada. Para cerciorarse, le acercó los dedos a la nariz. Aún habría podido intentar morderlo, pero solo en su imaginación aterrorizada. Rápidamente, la fotografió con el móvil. La mandíbula rota y dentro las tres patatas congeladas, gambas crudas, larvas grises saliendo de la cavidad de un viejo árbol, la mejilla agujereada, los ojos asombrados, enrojecidos y llenos de la sangre endurecida que se había derramado de su cerebro moribundo. Literalmente, lo había resuelto a salto de mata. Como si no pudiera resignarse con lo que había pasado abajo, en la ciudad, pensó él. Fotografió también la ropa tirada fuera, junto al muro, volvió al cementerio y encendió la cámara de vídeo. Se preguntó si debía cerrarle los párpados, pero se lo dejó al patólogo o al servicio fúnebre. Ahora, llamar al 158.

Salió por la puerta del cementerio con el móvil en la oreja y se encontró cara a cara con el adjunto del jefe de policía, Michal Weber. Dos coches con los faros encendidos, pero silenciosos. Dos limusinas negras. Sin hombres armados con pasamontañas, sin chalecos antibalas. OK, ante todo discreción.

El impasible Weber le dio su taza de plástico de café. Ponía «Café Capricho».

Lo hicieron sentarse en la hierba, junto al muro, al lado de la ropa de la vieja. Se puso el abrigo, pero igualmente empezó a temblar de tal manera que tuvo que sostener el vaso con las dos manos, sobre la rodilla. Le trajeron una manta, después otra.

Sorbió el café agrio, se acurrucó bajo las mantas y fumó un cigarrillo tras otro. Le soltó a la investigadora lo que había vivido aquella tarde. No sabía cuánto tiempo había pasado. Ella quiso que fuera preciso,

pero él no fue capaz de serlo en ese momento, ante sus ojos se formaron círculos de luz y empezó a dolerle la cabeza. Le pidió un ibuprofeno, mientras no hiciera efecto la pastilla no podía ni pensar en hablar. Finalmente, el estrés y la intensa migraña se le contagiaron también a ella, así que un colega tuvo que continuar con el interrogatorio.

Weber pasó mucho rato en el cementerio. Finalmente, pasó por debajo de la cinta de policía junto a la verja. Partieron hacia la central comarcal en coche después del atardecer. Al cruzar las rejas, Julián se disculpó y dijo que tenía que usar el baño. Solo entonces vomitó. En la oficina le esperaba el aguardiente.

—Estaba sentada con una amiga en el Café Capricho, en el jardín que hay delante de la cafetería, pasado el río desde la columnata de Zítek —explicó Weber y arrastró por la mesa la botella vacía—. Antes de que empezara a lloviznar hacía bastante calor, tenían encendidas las estufas altas. Bebió un café con leche y Becherovka, aconsejada por la guía. Pero no le gustó. Siguiendo su consejo, se tomó una oblea del balneario, y luego otra. El nombre… —miró a su portátil— Yukiko Nishikawa. Dentro de un año cumplirá cuarenta. De Osaka, del barrio de Asahi. Han intentado coserle los dedos, pero el cirujano de la ambulancia no le ve muchas opciones, seguramente se le atrofiarán, los perderá, en realidad, ya los ha perdido. Igualmente podría hablar de suerte: si supiera la relación con los ataques anteriores. Algo que por suerte no conoce y quizá nadie se lo cuente. Está asegurada, pero Dios sabe si se lo reembolsarán. Si va a juicio, a alguien le saldrá caro. Su mala pata es que no viniera con una agencia de viajes, que lo haría por ella. Pero la agencia solo la llevó hasta Praga, esto era una excursión de un día con una amiga. Un mal sitio en un mal momento.

—En pocas palabras, Vary —dijo Julián, con una mueca—. ¿Tiene hijos?

—Dos, y marido. Desde Praga iban a seguir a Bratislava, Budapest, Viena, Salzburgo, Graz y no sé dónde más, ya no me acuerdo. —Volvió a sumergirse en el ordenador—. Agencia Muri, tiene su sede justo en Osaka, bastante grande. Hace seis años incluyó Europa Central en su carpeta. Pero no es importante, y para ti en absoluto.

—Quién sabe. Ahora sobre la vieja. ¿Tiene algo en común con ella…? Ejem. Puedo contestarme a mí mismo.

—Precisamente. Lo gracioso es que la vieja no se lanzó tanto a por ella como a por la oblea.

—¿Quería zamparse su oblea de Karlovy Vary? —Julián no pudo ocultar cómo le divertía. En el campo de golf había sido un asesinato y dos pechos masticados, por Dios. Canibalismo. Y aquí una anciana se había lanzado a por harina de trigo preparada con agua y horneada con azúcar y frutos secos.

Weber se encogió de hombros.

—El *feedback* de momento no nos ofrece demasiado, mañana sabremos más.

—¿Han ido periodistas allí abajo?

—Sí, no he podido hacer nada. Nos hemos largado cuando llegaban. Nos han husmeado solo dos. Tendrías que haberme llamado, Julián.

—Conmoción y pánico. ¿Cómo me habéis encontrado, al final?

—Abajo hay cámaras, han captado cómo entraba corriendo en San Andrés, incluso el momento en que se ha topado contigo, pero allí ya estáis pequeñitos y sin nitidez. La siguiente cámara está en el cementerio, tiene el sistema conectado, ha bastado encargar una toma, y nos ha llegado bastante información de las últimas veinticuatro horas.

—Toxinas en el cuerpo. Tenía que haberlas.

—También lo he pensado. Estamos trabajando en ello, pero los resultados realmente estarán mañana. —El portátil emitió un aviso y él examinó el mensaje que había llegado. Luego se rio, aunque claramente descontento—. Pues no, me acaba de llegar. No tenía drogas, solo alcohol, en la sangre. En el estómago quedaba licor de menta y de guindas. Una combinación asesina.

—A la mierda —se alivió Julián—. Las drogas son la única explicación. Y de nuevo faltan.

—¿Verdad? —Weber hizo una mueca—. Yo ya veía aquí un escándalo como en el Tour de France, pero después de dos o tres chupitos de menta y uno de guindas aún nadie le ha arrancado los dedos a ningún conocido. Hasta nuestra querida señora Milada Terminal.

—*Nomen omen* —dijo Julián, riéndose. Sintió cómo el aguardiente se vertía por su cuerpo y le embotaba agradablemente el cerebro adolorido.

—Setenta y ocho años, de Lázeň Bělohrad. Sin antecedentes penales, toda la vida trabajando de contable en una empresa de transportes de Pardubice. Pienso que si, en lugar de venir a Vary, se hubiera quedado en su balneario natal, quizá no habría tenido que lisiar a una japonesa y podría disfrutar de la pensión hasta su muerte tranquila a los ochenta y seis.

—Estaba aterrorizada —dijo Julián. El alcohol lo adormeció de tal manera que empezó a entumecérsele la mandíbula. Al menos, lo había abandonado la jaqueca—. Quizá más que yo.

—¿De ti? Le perforaste bien la mejilla.

—Seguramente también de mí, pero sobre todo de sí misma. ¿De verdad que no tenía cocaína o pervitina? —Alzó hacia Weber sus ojos agotados y regados de sangre.

—Nada, solo la priva. Tomaba pastillas para el corazón por la

mañana y por la noche, pero ya desde hace años. Aparte de eso, más limpia que un rododendro marchito. Eh, no te me duermas aquí.

Julián se dio cuenta de que tenía los ojos cerrados y estaba viendo a la señora Terminal en la calle de San Andrés.

Estaba sonriente, sin sangre, no tenía la cara agujereada.

—Ha sido mucho para mí. —Se frotó la cara.

—Igualmente es raro de cojones —dijo Weber, pensativo— que topara precisamente contigo.

—Yo también lo creo.

—Me confirma lo bueno que es haberte metido en esto.

—Empiezo a arrepentirme. —Julián se levantó de la silla y frunció el ceño—. ¿Y la víctima? ¿Yukiko?

—¿Qué le pasa?

—¿No tomaba el mismo medicamento, por ejemplo? Quizá eso atrajera a la vieja Terminal de alguna manera. O el mismo perfume, no sé. Colonia.

Weber puso expresión de escepticismo.

—Estás diciendo bobadas. Intenta dormir bien y, si la prensa te presiona, diles justo un tercio de lo que sabes.

—¿Cómo calcularlo? —protestó Julián—. Un tercio.

—Lo adivinarás.

—Yo también soy periodista.

—Te encontrarán. El del cementerio te hizo una foto cuando estabas sentado junto al muro.

—No creo que yo les interese.

—Te equivocas, amigo. Haré que uno de los nuestros te lleve al hotel, que no te pillen hoy.

Al principio rechazó las entrevistas, solo recibió al *Diario de Karlovy Vary*, y fue parco en sus respuestas.

No, estaba en Vary para curarse el sistema digestivo, de ningún modo por los asesinatos/suicidios caníbales. Sí, se encontró con esa mujer por casualidad. No, no existía ninguna colaboración con los criminalistas, y ni siquiera era posible. Sí, le había llamado la atención el caso, igual que habría llamado la atención de cualquiera que se topara en su camino con algo así. No, no pensaba hacer ninguna investigación por su cuenta, quería disfrutar de su ciudad natal. Sí, quizá algún día lo aprovechara para su escritura, pero ahora estaba trabajando en algo completamente distinto, descansando y cuidándose. No, no pensaba volver a su ciudad natal de manera permanente, estaba seguro de que seguiría en Praga, escribiría algo más y luego se moriría de una muerte tranquila… si en Vary nadie le arrancaba los dedos de un mordisco, u otra cosa (risa de la periodista). Sí, iría con cuidado. No, no llevaba ningún arma ni tampoco tenía licencia. No, ni puñal ni puño de hierro. Sí, le seguía gustando su

ciudad natal, siempre la recordaba y a menudo volvía para visitar a sus excompañeros de clase. No, por desgracia ya no tenía familia allí. Sí, también le gustaba el entorno, sobre todo Mariánské Lázně, Loket, las rocas de Svatoš, Ostrov, la región de Cheb, el castillo de Kynžvart. Lugares de su infancia y su juventud. ¿Y qué era lo que más le gustaba de Karlovy Vary? Los bosques, que se comportaban como una naturaleza cultivada, pero que en realidad eran como un libro de cuentos de terror que se abre como un acordeón. Leyó la entrevista en el Café Capricho y sonrió amargamente ante sus mentiras. Estaba en Vary porque lo había atraído Weber, así que había una colaboración, aunque fuera una miseria. La belleza de la ciudad se había ido a tomar por saco, sí, solo quedaban los bosques. En Vary, carteles de mal gusto, la llamativa tipografía de principios de los noventa, el éxodo de gente que se asentó allí después de la guerra, a la periferia y a otras ciudades. Otra posesión rusa para la que los rusos no tenían dinero. Nuevas rotondas, pasos elevados y un centro comercial, una biblioteca, el edificio de la policía en las afueras. Modernidad obsoleta, actualidad de anteayer.

Preguntó a la camarera si tenían licor de menta, aunque la señora Terminal no se hubiera tomado su dosis allí. En menos de dos horas, bebió cinco. No le hizo nada, aunque temió una sobredosis de azúcar. Era la hora del almuerzo. Vio y oyó a checos, alemanes, rusos; después, quizá coreanos o chinos. Una rusa con abrigo de piel, a pesar del calor que hacía allí. Un ruso con chándal Adidas azul, mejorado por el estudio Yamamoto. Una señorita con trenzas rubias. Podía tener apenas veinte años y llevaba en el antebrazo un bolso tejano azul claro de la marca Marc Jacobs, quizá auténtico. La oyó hablando con su prometido, le pareció una lengua incomprensible, seguramente estonio.

Con discreción —al menos, deseó que nadie se fijara en su acción—, buscó con la vista una fotografía abandonada. No se imaginaba dónde podía estar. Al entrar en el local tras la hora de la apertura, había observado el mostrador y las pequeñas sillas. Fingió no ser capaz de escoger un asiento oportuno. Examinó los baños, incluso los de mujeres. No encontró nada.

Entonces pagó y salió. El tiempo había mejorado. Enrolló el periódico, se lo llevó a una papelera y, antes de dejarlo, escarbó entre la basura.

Se fijó en una telaraña entre los retorcimientos de la barandilla, se agitaba en la brisa vespertina y relucía al sol. Debajo de ella, donde la barra transversal se tocaba con la vertical, había un pequeño trozo de papel encajado. Doblado, blanco grisáceo, discreto. Quizá un envoltorio de chicle, o tal vez no. Un pedazo de celo lo mantenía en su agarre metálico.

Julián se puso las gafas de sol y miró hacia atrás para comprobar que su comportamiento no era observado, pero a nadie le importaba lo que hacía. Examinó el entorno en busca de cámaras. Vio una que enfocaba parte de la zona peatonal contigua a las casas. Aquí aparcaban coches con permiso. Si alguien hubiera aparcado sin él, la cámara lo habría detectado. Julián se hizo un nudo en el cordón del botín y, antes de enderezarse, despegó el celo del metal, sacó el papel de la barandilla y lo escondió en la mano. Paseando, llegó al final de la hilera de casas, bajo la cuesta sin construir había dos bancos, un lugar de descanso donde no había que comprar nada y solo se miraba hacia los visitantes de paseo. Cruzó las piernas, encendió un cigarrillo y observó el entorno a través de las gafas de sol. Sobre la columnata de la Fuente Termal habían levantado un andamio. El río humeaba por el agua caliente que se enfriaba. Cerca, junto a un árbol, defecaba un pequeño y orejudo galgo gris y marrón. Su dueña —guapa, vestida con gusto, de unos treinta años, con un abrigo negro de lana, gafas de sol negras y altas botas negras— hacía ver que no se daba cuenta. Tampoco lo veían las cámaras, allí no había ninguna.

—*Sabaka* puaj —dijo Julián, señalando al perro—. *Vi dalzhná upratovat pa niom, v Pragie eto pad pakutoi*[2] —la amonestó, pero antes de que acabara, le hizo reír su ruso.

—Métete en tus asuntos, imbécil —cortó ella en checo, sin acento—, yo te daré *sabaka* puaj. —Sin embargo, cogió al galgo de la correa y se lo llevó.

Julián la miró mientras se alejaba y no se le escapó lo sucias y viejas que estaban las suelas de sus zapatos —de dama nada, pues— y aún estuvo un rato con la risa floja por cómo la había troleado. La risa volvía, no quería parar. Estaba feliz. Volvió a encender un cigarrillo, se llevó las gafas de sol a la frente, se puso las gafas de leer y solo entonces desplegó el trozo de papel.

Esta vez no era ningún papel fotográfico pasado de moda. Un A4 corriente. En él, una imagen.

Una mala foto, diferente de las anteriores. Salía el busto de mármol de Johann Wolfgang Goethe, que conocía bien, estaba algo más allá, siguiendo el Teplá a contracorriente y al otro lado, casi en la ciudad, dónde sino en el Camino de Goethe. Bajo el pedestal, en la imagen, sobresalía, estirado, un brazo de mujer. Viva, de pie tras la estatua. Se le pasó la risa, la escena era inquietante. No había en ella nada más, solo la piedra blanca elaborada en forma del prohombre de ojos desorbitados, tras él un delgado bracito. En las imágenes anteriores había detalles del cuerpo (¿quizá muerto?) con un tatuaje. Aquí alguien se escondía tras el busto, pero indicando dónde estaba, como si quisiera saludar al fotógrafo. O haciendo señales de que necesitaba ayuda.

Por la noche, estaba sentado en el bar del hotel, pensando en las tres fotografías, en el suicidio de la vieja en el cementerio de Drahovice, en la piscina abandonada del Thermal, en los grafitis y las cruces oscuras bajo el trampolín. Intentó emborracharse justo hasta el punto en que aún fuera capaz de subir dignamente en ascensor a su habitación, cerrar la puerta con llave, luego ya solo desfallecer sobre la cama y dormir cuantas más horas mejor. Más tarde, antes del amanecer, quizá superara la vivacidad del alcohol, volviera a quedarse dormido y se despertara mucho después de las nueve. Eso hubiera sido hermoso, pero en Praga hacía mucho que no le salía, así que se levantaba innecesariamente temprano y se iba a dormir muy tarde.

En el cubo de latón a la derecha del camarero se enfriaba una segunda botella de Cortese di Gavi, él de vez en cuando le echaba un vistazo. ¿Cuánto rato ha de pasar entre una copa vacía y una recién servida para que no te consuma la salud? Últimamente pensaba bastante en ello. ¿Cómo alcanzar el estado del no ser? Quizá bebiendo, dijo una vez en la facultad su profesor de Filosofía.

Ahora reflexionó al respecto. ¿Cómo alcanzar un estado de no beber? Quizá siendo, le salió, y le sonó bien. Podría vender el eslogan a Alcohólicos Anónimos. O más bien ofrecérselo sin más, pensó avergonzado, y le hizo un gesto al camarero para que le llenara la copa. ¿Cómo llevarse a sí mismo y a otra persona a un estado de no ser? Con una carnicería en Karlovy Vary.

Al menos para fumar tenía que salir. El vino le daba una pausa al cigarrillo y el cigarrillo una pausa al vino. Era un estilo de vida casi sano: una cosa atasca los vasos sanguíneos, la otra los dilata. Así viviría como mínimo hasta los ochenta, no necesitaba más. Después de los ochenta, difícilmente escribiría algo de calidad. Igualmente, ya había escrito sus mejores obras, no se hacía ilusiones al respecto. Lo supo sin duda tan pronto las acabó de escribir. Eran poco más de las once, el bar estaba abierto hasta la una, así que sobraba tiempo. En el otro extremo de la barra había sentada una guapa prostituta, supuso que sería ucraniana o bielorrusa, quizá del Báltico eslavo. Estaba bebiendo su segundo expreso largo, en una botella de cristal tenía agua con gas. Una rubia platino con rasgos eslavos, los labios estúpidamente fruncidos, aunque bellos y medianamente llenos, no modelados por el bótox. Ya lo había mirado fijamente tres veces: la primera vez sin interés, la segunda intencionadamente, la tercera con la frente arrugada por la decepción ante su falta de reacción. Un vestido azul claro, demasiado corto para octubre, aunque seguramente en el guardarropas colgara un abrigo, con toda probabilidad de piel. En el cuello, perlas artificiales blancuzcas y marrones. Las uñas de color rosa claro, el esmalte sin agrietar. Las uñas de los dedos de los pies de color rojo oscuro, asomando de unos zapatos abiertos de color

beige, de tacones altos y transparentes y con una hebilla transparente sobre el tobillo. Una puta buena, no una barata. Se le pasó por la cabeza si se habría dejado en el guardarropas las botas de piel rusas o habría venido en sandalias. Le dijo al camarero que le llevara un Prosecco. Cuando la copa aterrizó ante ella en el mantel, sonriendo le hizo un gesto con la cabeza a Julián y tomó un sorbo. También habría podido rechazarla. Quizá estuviera acostumbrada a champán auténtico y a caviar, pensó. Pero no lo hizo.

La examinó, ahora sin disimulo. Pómulos amplios, la cara oval, una pequeña nariz respingona. Grandes ojos redondos, melancólicos, como en una vieja película de cine negro. Quién sabe, quizá hubiera visto de todo. En el antebrazo izquierdo, desde la fosa hasta la muñeca, tenía tatuada una rosa con espinas y los pétalos de un color rojo oscuro, casi negro. La muñeca derecha estaba decorada con el tatuaje de una serpiente ondulada, uroboros devorando su propia cola. Parecía una pulsera.

Eso le hizo levantarse del taburete y, precisamente en ese momento, se oyó tras él una voz de mujer:

—Señor Uřídil.

No preguntaba, solo constataba.

Se dio la vuelta y miró a los ojos de una chica, o más bien una mujer joven. Estaba quitándose de la cabeza la capucha rociada de su anorak marinero azul oscuro, corto pero impregnado, de manera que las gotas de lluvia atrapadas fuera caían por él. Mangas anchas. Un modelo particular. El abrigo y ella. Él mismo tenía uno parecido. El pelo ondulado castaño oscuro, algo despeinado. Los ojos azul claro, como dos pirañas, una nariz fina, los labios sedosos a la vista, fruncidos en un pequeño círculo, las mejillas largas y caídas, suaves como el culito de un bebé.

Desde el taburete del bar, estimó que debía ser como mínimo tan alta como él, seguramente más. Una mujer guapa, menor de treinta. Sonriente y triste a la vez, nerviosa, como sobre muelles. La cara hermosa, esbelta, como las mujeres de los cuadros de Modigliani.

Rápidamente se giró hacia la ucraniana —bielorrusa, letona— y esta, como si lo esperara, con un gesto de disculpa apartó el Prosecco apenas empezado que él había pedido, y se fue. Una pena.

—Sí, soy yo —dijo, cuando se volvió de nuevo hacia la recién llegada—. Julián Uřídil. ¿Cómo me ha encontrado?

Señaló el periódico.

—He leído la entrevista. Mariela Moretti.

Se estrecharon la mano. Ella se quitó el anorak y, con la vista, llamó al camarero para que se lo llevara al colgador. Se sentó en un taburete y miró con atención a Julián.

—Por lo que escriben, está aquí en una estancia de salud. Una

casualidad. No lo molesto, ¿o sí?

—Para nada. Solo estoy bebiendo para quedarme dormido. ¿Quiere unirse?

—No lo diga dos veces. —Tenía los ojos llenos de un hambre de color azul claro.

Lo cautivó.

Indicó al camarero que les trajera otra copa, y cuando ambas estaban servidas, brindaron.

—Por su resolución de los asesinatos de Karlovy Vary —dijo secamente.

—Ojalá. —Bebió y luego repitió la pregunta, en un tono plano—. Igualmente, ¿cómo me ha encontrado?

—Nada difícil. Usted mismo dice en la entrevista que aquí ya no tiene vínculos, aunque sea de Vary. Podría haberse alojado en algún lugar privado, pero difícilmente con un amigo. Ya no le queda ninguno aquí, o ha perdido contacto con ellos. ¿Es así?

—Sí —concedió.

—Así que estaría en un hotel o una pensión, Airbnb de momento lo he descartado, pero si no lo hubiera husmeado hasta aquí lo habría intentado. Aunque no ha sido necesario, es usted de la vieja escuela. He estado en dos hoteles, y luego aquí. Bingo: en el tercero está en la barra del bar.

—Un trabajo detectivesco. Parece que me lee. ¿Está lloviendo?

—Ya no. —Quién sabe a qué respondió. Señaló hacia la prostituta, a quien el camarero estaba ayudando a ponerse el abrigo—. Ustedes dos no están juntos, ¿verdad? ¿No me he metido en medio?

—No —dijo, meneando la cabeza—. No la conozco de nada.

—Igualmente, tengo la sensación de que sí.

Él miró hacia atrás, a lo largo de la barra. La rubia repasó algo en el móvil, vaciló, como si siguiera esperando su oportunidad. Parecía triste. Maldita sea.

Volvió la vista hacia Mariela.

—Tiene apellido italiano, pero no tiene acento extranjero. Cuénteme.

—Estuve casada allí.

—Así que ya no lo está.

—Ya no.

—¿Qué podría necesitar de mí?

—Un autógrafo. —Mariela Moretti lo abarcó entero con sus enormes ojos, pescó en su bolso redondeado y sacó un libro anguloso. Julián vio su nombre y el título *El misterioso encanto del otoño*. Su antiguo cuento de terror, reescrito en forma de novela romántica. Su penúltima obra. Del año anterior.

—Las críticas fueron crudas —añadió y sacó un bolígrafo del bolsillo

de la chaqueta—. ¿A usted le gustó?

—Bastante, pero no era capaz de leerlo cuando estaba sola —dijo sonriendo, sin levantar los ojos. En las grietas quedaba una intensiva luminosidad azul. Como si con ellos iluminara la penumbra.

—¿Basta una firma o quiere una dedicatoria?

—Firma y dedicatoria. Pero no para mí, es para mi chico. Tiene diez libros suyos.

—El que ha traído acaba mal.

—Me gustan los finales así. Son como la vida. Todas las vidas acaban mal. Con la muerte.

—¿Cómo se llama su chico?

—Petr. Basta la inicial. Para P.

Él hizo lo que le había pedido, sopló la dedicatoria y el autógrafo, y le devolvió el libro.

—Gracias. Venga a vernos alguna vez. ¿Vendrá? Mientras está en Vary. A Petr le gustaría muchísimo.

—La mayor parte del tiempo no tengo nada que hacer, así que podría.

—Guay.

—¿Adónde, concretamente?

—Conocerá la dirección. Igualmente le daré una tarjeta de visita, me la ha dado para usted. —Le entregó una tarjeta azul pálido.

Petr Taufer, leyó. Teléfono, mail, técnico de balneario. I. P. Pavlova 36, 360 01, Karlovy Vary.

—¿En serio? —Levantó los ojos, sorprendido—. ¿Esta dirección?

—Esta dirección. Vivimos allí.

—Yo… —Buscó las palabras, asombrado.

—Lo sé. —Esperó a que se recuperara.

—Viví allí más de veinte años. Hasta que acabé la universidad.

—Cuando anunciaron el alquiler del primer piso, T. no dudó y fue a dar el primer plazo.

Julián ni siquiera se esforzó en ocultar su aturdimiento.

—¿De verdad? En el adosado junto al Thermal. ¿Él vive en mi viejo piso?

—Vivimos juntos allí.

—No lo entiendo —dijo tras unos momentos, completamente atónito.

Ella se encogió de hombros y se puso de pie.

—Pues pregúnteselo a él, señor Uřídil. Gracias por la copa. Y otra vez, por el autógrafo y la dedicatoria. Nos vemos en casa.

Le hizo un gesto al camarero, que solo titubeó durante un fragmento de segundo, le trajo el abrigo e incluso la ayudó a ponérselo.

Julián y el camarero la miraron alejarse. Se fue a un paso enérgico, como si hubiera cumplido con una tarea y ahora se lanzase a las

demás. Tachado.

Apartó la vista. Miró la tarjeta azulada, tenía el mismo tono acuoso que los ojos de Mariela Moretti. Se echó la mano a la cartera, sumergió en ella la tarjeta y cazó un billete de mil.

—Se lo pago ya y me llevo el resto del vino al cuarto —explicó al camarero y añadió la pregunta—: La mujer que ha estado hablando conmigo, ¿la había visto antes?

—Nunca en mi vida —replicó el camarero.

—¿Y la extranjera que se ha ido antes?

—Se refiere a Elena —dijo sonriendo—. Siempre está aquí. ¿Quiere su número?

—No de momento —contestó Julián y se fue a la cama.

Al día siguiente vinieron a verlo más periodistas. Había veinte peticiones de entrevistas y las aceptó todas, gradualmente recibió a un equipo entero. Había decidido fingir que estaba en un juego abierto. Un conocido escritor se cura del sistema digestivo y sigue, con horror, pero también con un asombro entretenido, los extraños asesinatos y suicidios. Claro, tiene alguna teoría, pero de momento no la dirá. ¿Cuál es su mirador de Karlovy Vary favorito? Todos, claro. Adiós. Siguiente. ¿La conozco? Estudié en el instituto de aquí, hace treinta años. Perdone, de algún modo… Así pues. El mundo es un pañuelo, ¿eh? Patético. Sigamos tratándonos de usted, no la recuerdo.

Duró la tarde entera y, tan pronto se levantó el último periodista, Julián esperó cinco minutos impacientes, se puso el abrigo y corrió a la planta baja por la escalera lateral. Cuando comprobó que no había nadie en el vestíbulo del hotel, se deslizó fuera, cruzó la columnata, subió a la Colina del Castillo y cruzó perpendicularmente por el camino al bosque.

Entre las ostentosas hayas y las hojas de color marrón dorado que le llegaban hasta los tobillos, se detuvo y cogió aire. Justo igual que hacía treinta años, cuando pensaba que, a causa del bosque —que desde la cuesta despliega con cuidado sus raíces hasta la ciudad interior, donde las remoja en las fuentes curativas—, se tendría que quedar en Vary, porque eso era todavía más bello que su silueta en la bruma otoñal. Seguramente ninguna otra ciudad de la república tenía algo así. Quizá Teplice, destruido a diferencia de Vary, aunque en las notas de Goethe quizá sea más bello. Si se cuenta también el pasado. Además, estaban Mariánské Lázně, Horní Slavkov, Most, Sokolov. Siempre los había dominado el romanticismo de los bosques locales.

Hacía menos de treinta años, iba a los bosques de Karlovy Vary con una chica llamada Hana. Eran de la misma edad. La diferencia de edad en sus relaciones se había estirado considerablemente a lo largo de su vida, pero entonces no importaba. Se había enamorado sinceramente de ella, un chico de dieciocho años de una chica de

dieciocho años. Luego salieron juntos durante dos años, hasta los veinte. Él se fue a la universidad a Praga, ella se quedó en Vary, Turismo, algo impreciso entre el instituto y la universidad. En la clase todas eran chicas, solo dos chicos. Al final de segundo, una excursión de clase al castillo de Hluboká. Uno de los dos chicos fue a visitarla en su cuarto. Allí dormían las chicas en literas, seis camas. Hana dormía arriba y las chicas estaban jugando abajo a las cartas. La luz estaba encendida, la sala llena, habían puesto Dire Straits, New Order, Spandau Ballet. Y el chico se llevó el dedo a la boca, les dio una botella de ron, subió a la cama y se tumbó junto a ella. Ella se despertó, pero él no le tapó la boca con un dedo, sino directamente con toda la mano. Al menos así se lo imaginaba Julián.

«Qué hacen», pensaron las chicas, sorprendidas, pero no subieron. Se pasaron la botella. Siguieron jugando y se esforzaron en tapar a gritos los eventuales sonidos que pudieran llegar de arriba. Solo que arriba, por lo visto, había un silencio absoluto. Se negaron a irse, lo consideraron un atrevimiento.

Julián se enteró mucho más tarde, por una de ellas. Claro, jugaron a las cartas, en el techo brillaba una bombilla.

Menos de tres meses después, Hana le dijo a Julián que estaba embarazada. En ese momento no entendió nada, estaba en segundo, en la facultad de Humanidades. Fue a Vary, a ver los padres de ella, dijo cómo estaban las cosas. Directamente les explicó, con un poco de arrogancia —porque tenía el alma en un hilo—, que era absurdo que tuviera el niño con Hana, su hija tendría que abortar; aparte, él mismo no era consciente de que pudiera haberse producido la fecundación. Le sorprendió con qué complacencia consintieron. Ni siquiera lo riñeron. Quizá supieran más que él. Tras la interrupción, todavía dejó que la conciencia negra le comiera la cabeza.

Sabía que debía quedarse con ella por haberle hecho algo así.

Hana empezó a trabajar en una agencia de viajes, él estudiaba. Cada vez se llevaban peor. Ya hacía tiempo que quería acabar. Pasaban juntos los fines de semana. Ya no iban al bosque. Miraban la televisión y cocinaban, un matrimonio prematuro que se mantenía unido por la conciencia de la culpa.

Después recibió una carta de una amiga de ella. Decía que no podía mirarlos, a los dos desgraciados, embrujados el uno con el otro. Así que Julián no tenía que romperse la cabeza por el aborto, él mismo decía que no sabía cuándo había pasado, y sí, habían dormido juntos, pero con cuidado. Así que ya podía despertarse: el niño muerto no era suyo.

Explicó cómo lo veía ella, la excursión a Hluboká, la llegada de Michal a la habitación, el incidente en la litera y las chicas jugando penosamente a las cartas, abajo, en el suelo. En el techo brillaba una

bombilla. Se negaron a irse. Si los dos de arriba querían hacerlo, ¿por qué no se iban a otra parte?

Cuando se lo preguntó a Hana, no mencionó a su amiga. Pero vio cómo se ponía roja, cómo empezaba a tartamudear. La oyó diciendo que no había podido defenderse.

¿Pero habría podido?, quiso saber él.

Habría podido, pero no supo, reconoció. Y añadió: «El niño me lo hizo Michal, pero fuiste tú quien quiso matarlo, por tu culpa no existe».

Con eso se separaron. Fue fácil. A Julián, víctima de un engaño, lo había convertido en culpable. También ella sintió alivio. Había echado su terrible culpa sobre otra persona y no podía lanzarse a una relación con un hombre que no quería tener un hijo con ella. Menos de un año después de la separación, volvía a estar embarazada.

Michal iba al instituto con Julián. Cuando Julián se fue a Praga a la universidad, él se quedó en Vary y estudió un suplemento de Turismo. Dos chicos en una clase llena de chicas. Después de dos años, entró en la academia de policía.

Julián lo había superado, aparentemente ya había pasado, pero la razón principal por la que se había negado durante años a ir a Vary seguía estando. Cuando era joven, había sido forzado a comportarse como un viejo. «Y ahora, ¿qué?», pensó junto a la glorieta de Fibich. Mejor volver rápidamente a la segura Praga.

Solo si fuera posible. Aún hoy seguía desconfiando de las mujeres y de los hombres. No tenía amigos, todas las relaciones tarde o temprano fracasaban. Incluidas las más serias. Tenía la conciencia limpia y, sin embargo, negra como el bosque de Karlovy Vary por la noche.

Un no niño muerto, un feto que él, no padre, había dejado asesinar. Todavía lo perseguía en los sueños. «La persecución de un inocente, qué típico», pensó haciendo una mueca, pero seguía sintiendo la culpa. Irracional, por ello aún más dura.

Y el que la había provocado siempre había dormido tranquilo. Hasta los asesinatos de Karlovy Vary.

Tenía un paraguas negro sobre la cabeza. La llovizna agradable acababa de convertirse en una lluvia de gotas medianas —quizá también grandes—, cálida y no demasiado brusca, porque el viento apenas empezaba a levantarse. Ya estaba oscuro y las farolas del balneario penetraron la oscuridad con una luz rosácea no demasiado fuerte. Estaba de pie en la calle del Prado Nuevo, cerca del teatro, vestido con un chubasquero azul oscuro que recordaba a una lona. Bajo el impermeable, llevaba un jersey verde de lana y unos pantalones negros suaves, tal vez demasiado anchos, pero aun así cómodos. Abajo de todo, en un charco, estaban sus botines de cuero,

marrones y de suela gorda. Siempre le había gustado la ropa elegante de ciudad, para él no existía ningún *outdoor*, y eso era lo máximo que sacrificaba a la época del año, al tiempo y a la practicidad. Se había adaptado al accidentado terreno de Karlovy Vary y a la cercanía del cauce del río casi como un dandi. Le gustaba la lluvia, especialmente allí, en Karlovy Vary, que yace a la sombra orográfica de los Montes Metálicos. La abundancia de agua subterránea está salvada por la insuficiencia de precipitaciones. La lluvia allí es casi tan rara como en el desierto.

Pasaron junto a él dos niños, una chica en bicicleta, con casco en la cabeza y una trenza ondeando, y un chico con un gorro de lana en un *skateboard*. El agua de lluvia salpicaba desde las ruedas. Si hubiera podido tener lista una cámara, lo habría fotografiado. «Vale», pensó, «mientras corran por aquí los jóvenes menores de quince años, quizá todavía no esté todo perdido». Los miró mientras se alejaban. Se miraba a sí mismo, a su infancia karlovariana, que la edad adulta karlovariana acabó tan brutalmente, expulsándolo a Praga.

De repente, el chico se detuvo, bajó un pie de la tabla, con el otro talón la levantó y la agarró de la punta. Volvió hacia él. Podía tener unos trece años.

—¿Tiene un cigarrillo? —Señaló la colilla en los dedos de Julián.

—Claro. —Julián metió la mano en el bolsillo y le pasó el paquete de cigarrillos ultrafinos.

El chico pescó uno y le devolvió la cajetilla.

—¿Fuego?

La chica se detuvo, apoyó el pie en el murete sobre el río y se dio la vuelta.

—Seguramente, también —dijo entre dientes y buscó en los bolsillos.

El mechero hizo clac. El chico lo encendió y fue hacia ella. Le dio el cigarrillo, lo compartieron. Julián no pudo evitar reírse: él había hecho casi lo mismo con una chica, precisamente en estos parajes, haciendo tiempo para ir por la noche al bar Kakadu, que, como siempre, estaba lleno.

El chico levantó el pulgar para despedirse, Julián los saludó con la mano. La chica se mostró suspicaz, a él no le extrañó. Miró hacia otro lado, ya no les prestó atención. Se fueron zumbando.

Se alegraba de no tener hijos. Al menos, pensaba que se alegraba. Se había obligado a hacerlo. Hoy seguramente serían unos púberes gamberros.

Pasaron a su lado dos mujeres bajo un paraguas claro, ambas le dedicaron una mirada de curiosidad. Les sonrió, incluso hizo un gesto con la cabeza, a la manera de los balnearios, pensó. Enseguida las olvidó. Se fijó en un hombre al otro lado del río. Mayor, aunque

costaba decir cuántos años podía tener. ¿Sesenta? Un poco más. Pequeño, con las piernas delgadas, el tronco un poco informe en un abrigo gordo. Un hombre solo llamativo por su sombrero, una desgastada gorra de caza al estilo de Sherlock Holmes, y también por su actividad.

El hombre estaba fotografiando el teatro. Estaba oscuro, necesitaba hacer una exposición larga. Tenía el aparato sobre un trípode. No era un móvil, sino una auténtica cámara con un auténtico objetivo, bien a la antigua, aunque desde esa distancia y bajo una sola farola no se podía distinguir con exactitud qué marca o tipo era. Como si eso importara. Quizá solo fingía estar fotografiando, pensó Julián y dio dos pasos para probar. El hombre lo miró brevemente, levantó el trípode y fue un poco más allá, de nuevo fotografió, aunque Julián no tenía claro qué. Así que lanzó la colilla y se dirigió directamente a él.

El hombre del sombrero miró hacia atrás y, cuando vio que Julián iba hacia él, cogió el trípode con la cámara, lo encerró bajo el brazo y metió las manos en los bolsillos. Luego cruzó a toda prisa el río hacia el otro lado y contra corriente. A la luz de las farolas, con los hombros claramente dibujados —doblados en redondo—, que realmente no eran nada recios, lo que dio valor a Julián. Siempre desaparecía, por un momento, en la sombra entre las farolas, y volvía a materializarse bajo una luz nueva, de modo que parecía como si él mismo se encendiera y se apagara.

Julián tuvo que cerrar el paraguas, que en el viento de otoño y con todo el apresuramiento había empezado a adoptar la forma de una vieja amanita ennegrecida. Luego él también cruzó corriendo a la otra orilla. El del sombrero oyó sus pasos y se echó a la carrera. Ahora sostenía el trípode y el aparato en sus brazos, como si fueran un niño y él su secuestrador. Se giraba, Julián seguía tras él, aunque la lluvia le enfriaba la cara y los hombros. Empezó a sudar bajo el impermeable. Corrieron hasta el Pupp, desde donde los observó, entretenido, el portero.

Llovía desde el noreste, los ojos de Julián lagrimeaban, pero ahora no podía hacer nada más que perseguir al huidizo personaje del sombrero. Este, por otra parte, una vez salió volando de su cabeza y él volvió atrás a buscarlo. La distancia entre los hombres se acortó, pero no sirvió de mucho. Julián se quedó sin aliento. Si la última vez, en San Andrés, le había ido sorprendentemente bien, ahora le vinieron a la memoria todos los cigarrillos fumados. Tuvo que detenerse a tomar aliento y observar impotente cómo el del sombrero se alejaba por el camino de Goethe y luego cruzaba corriendo la pasarela. Intentó fotografiarlo con el móvil, después apretó el botón verde del segundo teléfono. Weber no cogió la llamada.

Dejó un mensaje: dónde estaba, que enviara a alguien

inmediatamente o viniera él mismo.

El hombre entretanto desapareció. Si quería huir al bosque, donde se habría deshecho con facilidad de su perseguidor, ¿por qué había escogido cruzar la pasarela hacia la calle de Mariánské Lázně? Había casas, quizá tuviera la llave de una.

Julián volvió desde la iglesia de San Pedro y San Pablo hacia los Baños Imperiales y más allá, a las escaleras abruptas por las que se puede subir a la plaza de Hus o a la calle Škroupova y luego seguir a Nebozízek y hasta el hotel Imperial. Esas escaleras siempre le habían dado miedo y, al menos hasta los catorce años, su madre le prohibió ir por ellas. Cuando tenía siete años, allí habían violado y apuñalado a una mujer joven, tenían que haber sido dos personas, pero no se pudo atrapar a ninguno. Luego las escaleras estuvieron cerradas durante mucho tiempo. Se metió en un pasaje iluminado con un débil farol y tomó las escaleras de dos en dos y, una vez arriba, solo encontró una calle desierta de gente y llena de coches.

Uno se acercó en silencio a él, llegó con los faros apagados. Julián esperó con tensión. Alguien bajó del coche y se fue hacia él. Weber.

—Los chicos están aquí —dijo—. Están peinando la cuesta y la calle, tengo un coche en el Imperial. ¿Le has sacado una foto?

Julián repasó la carpeta de imágenes del móvil, en la última estaba la noche oscura y una mancha un poco más clara.

—No creo que ayude mucho.

—Yo tampoco —dijo Weber, riéndose, y le pidió que le explicara de qué se trataba.

—Si hubiera sido un fotógrafo al que le gusta sacar fotos de noche, ¿por qué habría huido de mí?

—Quizá le hayas dado miedo. Una pena que le diera tiempo a recoger el sombrero. Luego con los perros podría salir. Aunque con este tiempo, ni un perro…

Weber se volvió a sus dos acompañantes, un hombre y una mujer de civil. Julián encendió un cigarrillo. Estaba casi seguro de que el hombre de la gorra tenía relación con los asesinatos, y estaba rabioso por haberlo dejado escapar. Por su parte, Weber envió un par de miradas elocuentes hacia el cigarrillo. Una ruina jadeante y adicta: sin duda, era así como lo veía. Quizá ya se estuviera arrepintiendo de haberlo invitado a Vary.

A Julián se le revolvió el estómago y lanzó el cigarrillo. A Weber no se le escapó.

—Si fuera policía —dijo, con una risa maliciosa—, te pondría una multa por tirar una colilla en la calle.

Sus colegas le dedicaron una mirada de comprensión.

—¿Quién es? —preguntó el hombre, haciendo un gesto hacia Julián.

—El que nos ha llamado —respondió Weber.

—Pues luego se lo tomo —dijo la mujer, de manera formal, y sacó su *walkie-talkie*.

—¿Qué? ¿El cigarrillo? —preguntó, extrañado.

—Su testimonio. Necesitamos una descripción del sospechoso.

Julián a duras penas resistió una convulsión de vómito, tuvo que girarse un poco, con el antebrazo frente a la boca.

—Los nervios —gruñó hacia su manga.

El policía de civil, el «bueno», le ofreció que se sentara con ellos en el coche, mientras no vomitara dentro. Julián rehusó. Weber disfrutaba visiblemente de su aprieto. Hizo que los dos se fueran, se le acercó, y comentó, en voz baja, solo para él:

—Lo vi con un idiota que esnifaba cocaína y aseguraba que solo consumía, pero que no hacía negocios. Los chicos lo pillaron en un club musical, llevaba cuatro bolsas de un gramo en los bolsillos. Fui a ver el interrogatorio, estaban delante de él, sobre la mesa. Así que le dije que si delataba al camello enseguida se podría tomar dos rayas, que no miraríamos. Y él se las metió, no nos dijo nada, y en lugar de eso vomitó delante de nosotros. Luego, en la celda provisional, encima le entró cagalera. Pero tenía un aspecto satisfecho, como tú ahora, aunque vomites en vacío y tengas convulsiones en el estómago. Solo que él después me denunció por incitarlo a un crimen, el cabrón. Y luego lo desmintió frente a la inspección. Tuve suerte de que no se estuviera grabando.

—¿Por qué me lo cuentas? —quiso saber Julián—. Cada profesión tiene sus cosas.

—Porque no quiero —gruñó Weber al oído de Julián— que se repita algo así: ofrezco una ventaja a alguien, y él, esto. Muchas gracias, «esto» es poquísimo. Creía que eras de otro formato. Ya me has vuelto a molestar para nada.

—Quieres decir —replicó Julián— que no atraparéis al tipo. Pero tiene que estar por aquí en algún sitio. A su edad no ha podido llegar lejos.

—Hum. ¿Y si tenía coche? Ahora ya se ha esfumado, pero no es fallo nuestro no haberlo atrapado, Julián. Es fallo tuyo.

—No tengo que esperar a que recojáis los bártulos tú y los chicos, ¿verdad? Estoy algo cargado, necesito un café caliente y un edredón. —Esperó que todo el frío que lo hacía tiritar llegara también a su voz.

—Tranquilamente vete a descansar, viejo, esto puede durar hasta la mañana. Por tu culpa. —El tono de Weber lo superó en frialdad.

—Pero la mujer ha dicho que tengo que declarar.

—Pasa, puede esperar. Buenas noches, detective.

En el hotel, pidió la llave de la habitación, pensó en que más le valía mudarse a un piso alquilado por el sistema Airbnb, porque de otro modo, en nada se arruinaría, y la recepcionista lo volvió a llamar justo

cuando estaba metiendo el pie derecho en el ascensor.

—¡Señor Uřídil! Tiene correo.

Correo, nada menos. Algo tan caduco. Casi tan muerto como el telégrafo. Típico, recibir correo en Karlovy Vary.

La señorita, con una sonrisa aplicada, le entregó un paquete blanco, él lo cogió, lo alzó a contraluz, lo desgarró con cuidado de no dañar el contenido, luego sacó una fotografía en color.

Entonces se giró rápidamente de espaldas para que ella no viera la imagen. Echó un vistazo a la dirección del sobre para asegurarse de que no se trataba de un error: el hotel, su nombre. En la esquina superior del sello con la sonrisa del presidente, un sello estampado.

Dio un par de pasos y metió la mano en el bolsillo para sacar las gafas de leer, una dioptría ya hace lo suyo. Se las puso y observó la foto.

Una chica con un vestido negro. Tumbada en el bosque, fotografiada desde los pies desnudos, las piernas visibles hasta las rodillas, de espaldas en una cuesta, la cabeza girada hacia atrás, las manos separadas del cuerpo (era un vestido de tirantes). Sobre la muñeca derecha tenía una mancha azul. Sobre el tobillo interior derecho, otro signo, rojizo o violeta. Un tatuaje. Era ella. La mujer cuyos tatuajes habían aparecido en las fotografías encontradas en los lugares de los ataques. Aquí estaba acostada, inconsciente, muerta. O lo fingía. Se le veía el cuello claro y, desde debajo, la mandíbula y la barbilla, también la mejilla izquierda y la nariz, que, junto con la mano derecha y la muñeca interior, eran lo que captaba más luz. El pelo abundante castaño, caído hacia un lado. Aparte, solo el bosque tranquilo, a ratos soleado, con la inclinación del terreno, como es típico de la cuesta sobre el Teplá.

Lanzó una mirada inquisidora hacia la recepcionista, que pareció hacerse un ovillo ante él. Una chica rechoncha con gafas, el pelo teñido y una chaqueta tejana que le quedaba ridículamente pequeña. Como si se hubiera comprado una talla infantil. Podía tener apenas veinte años.

—¿Cuándo ha llegado, exactamente? —preguntó. Pensó que podía parecer agresivo, la chica se estaba escondiendo detrás del mostrador. Intentó relajarse un poco.

—Espere, creo que lleva aquí un rato.

—De noche no llega el correo. —Casi se lo gritó, a la pobre.

—Tenemos nuestro buzón en el límite de la zona de balneario —explicó, como disculpa—. Aquí la entrada está restringida. Lo trae un mensajero dos veces al día, por la mañana y por la tarde.

Julián cerró los ojos. En los lados internos de sus párpados vio al del sombrero, claramente rojo como la sangre. Pero si hubiera sucedido otro asesinato, ya lo sabría.

Cuando abrió los ojos, la chica lo miraba con los suyos aterrorizados.
—¿Ha pasado algo? —preguntó.
—Ya me gustaría saberlo —dijo y se dirigió al ascensor—. Buenas noches.
Cuando apretó el botón, la recepcionista lo llamó:
—¡Espere!
Se abrió la puerta del ascensor, pero él se quedó quieto, esperando a que volviera a cerrarse.
—¿Sí?
Temerosa, fue hasta él y se quedó a unos tres metros de distancia.
—Perdone, señor Uřídil —dijo.
—¿Qué he de perdonar?
—Ahora que miro el registro, no lo han traído hoy, sino ayer. El colega al que he reemplazado se ha olvidado de decírmelo. Llegó por la noche, lo recogió Sára. Dejó una nota, pero Janek (es mi colega) no me lo ha dicho. Por favor, discúlpenos. Queremos mejorar constantemente el servicio, pero a veces se produce un error.
Volvió a cerrar los ojos, contó hasta diez. Diez. Así que no. Ninguna relación con el del sombrero. Habían enviado a la chica ya antes.
—Está bien —intentó sonreírle de manera agradable—. Gracias. Tan pronto vuelva a llegar algo, hágamelo saber inmediatamente, ¿de acuerdo? Tiene mi móvil en la hoja de reserva de la habitación.
Complaciente, casi feliz, le confirmó y aseguró que lo transmitiría a todos sus colegas. Julián abrió la puerta del ascensor y entró.
—Buenas noches —oyó desde el pasillo.
Antes de que la puerta se cerrara completamente y el ascensor se pusiera en movimiento, intentó tranquilizarla con una sonrisa afable.
Así que no hoy, sino ayer. Nada concordaba con nada.
Otra foto. ¿Por qué?
Una vez en su habitación, abrió el refrigerador del minibar, encontró dos wiskis diferentes y los vertió en un solo vaso. Cató, era una buena mezcla. Se sentó sobre la cama y miró la fotografía.
Una mujer joven en el bosque, tumbada boca arriba. Fotografiada desde los pies, que no están del todo cerca, como si alguien la hubiera violado y luego matado. Lleva un vestido negro, la cabeza girada hacia atrás, los brazos extendidos. Alrededor hojas viejas, palos y ramas, troncos de árboles y musgo. En el cuerpo, las manchas. En la muñeca. Sobre el tobillo.
Sacó de su mochila la hoja de oficina donde había guardado las tres fotos anteriores. Entonces las comparó con la nueva. La ubicación de las manchas del cuerpo respondía a los tatuajes. La misma chica tatuada. Seguramente, ya muerta. Una escena que despertaba angustia.

Pero no era solo el tema de la foto, la propia mujer, lo que lo intranquilizaba. También era el medio. Tenía la sensación de conocerlo, de ya haber estado allí, aunque el lugar no llamaba la atención en nada, un rincón del bosque sin atributos. Lugares como este se parecían entre sí, los bosques de los extremos opuestos de la república podían parecer casi idénticos, él mismo había vivido un *déjà vu* ya varias veces, cuando llegaba a un claro o bajaba a una hondonada: como si ya hubiera estado antes, aunque no hubiera pasado, aunque sí, había pasado, pero en otro lugar que, por algún embrujo siniestro, parecía exactamente igual que este.

Lo conocía. Solo que podía hartarse de mirar la foto e igualmente no sería capaz de decir dónde estaba ese lugar. Cuando se quedó dormido, el *déjà vu* volvió en una nueva forma. Sabía que estaba dormido, también que quería despertarse, pero no podía. Se acercaba por la cuesta del bosque hacia la mujer tumbada en la hierba. Movía las piernas y los brazos, se daba cuenta de que ella lo había visto entre los árboles y que quería huir de él. Pero no podía ponerse en pie, como si se hubiera quedado parcialmente paralizada. Levantaba su cabeza morena, lo miraba fijamente, quería gritar algo, inútilmente: de sus labios entreabiertos no salía ningún sonido. Al acercarse, entendía que ella le tenía miedo. Que, delante de él, en el sustrato del bosque, se retorcía como una presa que sabía que no podría escapar de él, el depredador. Le decía que la conocía de algún sitio, pero que no podía acordarse de su nombre y que no quería hacerle daño. Su propia voz le sonaba extraña. En los grandes ojos azul celeste aparecían lágrimas que corrían por las pálidas sienes y mejillas. Se arrodillaba junto a ella y cogía su mano, ella seguía mirándolo en silencio, asustada. Al levantarle el brazo para probar si sentía algo, de debajo de su costado aparecía una hormiga negra del tamaño de la mano. Tenía la cabeza de pájaro, un pico en lugar de mandíbula. Julián se asustaba y soltaba el brazo de la mujer, ella caía sobre la hormiga y la aplastaba. La mujer miraba su brazo, agitaba la cabeza, habría chillado si hubiera podido. Tenía la hormiga con pico en el antebrazo. Pero ahora esta era un tatuaje, una mera imagen inofensiva, aunque repugnante. Sonreía con alivio, levantaba los ojos lagrimosos hacia Julián y hacía un gesto con la cabeza, como si quisiera incitarlo a hacer algo. Él quería tumbarse junto a ella, quizá hacer el amor con ella, pero su tatuaje lo repelía: de repente, tenía hormigas con pico por todas partes, en sus brazos y piernas. Julián le remangaba lentamente la falda, y entonces, bajo la tela negra de la entrepierna, algo se movía. Soltó un grito y se despertó. En la habitación seguía sonando el eco. Casi podía oír todavía cómo había gritado en el sueño.

La mujer tumbada era Mariela Moretti. Al reconocerla con

posterioridad y recordar su nombre, Julián entendió también dónde podría encontrar el lugar en el bosque. Había cada vez más luz, pero todavía no la suficiente, así que estaba completamente solo en la calle. Notó el olor de las hojas en descomposición desde la cuesta hasta allí abajo. Cruzó por el pequeño puente a la otra orilla del río, pasó por delante de la columnata de piedra y, pasado el Balneario III, giró a la calle Sadová. Al final de esta, un Karl Marx de bronce se enfrentaba al consulado ruso; parecía estar en una silla de barbero esperando la navaja, se solía bromear antes sobre el monumento. Julián se fue hacia la derecha, al estanque del Pequeño Versalles, y llegó al bosque por la calle de Křižík. Se enchufó a la señal turística verde, pero habría encontrado el camino también de memoria. Anduvo por él hacia el monumento llamado Libro, un tocho de piedra abierto en un poema alemán dedicado a la madre. Una vez, cuando tenía unos nueve años, se había subido a él y su madre le había dado tal cogotazo que por poco lo hizo caer. Ahora acarició la piedra fría y se le quedaron pequeños restos de bosque en los dedos. Se frotó la mano en el impermeable y miró a su alrededor. Arriba, más o menos allí. Partió hacia la Adoración del Bosque y pronto la vio, igual que en sus recuerdos: una pirámide de piedra, cubierta de musgo de colores, con una imagen santa, un crucifijo y placas conmemorativas incrustadas. Alrededor, helechos, flores artificiales en jarrones; debajo de estos, pequeñas velas de cementerio, algunas de las cuales estaban encendidas. Le gustaba venir. La construcción emanaba una paz sagrada, era un lugar de contemplación. Cuando venía con sus padres, lo llamaban «iglesita».

El bosque encantado, lleno de rocas y torres panorámicas, cabañas de cazadores, capillas y placas conmemorativas, olía a hojas, barro y setas. Mirara donde mirara, veía las pequeñas cabezas empañadas de rocío, creciendo del micelio, conectado bajo el suelo con las raíces de los árboles. Jugaban con todos los colores, boletos marrones, níscalos rojizos, *russulas* verdes, rojas, amarillas y violetas, y, al subir, vio también pies rojos, hongos de vaca, cortinarios y bejines. Echó de menos llevar una navaja en el bolsillo. Quizá a la vuelta. Le llevaría las piezas al cocinero del hotel para que las preparara para la cena.

Se detuvo, con la foto en la mano. Avanzó un par de metros. Estaba en el lugar desde donde habían sacado la foto de la chica. Cerca, había unas ramas entrecruzadas, totalmente discretas, una de unos setenta centímetros, y cruzándola había no una sino dos, la mitad de largas. El hecho de que las varas transversales fueran dos le confirmó que este era el lugar exacto y que alguien había colocado la madera a propósito de esa manera. Se preguntó cuánto aguantarían las ramas en su sitio. Un año, quizá dos, difícil que fuera más. Dependía de la fuerza de la lluvia y del viento, y de que un perro no cogiera un trozo de madera.

Solo le faltaba la chica. Pero no faltaban setas: champiñones ostra en un tronco en descomposición, políporos, otros parásitos. Hacía mucho que nadie pasaba por ahí, las setas jóvenes estaban igual de intactas que las viejas, que, lentamente, complacientes, volvían a la madera, de la que expulsaban sus esporocarpios. Volverían a hacerlo la siguiente vez. Julián se arrodilló junto a un tronco caído y acarició los pliegues irregulares y aterciopelados de la madera seca, admirado, como si contemplara la obra de la pintora que se hacía llamar Toyen.

Los lugares conocidos son terribles. Si nos los recuerda una obra de arte, experimentamos asombro. Si son estos los que nos recuerdan a una obra de arte, son el camino al infierno. Por eso huimos hacia todos los sitios nuevos, donde nos da igual ser solo turistas. Ante todo, perdonarse una experiencia así. No tener educación, no encontrar ninguna relación tras el texto, tras la imagen, tras la acción. Solo nutrirse de belleza y sabiduría: en ello podría haber cierta felicidad.

Julián ahora era un turista y un viejo conocedor. Conocía el lugar, pero llevaba demasiado tiempo lejos de él. Apartado, y, sin embargo, cerca del camino. Por la foto, localizó la colocación del cuerpo en el terreno, los árboles estaban un poco diferentes, pero eran los de la imagen. Se tumbó en la hierba mustia igual que la chica. Dejó que el frío penetrara en él desde la tierra.

Se le humedeció la ropa, ya la lavaría, ahora estaba allí. Donde la chica había estado. Alguien la mató y la fotografió, cerca de ella compuso una cruz primitiva. Luego hizo algo con ella, o la enterró por aquí, o se la llevó a otro lugar, o la quemó con sus tatuajes. La chica se veía intacta, nadie parecía haberle cortado nada del cuerpo. Solo estaba muerta.

Le alivió que solo estuviera muerta.

Solo que, después de sacar la fotografía, quizá alguien se hubiera echado sobre ella y la hubiera despedazado. O podía ser que no. Si estaba tatuada, tal vez los tatuajes la habían protegido. Quizá por eso se tatúe la gente. No es fiable al ciento por ciento, pero si se hace bien y con precisión es una defensa contra el mal de ojo. Los tatuajes son un atavismo irracional, una señal secundaria cuando ni el cuerpo ni la lengua bastan. Manifestar un gusto, participar en algo. Y debe durar toda la larga vida. En este caso, corta.

No da igual si uno va entero a la tumba o a medias. Esperaba que ella hubiera llegado entera. Miró a su alrededor, dio cuatro vueltas, cada una un poco más amplia. En ningún lugar, ni un indicio de que hubieran excavado, el terreno estaba intacto. Volvió desde el lado contrario a por el que había venido y examinó la pequeña cruz improvisada, compuesta de la rama de setenta centímetros y las dos barras transversales menores. La fotografió con el móvil.

Cuando oyó un ruido a su espalda, se dio la vuelta bruscamente.

Hacía viento, el crujido podía haber sido provocado por este. Pero no era así. A unos siete u ocho metros, en la cuesta y debajo del sendero, donde los árboles eran mayores y más gruesos que alrededor de la cruz, había una poderosa haya con la corteza suave y de un gris plateado, en la que alguien había grabado, a cuchillo, una inscripción sobre la que velaba un ojo de madera, el vestigio de una rama embrionaria que jamás creció. Pero la inscripción estaba a unos dos metros de altura, había sido hecha hacía mucho tiempo, y el ojo estaba encima, mientras que justo por encima del suelo ondeaba, en el tronco, un jirón de tela negra, como si alguien estuviera escondido y eso revelara su presencia.

El viento volvió a ahuecar las hojas caídas, aún más las que todavía se mantenían en las ramas. Como si hablara a través de ellas, recordando lo que había sucedido. Sus padres iban allí con el pequeño Julián hasta que un chico escogió ese lugar para pegarse un tiro: un poco por encima de la Adoración del Bosque. Entonces, dejaron de ir. Él volvió solo, unos años después. Y ahora, después de largos años, por otros motivos, siguiendo la foto.

La tela negra tras el árbol se agitaba y Julián pensó que la persona a quien pertenecía esa ropa (fuera la punta de una falda o de una corbata) no podía ir en serio con lo de jugar al escondite. Quería llamarlo en broma, pero todas las palabras le parecían ridículas. Metió la mano en el bolsillo para coger la llave de la habitación del hotel, de probada eficacia. En el otro bolsillo había pañuelos, chicles, el paquete de tabaco y el mechero.

Con la mano temblorosa, se encendió un cigarrillo, un poco con la idea de que, si algún vigilante del orden público lo atrapaba fumando en el bosque, habría ganado y con mucho gusto desparecería de allí en su compañía.

Pero no apareció nadie y tras el árbol alguien seguía de pie, inmóvil, revelado por un trozo de su negritud.

Así que avanzó. Se acercó al haya, que lo observaba como diciendo: «Sorpresa». Había sido bien escogida, en las proximidades no había un árbol más esbelto, ningún escondite mejor, no solo para una mujer delgada, sino quizá también para un hombre de espaldas anchas. Cuando estaba a unos cinco o seis metros del árbol, se desvió a la derecha para rodearlo por el lado desde el que no se veía el andrajo negro. Intentó pisar lo más en silencio posible, pero tampoco iba de puntillas, eso no; toda la situación le pareció teatralmente inapropiada, y, aunque la entidad tras el árbol hubiera tenido preparado un cuchillo, un revólver o solo sus dientes afilados y una mente loca, Julián quería acabar con esa impropiedad: la absurdidad de la situación de tener que temer a alguien escondido tras un haya en el término municipal de Karlovy Vary, cerca de la Adoración del

Bosque. Con sorpresa, encontró que en ese momento no temía tanto por su vida: para eso estaba demasiado vacío y era demasiado pobre, sobreviviendo de libro en libro, de nada auténtico en nada auténtico. Aquello era peligroso, pero también real.

El silencio se posó en el bosque como en un banco de iglesia, pero en su cabeza le palpitaba tecno. Sin melodía, solo el *beat* del corazón, lanzado por las arterias al cerebro.

Antes de rodear el haya, se fijó en una pequeña cinta amarilla de papel pinocho en la rama de un árbol cercano, más pequeño. Un poco pálido, pero no mucho. Unos escolares o escoltas quizá hubieran tenido aquí una batalla. Una cinta rosa colgaba de otra rama.

Tomó aire, exhaló y dio dos pasos tras el tronco.

Quería algo real, y ya lo tenía. Un cuadrado negro de tela tosca sujetada a la corteza con un alfiler, como si alguien hubiera colgado allí un trapo de cocina. Y el viento se posaba sobre él igual que sobre las cintas amarillas, de las que Julián contó cinco en el entorno. Allí había acabado la batalla adolescente por la bandera y al final habían olvidado el botín, tal vez había empezado a llover y dejó de interesarles.

Estuvo unos momentos riéndose al viento, luego despegó el trapo negro, lanzó el alfiler y dobló la tela húmeda en un cuadrado diez por diez. Se la metió en el bolsillo como un pañuelo. Si se daba el caso, se la enseñaría a Weber como una posible pista.

Y la cruz quizá no fuera ninguna cruz. Quién sabe qué indicios falsos le deja la naturaleza a la gente cuando quiere marcarla o inspirarla. Para Goethe, era lo segundo. Poeta romántico, geólogo romántico, viejo romántico. El arte, según él, se convierte en arte real allí donde dé igual aquello que quiere o debe representar. Lo representado puede estar contento de que el artista lo haya visto y haya dejado hablar a su genio a través de él.

Quizá también este bosque pueda estar contento, pensó Julián, de que alguien lo haya visto para su crimen, infame pero bello.

Había retrasado ya bastante la visita y, puesto que tenía sentido de la educación y también tenía curiosidad, se dirigió hacia la casa. Puesto que aquel tipo había enviado a su chica para que le autografiara el libro y, además, le había dado una tarjeta de visita, tarde o temprano tenía que aceptar la invitación, por muy encontrados que fueran los sentimientos que despertaba en él. Julián no tenía muchas ganas de ir al piso donde había vivido hasta sus veintitrés años y donde ahora vivía un absoluto extraño. No le daba muy buenas sensaciones, se sentía ridículo, y si alguna vez le había sobrado algún sentido, aparte del que tenía para las historias enmarañadas, era el de la inadecuación y el ridículo. Pero en Vary en otoño no estaba pasando nada, y dos días después de visitar el lugar de la cruz del bosque, no tenía nada

que hacer. El caso no había avanzado, quizá exceptuando el hecho de que Weber se había lanzado a por el trapo negro fijado en el árbol y le había prometido que lo haría examinar por los forenses. Julián, sin embargo, dudaba de que el interés de su antiguo compañero de clase fuera genuino. Quizá los dos habían querido fingir que algo estaba pasando, puesto que ya no estaba pasando nada.

Llamó al número que citaba la tarjeta de Mariela Moretti y enseguida, tras el primer tono, sonó la voz de un hombre, como si su dueño hubiera estado esperando impaciente la llamada. Un sencillo «hola». Suspicaz, nervioso, inseguro. Julián se aseguró de que la invitación del señor Taufer seguía en pie, es decir, al piso donde él, Julián Uřídil, había vivido más de veinte años, que sería un honor para él y quería quedar en el día y la hora.

Taufer contestó que viniera, sin problema, en cualquier momento en que él estuviera en casa, es decir, mejor inmediatamente, era un motivo excelente para tomar un café con un escritor admirado, y que gracias.

Julián se mostró de acuerdo, estaría allí más o menos en media hora.

Salió del túnel bajo el Thermal y recordó que un invierno glacial, de los que hoy en día casi no suceden, estando arriba, en las terrazas, junto a la barandilla, y, con un disparo bien dirigido, había lanzado una bola de nieve, o más bien de hielo, hacia un coche en marcha que estaba aproximadamente en el sitio donde él se encontraba ahora. Y cuando el cristal, que ya debía de estar agrietado, se partió como una telaraña y el vehículo derrapó tras un brusco frenazo, se estrelló contra una señal de tráfico que indicaba la altura del techo del túnel y la derribó. El golpe al muro de hormigón, afortunadamente, fue de soslayo y con la parte de atrás, cuando el coche giró. Y él, un niño de doce años, de repente presa del pánico, salió corriendo y no paró hasta cruzar el Ohře y más allá, al barrio de los Pescadores, donde se paró a coger aire, temblando por la idea de que de un momento a otro lo atrapara un coche de policía.

No lo atrapó. Unas dos horas más tarde de lo que había prometido, volvió a casa. Luego tuvo una semana entera de prohibición de todo, pero no importó (entonces a los niños todavía se les prohibía ver la tele, trasnochar y salir a la calle). Solo deseó que no le hubiera pasado nada a los ocupantes del coche que había liquidado con una pequeña masa de agua congelada.

La serie de casas a mano derecha eran los restos de la calle que había caído víctima del proyecto del Thermal. El otro lado había desaparecido en los años setenta, lo había sustituido un paso elevado de acceso al hotel, a las terrazas y al aparcamiento, a la construcción auxiliar de la sala de cine, grande y pesada, bajo la cual estaban los

garajes. Arquitectura clarividente ya entonces.

Precisamente allí, en una de las casas de ladrillo libradas de su espejo callejero, había vivido durante tantos años. Revoque amarillo, gráficamente discreto, y, sin embargo, un estuco masivo. Junto a la ventana del salón del primer piso todavía estaba el plato oxidado de la antena del satélite, que una vez adquirió su padre, creyendo que en la televisión alemana, la noche del viernes y del sábado, daban películas eróticas alemanas. En esa época ya no las daban y nadie estaba dispuesto a pagar la tarifa.

Subió las escaleras al pasadizo cubierto del número treinta y seis. A la derecha, al nivel del descansillo, una tienda; abajo, a la izquierda, al nivel de la calle, el pasadizo hacia el patio. No podía contar cuántas veces había pasado zumbando por aquí con su bicicleta de carretera Favorit, sin casco y sin ningún temor. Desde el patio, una segunda entrada llevaba hacia la bodega donde él dejaba la bici. Luego, recién entrado en la edad adulta, se le petó el cable del freno cuando bajaba una suave pendiente. Frenó con el freno delantero y con la punta de la zapatilla derecha, con lo que la agujereó. Seguía recordando el hedor de las gomas de los zapatos. Nunca llevó a arreglar la bicicleta, dejó de usarla. La chica con la que salía entonces le dijo que no era normal (a ella le gustaba ir en bici). Una bici tan bonita, y él no la llevaba a arreglar. Él tenía absolutamente claro que ya no volvería a llevarla, el freno defectuoso lo había avisado. La bicicleta verde con el manillar curvado quizá siguiera en la bodega, bajo sus pies. No iría a cerciorarse.

Apretó el botón de metal Moretti/Taufer, escrito con bolígrafo azul. No se le escapó que la etiqueta del timbre era nueva, la pareja no llevaba mucho tiempo allí; las demás placas, a excepción de una, estaban impresas en cursiva roja.

—¿Sí? —De nuevo, tan rápido que lo sorprendió, la voz, ¡si apenas había soltado el dedo del timbre! La misma voz que en el teléfono, nerviosa y tensa, solo que distorsionada de otra manera por la electrónica casera.

—Uřídil —dijo Julián, y cuando escuchó el zumbido de la puerta y la empujó, miró hacia atrás, al día de otoño sobre la rampa de acceso al Thermal. El sol blanco iluminaba, derrotado, a través de la niebla gris. En la calzada yacían hojas amarillas, rojizas y caneladas de los arces, como estrellas de mar arrojadas, y, sin embargo, en las proximidades no había ni un solo árbol como era debido. Las hojas de las cuestas boscosas que abrazaban desde siempre y para siempre el valle del Teplá, aunque no se pudieran ver.

Los peldaños amplios y cómodos de las escaleras interiores de la casa, que recordaba tan bien y que una vez cada catorce días limpiaba con un trapo envuelto en una escoba. El hedor a humedad ventilada,

las ventanas al patio ligeramente sucias, exactamente igual que entonces, el revoque amarillo ocre desteñido. En la parte inferior, una capa lavable que ya no estaba.

Primer piso, la puerta de la izquierda, la primera de todas. La respiración cortada. La mirilla de baquelita roja y negra con el borde ondulado, la misma de siempre.

Alguien se acercó a la puerta desde el otro lado, estaba mirando, y ya la abría de par en par, y no era el dueño de la voz del teléfono, sino Mariela Moretti. En el recibidor la envolvía una luz blanca y clara, bombillas led en el techo y en las paredes, ninguna penumbra color yema, como cuando Julián vivía allí. Sintió su viejo apartamento, lo habría reconocido incluso ciego.

La sonrisa de ella parecía sincera. Pequeños cuadrados de dientes, húmedos y blancos, entre los labios elegantes. Tenían labios así las estrellas del cine de antes de la guerra. Greta Garbo. Sobre los labios, una fina nariz con los agujeros alargados. Los ojos de un azul grisáceo. Raramente se ven tan claros, especialmente en combinación con el pelo castaño oscuro. La última vez, en el bar, con una iluminación tenue, eran mucho más oscuros, solo de un azul luminoso. Si lo recordaba bien.

En esos ojos había alegría, fuera artificial o natural. Las mejillas sonrosadas, el cuello estirado desde el caparazón de un jersey de cuello de cisne beige. Una mujer delgada como un tubo de ensayo.

Ella lo abrazó de alguna manera, ni siquiera a medias, apenas tocándolo, no hacía falta, él se lo intentó devolver. Un perfume remoto, aunque conocido, especias y azucenas, igual que ella. Dejó que le quitara el impermeable. Cuando se lo llevó al armario, le volvió a la nariz el buen olor del viejo piso donde había vivido tanto tiempo. Inconfundible, seguía allí, el perfume no podía taparlo. Superó las ganas de sentarse sobre el linóleo verde y apoyarse en la puerta, su antigua posición preferida en el borde del piso. Se infundió ánimos, entró en la sala de estar, y de nuevo la percepción: seguía estando el mismo suelo de parqué resquebrajado, con todo su polvo, las moscas y los insectos caseros muertos. Ya sin alfombra. El inquilino actual estaba justo en el centro del parqué. El perfume de la mujer. Contra este, el hedor del piso. Gente nueva. Extrañez. Resistió un ataque de pánico irracional, las ganas de salir corriendo de allí de una vez para siempre. El perfume le amarraba las piernas.

—Petr Taufer —se presentó el delgaducho alto con el pelo encrespado bajo la gorra con visera. Podía tener unos treinta años. Se dieron la mano. Un apretón convulsivo y la mirada tensa del anfitrión.

—Lo sé —dijo Julián, que era casi una cabeza más bajo, pero más ancho de espaldas. El pánico iba esfumándose—. Es técnico de balnearios. En realidad, no sé en qué consiste la técnica de balnearios.

—Hay de todo —Petr Taufer movió los hombros—, en general son servicios técnicos de funcionamiento para los balnearios, la ciudad, clientes particulares.

Un tipo simpático con una gorra en la cabeza, pero ¿por qué la llevaba en casa? Aparte de eso, no había nada particular en él. Excepto la tensión.

—Yo lo llamo Técnico. ¿A que sí, Tec? —Se oyó a la señora Moretti tras la espalda de Julián—. Todos lo hacen.

—Por desgracia. —Taufer dejó caer los labios y la observó durante unos momentos, malhumorado—. Trabajo con licencia profesional. Pero comparado con su profesión es un aburrimiento, rutina, no quiero cansarlo, señor Uřídil, gracias por venir. ¿Café o té?

—Café.

—Mari. —Taufer levantó las cejas.

Se notaba que no estaba seguro con la petición. Incluso casi le saltó la voz al pronunciar el diminutivo del nombre. La tensión en el salón fue atravesada por la electricidad.

La mujer titubeó y se marchó a la cocina. Taufer se puso las manos sobre el pecho, como si estuviera pensando qué decir. Se oyó el ronroneo de la máquina de café.

—A mí realmente me gustaría saber —dijo Julián— qué hace exactamente. ¿Es una actividad manual o se ocupa del servicio terapéutico en su problemática física? —Miró por la sala de estar, que sin duda necesitaba más muebles; antes había estado ocupada por butacas, sillas plegables, cuadros y plantas de interior. Ahora había dos sillones y dos sillas, también una mesa de centro alta y muy estrecha, junto a la pared una cómoda y en frente una librería. Vio los lomos de sus novelas, casi arriba de todo, a la altura de la coronilla del larguirucho nervioso—. ¿Yo también he de llamarlo Técnico?

—Eso no sería del todo oportuno —dijo Taufer, inquieto, y se metió las manos en los bolsillos—. Para ponerlo en contexto, señor Uřídil, ahora justo estamos cambiando gradualmente para un hotel las cañerías de desagüe, aunque sean completamente nuevas. Tenían que resistir el agua termal, que está fuertemente mineralizada y forma rápidamente sedimentos, y, por supuesto, no puedes añadirles ningún potingue que frene el desagüe, ni espumas ni nada. Así que… un material especial. Solo que el hotel luego decidió poner bañeras de turba y el barro orgánico marrón, disuelto en el agua durante las terapias, les ha empezado a obstruir las cañerías. Bueno, poca vista. Soltamos sondas y cambiamos lo que está más embozado para que el *wellness* del hotel funcione al menos al sesenta por ciento, porque es el límite de la rentabilidad, según nos dijeron…

—¿De quién es?

—Lo tienen los rusos. Antes mediante testaferros checos, aún en los

noventa. Ahora hace mucho que es oficial. Todos los queremos aquí. Queremos que vuelvan.

—El trabajo… las sondas y eso… ¿Lo hace usted solo?

—Para nada, yo lo planifico y luego controlo que no se olviden de nada. Cuando lo barrenas, luego tienes que dejarlo en el estado original, solo que las cañerías necesitan tener una sección más amplia. Y no puedes olvidarte de ninguna.

Mariela Moretti trajo una bandeja de latón con tres tazas y la colocó sobre la mesa alta, que pareció atraerla, se oyó un tintineo de metal. Julián entendió que estaban hechas la una para la otra. Un imán impide que vuelque o que se caiga. Un diseño funcional.

—¿También solución suya? —Golpeteó la bandeja en señal de reconocimiento.

Taufer pareció sorprendido, luego se rio.

A esto, Mariela replicó:

—Es una mesa diseñada por Rodolphe Castellani. Un regalo de mi marido.

—Exmarido —precisó Taufer, precipitadamente.

—Exacto —añadió ella fríamente e intercambió una mirada con él.

Julián dirigió su atención a la librería, la silla, la cómoda, la butaca en la que se había sentado.

—¿Todo es también de él? —preguntó—. ¿Regalos de un amante del diseño de interiores?

Pensó que ninguno de esos muebles quedaba bien allí. Él habría repuesto los antiguos.

—No, solo la mesa, el resto lo compré yo sola. ¿Podría ofrecerle una copa de jerez? El Técnico me dijo que le encanta el jerez, sus protagonistas lo beben en cuatro de sus libros.

—¿En serio?... —preguntó Julián sorprendido, aunque sin interés—. Lo dudo.

No se ocupaba de los personajes de los que escribía, a no ser que necesitara reciclarlos para un libro nuevo.

No se le escapó cómo ella se enfurruñó mirando al Técnico y negó discretamente con la cabeza.

—De verdad que está allí —perjuró el Técnico, desconcertado—. Creía que le gustaría.

—Claro, sí, de hecho, me encanta el jerez —se apresuró a decir Julián—. Ya me acuerdo. Seco, por supuesto, nada dulzón.

—No dijiste seco —gruñó la señora Moretti a Taufer—. Lo he comprado dulce.

El joven parecía estar perdiendo la paciencia con ella. Se quitó la gorra, se rascó la cabeza, con lo que se despeinó todavía más; luego torció la mano unos momentos de una manera particular, lo que podía ser un tic, o un trastorno de conducta.

—Sabe, a mí me gusta algo dulce con el café, así que un jerez dulce o un Oporto sustituyen de forma excelente el postre que falta —dijo Julián para resolver la situación. Se bebió el café y lo halagó.

—No dijiste que le gustan los postres y el Oporto —dijo la señora Moretti, entre dientes.

Julián pensó que quizá esa visita no había sido la mejor idea, al fin y al cabo.

—No quiero molestarlos mucho. —Se levantó y fue hacia la ventana doble con el marco de madera, donde le gustaba sentarse a leer un libro cuando hacía calor. Después del lugar junto a la puerta de entrada donde estudiaba sin que nada lo distrajera, este era su punto preferido, donde a ratos leía y luego fotografiaba a la gente en la plazoleta frente al Thermal. Las vistas seguían siendo las mismas, solo las tiendas en la platea de casas, alrededor de las cuales se cruzaba al muelle de Jan Palach, eran diferentes, y en la esquina había un restaurante nuevo.

La señora Moretti le ofreció una copa de jerez. Quería brindar con ella, pero ella volvió con Taufer, lo acarició, o más bien le palmeó la espalda, y le dio una copa. Como disculpa, seguramente.

No brindaron por nada.

—¿Puedo ver también el resto del piso?

—Recuerdos —dijo ella, sonriendo.

—Sí. Cuando he subido hace un rato, lo he reconocido sobre todo por el olor. Cada interior huele diferente, ¿no cree?

—Espero que no apeste a nada, aquí —dijo secamente, y la sonrisa desapareció.

—Eso no, pero el olor aquí siempre fue particular, no sé en qué. Los que vivíamos aquí lo notábamos, por ejemplo, al volver de las vacaciones, después siempre nos acostumbrábamos. Pero cada persona que venía lo notaba. Sigue aquí, un poco igual, un poco cambiado.

—¿Cambiado en qué sentido? —quiso saber ella.

—No sabría decirlo.

Taufer se puso de pie y abrió la puerta del dormitorio.

—Dormimos aquí. Como ve, hay aún menos muebles que en la sala de estar.

Ante Julián se abrió la vista de dos camas corrientes, una hecha y la otra revuelta. No estaban juntas, sino una a continuación de la otra junto a la pared, las almohadas juntas. También vio el ropero empotrado, la cómoda y el perchero. En el suelo había una piel de oveja. Consideró inadecuado entrar en su dormitorio.

—Esta era mi habitación. Cuando mis padres se divorciaron, me mudé al otro lado —señaló hacia la puerta de enfrente—. ¿Puedo echar un vistazo?

—Su taller —dijo ella cuando Petr Taufer abrió la boca—. Hay un

caos tremendo, todavía no nos ha dado tiempo a equiparlo y lo usamos más bien como trastero. Mejor venga a ver la cocina.

Cogió a Julián del brazo y lo llevó de la sala de estar de nuevo al recibidor, y luego a la izquierda, a la cocina. Era igual de oscura que entonces, las ventanas daban al patio y a las altas paredes de piedra que sostenían la cuesta boscosa. Allí no había nada interesante que ver. Había desaparecido el tabique divisorio acristalado de los muebles complementarios, entonces llenos de vasos decorativos, cristal tallado Moser y copas de Karlovy Vary. Su función había consistido en dividir el espacio en la parte de la cocina y la de comer, pero hoy en día ya se hace de otra manera.

Para tener un motivo para mirar en el cuarto de baño, fue a limpiarse las manos y ambos anfitriones, sorprendentemente, lo siguieron de cerca. Señaló a la ventanilla sobre el espejo, que daba al patio de luces.

—Una vez estuve en la bañera cantando *You belong to me*, en la variante balido de Bob Dylan, y alguien del otro lado del tragaluz (ya es otro edificio en la hilera), empezó a contestarme. Añadiré que con un tono mucho más puro. Por la voz, una chica joven, pero no se podía distinguir de qué piso venía. Lo cantaba totalmente como Patsy Cline, pero más alto, así que tuve que parar con mi carraspeo y la escuché hasta el final. En la casa de al lado vivían tres que podían tener una voz así. Nunca supe cuál de ellas había sido. Me dio vergüenza preguntar.

—Le sabe mal —dijo Mariela.

—Sí.

Del tragaluz le llegó aire frío a la cara, pero la ventanilla era importante entonces, igual que hoy, para que el moho no se posara en el cuarto de baño.

—Me extraña —masculló el Técnico— que no lo tenga en ninguno de sus libros.

—Tampoco puedo —sonrió Julián—. Alguien ya escribió un cuento así, o salió en una película.

No dijeron nada al respecto, solo lo miraron fijamente en el espejo, los dos delgados, estirados, ella con sus ojos grandes y claros, los de él oscuros y pequeños.

—Gracias por este agradable recibimiento. —Se volvió hacia ellos—. Necesito escribir un artículo y enviarlo esta noche, así que me voy.

Ella le dejó sitio para pasar al recibidor, pero el Técnico —Julián se atrapó a sí mismo llamándolo así para sus adentros cada vez más— se quedó quieto.

—Ya que lo tengo aquí, señor Uřídil —soltó, y de nuevo retorció extrañamente la mano—, ¿no le importaría firmarme todos sus libros?

—Por supuesto que no. —Se encogió de hombros y, para bajar la

tensión, le dio la mano.

En la sala de estar le hizo abrir sus libros para firmarlos mientras ella le volvía a servir un jerez dulce. Cuando se llevó la botella a la cocina, el Técnico le susurró, con la antepenúltima novela abierta:

—Y nada de policía.

Julián levantó sorprendido la cabeza. En la cara del Técnico ya no había tensión, sino urgencia y miedo. Sus ojos deambularon hasta la cocina, como temerosos, y lentamente se cerraron y volvieron a abrirse. La expresión seguía siendo casi la misma.

Los autógrafos en los demás libros, luego, fueron notablemente más vacilantes.

Cuando Mariela volvió de la cocina, ya había acabado. Se despidieron medio corteses, medio cálidos. El Técnico le dio las gracias. Mariela sonrió. Julián se marchó.

Frente al edificio, vaciló, ¿por dónde ir?, y escogió el camino por la vuelta de entrada al Thermal. Arriba, miró hacia las ventanas de su viejo piso. Mariela estaba en la sala de estar, observándolo. El Técnico lo miraba desde el taller, e incluso levantó la mano para saludar y luego miró hacia la derecha, como si supiera que en la ventana de la habitación de al lado estaba Mariela, mirando hacia Julián. Como si la viera a través de la pared.

Sábado. Un día claro y frío. La calle Sadová, el hotel Mantova. Alguien de traje, alterado, entró por la puerta giratoria a recepción y describió su eje inútilmente una vez más, una comedia muda grotesca. Luego llegó al vestíbulo, se tambaleó hacia el recepcionista y se inclinó hacia él por encima del mostrador con los morros abiertos, que salpicaban una espuma que no salía del interior de la boca, y ni siquiera del esófago, sino de las comisuras de los labios. Así lo explicó el chico del mostrador.

Cuando el tipo le lanzó su aliento, instintivamente alzó el puño. Acertó en la nariz del asaltante, lo que sacó de quicio a ambos. Los dientes, que intentaron morder los dedos, no chasquearon al vacío. El hombre se mordió su propia lengua.

Unos dos centímetros de largo, unos cuatro de ancho. Cayó sobre el mostrador como un gusano rojo, y cuando empezó a correr la sangre, ante sus ojos se volvió gris y se contrajo como un capullo de mariposa. El recepcionista, presa del pánico, lo barrió del mostrador con un gesto brusco del puño, voló hacia un lado y acabó bajo una silla acolchada. El tipo ya estaba allí, derrumbó la silla. Encontró algo en el suelo y se lo metió en la boca sangrienta. Tenía la corbata azul salpicada de manchas oscuras. Entretanto, el chico sacó del cajón un espray de defensa personal y no esperó detrás del mostrador, donde estaba atrapado. Salió corriendo y, mientras el autocaníbal se ponía en pie, se lo echó por el costado al pelo, a la oreja y a la cara. El tipo

berreó como un animal en la matanza, el recepcionista no estaba dispuesto a escucharlo. Salió volando hacia la puerta giratoria y solo en la acera se dio cuenta de que se había dejado el teléfono móvil en la recepción. El otro había vuelto a meterse en el carrusel, con espuma y sangre en su boca masticadora. El chico agarró la puerta y pidió ayuda solo con las cuerdas vocales, ya que no tenía el teléfono.

El hombre de dentro tuvo un momento de clarividencia. Confundido, se apartó de la puerta y escupió en su mano el chicle, parecido a un trozo tieso de vacuno. Lo observó pensativo, se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta y se echó a correr a la izquierda, por el pasillo, hacia los ascensores. Ese fue el último momento en que lo vio el joven recepcionista, sin saberlo. Lo que sabía seguro era que en el Mantova había huéspedes, precisamente a esa hora del día no eran muchos, pero los había. Cruzó la calle y llamó a la policía desde la recepción del hotel Slovan.

Mientras tanto, el de la lengua mordida corrió por el pasillo tortuoso hacia el ascensor, con seguridad, como si conociera el lugar. Apretó el botón y entró en la cabina.

Julián cogió una llamada desde un número oculto.

—Otro zampón, Mantova en la calle Sadová, ha ido a por el chico de la recepción, no le ha hecho daño, espuma en la boca, él mismo se ha mordido un trozo de lengua, sigue en el edificio, junto con él siete huéspedes, seis trabajadores del balneario, dos camareras y el técnico de mantenimiento. Si no tienes miedo, ven, si te para uno de los nuestros, di «dientes». Pero si te topas con él, haz todo lo posible para que no te muerda. —Silencio repentino.

Se quedó unos momentos mirando fijamente el móvil silencioso. No había reconocido la voz, tampoco pudo hacerlo, estaba codificado a través de un robot y sonaba exactamente como uno. Había reconocido al que había llamado. El capullo se cubre incluso en plena alarma. Así que a Sadová. O en taxi o a pie, ganó el taxi. Lo esperó frente al hotel tres minutos enteros, el tiempo exacto para un cigarrillo fino. Se encendió otro, y cuando se arrepintió de no haberse fiado más de sí mismo, un taxi blanco se detuvo a su lado.

A la dirección que le dio, el conductor negó con la cabeza.

—Han cerrado la calle, se ha vuelto a liar parda. Puedo llevarlo al cruce de Sadová con Zahradní. Llegaría más rápido a pie, yo tengo que rodearlo, no puedo ir por el río.

—Vaya. ¿Qué está pasando aquí, en Vary? ¿No sabe? —curioseó Julián y se puso el cinturón

—Bueno, la gente especula —empezó el taxista— que estos asesinatos los comete el descendiente de un alemán que después de la guerra fue desplazado, seguramente su nieto. Lo dijo Roubíček.

—Roubíček… —Julián no entendía.

—Es nuestro operador. Dijo que es un heredero de la casa de los Tres Moros, ¿conoce el edificio?

—Por supuesto.

—Un edificio bonito de verdad, histórico, Goethe siempre se alojaba allí, en la temporada de baños, si me entiende. Es decir, cuando venía. A veces ni venía. Nunca se sabía. Venía según qué pava se había anunciado en esa temporada.

—¿Y hay pruebas de que pudiera ser un descendiente del dueño?

—Pues claro que no —el conductor se frotó el muslo—, solo se cuenta eso entre la gente del lugar. También he oído decir que lo hace un descendiente del mismísimo. De Goethe.

—Tuvo un hijo. —Julián intentó salir a su encuentro—. Teóricamente sería posible.

—¡Lo sé!

—¿En serio?

—Se llamaba Julius y tuvo tres hijos. Nos lo dijeron en una exposición en el museo. Tranquilamente el asesino podría venir de uno de los niños.

Julián se quedó asombrado por los conocimientos del hombre y por sus reflexiones.

—Por favor, esto que tiene ¿de dónde lo ha sacado?

—¿Sacar qué? —dijo el taxista y se rio—. Lo único que tengo mío es este coche, e igualmente está registrado a la empresa.

—Lo de que pudo hacerlo un descendiente de Goethe.

—Aquí, en nuestro museo, cuando volvió a abrirse después de la reconstrucción, hubo una exposición temporal sobre Goethe. Fueron todos los lugareños, gente normal y eruditos. Y como que en primavera pasó esa cosa horrible, empezaron a venir multitudes, y mi mujer y yo también estuvimos. Empezaron a rumorearse toda clase de cosas, ya sabe. Y ahora que sigue habiendo asesinatos, Vary está llena de cuchicheos. Y nosotros los taxistas se lo contamos a los clientes, porque les gusta oírlo.

—¿Y alguien se lo cree? —se aseguró Julián.

—Le sorprendería. —El conductor dio una palmada al volante y de repente se puso serio—. Yo, por ejemplo, me lo creo. La gente que comete los crímenes y luego se mata está poseída por un mal espíritu. Eso le podría pasar también a un praguense. Usted es de Praga.

—Se ha dado cuenta.

—Me fijo. Ahora ya lo tiene claro.

Llegaron al cruce de Sadová y Zahradní, tardaron cuatro minutos y medio. Los paró un policía. El taxista bajó la ventanilla.

—Dientes —ladró Julián desde el asiento del copiloto.

—Usted sí, él no. —El policía señaló, con la expresión tenaz, primero hacia él y luego al taxista. Después devolvió la mano al

extremo de la metralleta, o lo que tuviera en el pecho. Julián se quedó extrañado. Se llamaba metralleta cuando era pequeño. Dios sabe qué será hoy en día. Pagó el viaje y corrió por la calle Sadová. Bastaba a pie, estaba muy cerca. Si hubiera decidido ir andando desde el principio, podría pesar un kilo menos y un poco de dinero más. Esperó no llegar demasiado tarde.

La calle, otras veces tranquila, ahora estaba llena de uniformes y metralletas, contó dieciocho, diez más delante del Mantova. Unos encapuchados con monos negros estaban agachados tras los coches civiles y las furgonetas, los cañones de sus fusiles de asalto apuntando a las ventanas. Al lado había unos vehículos marcados con los faros encendidos, un autobús de policía, dos ambulancias y un coche de bomberos. Alto, en el cielo, se agitaba un helicóptero. Tan alto que ni se oía.

No vio a Weber por ningún lado. Julián repitió la contraseña a un policía, este lo llevó a la puerta giratoria de la entrada principal del edificio, donde deambulaba un hombre rubio y sorprendentemente joven con una chaqueta amarilla con hombreras, que sostenía junto a la boca un recio *walkie-talkie* que recordaba un antiguo teléfono móvil y le preguntaba irritado a alguien si lo tenían todo cubierto por detrás, incluida la cuesta. Le dieron varias respuestas positivas a la vez, parecía decidido, y percibió a Julián con absoluta extrañeza.

—Debe ser el de la contraseña —explicó el policía, con la voz algo insegura.

—¿Y? —gruñó el rubio—. ¿Quién es?

—No lo sé.

—Dientes —dijo Julián, con un tono lo más neutral posible.

—¿Se ha identificado? —preguntó el joven y ajustó el *walkie-talkie*.

—Pero no hacía falta que me identificara —protestó Julián, con curiosidad por ver si conseguiría sacarlo de quicio—. Solo estoy aquí con la contraseña, no doy nada más.

—¿Y su orden?

—Venir.

—¿Adónde exactamente? ¿No se lo han dicho?

Ahora Julián tenía que jugar hasta el final.

—Adentro —señaló a la puerta.

—¿Es psicólogo? ¿Equipo anticonflictos?

—Algo así.

El chico lo repasó con la mirada.

—¿Tiene un arma? Aquí se juega la vida, caballero.

—Nunca llevo armas.

—¿Por qué no?

—Tengo otros métodos.

El rubio miró al policía uniformado como si buscara consejo, pero

este solo desvió la mirada hacia un arbusto ornamental.

—Lo tengo que verificar —farfulló el chico y se puso el *walkie* en la oreja.

—Esto apremia —insistió Julián—. O me deja entrar enseguida o pasa de todo. Pero luego usted responde.

La franqueza funcionó. Un nuevo torrente ronco desde el *walkie*. El de amarillo analizó de algún modo los ruidos y agitó la mano para que entrara.

—Mucha suerte —le deseó el policía de uniforme, al menos un tipo simpático entre todos esos zánganos asociales unidos por el lema: «Ayudar y proteger».

—Gracias. —Julián levantó el pulgar, giró la puerta y entró. Estaba en el vestíbulo del balneario.

Junto a la recepción vacía había varias puertas, así que primero miró tras la de la figura del hombrecillo, luego tras la de la mujercita y a la tercera detrás de una sin marcar. Allí encontró exactamente lo que buscaba. Junto a la aspiradora, los productos de limpieza y las bayetas, en un estante, había una fregona en su cubo. La sacó, la sopesó, pisó la cabeza con el trapo lanudo e intentó desenroscar el mango. No pudo, así que lo retorció con un movimiento brusco. No llevaba arma, pero ahora tenía una. Una lanza fabricada con una fregona. Se fue por el pasillo hacia el ascensor. El balneario era un poco diferente al de su recuerdo, pero seguía siendo el mismo. Había estado allí hacía años, durante el instituto, cuando hizo un trabajo temporal en verano. Su tío trabajaba como técnico de mantenimiento de balnearios y pudo montárselo de manera que el sobrino adolescente fuera su asistente durante un mes. Así ganó un par de miles de coronas y luego tuvo la conciencia intranquila por no haberse merecido el dinero, porque el hermano de su madre no necesitaba ningún asistente, pero lo había designado como tal en las facturas y el balneario pagó al joven, principalmente por haber llevado la pesada alforja y la maleta de plástico de las herramientas al verdadero técnico. Ya ni recordaba en cuántos balnearios habían estado, pero aquí en la calle Sadová habían pasado por todos. Incluido este edificio, que aún no se llamaba Mantova.

Ahora tuvo que admirar con qué meticulosidad había trabajado el diseñador de interiores. Las paredes pintadas con paisajes ideales al estilo de Poussain, los motivos italianos eran evidentes, aunque no se podía saber si se trataba realmente de la Mantua histórica o las ciudades y los motivos pastorales eran inventados.

Estaba entre los frescos de colores y al final vio un espacio blanco y la puerta metálica del ascensor. Tenía poquísimas ganas de seguir, habría preferido quedarse allí con su lanza de fregona e integrarse en la pintura para no tener que encontrarse con el atacante. Tenía las

piernas como de plomo, la adrenalina de la glándula suprarrenal, en su cerebro y en su corazón, se fundió en una huida hacia el arte pictórico *kitsch*, ahora tan bello y seguro, de los pasillos del balneario. Se apoyó en la pared, la derecha, dejó que el mango golpeteara el suelo y cogió fuerzas para conseguir al menos mantenerse en pie. Encendió un cigarrillo, le dio tres caladas y luego lo pisó. Dos minutos. Llevaba allí dos minutos, desplomado sobre la pared pintada, y no podía seguir, más viejo que Matusalén, absolutamente incapaz de dar un paso o hacer un gesto. Pasar entre los policías le había consumido toda su fuerza psíquica, sabía que no era del tipo conflictivo, que desde la infancia odiaba cualquier encontronazo con la voluntad ajena y, cuando se producía, resultaba exageradamente arrogante, con lo que solo enmascaraba su disgusto y su inseguridad. Y ahora ya ni siquiera era el caso, nadie le impedía seguir adelante, solo el miedo por su vida, alimentado por el recuerdo de la anciana que se había encontrado en la calle de San Andrés y a quien luego siguió hasta arriba, al cementerio de Drahovice, donde se mató saltando del muro sobre una lápida. Alucinaba por cómo había podido aguantarlo. ¿Cómo fue que inmediatamente después no se marchó de Vary, esa vez de manera definitiva? Ahora no era capaz de dar un paso, solo sudaba y pasaba miedo, como un niño en una habitación oscura. En el pasillo pintado, entre un templo idílico y una caza del ciervo por el bosque, Julián agarró el arma y, ya con un paso más seguro, la llevó hacia los ascensores. El izquierdo estaba siendo usado por alguien, el derecho estaba quieto en el cuarto piso. Apretar el botón iluminado desde abajo. La puerta del ascensor derecho (llegó vacío) se abrió, pero no fue capaz de subir. Cuando se abriera en algún piso, tendría que defenderse. Se lanzaría sobre él un monstruo humano que le mordería cualquier parte del cuerpo, pero él quizá se mantuviera con vida. O quizá no.

Odiaba su miedo. No por ese momento, sino porque había dejado que lo dominara toda su vida. Si no lo hubiera hecho, ya no estaría vivo. Dejó que la puerta se volviera a cerrar automáticamente. La cabina esperó a que volviera a apretar el botón. Nadie llamó al ascensor, seguía quieto en la planta baja, seguía iluminado como si intentara convencer al pasajero.

Julián entró, apretó el botón del último piso, el cuarto, y volvió a salir. Cuando la puerta de cristal se cerró, la golpeteó con el palo y se volvió hacia la escalera oscura, donde la célula fotoeléctrica inmediatamente iluminó un ojo pálido. Las paredes eran lisas y blancas, el *kitsch* pseudorrenacentista pintado quedó atrás.

Se atrapó añorando ese *kitsch*. Un ciervo cazado seguía siendo mejor que una nada blanca, funcional y funcionalista. Allí todavía había gente, aquí solo vacío, robótica y fantasmas en la pared, proyectados

por su mente aterrada. Ningún consuelo. Ausencia de relato. Los escalones por aquí subían, por allí bajaban. Luz blanca de hospital para no matarse, nada más.

Sujetaba el mango de la fregona delante de él como si se tratara de un arpón, o al menos se imaginaba que lo sostenía así de manera útil, y paso a paso subió por las escaleras de rellano en rellano. Cuando la luz se apagaba, bastaba agitar la mano o menearse y, gracias a la célula fotoeléctrica, de nuevo volvía, asquerosa y blanca, extraña y silenciosa, desprovista de toda humanidad.

Anhelaba los colores, el exterior del bosque en octubre, donde uno puede huir hacia todos los lados. Aquí debía seguir o volver, y explicar a los policías frente al edificio qué había pasado dentro, quizá reconocer que el terror a lo posible no le había permitido continuar. Le habría gustado irse. No quería perder la vida, pero tampoco su reputación. Había escrito muchos libros y montones de palabras, pero en ninguno había estado *in situ*, no había vivido ninguno físicamente, más allá de su propia fantasía. Hasta hoy. O sobrevivía o la palmaba, pero al menos ensayaría la experiencia. Por eso siguió hacia delante, sorprendido de que las piernas lo obedecieran escalón tras escalón. Él mismo les habría aconsejado hacer lo contrario.

Subió hasta el primer piso. Lo asustó un tipo en mono negro y pasamontañas también negro, con la metralleta apuntando y un chaleco antibalas. Le pareció curioso que, encima del pasamontañas, el poli llevara unas gafas corrientes con gruesas monturas amarillas y rojas, que sostenía en sus ojos una pequeña goma roja tensada sobre las sienes y la nuca.

Quiso pronunciar la contraseña, pero el de las gafas se llevó el dedo a los labios ocultos tras la tela elástica, contra la que chocaba su aliento. Luego el dedo señaló hacia arriba, así que Julián solo asintió con la cabeza y empezó a subir al piso superior.

Otro entresuelo y las ventanas del pasillo acortado al patio, no había nadie allí. Inmediatamente al siguiente. Julián iba deprisa: rechazaba cualquier nueva duda e idea cobarde, el retorno del deseo por la paz y la seguridad.

—¡Dientes! —soltó cuando, desde atrás de una esquina del segundo piso, un soldado negro apuntó hacia él. Le pareció que los ojos cercados por el pasamontañas negro sonreían. Luego se levantaron y, aunque el fusil seguía apuntando a él, la cabeza se inclinó en señal de pregunta. El policía todavía lo examinó cinco segundos, luego asintió y desapareció tras la esquina.

Julián seguía teniendo miedo, pero ya lo empezaba a vencer la curiosidad. El miedo puede agotarse igual que el valor. Pero el segundo nunca sustituye al primero, al que más bien reemplaza un fatalismo indiferente.

Subió el último par de escalones y, sin aliento, se quedó de pie en el siguiente pasillo. Este no era blanco, sino azul claro. Al menos algo, algún color en esa sensación de final. A la izquierda había otro hombre armado, que ignoró a Julián. Dos pasos a la derecha y luego a la izquierda y ya los vio: a unos seis metros de él, junto a una puerta abierta, estaba Weber con una pistola en la mano y detrás de él dos forzudos blindados con fusiles, además de uno con una cámara que apuntaba hacia Julián y un calvo de civil, también con una pistola en la mano. Dos sanitarios con ropa roja, uno de ellos médico, quizá los dos. Ambos con un enorme maletín plateado en la mano.

En todos se veía cómo lo estaban disfrutando. La adrenalina y el sudor se olían a distancia. Una jauría de cazadores acechando un ciervo, un oso, un jabalí.

Weber sonrió en el brillo blanco de las bombillas led de pared y extendió los brazos en un gesto mudo, como diciendo: «¿De dónde sales, tío?».

«Te ves mal», dijo sin palabras, pero el otro no lo entendió. Y Julián de repente no quería que entendiera. Unas escaleras más estrechas llevaban al ático. Esperó a que el jefe se girara hacia su gente y corrió escaleras arriba. No había un rellano, solo un estrecho pasillo blanco. Un ático con habitaciones para el personal, sin marcar. La segunda puerta de la derecha, directamente sobre Weber y la unidad de intervención. Allí no había nadie.

En silencio, apretó el picaporte y abrió. Sonó un grito y, en ese momento, saltó sobre él un mono con el morro sangriento, embutido en un traje formal. Un animal en corbata.

Instintivamente, levantó el mango desenroscado y lo blandió frente a él, como si realmente fuera una lanza. Acertó en la bestia, donde quería, directamente en el ojo, el derecho.

El tipo berreó por segunda vez y, como una araña herida, se acurrucó junto a la pared, solo para rebotar inmediatamente y, con un movimiento del brazo, arrancar el palo de la mano de Julián. Con el ojo izquierdo, que tenía ahora cubierto de sangre y salido de su eje, examinó la punta dentada, mientras Julián reculaba del cuarto como un gato protegiéndose ante un perro rabioso. Se preparó para otro ataque, se había dejado el miedo en los pisos inferiores del edificio. La euforia se derramó por su cuerpo. Pero el ataque no llegó. Ya parecía que el tipo, con la punta dentada, fuera a hacerse en la cuenca del ojo izquierdo el mismo desastre gelatinoso que tenía en el derecho, parecido al de su boca, pero entonces se arrancó ambas puntas de la camisa, hizo volar los botones, agarró el palo con ambas manos como un samurái y se lo clavó en la barriga. Doblado por la cintura, se volvió hacia la ventana, se echó a correr y, con el palo, que seguía agarrando con firmeza, se fue contra la pared con tal ímpetu que la

fuerza cinética echó sus piernas al aire y la parte superior del cuerpo se lanzó hacia delante, de modo que la cabeza rompió el cristal de la pequeña ventana, donde hincó los hombros.

Lo último que vio Julián fue la cama. Bajo el edredón, había una mujer. Totalmente inmóvil.

Todo pasó en pocos segundos. De repente, estaban arriba los policías, lo tumbaron al suelo, a grito pelado, pero él sabía que era inútil. Se quedó tumbado hasta que la unidad de intervención se fijó en él, y vio en la penumbra bajo la cama cómo, desde el colchón empapado, goteaba sangre negra sobre el linóleo verdemar.

—Nos caerá encima la inspección de la intervención —dijo Weber—. Pero la investigación llevará su tiempo. Hasta entonces podríamos acabarlo. Lo importante es que este loco se lo ha hecho a sí mismo. Todo: lengua, ojo y barriga.

—Pero no ha sido así.

—Como digo: lengua, ojo, barriga.

—Los vuestros me vieron con ese ridículo mango en la mano.

—Entonces también tendría que ser ridícula la tapa dentada de una lata. Sé de un caso en que un tío le cortó la yugular a otro con eso. Y nadie te vio con el palo. Estabas allí como mediador y experto. Pero te entró miedo y te armaste. El agresor te arrancó el arma, pero la usó contra sí mismo. Responde a la pauta de comportamiento de los anteriores asesinatos.

—Sí, pero aparte de eso, igualmente, no tenemos nada. —Julián agitó la cabeza y, con las manos abrazando una taza de café, se sentó un poco más allá y se esforzó en no mirar el brandi doble, que empujó a propósito hacia el centro de la mesilla. No estaban en la jefatura, sino en el bar del hotel, aún en la calle Sadová—. Se sigue repitiendo. Un motivo incierto para un ataque cruel, el papel no aclarado de la víctima, el motivo para el posterior suicidio del asaltante, solo vacío, terror, incertidumbre.

—Pero hemos descartado el terrorismo —le informó Weber—. El tipo vivía aquí, en una habitación debajo del lugar del crimen. El recepcionista primero no lo reconoció, luego sí. Incluso nos reveló que antes le gustaba. ¿Cómo lo dijo? «Me van los *daddies*. Pero cuando se tiró contra mí, no parecía muy *daddy*. Más bien Iván el Terrible.»

—Bastante erudito, para un recepcionista —dijo Julián, con una mueca.

—Un eslovaco de un pueblo llamado Lysica, cerca de Žilina, y acabó la universidad en Banská Bystrica. —Su excompañero de clase le devolvió una sonrisa sesgada—. No sé qué academia de arte. O una mención, algo de ese rollo estúpido. Por qué emigró a Vary, tras un mostrador de recepción, tú y yo solo podemos especular.

—¿Y quién es el asesino?

—El ruso Aleksandr Legenzov, cuarenta y nueve años, padre de tres hijos, de Tver, que es una ciudad a unos ciento veinte kilómetros al noroeste de Moscú. Cada año, en Vary, en septiembre y octubre; dentro de una semana iban a reunirse con él su mujer y su hija menor. Aquí tienen dos tiendecitas de *souvenirs* y un servicio de guías. Querían comprarse un piso, ya que los precios están cayendo tanto ahora. Últimamente se portaba bien, pero después de llegar (y lo hacía regularmente desde hacía cinco años), quedaba con dos putas, con las dos a la vez. Les era fiel, siempre quería solo a esas dos. Tenía miedo de pillar algo. Debía de pagarles bien, porque se negaba a usar condón.

—Es tan romántico…

—¿Verdad?

—¿Habéis conseguido comprobar todo eso? —preguntó Julián asombrado y echó un vistazo al reloj. Eran las dos y media de la tarde.

—Pura rutina. Llevamos un expediente, pero no puedo hablar de esto. Tienes razón, seguimos sin saber por qué y para qué, no conocemos la clave.

—Pero querías que yo estuviera allí.

—Para que lo vieras y lo tuvieras de primera mano. —Evidentemente, Weber no deseaba que se le notara la decepción, pero no era buen actor.

—Quizá no te habría importado que ese infeliz me mordiera el cuello también a mí, igual que a la camarera.

—¿Y qué habría ganado? Estas aquí para ayudarme con esto. Oye, el pasado, pasado está, yo no tengo nada contra ti, si te refieres a eso.

«Un comentario estupendo», pensó Julián. «Yo contra ti podría tener el mundo entero, pero tú contra mí no tienes nada».

—¿Y cómo resolverás ahora mi persona? Me vio muchísima gente, oyeron la contraseña. Ya no puedo ser no visto, no presente, no participante.

Weber se encogió de hombros

—Si ya lo he dicho. En tus libros hay tantos cadáveres que diría que eres un tipo que asesina a sangre fría solo para divertirse. Defenderé tu presencia.

—¿Los has leído todos?

—Cinco o seis. Podría decirse que sigo esa línea de escritura. Lo que escribes que no es sanguinario no me interesa.

—Entonces también sabes —Julián se inclinó hacia delante, en el taburete del bar— que es todo invención. Pura ficción. Que en serio nunca le haría daño a nadie.

Weber giró lentamente la cabeza hacia el escaparate, miró hacia fuera con los ojos entrecerrados, bebió lentamente.

—Por decir algo —dijo brevemente, y luego añadió rápido y en voz

baja, quizá impulsivamente—: creo que tienes dentro al asesino, amigo, pero que nunca lo has dejado salir. Y por eso…

Julián estuvo pensando un rato al respecto, esperando que no se viera cómo lo había alterado. No, eso no. Ese capullo no podía saberlo de él. Qué bien se había sentido, cómo le había llenado de una calma interior cuando había pinchado el ojo de ese monstruo.

—Tienes unos cursos de psicología, ¿verdad? —continuó Weber.

—Dos semestres —admitió Julián. También sabía eso de él—. Solo controles, ningún examen. Hace mucho.

—Así que eres mi consultor en psicología criminal. No temas, los nuestros no te molestarán.

—Está bien. Si no, haría los bártulos y a esperar alegremente el juicio.

—Pero no harás los bártulos, amigo. —Weber le sonrió amablemente—. Estarás hasta el final.

—¿Eso significa que no puedo irme?

—No digo que no puedas, pero si tienes que irte a algún sitio, vuelve antes de la noche. Después de hoy, tú mismo ves que eres necesario aquí.

—No he salvado a la chica.

—Nosotros tampoco. Pero soy optimista. La próxima vez, podrás. Quizá.

Llamada a la puerta. Lo había vivido en un libro suyo, se dio cuenta ahora, obnubilado. O más bien el personaje, por medio del cual lo relataba. Aparte de eso, jamás en su vida lo había despertado nadie llamando a la puerta. Hasta hoy.

—¿Señor Uřídil? —Una voz de mujer, o más bien de chica, la de la recepción—. Hay una señora aquí —dijo en voz baja, a través de la puerta—, por lo visto tienen una cita. Está aquí conmigo, aquí arriba ya. Y quiere entrar. ¿Puede? He llamado a la habitación, pero tenía el teléfono sin sonido.

Giró la cabeza en la almohada. Entrecerró los ojos y recordó. Por la noche había sacado el aparato del enchufe y había apagado el móvil.

Aturdido, se envolvió en el edredón.

—¿Qué señora? —preguntó.

Tras la puerta, una breve conversación.

—La señora Moretti —completó la recepcionista.

—Pues que entre.

No quería que sonara contrariado, e incluso lo consiguió.

De hecho, sonó bastante resignado y, nada más decirlo, la puerta se abrió, porque no había cerrado con llave. Ella entró en la habitación, alta, delgada y natural. Tras su hombro sonreía de manera alentadora la chica de la recepción, se dio la vuelta y fue hacia el ascensor. Se le ocurrió llamarla para que no lo dejara solo con esa mujer, pero ya era

tarde. ¿Quién más vendría a verlo? Tal vez, pensó, tuviera que cambiar de dirección.

—Por hoy me he escapado de él —anunció Mariela Moretti satisfecha y se sentó al pie de la cama, como si visitara una habitación de hospital. Se quitó el gorro de la cabeza y agitó su pelo negro. Colocó su bolso beige repleto en el edredón, entre las rodillas de él, y empezó a quitarse los guantes de terciopelo, largos casi hasta el codo, negros y a cuadros, extraños en tanto que solo tenían tres espacios para los dedos: uno *single* para el pulgar y dos de matrimonio para el índice/corazón y el anular/meñique. Parecían un poco pinzas de bogavante—. Te invito a un pícnic —dejó salir su boca brillante y pintada—. ¿No te importa que te tutee? Me alegro. Mi marido en esto era mucho más razonable, sabía que no se puede vigilar a una mujer, que luego solo sufren los dos. Era un matrimonio abierto, él mismo lo propuso, tardé un tiempo hasta tragarlo, pero luego, guay, así que no nos engañábamos. Solo que al final sus amantes fueron demasiado para mí y le prohibí contarme nada sobre ellas. Pero él quería oír hablar de mis amantes, un carácter particular, así que a veces tenía que inventármelos, como Sherezade. Tú también te inventas constantemente cosas para tus libros, así que me entiendes.

Él se frotó los ojos.

—Pues ¿por qué no te separas del Técnico? O proponle una relación abierta.

—¿A él? Me mataría. Le quiero, no creas. De algún modo, nos necesitamos el uno al otro. Las separaciones son muy duras para mí, decididamente más duras que flirtear con alguien.

—Tengo que vestirme.

—Esperaré en el pasillo.

—No hace falta, basta que te des la vuelta.

Ella soltó una risa nerviosa. Volvió la cabeza hacia la ventana, tras la que brillaba agradablemente el sol de la mañana, pero no se levantó de la cama. Cuando él lanzó la manta hacia la cabecera y se deslizó en las pantuflas, ella volvió hacia él con una mirada tranquila y repasó sin más su cuerpo desnudo.

—Creía que las mujeres no son visuales.

—¿Cómo es eso? —protestó.

—Bueno… siempre se ha dicho que en un hombre desnudo no hay nada interesante que ver.

—Depende del momento —respondió, con la mirada fija en sus ojos.

Cuando él se arrastró resignado hacia el cuarto de baño, ella observó sus hombros, su espalda, su culo y sus pantorrillas. Él lo sabía y le daba igual. No estaba seguro de si Mariela le gustaba. Su mirada se quedó con él hasta que se cerró la puerta. Abrió la ducha.

Se vistió y bajaron. La chica de la recepción le cogió la llave con una

sonrisa, pero no podía apartar los ojos de ella, la señora Moretti con su impermeable, su boina negra y sus zapatillas de deporte rojas.

Mariela se dio cuenta de su admiración, se acercó al mostrador y, con un movimiento cuidadoso de los guantes de terciopelo que sostenía en la mano, acarició la cara de la chica. La recepcionista se sonrojó, y ella también, un poco.

—¿No podríamos tomar el café en algún sitio fuera de la ciudad? —propuso Julián—. Es cierto que aquí por todas partes tienen café italiano, pero cuando lo bebo tengo la sensación de que está demasiado tostado.

—No quieres café ruso —dijo ella, riendo—. Pero también te dan café ruso fuera de Vary.

Él vio el Volvo blanco, un cabriolé C70 que ya no se fabricaba, aparcado a solo un par de metros del hotel, en una zona donde ni los taxistas podían esperar más de cinco minutos.

—Por la mañana está bien —dijo ella—. Cerraré el techo, no llevas gorra.

Él se sentó y observó cómo se cerraba sobre él el techo plegable de acero. Le habría gustado tener un coche como ese, y al mismo tiempo se alegraba de no tener suficiente dinero como para comprarlo.

El techo se cerró con un clac. Una pena, podrían haber disfrutado del viaje bajo el sol otoñal. Pero entonces volvió a rodearlo el perfume de ella. «Qué puede llevar», caviló. Canela. Sándalo. Pero también algo salado.

Mariela se arregló los guantes y puso el coche en marcha.

—¿Así que el Técnico no sabe nada de esto? —se aseguró Julián—. No me quiero meter en la relación de nadie.

—No. —Ya no tenía los labios pintados, debía de habérselos frotado cuando él se estaba limpiando los dientes en el cuarto de baño. Se dirigió a la calle de San Andrés—. Y yo estoy llevando a un escritor famoso.

Parecía tan satisfecha que él casi se lo creyó. Sin embargo, no podía creerse que precisamente allí, en esa tranquila calle inclinada, se hubiera topado hacía unos días con una anciana que le había arrancado tres dedos a una japonesa.

El Volvo era de conducción automática. En el tramo recto sobre la zona de balneario, tras cruzar un paso de peatones y cuando el siguiente los esperaba a unos ochenta metros, sujetó el volante con la mano izquierda y lo besó rápidamente en la boca, él no llegó ni siquiera a temer que tuvieran un accidente. Ella volvió los ojos hacia la conducción e hizo ver que no había pasado nada.

—Un beso amistoso —añadió él tras un rato—. Hace mucho que no me dan uno así.

—¿Cuándo fue la última vez? —preguntó ella.

«Cuándo fue…». No quería ni pensarlo.
—¿Cuántos años tienes?
—Veintiocho —respondió ella, melancólica.
—Pareces mayor. No de aspecto. De personalidad.
—Pues gracias.
—Podrías ser mi hija. —Tenía que decirlo.
—No creo. —Se enfurruñó y maniobró para salir del cruce. El comentario la había puesto de mal humor, claramente.
—¿Y a dónde vamos? —quiso saber él.
Superó los setenta kilómetros por hora, luego los ochenta, solo frenaba frente a los reductores de velocidad y las cámaras. Como si ya quisiera estar fuera de la ciudad. Aparte de gente paseando al perro, no había casi nadie. Se detuvo bruscamente para dejar pasar a una mujer rubia con un cochecito azul, esta lanzó una mirada acusadora a la cabina del coche. Mariela arrancó enseguida, pasó realmente cerca de ella, y de nuevo se puso a una velocidad absurda. Julián se dio la vuelta: la madre los miraba indignada, desde la acera.
—Esto tampoco es necesario, poner en peligro así a la gente, incluso a los niños —dijo.
—Ajá, pues sí, podrías ser mi padre.
—¿Crees que es agradable cruzar la calle y que alguien se lance así contra ti? Los niños te dan igual. Así que seguramente no lo entiendas.
Ella dio un golpe de volante hacia la derecha, como si la hubiera herido. Lamieron el bordillo, salieron disparados, se metieron en contradirección, solo después se colocó en su carril y suspiró profundamente, como si quisiera relajarse.
—¿Con el Técnico? ¿Un niño? O incluso niños. Una idea ridícula.
—¿Por qué no? —quiso saber Julián y se cercioró de que llevaba el cinturón.
—¿Por qué no tienes hijos tú?
—No salió.
—¿Cómo no salió?
—Abortó.
—¿Espontáneamente?
—No, interrumpió el embarazo.
—¿Hace cuánto?
—Cinco años.
—¿Luego ya no lo intentasteis?
—Luego nos separamos.
—Lo siento.
—Y una mierda. Solo se dice por decir, «lo siento». Como si hubiera muerto una persona real. Un feto no es una persona. E igualmente somos unos extraños, tú y yo. Fetos como ese están muriendo por el mundo ahora mismo…

—Es cierto —asintió con una sonrisa—. ¿Cómo se llamaba ella?

—Makro. Yo la llamaba Makro, porque era terriblemente inteligente y estaba por todas partes. Margarita.

—¿Y vuestra relación hoy?

—A veces nos vemos. Siempre me tiemblan las manos cuando pasa. Tenemos un par de amigos comunes.

—¿Qué hace tu ex, Margarita?

—Da clases de Matemáticas.

Ella lo miró fijamente, él por poco le dijo que vigilara la calzada.

—No lo entiendo. —Sonrió de nuevo, esta vez con cautela, formal—. ¿Cómo se juntaron un escritor y una matemática? ¿Y cuánto tiempo estuvisteis juntos?

Esta vez le devolvió la sonrisa.

—Dos años. Hace siete años necesitaba inventarme un código para un libro mío.

—¿Cuál?

—*La boca del arquitecto*.

—No lo he leído. Pero el Técnico seguro que sí.

—En la facultad todavía daba clases el profesor Flajšman, una vez hice con él un examen de Lógica. Aprobé por los pelos y a él le sorprendió que alguien pudiera ser tan obtuso y no entender que la lógica y la matemática son ciencias puras. El curso se llamaba *La lógica en filosofía*. Años después fui a verlo, a ver si se acordaba de mí, y viví ese desagravio patético que nadie quiere vivir: por poco se disculpó por no haber reconocido en mí a un talento entonces. Algo que no podía hacer, porque escribir una novela no tiene nada que ver con la lógica. Al menos mi escritura. ¿Qué estudiaste tú?

—No importa —masculló.

—Me gustaría saberlo.

—Y a mí me gustaría saber sobre Flajšman. ¿Lo disfrutaste? Yo odiaba ir a clase, desde la básica hasta la universidad. No soporto los grupos de trabajo, los proyectos, los estudiantes, los profesores, los programas de estudios.

—Yo tampoco, en general —admitió Julián—. Flajšman me recibió, tenía más de ochenta años, ahora ya no está vivo. Pero me alegró que me recordara, si tienes en cuenta a cuántos alumnos dio clase, y yo, además, fui con él solo dos semestres. Pero me dio el nombre de la persona que podía ayudarme con el código.

—Tu Makro.

—Sí. Primero le escribí a la facultad donde daba clases, pero no respondió. Luego fui a verla personalmente. No sabía si me la encontraría, pero estaba y en ese momento no tenía clase. Estaba en su despacho, tomando un café. El destino, diría.

—Un destino de dos años… —Torció el labio inferior y giró hacia la

carretera lateral—. Así que ¿qué destino? Una relación normal, que en dos años se fue a la mierda. Yo también las he tenido.

—A menudo no entendía lo que me decía. También me lo reprochó muchas veces.

—Pero querías salir con ella.

—Sí, vaya.

—¿Cómo era?

—Sigue viva, sigue siendo, aunque siete años mayor que entonces.

Mariela giró a la izquierda, subió por la colina y luego torció a la derecha, entre unas casas bajas. Aparcó junto a una de ellas, no estaba permitido parar allí, pero ella colocó el coche como si perteneciera al propietario de la casa.

Julián bajó, miró alrededor, aspiró por su nariz el aire de otoño.

—Tiene buena pinta, puedes verla en Instagram. Oye, ya sé adónde vamos.

—Sé que lo sabes —le devolvió la sonrisa—. ¿Hace cuánto que no vienes?

Había dejado la boina y los guantes en el coche.

—¿Treinta y cinco años? Algo así.

—¿Y quieres darte un paseo?

—Más que cualquier otra cosa. Aunque entonces no acabó muy gloriosamente.

—¿Cómo es eso?

—Intenté subir a las rocas con unos chicos que tenían algo de experiencia en escalada. Pero cuando llegué arriba, comprobamos que tenía mal atado el nudo de seguridad. Si hubiera caído, me habría matado.

Mariela se quedó pálida, de repente flácida, sin ardor.

—¿Qué pasa? —preguntó él—. ¿Te dan miedo las alturas?

—Para nada.

—Pues te envidio. A mí sí, mucho. ¿Quieres un cigarrillo?

Ella dio una calada a su cigarrillo, lo cogió de la mano y avanzaron.

—¿Qué aspecto tiene? —quiso saber—. Makro.

—¿Por qué quieres saberlo?

—¿No tienes alguna foto suya en el móvil? Eso bastaría. Tengo un presentimiento.

—No tengo ni foto, ni presentimiento —negó con la cabeza—. Los contactos del Facebook desaparecieron, pero sé que sigue por ahí. Solo que se esconde de mí.

—¿Qué te hizo?

—Todo.

Durante unos momentos avanzaron en silencio. Él se encendió un segundo cigarrillo con el primero. Luego no supo dónde dejar la colilla, así que la enterró bajo las hojas caídas junto al camino

asfaltado.

—No tienen papeleras por aquí —dijo, como disculpa.

—Estará allí envenenando la tierra durante exactamente cuatro años, dos meses y veintidós días —espetó, lo miró y, cuando él sonrió, lo secundó. Pero de nuevo se puso seria, incluso demasiado rápidamente, y se dijo algo en voz baja para sí misma. Alguna recriminación.

Él no quiso preguntar, avanzaba a su lado en silencio y con la segunda colilla hizo lo mismo que con la primera. Seguían cogidos de la mano, acabaron con las manos sudadas. Luego ella ya no pudo aguantar.

—¿Pero qué aspecto tiene Makro, joder? ¿Y te ayudó con el código?

Él se detuvo y la soltó.

—¿Por qué estoy aquí? —contestó con una pregunta y la voz totalmente tranquila—. Trabajas para alguien. Quieres sacarme algo. Conoces a Weber.

—Mira, setas. —Señaló por encima de su hombro—. Qué pena que no tengamos una bolsa.

Él miró hacia atrás. Desde las hojas anaranjadas, a menos de un metro del estrecho camino de asfalto, asomaban dos boletos. Tres. Cinco. Siete. Quizá más. Como si crecieran delante de sus ojos.

De nuevo volvió la vista hacia ella y se la encontró justo a su lado. Tuvo que levantar un poco la cabeza para tener sus labios cerca de los suyos, y ella se inclinó un poco. Luego estaban uno al lado del otro y tenía que producirse un beso, pero él repitió su pregunta a esos labios:

—¿Por qué me has traído aquí?

Ella no retrocedió, no se apartó, pero no hubo beso.

—Porque necesito echar un polvo —dijo, y él se echó a reír. Se despegó de ella y lanzó su risa al bosque, incluso la obligó a poner una expresión de ofensa, así que le acarició el hombro, pero luego volvió a retorcerle un nuevo ataque de risa que incluso lo puso de rodillas.

Mariela primero pareció ofendida, luego divertida, al final aburrida. Esperó a que acabara. Pero él no podía. Se reía sin sentido, se cogió del diafragma, cruzó las piernas, cayó de culo y volvió a levantarse sin dejar de reírse jadeando. Si alguien sufre hoy de histeria, son los hombres, hace mucho que no son las mujeres.

Enseguida recordó cómo cada primer cigarrillo de la mañana, que le apetecía tanto cada día, provocaba que se le revolviera el estómago y le entraran unas bruscas náuseas.

—Estás loco —dijo Mariela, lo que aún avivó su risa impotente.

Cuando por fin consiguió hablar y enderezarse sin tambalearse, dijo:

—No hay nada más terrible ni más gracioso que la sinceridad. —Tosió, apenas podía tomar aire, volvió a encenderse un cigarrillo, lo compartió con ella, que también empezó a toser. La cogió de la mano.

Primero estaba tensa, pero luego dejó la mano en la de él. De nuevo iban de la mano. Una pareja heterogénea, incierta.

—¿Qué pasa con el Técnico? —quiso saber—. ¿Por qué no os funciona?

—No funciona —admitió—. Estoy con él por compasión, es algo así como esquizofrénico. Oye voces. Me vigila y quiere que yo lo vigile a él.

—¿Y lo vigilas? —Solo entonces se dio cuenta de que él mismo no había examinado bien el último lugar del crimen. Estaba aquí, de excursión con esta estirada, que además tenía pareja. Y, sin embargo, tenía que estar en la calle Sadová, buscando una fotografía de papel tirada o ingeniosamente escondida. Si la policía ya había abierto la calle. Hoy la contraseña «dientes» quizá lo metiera en un lío. Quizá ya tuvieran otra que él no conocía. Pero mejor estar aquí, de camino a las rocas de Svatoš, con un gran coro de nubes sobre el horizonte y de la mano de una bella mujer.

—No puedo dejarlo… en su estado. Fue chulo, pero ahora ya solo está enfermo. Si dijo chorradas cuando yo no estaba, atribúyelo a su estado. Ya hace un año que no dormimos juntos.

—Así que duermes con otros.

—Si hay ocasión. Pero no debe enterarse. Me mataría. Y luego a sí mismo.

—¿Se curará?

—Más bien no. Los médicos lo mantienen. Pero sin esperanzas de mejora. Siempre mejor que si estuviera en un sanatorio.

—Mi abuela murió en un sanatorio.

—Ya ves.

—¿No le tienes miedo?

Titubeó.

—Solo a veces. Pocas. Sé amansarlo.

—Pero estáis juntos. Amantes.

—Ya solo compañeros —Sonrió con sobriedad—. Sigue siendo terriblemente celoso.

—Te controla por el móvil. El GPS.

—Prefiero no llevarlo. Nadie sabe dónde estoy, solo tú, Julián.

Caminaron unos momentos en silencio.

—Creo que no todos tienen motivos para estar celosos —dijo él, finalmente—. Es una enfermedad, una crisis de confianza. Unas veces real; otras, imaginaria. Pero un enfermo sano a menudo sufre más que un enfermo de verdad. Lo conozco.

—¿En el sentido de que un enfermo sano solo se imagina los celos? —dudó ella—. ¿No has querido decir que se imagina la infidelidad?

—He querido decir —respondió él— que algunos necesitan los celos. Es como con la relación de la que hablo ahora. ¿Necesito un ser

amado para mi vida o solo la relación? O puede ser como lo del caso antes descrito del amor hacia alguien y del amor a la realidad de que amo a alguien. Luego sustituyes a la persona concreta o solo el estado del corazón del que lo experimenta. Si estás con el Técnico, ¿es porque lo amas o porque estáis acostumbrados el uno al otro y tú, además, tienes que protegerlo por su enfermedad?

—Tienes que meterte en todo hasta tal punto…

—Es mi trabajo. —Sonrió con tristeza—. Hay muchas cosas que me invento, pero estas son reales. Independientemente del siglo. ¿Has leído el *Werther*?

—No.

—¿Se mató por ella o por sí mismo? En mi opinión, por sí mismo. Ya no podía aguantar más. O no quería envejecer.

—Hum, te digo que no lo he leído. —Lo soltó, se metió las manos en los bolsillos y aceleró sorprendentemente, así que él tuvo que alargar los pasos para competir con sus largas piernas—. Creo que el Técnico y yo de algún modo nos queremos, pero de verdad que ya no somos amantes, quizá nunca lo hayamos sido. Es por costumbre. Por compasión. Por lástima. Y por comodidad.

Salieron del bosque. Ante ellos se abrió el panorama de las rocas de Svatoš, un antiguo centro de leyendas y cuentos sajones suroccidentales. La boda petrificada, el novio y la novia para los siglos de los siglos. La copa del diablo. Hans Heiling (Jan Svatoš) y su aventura con los omnipresentes duendes. Hacía mucho que Julián no estaba por allí, la ultima vez había sido a los dieciocho años, y ahora no podía apartar los ojos de la formación rocosa. Antes no sabía nada, solo había intentado subir varias de las paredes más fáciles y bajar las agujas, como reconoció a Mariela. Ahora tenía tras de sí la enorme carga de la educación. Las rocas le parecían tan bellas como entonces, cristales duros y grises en un paisaje otoñal blando y verde amarillento. Solo eran un poco más pequeñas. ¿Le daba miedo subirlas, entonces? Llegaron por la orilla derecha del Ohře, a contracorriente. Los edificios antiguamente en ruinas se habían convertido en una taberna para los piragüistas, que funcionaba también ahora, en octubre. Una pasarela colgante llevaba hasta las rocas, justo a sus pies. Saltó sobre ella y Mariela fue un paso detrás de él. Cantaba algo para sí misma y a él le confirmó que era real, que no era solo la visión de una mujer que alguien le hubiera puesto delante; que tras él caminaba la aventura.

En realidad, más que rocas eran roquitas, siempre lo fueron, cincuenta metros de altura máxima, quizá menos por culpa de la erosión. Se apoyó en la barandilla y observó el sol reflejándose tembloroso en el río. Si hubiera sido verano, se habría remangado las perneras y bajado a la orilla para mojarse los pies. Sacó el móvil e

intentó fotografiar las balsas solares incorpóreas de la superficie. Pero le temblaban las manos, las imágenes no salían nítidas. Por el otro lado vino un escalador con un anorak azul, una mochila y una cuerda enrollada, podía tener unos dieciocho años, estaba justo en la edad en la que Julián había intentado conquistar las rocas de Svatoš. Parecía satisfecho, pero tenía prisa. Y de repente también Mariela se echó a correr.

Se coló entre el escalador y Julián a tal velocidad que hizo balancearse la pasarela.

—¡A ver quién llega antes arriba!

Él no corrió, solo cruzó deprisa el puente, tenía calor. Ella ya corría por la orilla izquierda hasta el borde de la formación rocosa, donde desapareció en la cuesta escarpada y llena de vegetación. Tenía ganas de encenderse un cigarrillo, pero se habría quedado sin aliento, así que bajó de la pasarela, tomó el camino, y por el lugar donde suponía que ella se había perdido de su vista, se metió entre los árboles.

Entonces la vio. Estaba sentada en un nudo de piedra a unos siete metros por encima de él. Alzó hacia ella su frente sudada y cogió aire.

—¿Qué más sabes hacer? —preguntó, y apoyó la espalda en un árbol para descansar.

Ella le sonrió desde arriba y lo saludó con la mano.

—No sé nada. ¿O qué tendría que saber?

—Escalar las rocas. De joven lo intenté, pero no era para mí.

—Esta es una vía para principiantes, ni siquiera necesitas cuerda. —Señaló la piedra de salida y él vio que subir tras ella realmente no tenía por qué significar un gran peligro. La piedra no era vertical, sino inclinada como un tejado. Podía subirse a cuatro patas y sin protección—. Vía infantil, así la llaman —lo informó y, cuando él comenzó a subir por el granito áspero, ella lo dirigió sin miedo desde su pequeño plano, indicándole dónde debía poner la mano o el pie. Las presas y agarres allí eran realmente evidentes y tras unos momentos ni siquiera necesitó que lo guiaran. Si al menos no hubiera tenido el abrigo, que ya se había rascado, ni los pantalones apretados, que amenazaban con petar en la entrepierna… Si alguna vez admitió su edad, fue entonces y allí.

Subió tras ella hasta el nudo, pero ya no estaba. Igualmente, no había sitio para otra persona. Se sentó y exhaló, encendió un cigarrillo. Sabía que estaba en un monumento natural nacional, pero no pudo evitarlo.

Mariela pareció esperar a que acabara de fumar. Cuando apagó la colilla contra la piedra, la guardó en el bolsillo para poder tirarla más tarde a la papelera junto a la pasarela que cruzaba el río.

—Ven ya —gritó ella desde algún lugar.

Él reconoció su cabeza, el pelo cayendo, la expresión infantilmente

feliz, algo sarcástica. Se levantó y subió a la roca pegada al nudo de siete metros.

—¿Vienes a menudo? —preguntó a la piedra y buscó encima de él una hendidura donde agarrarse. No quería mirar directamente hacia abajo.

—Este verano —se oyó desde arriba— al Técnico le dieron sus manías. Cuando conseguía deshacerme de él, igualmente siempre acababa aquí.

—¿Manías? —replicó Julián.

Subió un par de metros por la pared, que le parecía desnuda y de repente casi vertical. Le temblaban las piernas, luego también los brazos. Le habría gustado muchísimo en ese momento volver abajo, al nudo, tan agradable para sentarse, donde incluso podía reclinarse a fumar un cigarrillo. Allí no podía. Le pareció que, si se despegaba de la roca solo cinco centímetros, caería de espaldas y se rompería el cuello o, al menos, un par de huesos. Pensó en la columna. Lesión de médula. Rotura de pelvis o al menos contusión cerebral. Se apretó contra la piedra, la mano derecha y la izquierda en una tranquilizadora estría profunda, los dos pies en fosas que, por desgracia, no tenían el fondo plano. Sus zapatos estaban dañados, con las puntas desgastadas para siempre.

—¡Eh, me estás telegrafiando! —dijo Mariela riéndose, ya algo más nerviosa—. Cálmate. Cuenta despacio hasta diez. Como si te estuvieras durmiendo. Piensa en que yo estoy arriba y tú quieres venir conmigo. No existe nada más. Ya no hay otro camino.

—Sí que lo hay —le contó a la roca. Las extremidades le temblaban como si alguien las hubiera metido en una antiquísima máquina de telégrafos. Contó para sus adentros. Se sentía patético y le habría gustado volver, solo que, para bajar, alguien tendría que soplarle dónde poner las manos y los pies.

Pero abajo no había nadie. Ella estaba arriba. La llamó por su nombre, pero ya no respondió. Entre ellos había metros de granito, a trozos rojizo. Un camino inclinado y sencillo, pero el espacio abierto bramaba en sus oídos.

Al menos de eso se acordaba: no sacar culo, al contrario, pegarse al granito con la barriga, acercar el centro de gravedad todo lo que pudiera, encontrar los cristales amarillentos de feldespato y subir por ellos como una araña. Como aquella vez, a los catorce años, de excursión con octavo, cuando después de la merienda se quedó atrás con un amigo; de todas maneras, estaba clara la ruta de vuelta al autobús de Doubí. Volvieron en secreto a la roca bien inclinada, más o menos la mitad de alta que las más altas, y subieron a ella. Fue fácil, pero detrás no había sujeción del terreno y por primera vez se apoderó de Julián el terror a caer y romperse la columna. Se sentó en el borde

de la piedra y sus pies repiquetearon, aunque se sujetara las rodillas con todas sus fuerzas. Miró hacia abajo y, aunque al otro lado del nudo de granito la profundidad solo era de seis metros, lo asustó y lo atrajo al mismo tiempo. Su amigo ya hacía rato que había bajado, desde abajo le gritaba y, cuando Julián, rígido de miedo, no reaccionó, lo dejó donde estaba.

Así que Julián se quedó allí sentado un cuarto de hora más, que le pareció una eternidad, y en el momento en que sus piernas dejaron de agitarse, dio un bote y saltó. Cayó con dureza en las agujas, en el lugar que había escogido, porque no había troncos. Rodó de vuelta a la roca y por poco se partió la cabeza.

Ahora buscaba agarres, y también los encontró, por suerte. Subiría por ahí un niño experimentado de diez años, hasta Goethe se lanzaba por ahí, luego durante un tiempo eso se llamó «piedras de Goethe», pero más adelante el cortés hallazgo fue recibido en singular por la formación de cuarcita junto a la carretera entre Františké Lázně y Aš. De piedras de Goethe, nada… eso siempre se llamó Jan Svatoš/Hans Heiling, y se contaban todos esos relatos vinculados a él.

Triste, pasó frente a un gancho fijado con hormigón, con un agujero por donde se podía pasar una cuerda. Decímetro a decímetro, escaló. Ante todo, no caerse.

No encontró apoyo para el pie derecho y se detuvo.

—¿Mariela? —gimió, presa del pánico, de cara a la piedra, por la que corrían irritadas hormigas negras. Grandes. Casi como las del sueño con ella—. ¡Mariela!

Se maldijo por haber subido tras ella. Odiaba las alturas, no soportaba pensar en la posibilidad de caerse. Una vez, cuando estaba soltando cuerda para volver, se había entendido a sí mismo. Nunca necesitó subir hasta la cima, no lo llevaba dentro, nunca había sido así. Una persona media rodea la roca y, si no puede subir seguro y con comodidad por el otro lado, la deja estar y encuentra otra más sencilla, más baja. También desde allí habrá una bonita vista al río.

Solo que esta era sencilla y baja, aunque le diera tantos problemas. Se atrevió a mirar debajo de él. Desde el camino, lo observaba una pareja de amantes. No esperaban a un tipo en abrigo sobre un pedrusco. Quizá pensaran que se estaba grabando una película. O más bien que un ruso borracho estaba intentando ser un héroe.

Y Mariela seguramente estuviera sentada arriba, mirando el reloj, disfrutando de un día soleado, quizá el valiente sol todavía bronceara.

No dudaba de que en cualquier momento estaría a su lado. Pero él, por desgracia, sí.

Observó bien el tramo. Se podía subir por el plano inclinado, agarrarse en ese lugar. «No tengas miedo y no te expongas a la pura desnudez de la piedra y de la situación en la que te has metido tú

solo». Echarle la culpa a ella habría sido infantil.

Alargó el brazo hacia arriba, levantó el pie izquierdo, encajó la punta del zapato en una grieta, se alzó casi medio metro, cambió el agarre; sí, al final lo conseguiría, sin duda no caería, especialmente no catorce o quince metros al pie accidentado y luego diez volteretas más por la cuesta, hasta el camino. Metió el pie derecho en un hoyo, una zapatilla de piedra hecha y derecha en la que meterse cómodamente. La hendidura le levantó el ánimo, por fin estaba estable y podía estirarse y agitar las manos. Pero con eso resonó el dolor en el hueso sacro: el disco intervertebral y los músculos de alrededor. La mano derecha encontró un agarre, esperaba que no hubiera bichos que le mordieran el dedo, o Dios no lo quisiera, una serpiente, aunque quizá octubre fuera tarde para ellas.

Volvió a subir un poco más, de repente le empezaba a ir bien y sentía cómo sus movimientos adquirían ritmo: izquierda delantera, derecha trasera; derecha delantera, izquierda trasera. Subía, ya no tenía tanto miedo, pero luego llegó el último tramo, un metro y medio de roca casi vertical donde no había a dónde agarrarse ni por dónde subir. Desde la cavidad en la que ahora estaba clavado sobre su pie izquierdo había que apoyarse, estirar el brazo y agarrar los bordes del cristal de granito. Allí estaba la cumbre de la roca.

Se encogió, enseguida se lanzó y se entregó al espacio vacío. Hizo lo que debía y le salió bien. Las manos sudadas deseaban que la superficie de la piedra por fin fuera más rugosa, pero los dedos con las uñas raídas ya tenían la materia inorgánica bajo control.

Se estiró, subió rápidamente por la vertical, se incorporó sobre la mano. Estaba en lugar seguro.

En ese momento, precisamente cuando su tronco se posaba sobre la plataforma de la cima y lanzaba el pie derecho para sujetarse arriba a la roca con más puntos del cuerpo, el pie izquierdo resbaló y lo devolvió a su sitio, como cuando uno sale de una piscina sin escaleras y a la primera no funciona.

Inmediatamente, supo con claridad que se mataría, que era un accidente innecesario y provocado solo por su insensatez.

Pensó en que la gente se pasa toda la vida diciendo lo mismo. Cuando vives con alguien, año tras año dices del solsticio de verano: a partir de ahora, los días se acortarán. Y sobre el de invierno, dices lo contrario. Así es correcto, cuando vives con alguien lo dices. No importa que se repita una y otra vez. Al contrario, en ello hay consuelo, certeza. Le sabía mal no volver a decírselo a nadie, ni oír a nadie más hacerlo.

O sí. La caída acabó tan rápido como había empezado. Ella cayó sobre sus brazos con el cuerpo, lo sujetó, empotrada al borde por el otro lado con las piernas.

Él se asombró de la fuerza que tenía esa chica tan delgada. Oprimía la mejilla izquierda contra la piedra, sus grandes dientes apretados, los labios doblados, los ojos excepcionalmente claros con una fría decisión, regándose de sangre por el esfuerzo. Ella le aconsejó que trasladara todo su peso a los antebrazos y los mantuviera en una base horizontal costara lo que costara. Eso hizo.

Luego, que cogiera aire y lo exhalara, tres o cuatro veces, y después que girara la pierna derecha para apoyarse en la roca, con la rodilla en un ángulo agudo y la punta del pie dirigiéndose abruptamente hacia abajo, en el lugar en que se redondeaba suavemente.

La obedeció y enseguida tuvo claro lo que tenía que hacer después. Se alzó a la vez con los brazos y con el pie derecho, girado y apoyado en el abultamiento de la piedra.

Solo necesitó el pie izquierdo ya para pasarlo por encima del borde. Antes lo había hecho mal, había intercambiado los solsticios.

Mariela no lo soltó hasta que él se tumbó para descansar, arriba. Se sentía avergonzado, pero le estaba agradecido. Estaba contento de estar vivo. De repente, quería.

Después de unos momentos, se sentó, tembloroso, y la miró.

—Gracias.

—No me des las gracias —replicó. Sonaba irritada.

Se arrodilló.

—Tengo la asquerosa sensación —se frotó las sienes, en las que palpitaba el dolor— de que en el último momento quizá haya querido caerme.

—¿Qué dices? —le soltó. La cara, que tendría que haber estado roja por el esfuerzo, estaba mortalmente pálida. Bruscamente, se apartó el pelo oscuro de la frente y se frotó los labios con la manga. Sus ojos y sus dientes refulgieron bajo los rayos del sol.

—Da igual —dijo él, sonriendo—. Estoy vivo. Estás viva.

Se movió hacia ella y la besó, antes de entender lo que estaba haciendo. Se sorprendió a sí mismo, a Mariela no tanto. La tenía en brazos y la besaba como un amante. Ella reaccionó con comprensión, medio complaciente. Tenía la boca seca, los labios agrietados. Él sintió su perfume especiado y el sudor auténtico.

Se atrapó a sí mismo sudando poderosamente y oliendo su propio sudor como amoníaco, apretando los dientes contra los de ella y presionándole la nuez con la mano hasta tal punto que la obligó a jadear y coger aire.

—Espera, qué haces —dijo Mariela, pero casi no se le entendió. Él acababa de golpearle, con el suyo, el puente de la nariz. Pensó que no estaría mal darle un mordisco allí, pero prefirió tumbarla sobre su espalda, frotar su cara contra la suya y morderle el pabellón auricular. Ella chilló, lo empujó bruscamente con el índice y el corazón sobre los

párpados hasta hacerle daño, y con eso lo apartó, controladamente, para que no se diera la vuelta y repitiera su caída.

Lentamente, aturdido, se puso en pie y miró hacia abajo. No entendía lo que le pasaba, por qué se había portado de manera tan absurda después de que ella le hubiera salvado la vida. Una especie de clarividencia momentánea, aunque ya se hubiera esfumado. El sol centelleaba sobre él como una sirena de la policía, ahora oscuro, ahora brillante. En su cerebro palpitaba una brusca migraña, las rocas bailaron con él el baile de Svatoš y de repente la tenía enfrente, las manos sujetando firmemente sus hombros, lágrimas en los ojos. La miró con los ojos entrecerrados contra la luz hiriente.

—¿Por qué lloras? —dijo entre dientes y deformó la cara, porque el dolor punzante le impedía hablar.

—Ven conmigo. —Le cogió la mano y lo llevó por el otro lado hasta el bosque.

Por detrás, la vieja roca estaba cómodamente apoyada en la colina y era difícil creer que hacía solo unos momentos le ofrecía una caída mortal. Bajaron hasta el río, los zapatos llenos de restos del bosque. Le estaba agradecido, porque había ido casi a ciegas, cada paso significaba un golpe de martillo directamente en la cavidad craneal.

Cruzaron la pasarela colgante y se sentaron en la terraza de la posada para excursionistas. Durante unos momentos solo se miraron, absolutamente agotados. Vino la camarera. Mariela se levantó, quería saber lo que tenían, y se fue con ella. Julián, exhausto, se quedó dormido unos segundos. Enseguida se despertó y vio que se le acercaba una criatura horrible, con ojos que ocupaban más de media cabeza, una nariz pequeña que recordaba los ollares de una calavera y una sonrisa dentuda de oreja a oreja.

Se lanzó hacia ella, que se apartó en el último momento para que él no tirara la jarra espumeante de su mano. La espuma acabó en las tablas de la terraza, un poco también en su cara.

—Aquí están abiertos durante todo el año —dijo como si nada y lo ayudó a beber, sujetando el cristal en su boca como una enfermera.

Se tomó una pastilla y, después de la segunda jarra, la migraña se pasó un poco. La sensación apocalíptica de que algo iba muy mal no desapareció. Tenía muchísima sed, la boca reseca como una roca expuesta al sol. Se había sentido así por última vez hacía un par de años, tras tomar cocaína. Quiso contárselo todo: por qué había ido a Vary, qué quería Weber de él. Pero no lo hizo. Se lo dijo con los ojos y ella entendió lo suficiente.

—Petr no solo me quiere a mí, también a Goethe —dijo—. ¿No te lo he contado ya? Seguro que sí. No tienes que contestarme, pero si aquí en Svatoš has vivido algún momento de lucidez o de una angustia vital súbita, al Técnico le pasó algo parecido y a Goethe en Vary le

pasaba constantemente. *Weltschmerz*. Por eso venía aquí tan a menudo, aunque todavía no conociera esa palabra. Quizá no la conociera, pero estaba vivo. Era adicto a ello, igual que a la droga, y quería luchar, vencerlo. Esta ciudad es una de las más hermosas del mundo. Dónde vas a parar con Nápoles, aunque se dijera de ella: es verla y morirse. Ahora esto vale para Karlovy Vary: venir y, quizá, palmarla.

—Los dientes —dijo Julián, sonriendo—. Aquí matan los dientes. Picor de encías y mordacidad maníaca. Tengo ganas de morder la cerveza con la jarra incluida. He de reconocer que no me gusta la cerveza. Goethe conocía esa terrible palabra, pero ya era muy mayor. *Weltschmerz*.

Mariela, nerviosa, se sentó un poco más allá.

—Creía que la palabra era suya. Todos conocen el *Werther*, aunque no se lo hayan leído, necesariamente.

—Pero allí no está, se le ocurrió a Jean Paul. Aunque pudo inspirarle y luego asumirlo como propio. Nunca perdonó a Ulrika por haberlo rechazado, ni a su madre por no haber obligado a la hija a casarse con él, ni a sí mismo por haberse atrevido a reconocer y declarar su amor setentón por una adolescente.

—Petr me explicó que Goethe venía de excursión con mujeres que le gustaban. Aquí, a las rocas. Mujeres a menudo casadas y comprometidas, solo que a él todos los maridos o prometidos se lo perdonaban. Goethe era más famoso que Mozart, entonces. El Técnico explicó que el agua de las fuentes diluía todo el despecho. Yo exactamente no sé a qué mujeres trajo aquí, alguna Marianna von Algo, Maria Ludovika, y sobre todo Ulrika von Levetzow, la de diecisiete años, que desde luego no era suya, aunque él se lo pensara. A esta seguramente la trajo con su madre, a quien se había insinuado mucho antes. Quizá antes de que naciera. Quizá Ulrika fuera hija suya. Así que fue más que oportuno que ella lo rechazara. —Empezó a reírse —. ¿Cómo lo dijo? Que de una lacra nace una historia. ¿Y qué es un amor desgraciado, sino una lacra? Casi todo el mundo conoce la historia de Ulrika.

—Solo que un amor feliz también es una lacra —comentó él—. Cuando es muy fuerte.

—Es cierto, pero poca cosa para una buena historia. Se quieren, ¿y…?

Julián miró hacia las rocas, a la marcha nupcial de piedra que veían en ellas tantos románticos y que se quedó en los nombres de los salientes concretos.

—¿Cuántos años tenía cuando le declaró su amor a Ulrika? Setenta y tres. Creo que estaba consciente.

—Sí. El amor duró un tiempo hasta que la madre de Ulrika lo

rechazó. Lo hirió solo con el rechazo. No sabemos cómo lo vivió ella.

—Yo tengo una visión un poco distinta. ¿Cuántos versos de Goethe conoces?

—Ni uno. Petr sí.

—Siempre me pareció demasiado primitivo como para que valiera la pena acordarse. Rimas de colegio, con un par de excepciones. Todos sus tratados de geología son mejor poesía que su propia poesía.

—Quizá solo haya envejecido.

—Quizá. Creo que cuando le pidió la mano a una mujer cincuenta años más joven lo hizo con el propósito de pasar a la historia. Intuía que la futura generación no tenía por qué interesarse por sus escritos. Pero que la conmovería el amor de un viejo necio, un gran romántico hasta el mismo final, cuando ya estaba sobre la tumba. Y, sin embargo, él sabía bien que la vejez es la enfermedad incurable de la juventud: la juventud no puede alargarse, solo se puede detener con una medida enérgica al precio de perder la vida. Así que, mientras estamos aquí sentados los dos —sumergió la nariz en la espuma de la cerveza—, todavía somos completamente normales, comparados con Goethe y Ulrika. Pero cuéntame… ¿el Técnico es normal? ¿Qué técnico de balneario ha leído jamás a Goethe?

Ella se encogió de hombros e, igual que él, deambuló con la vista por las rocas. Inconscientemente, ahuyentó con la mano a una avispa curiosa.

—Petr es un caso en sí mismo.

—Y no sabe que hoy estás conmigo.

—Este es nuestro sitio, mío y suyo. La roca a la que hemos subido es una de nuestras tres rocas. Él empezó en esa, ahora domina también las más problemáticas.

—¿Cuáles son las otras dos?

—Allí, allí. —Señaló las formaciones rocosas—. ¿Quieres probarlas?

Él fue a por otras dos jarras, y cuando volvió, la oyó decir:

—Ha sido un error, Julián. Olvido que la gente lo hace diferente a como Petr y yo. El Técnico. Eso lo hace la vida en aislamiento.

—Mejor separaos.

—De algún modo estamos demasiado conectados.

Estuvieron unos momentos en silencio.

—¿Por qué estoy aquí? —preguntó él, al fin—. Quiero decir, de verdad.

Lo torturaba el dolor de espalda, una vez la migraña había pasado.

De nuevo siguió el silencio, luego ella dijo:

—Quería estar aquí con alguien que no fuera él. Al menos una vez.

Él reflexionó al respecto.

—He pensado que querías que me cayera, igual que por un fragmento de segundo lo he pensado yo mismo. El final de arriba era

bastante duro para un *amateur*. Pero en el último momento parece que has cambiado de idea… por qué, no lo sé. ¿Cómo has podido sujetarme, allí?

Ella levantó las cejas, levantó el culo de la silla, extendió las piernas a los lados. Se sujetaba al asiento solo con las manos, casi como si levitara, y él la miraba asombrado.

—O esto —continuó, puso la barriga sobre la silla, estiró las piernas debajo, puso la mano derecha sobre el suelo de madera de la terraza, luego la izquierda, y avanzó con las manos un poco. Los clientes rusos de la mesa contigua empezaron a comentarlo, los alemanes dos mesas más allá, también. Los entendía solo a trozos, únicamente estaban mirando cómo una persona andaba con la fuerza de sus brazos por la terraza de madera, mientras sostenía el cuerpo en armonía con la superficie del río cercano. Entonces se puso sobre sus antebrazos, encorvó la espalda y levantó las piernas como cuando un escorpión amenazado alza la cola. Rápidamente, cambió de brazo y puso la izquierda debajo de ella, giró hacia un lado para que levantar el tronco fuera más fácil. Estaba delante de él, de puntillas, y la camarera, sorprendida, vino a preguntar qué pasaba.

—Más que yoga, es gimnasia —comentó.

Ella se inclinó, cayó sobre las manos, lanzó las piernas e inmediatamente se puso de pie como una artista de circo. La camarera le pidió si podía dejar de estorbar a los clientes. Pero estos la aplaudieron, tanto los rusos como los alemanes. También Julián la premió con un aplauso.

Se sentó frente a él.

—Tengo que practicar, ya que estoy todo el día encerrada con él.

Él cogió su cabeza con las manos y, sobre la mesa, la besó en los labios. Ella no se defendió.

—Resígnate, estoy con el Técnico. Si estás en Vary, podemos vernos. Cuando te vayas, ya no estarás aquí y punto. —Se levantó—. Tendríamos que irnos. Otra vez sospechará de yo qué sé.

—Pensaba que iríamos a mi casa.

—Yo también lo pensaba. Pero ya no me apetece.

—A mí la adrenalina al final me ha puesto bastante. ¿De verdad que no vienes? La excitación de un hotel por horas. —Se rio, con las manos en los bolsillos.

—De verdad que no, Julián. Nuestra experiencia de arriba —hizo un gesto con la cabeza hacia las rocas— me ha recordado algo. Algo terrible.

—¿No me dices lo que fue?

Ella negó con la cabeza.

La mañana siguiente, después de desayunar, encontró dos mensajes en el móvil, uno del Técnico y el otro de Mariela. El primero decía: «No

tendría que haber hecho eso. No lo haga más, por favor». Y el segundo: «No te lo tomes en serio, Julián. Es un psicópata celoso. Hemos discutido».

Al primero no reaccionó, mientras que al segundo respondió: «Pues envíalo a la mierda».

Se fue a dar un paseo, durante el que, con una amplia vuelta, fue a la calle Sadová, pero solo después de convencerse de que nadie lo seguía. El tiempo seguía siendo inesperadamente bueno, la temperatura del mediodía llegó a los doce grados, en el aire neblina y en el cielo, muy bajo, un sol medio decidido. Delante del Mantova se encendió un cigarrillo y curioseó como alguien que ha venido a ver el edificio en el que «eso» había pasado por última vez. Tampoco estaba solo allí. Cerca había dos mujeres, que supuso del lugar, y un joven fotografiando el Mantova con una réflex. Quizá un periodista. Luego, desde arriba, vino una pareja casada (el hombre con bastón) y también miró hacia el edificio. Frente al hotel, estaban descargando de una furgoneta cajas con verdura y fruta fresca. Vio manzanas, peras, piñas, brócoli, coles chinas. Tantos colores intensos en un día pálido. Julián llegó a la pequeña plaza bajo las abruptas escaleras que subían al Bristol y a la iglesia de San Lucas. Se sentó en un banco y esperó a que la calle se vaciara. Cuando le pareció que el aire estaba limpio, volvió a paso ligero al Mantova y fingió que buscaba algo en el suelo, como si hubiera perdido las llaves o algún objeto de valor. En realidad, miraba las cornisas de la pared, donde se desmenuzaba el estuco algo por encima el suelo. Se habían formado grietas y hendiduras. Si alguien hubiera querido esconder algo que debía ser descubierto por otros, lo habría metido allí.

Bingo. Un papel duro, doblado una vez, metido en un sillar en cuya entalladura se había formado una grieta. Sonrió para sí mismo. Como si los arreglos de baja calidad de las fachadas se hubieran formado precisamente para formar buzones clandestinos.

Sacó el papel y lo tiró al suelo, a propósito. Se inclinó hacia él y lo abrió. No pudo evitar una leve decepción. Flores en la piel, el mismo tatuaje que en la imagen encontrada en el campo de golf. Pero aquí no estaba en el tobillo derecho, sino en el hombro izquierdo.

Julián todavía merodeó e inspeccionó con cuidado los parterres preparados para el invierno con arbustos ornamentales, los cubos de basura, las farolas para la iluminación de la calle. Cuando no encontró nada más (estaba todo tan limpio que una fotografía doblada tendría que haberle gritado a metros de distancia), se dirigió hacia la puerta del balneario, apagó la colilla en una papelera —rápidamente detectada— y empujó la puerta giratoria. Primero no pasó nada, pronto se puso en movimiento. Una medida de seguridad. Fue a recepción, desde donde le sonreía esforzado un joven, quizá el mismo

que hacía poco había conseguido huir del asaltante. Al mismo tiempo, un tipo en tejanos y un jersey abigarrado de cuello de cisne se levantó de una butaca verde. Mostró una placa e invitó a Julián a identificarse.

—Dientes —dijo Julián con una voz tranquila y lo más segura que pudo.

—El documento de identidad —insistió el policía.

Julián sacó su monedero y le enseñó el documento. El policía lo fotografió con el móvil.

—La contraseña ha expirado —dijo—. Tenemos una nueva.

—A mí no me han dado ninguna —replicó Julián.

—Pues no tiene nada que hacer aquí —respondió el hombre y le hizo un gesto con la cabeza al de recepción para que desbloqueara la puerta.

Mientras bajaba por la calle Sadová, Julián tuvo la sensación de ver abajo, en el cruce, al mismo hombre del sombrero de la última vez. Alargó los pasos, pero antes de llegar abajo ya no había nadie allí.

Pasó la tarde en la cafetería del Pupp, a la antigua usanza, «analógicamente», apuntándose en un bloc con el membrete del hotel todo lo que había descubierto hasta el momento en su investigación.

Aunque en este caso «investigación» era una palabra muy fuerte. No tenía nada más que dudas, pesadillas y experiencias aterradoras estando despierto, que no entendía. Examinó las fotos encontradas y se apoderó de él una sensación cada vez más desesperante de que un loco o un bromista malicioso, que por otra parte no tenía nada que ver con el asunto, las estaba escondiendo en el lugar del crimen.

Una vez todo eso se acabaría, por supuesto, pero quizá tardaría. O no se acabaría, porque no se descubriría ni qué ni quién lo había provocado, y aparecerían nuevos mordedores que, después del delito, se matarían o no. Morder a gente se convertiría en una moda, igual que se habían convertido en una moda los suicidios cuando tantos jóvenes, en el último cuarto del siglo XVIII, se habían aficionado a *Las penas del joven Werther*. Conocía amores desgraciados ya desde la Antigüedad. Pero antes de Goethe, el suicidio era tabú. Hoy es uno de los caminos. Igual que un *selfie* en un promontorio de roca, la chimenea de una fábrica o el asta de una antena. Solo salir de uno mismo, de la existencia diaria. Algo ya había perdido su eco, ya no era *cool*, pero llegarían nuevos disparates. Empezaría a ser *cool* matar a alguien, no tienes que ser un criminal ni repetirlo nunca más, pero te sumerges en algún lugar del *darknet* a llenarte de los actos parecidos de aquellos a los que sigues. Morirá mucha gente inocente, los asesinos se inculparán, pero nadie los atrapará. Los llevó a eso el aburrimiento y una moda excitante. Hasta que pase a ser *trendy* otra cosa.

Quizá nunca pasara, pero tenía la sensación de que podía pasar, y también la certeza de que él, allí, en Karlovy Vary, no podría evitar nada.

Pensó en alguien que pudiera ayudarlo con todo. En una mujer llamada Makro. En Margarita, que sabría determinar una pauta en el caos.

La había visto por última vez durante la separación.

—Lo importante para ti no es el amor hacia mí, sino el amor hacia la relación —le dijo ella—. Igual que a los pobres de tus libros. Sufres de “romancitis”, igual que ellos, te inventaste la palabra, pero sabías bien de qué escribías. La romancitis, como la sífilis, te desintegra por dentro, pero por desgracia no es contagiosa. Eso escribiste, porque lo conocías.

Se defendió débilmente. No estaba de acuerdo con ella, no quería discutir, incluso dijo que al fin y al cabo daba igual, tenían una bonita relación.

—No soy tu droga, aunque me consideres una droga —le escupió—. Una relación entre personas normales es diferente. Eres un loco, yo nunca quise a un loco.

Objetó que nunca había fingido ser completamente normal (la gente normal no escribe novelas), solo quería de ella fidelidad y entrega absolutas.

Entonces ella se rio, por primera vez abiertamente, de ese requisito.

—Esperaba un hijo tuyo, pero dejé que me lo quitaran porque solo yo decido al respecto.

Fue como si le golpeara la cabeza con un ablandador de carne. Lo poseyó la furia y quiso devolverle el golpe.

Pero solo agitó imperceptiblemente la cabeza.

—Seguramente no quiero tener un hijo, o al menos no con alguien a quien no le interesa la gente real, el amor real, sino solo las relaciones con las que se ensueña, y los personajes de las novelas que se inventa y con los que es locamente posesivo. —Cerró la puerta del piso, cerró con llave desde fuera y dijo, a través de la puerta—: Cuando abras, ya me habré largado.

Ahora tomó aire y probó su número. Respondió un robot diciendo que no existía.

Registró Facebook en el móvil, pero sin convicción. No era probable que ella participara en ese pasatiempo. Intentó entrar en LinkedIn. Él mismo no necesitaba esa red, la escritura es una actividad solitaria e igualmente seguía teniendo el mismo editor. Sin embargo, Makro podría estar.

No estaba, o no la encontró ni por el nombre y el apellido, ni por el apodo. En Twitter, tampoco. Últimamente daba clases en la Universidad Químico-Tecnológica. Ya entonces hablaba de que quizá

recibiría una beca para una universidad americana. Estaría allí, probablemente. A la mierda todo.

Se bebió el tercer café y pidió un cuarto. Visitó Instagram, hacía bastante tiempo que no entraba. A los cinco primeros *posts* les dio automáticamente un corazón, sin examinar realmente lo que había en las fotos. Miró por la ventana a los árboles melancólicos, abandonados como huérfanos, pero al menos iluminados por farolas incubadoras. Cuando era pequeño, los servicios técnicos podaban regularmente. Entonces le parecía terrible herir así a los árboles. Hoy veía que era lo correcto, que lo necesitaban, pero hacía un par de años ya que nadie se ocupaba. Eso no significaba que la gente del ayuntamiento no lo supiera. Seguramente no quedaba dinero.

En Instagram, repasó rápidamente la lista de seguidores, había casi dos mil. Tras unos momentos, volvió al principio y se dedicó a las cuentas con más detalle.

Pasó una hora y media y dos copas hasta que dio con el *nick* Matika. Se seguían mutuamente desde hacía más de medio año, pero nunca lo había mirado bien, al igual que a todos los demás. Ahora repasó todas sus entradas, encontró diecisiete menciones a la Facultad Químico-Tecnológica, dieciséis al California Institute of Technology con sede en Pasadena, la Facultad de Física, Matemática y Astronomía, la Cátedra de Matemáticas. Los *posts* en inglés y en matemático, resolución de problemas en los que los números están suplidos por letras, algo que odiaba ya desde el instituto. Como si él tuviera que escribir sus textos con cifras: lector, rómpete la cabeza, porque si no, no eres digno de mí. No había fotografías de gente, solo fotos con el móvil de garabatos matemáticos en un cuaderno y en papeles sueltos, también capturas de pantalla de un portátil con la misma temática. Excepto una fotografía de grupo. En ella, había trece personas, no eran los estudiantes más jóvenes, quizá avanzados. Y profesores. Diez hombres y tres mujeres. Si dejaba la imagen pequeña, tal como aparecía en *stream*, estaba seguro de que una de las mujeres era ella. Al aumentar la foto, la certeza desaparecía junto con la nitidez. La figura pequeña, la típica postura relajada, la obsesiva comodidad del cuerpo en cualquier situación, como si necesitara descansar de su cuerpo. Podía y no tenía por qué ser ella. Era molesto que en su historial de Instagram no hubiera hecho ninguna mención a la separación. Por otro lado, no había puesto ninguna de sus fotografías en común, ningún comentario sobre que hubieran estado juntos jamás. Como si ya entonces hubiera calculado que no le saldría a cuenta. Le dio un *like* a varios *posts*, todos eran nuevos y de Praga, de la enseñanza técnica universitaria (ahora estaba seguro casi al ciento por ciento de que era ella). Bajo el último, escribió en el comentario: «Te necesito aquí, seguro que has leído sobre lo que está pasando». Añadió el número de teléfono de su

hotel y esperó que realmente se lo hubiera enviado a Margarita. Con su IQ 149, o lo que tuviera, lo pillaría en un tris. Con la inteligencia emocional tampoco había tenido nunca problemas.

Comprobó con sorpresa que se acercaba la hora del cierre. De camino al hotel, se cruzó con dos patrullas armadas y dos coches de policía que avanzaban con lentitud. Para un paseo tan corto, era bastante. Delante del hotel había una gran berlina, un Mercedes. Tras el volante había alguien, un hombre con tupé y un *walkie* al oído. Observaba a Julián con una mirada tranquila e inexpresiva. Julián supuso que era un policía: ¿quizá Weber estuviera haciéndolo seguir? Lo saludó con la mano, el hombre hizo un gesto discreto con la cabeza.

En la recepción, Julián preguntó si alguien lo había llamado y había dejado un número de teléfono. La recepcionista negó con la cabeza, no, sintiéndolo mucho, nada. Pero ese señor de allí lo estaba esperando. Miró hacia atrás esperando a Weber, pero en el sillón de la ventana había otra persona.

—Chjartishvili —dijo el hombre, sin levantarse. Tenía una estatura mediana, el pelo gris y la barba recortada. Podía tener unos sesenta.

—Uřídil. —Julián propuso que se sentaran en la barra, pero el hombre negó con la cabeza.

—Si no le importa, preferiría dar un paseo. Cuando estoy en Vary, lucho con el alcohol, que en mi país tengo hasta las cejas.

Se levantó y salieron. El conductor del Mercedes salió y fue a abrir la puerta trasera del lado derecho, pero Chjartishvili dijo algo en ruso y este volvió al volante.

Julián se quedó helado. Esperó que los nervios repentinos no se notaran en el tono de su voz.

—«En mi país» no es en Vary… ¿De dónde es, de Rusia?

—Mi nombre más bien indica que soy georgiano —dijo Chjartishvili, sonriendo, y sacó del bolsillo una pipa con un bello atigrado, ya estaba llena y la encendió con un mechero especial. El humo olía agradablemente, el tabaco tenía aroma de ambrosía.

—Yo también fumaba pipa —dijo Julián y se dio cuenta de lo envidioso que sonaba.

—Y luego volvió a los cigarrillos —dijo el georgiano con seguridad —. Yo he pasado por estas fases unas diez veces. La pipa significa cáncer de laringe o de lengua, los dos se ven. El cigarrillo significa cáncer de pulmón, allí al menos el tumor no se ve a simple vista. ¿No hizo esa reflexión cuando volvió a los cigarrillos?

Julián tuvo que admitir que así fue exactamente. Añadió:

—Su checo es admirable, casi sin acento.

Miró tras él.

El Mercedes iba a velocidad de paseo, a unos diez metros de ellos,

casi no se oía el motor.

—Y también la limusina presidencial amada por los mafiosos.

Chjartishvili sonrió.

—Esperaría seguramente a un mafioso ruso, un criminal tatuado que le hablara exclusivamente en ruso, supiera amenazarlo y luego cumplir sus amenazas.

Entregó a Julián una tarjeta de visita, él la miró: Nikolái Borísovich Chjartishvili, *entrepreneur*. Dirección en la calle del Rey Jorge. Lo mismo en cirílico. Se la metió en el bolsillo. No ofreció la suya. Aún no sabía lo que quería el extranjero.

Caminaron lentamente por la columnata de Zítek.

—¿Qué hay concretamente detrás del *entrepreneur*?

—Empresario.

—¿Empresario de qué? Yo no tengo inmuebles en venta, ni quiero comprar nada.

—Me dedico a lo que surge, estimado señor, no solo a los bienes inmuebles. —En su voz había una leve sombra de impaciencia—. Sabe, mi gente me considera una autoridad. Un hombre de influencia. Y mucha de su gente me ve igual, para que no se sorprenda si se topa con mi nombre. En checo, la palabra «autoridad» no tiene el significado añadido que oye en ella todo el que entiende ruso y conoce nuestras circunstancias. También la policía lo entiende.

—¿Nuestra policía también?

—No tengo nada que decir de su policía.

—¿Ser una autoridad significa pertenecer al influente inframundo ruso?

—Realmente se ve poca gente para ser una tarde tan hermosa. —Chjartishvili gesticuló con la pipa, como si no hubiera oído la pregunta—. Esta es una época del año muerta. —En la columnata iluminada, estaban casi solos. Como una sombra, la limusina se arrastraba tras ellos—. Los asesinatos tampoco ayudan a que aumenten las visitas —dijo, suspirando.

—¿De dónde es usted exactamente, señor Chjartishvili?

El hombre mayor lo miró brevemente y con el mechero avivó la lumbre de la pipa. Continuaron. Tras unos momentos, dijo:

—Directamente de Moscú, pero mis antepasados son georgianos de la zona de Kutaisi. ¿No le molesta?

—¿Por qué tendría que molestarme? —dijo Julián, riéndose. Se sentía inseguro y no tenía idea de lo que quería de él esa persona.

—Su agua caliente es mejor que nuestro vino, me enganché totalmente. ¿Y usted?

Se detuvieron unos momentos junto a la fuente del Príncipe Venceslao.

—De niño la amaba, venía con mis padres aquí constantemente.

Tenía mi propia copa, blanca, decorada con el logo brillante del hotel Imperial.

—¿Qué fuentes eran sus preferidas?

Chjartishvili sacó mágicamente del bolsillo del abrigo dos copas y le dio una a Julián. Recogieron agua, la probaron.

—Seguramente la fuente Libertad. —Julián miró pensativo a su alrededor—. Pero los niños en el colegio decían que después de beberla a uno le daba cagalera, ¿lo entiende? Yo no tuve esa experiencia, pero como entonces ningún habitante de la ciudad bebía agua mineral, que es gratis, yo también dejé de beberla.

Bebieron a sorbos de las copas y siguieron por la columnata, echaron el resto de Venceslao al pilón de la fuente de Carlos IV. Ahí volvieron a recoger agua.

—Así que un pequeño conformista —dijo Chjartishvili.

—Siempre lo fui —dijo Julián, con un suspiro—. Aparte de Libertad, la que más me gustaba era la Fuente Termal, pero cuando los demás niños emitieron una especie de «fatua» contra las fuentes, ya solo iba a mirarla.

El georgiano alternativamente aspiraba de la pipa con olor a ambrosía y sorbía de la copa de Karlovy Vary, que no olía a nada.

—Todos vamos con cuidado. Todos nos adaptamos. Las nuevas leyes no son muy favorables para los extranjeros. La fatua contra Rusia, quiero decir, las sanciones económicas por la anexión de Crimea, han barrido a nuestros inversores o de vuelta al este o más al oeste. Pero tampoco allí tienen un lecho de rosas, como dicen los checos. ¿O viene del alemán?

—No sé. —Julián se encogió de hombros y encendió un cigarrillo—. Un lecho de rosas, aquí, ya no lo tiene nadie, eso ya se acabó.

—Usted no viene mucho a Karlovy Vary.

—Para nada, hace mucho tiempo que no vengo.

—¿No es una pena?

—Hay cosas que me molestan aquí.

—¿Cómo puede molestarle algo en una ciudad tan bella?

—A mí no me gusta tanto.

—Es diferente a todas las demás ciudades. Hacia lo alto. Y hacia las profundidades. Como si nada fuera horizontal en ella.

—Estoy de acuerdo. Es para habitantes más a corto plazo que a largo. Una puta entre las ciudades.

—Nunca he entendido a Vary así.

—¿Por qué no? Es más un balneario que una ciudad. La gente viene a un balneario a lavarse, a hacerse masajes, a descansar. Pero no se puede vivir en ella.

—OK. ¿Por qué está aquí?

—¿Quiere decir ahora con usted, en la columnata, señor

Chjartishvili? A mí también me gustaría saberlo.

El georgiano miró el reloj y dio unos golpes a la pipa contra una papelera.

—No era eso lo que quería preguntar, pero ahora le responderé tal como usted ha interpretado mi pregunta. Mire, usted y yo sabemos que volverá a haber asesinatos. Cuando se acabe, pasarán al menos dos años antes de que Vary vuelva a ser una ciudad fiable y segura. Desde la última mordedura, que quizá ya haya pasado, pero tal vez esté por venir. Nadie lo entiende. Cuento con que el bloqueo económico de Rusia acabe más o menos en ese periodo. Entonces podrían «lucir tiempos mejores», como dicen ustedes los checos tan hermosamente.

—De nuevo me quito el sombrero ante su checo, señor Chjartishvili.

—Para ser sincero —continuó el georgiano—, los rusos me traen sin cuidado.

Esperó unos momentos a que Julián lo alabara también por la última expresión y, cuando eso no llegó, continuó:

—El bloqueo económico se lo merecen y nadie se lo desea más que yo, es decir, si no tuviera con ellos los negocios que tengo; por tanto, me interesa que vuelvan y sigan comprando *souvenirs*, productos de lujo y bienes inmuebles.

—Tiene aquí pisos y no puede venderlos —supuso Julián.

—Salvo por debajo del precio —dijo Chjartishvili y volvió a esperar una alabanza, esta vez por la palabra «salvo», para los extranjeros raramente comprensible—. Yo aquí tengo varios inmuebles, pero es públicamente conocido. Y no estoy solo, ¿sabía que la hija del expresidente de Azerbaiyán tiene una ostentosa villa aquí? Dios se la concedió. Por cierto, ya que estamos con los presidentes… El hotel en el que vive pertenece al sobrino del kazajo. La ciudad y el entorno se han ofrecido al saqueo. Bastaba fijarse en la gente adecuada en el ayuntamiento, en la región, en la gestión de bosques.

—Uno de los motivos por los que no aguanté aquí —observó Julián.

—Y no me extraña. Es nuestra ciudad.

—Un balneario de visitantes soviéticos.

—Ahora sí. No lo puede evitar, yo tampoco.

—Usted le sacó provecho. Y algunos lugareños se enriquecieron milagrosamente.

—Una mano lava a la otra, ¿no? Es el refrán que más me gusta. Estuve un tiempo saliendo con una estudiante de Bohemística —respondió el georgiano—, era una húngara de Miskolc y hablaba checo mejor que yo ahora. Y adivine con quién se casó.

—Con usted.

—Conmigo no.

—Con un ruso rico.

—Con un ucraniano rico.
—Y vive aquí en Vary con él.
—Que yo sepa, en Londres.
Entonces fue Julián el que perdió la paciencia.
—¿Por qué me lo cuenta? ¿Y por qué nos sigue su coche?
Se sintió tan absurdo como si todas las frías columnas de Zítek a la vez no se alzaran hacia el entablamento del antiguo templo, sino que se hubieran convertido en puntales horizontales y toda la columnata estuviera sobre el río, junto a las rocas románticas cubiertas de musgo, como un segundo Thermal.
—Pues vayamos al asunto. A los rusos, entre los que también me incluyo, les pertenece como media ciudad… no me refiero solo al centro, los más pobres tienen sus pisos en los barrios de bloques. Lo que pasa aquí desde marzo lo llevamos mal. Devalúa nuestras inversiones, y es que entre las víctimas también hay rusos. Sigue habiendo muchos, creo que también como visitantes de los balnearios, y si se repiten los crímenes, habrá más víctimas nuestras. La policía está acabada. En el periódico leí sobre usted que está aquí por motivos secretos, pero quizá para ayudar con esto. Tengo a medio leer un libro suyo y creo que podría ayudar.
—Eso como mucho lo escribieron en la prensa sensacionalista. Pura especulación, señor Chjartishvili.
—Los crímenes son gravísimos. Usted mismo entenderá que no soy ningún imbécil imperial que considera a los checos una nación inferior a la que quiere colonizar. Al contrario, quiero traer clientes de Rusia, de Georgia, de Armenia… de los lugares donde tengo contactos e influencia. Quiero que Vary vuelva a ser una ciudad balneario internacional. Una buena destinación, segura. Ahora dejo de lado por qué ha venido a Karlovy Vary. Sí, nació aquí. Está aquí por motivos sentimentales, nosotros los georgianos y los rusos lo entendemos. Y no quiero hablar de Osetia, espero que aprecie que no estoy metiendo la política, todos esos conflictos estúpidos e inútiles. El corazón se me ablanda cuando veo el Cáucaso, y llora cuando no puedo verlo con mis propios ojos. No quiero ninguna carnicería, ni allí, ni aquí. No es bueno para los negocios.
—A no ser que esté comerciando con armas —dijo Julián, con una carcajada.
El georgiano pareció enojarse, pero enseguida suavizó su expresión.
—Esa no es mi especialidad, créame. No me gustan los fabricantes de armas. No me gusta la violencia. Me gusta mi país, mis dos países. Me gusta Karlovy Vary, su ciudad y la mía. Me gustan el dinero y la poesía.
—Así que quiere decir que tenemos mucho en común. Perdone, pero primero el patetismo, luego la pasta.

—Pero le he dicho que no soy ningún *vor v zákonie*. Ningún mafioso ruso. Y ningún idiota. Le ofrezco algo, señor Uřídil.

—Pasta, señor Chjartishvili —repitió, resignado—. ¿O protección? —Señaló con el pulgar por encima de su hombro, hacia el Mercedes.

—Un millón de sus coronas —dijo el hombre, en voz baja— si detiene a ese desesperado antes de finales de noviembre. Sé que no es mucho, pero estamos en medio de la crisis karlovariana. Una limosna, si tengo en cuenta que le puede costar la vida, pero ahora no le ofreceré más.

—La oferta está fuera de lugar, no soy un detective a sueldo, sino un escritor, yo no puedo hacer nada por usted —dijo Julián con decisión, le puso la copa en la mano y se fue—. Adiós.

—Pero al menos hablo bien checo, ¿o no? —voceó tras él Chjartishvili, como si pidiera más halagos—. Usted tiene algo contra la corrupción —añadió, ya con la voz normal, aunque Julián (por desgracia, pensó) seguía oyéndole—. Pero la corrupción es lo más humano que jamás he vivido y hecho. Creo que exagera negándose. Ninguno de nosotros ha caído del cielo. Vinimos del extremo opuesto.

Miró tras él, el magnate y la limusina ya se traslapaban. Aceleró el paso. Le cruzó por la cabeza que ese georgiano, en general simpático y que hablaba tan hermosamente, ahora le dispararía por la espalda con una pistola con silenciador o haría que lo atropellaran con su Mercedes. Pasaría directamente delante del hotel.

«Un millón de nuestras coronitas. En serio, una miseria», pensó Julián con una risa floja. Pero solo soy un escritorcillo, qué se le va a hacer. Eso se puede rechazar con mucha calma.

Como escritor, al día siguiente recibió una invitación. Él aceptó, de todas maneras, no tenía nada mejor que hacer. Un desfile de modas en el Balneario Imperial, edificio número 1, en el viejo Karlovy Vary.

Tenía asignado un número en código QR. Le enseñó el móvil a un joven de la entrada. El lector leyó algo y pudo pasar.

Un traje estándar, pantalones, chaqueta, corbata, una camisa que todavía podría haberse planchado, pero al menos tenía buen aspecto. Hubo quien se vistió como si fuera a la ópera y quien iba en camiseta y tejanos.

No se podía ir a las salas de atrás, a no ser bajo propio riesgo. Igual que el Thermal, este edificio también era un poblado Potemkin. Dejó el abrigo en el guardarropa y, en el gran espejo, vio a Chjartishvili, acababa de entrar y, tras mirar a su alrededor y quitarse la bufanda blanca del cuello, hizo un gesto con la cabeza hacia alguien y fue a saludarlo.

Julián no quería encontrarse con el georgiano, así que se dirigió a los baños para esperar un poco. Solo que también Chjartishvili fue hacia allí después de entregar la bufanda y el abrigo en el

guardarropa. Iba con prisa. Julián intentó una puerta sin marcar, estaba abierta, tras ella unas estrechas escaleras hacia abajo. Notó humedad, quizá también moho. Encendió el mechero y bajó, con cuidado de no frotarse contra el color blanco que se desprendía de las paredes. A los pies de las escaleras, se detuvo, ante él una cortina de papel alquitranado negro que, a los lados, avanzaba por el pasillo. Apartó el papel y entró en una sala oscura del balneario. Desde arriba, le llegaba la música debilitada, pero no había luz en ninguna parte. Sentía que estaba en un gran espacio, pero la llama solo era capaz de iluminar un par de metros. El suelo de hormigón lúgubremente sucio, el revoque desconchado junto a la entrada. Estaba en un vestíbulo del balneario que llevaba años sin usarse. Cuando guardó el mechero en el bolsillo, gradualmente empezó a distinguir entre una oscuridad mayor y una menor. Arriba, bajo el techo, el aire estaba más claro, entraba la luz de las farolas de la calle. Pero todo bajo esta herradura luminosa estaba sumido en la oscuridad. Y también en los sonidos que, tras apagar el mechero, empezaron a extenderse por la sala.

El crepitar de pequeñas piezas de porcelana, el tintineo de juguetes no plastificados para niños. Quizá un carro con muebles para muñecas. Los cantos de los pájaros, sí, pero también chirridos de mandíbulas, dientes contra dientes, tal vez contra madera o ladrillos. ¿Pero de dónde iban a salir pájaros allí? Venía del suelo, pero también de las paredes. Los pitidos de pastores de ovejas con silbatos de los tiempos preindustriales. En el Viejo y el Nuevo Prado de Karlovy Vary, en ambas orillas del Teplá. Siempre había habido serpientes y los caramillos debían ahuyentarlas. En 1792, según dice la crónica de la ciudad, una culebra mató a dos corderos y a un niño de ocho años que los pastoreaba. No constaba si hizo sonar el silbato.

Los sonidos de alguna manera se enervaron, sonaban un poco diferentes, como fragmentos de cristal tallando el hormigón o, volviendo a los pájaros, como crías de águilas luchando por un ratón cazado por su padre o por su madre.

Un ratón. Lo entendió.

Encendió el mechero rojo, del que saltó una llama naranja que iluminó las ratas en el suelo. Podía haber cincuenta, podían ser quinientas, estaban por todas partes, por todos los lugares adonde llegaba la luz. Dio un pisotón, las más cercanas huyeron, pero las demás siguieron silbando, imperturbables. Todos esos ojos rojos. Rojos cerca, ardientes un poco más allá, invisibles en la oscuridad fuera del círculo iluminado.

Estaba claro lo que querían. Debía desaparecer y dejarlas en paz, o tumbarse y dejarse devorar. Un roedor sabe lo más básico, pensó, y volvió tras el papel alquitranado. No fueron tras él, pero sus chillidos aumentaron en un *crescendo* histérico.

Subió a ciegas las escaleras, sabía que lo abucheaban. Aquí no tenía nada que hacer, habían ganado. «Pero en el laboratorio», les informó mudamente, «Makro os habría convertido en ejemplares experimentales que reaccionarían, por ejemplo, al veneno de serpiente».

Como si las ratas hubieran captado su idea, empezaron a chillar todavía más y él apresuró el paso. Llegó tarde. La primera parte del desfile en la sala de Zander ya se había acabado; según le dijo la esfera del reloj, abajo había pasado más tiempo del que pensaba.

En la pasarela, vino a hacer reverencias la diseñadora que se hacía llamar Calluna Vulgaris. Colección de invierno, tonos violetas, azules, rojos oscuros en faldas largas, abrigos cortos y sombreros de fieltro con la copa redonda y abollada. Las modelos ya habían pasado, ahora estaban detrás, aplaudiendo. A Julián le gustaron dos con abrigos de piel artificial y las piernas desnudas, con refulgentes zapatos de tacón de aguja. Parecían gemelas. Le habría gustado saber si también llevaban minishorts o solo ropa interior. Le supo mal no estar debajo del podio, sino en la otra punta de la sala. La señora Calluna, vestida con unos tejanos azules corrientes y una camiseta negra, saludó por última vez y se dejó acompañar por las chicas a bastidores. Siguió una pausa. No sentía curiosidad por la segunda parte del desfile, una colección de hombre de los graduados en la escuela profesional superior de diseño de ropa.

Vio a Mariela en el guardarropa, también ella se disponía a salir. Frente al espejo, se arreglaba su amplio sombrero color vino, salió rápidamente y se dirigió en dirección opuesta a la ciudad. Él la miró alejarse, se dejó abrir la puerta, pero enseguida lo agarró el frío. Quiso llamarla, pero cambió de idea, ya estaba en la esquina. ¿A dónde podía ir? Al bosque, a esos parajes románticos, a las glorietas, a una de las cabañas de cazadores, pensó. Quizá tuviera una cita con alguien, y de nuevo no sería el Técnico.

Volvió al guadarropa a por el abrigo y pensó en todas las ratas debajo del edificio. Arriba, sin embargo, al calor y la luz de las lámparas ramificadas, una mujer con una túnica verde tocaba al piano un nocturno de Rajmáninov.

Dos días después, lo despertaron unos golpes en la puerta. Ya no lo sorprendió, las visitas no se acabarían hasta que se fuera. En Praga, hacía muchísimo tiempo que nadie iba a verlo, y aquí la puerta no paraba. Se levantó de la cama, se envolvió en la bata, metió los pies en las pantuflas del hotel y abrió. En el marco había un joven.

—He intentado llamar desde recepción, pero no lo ha cogido. —Le saltó la voz—. He de darle esto —dijo y le entregó un sobre blanco.

Julián lo cogió, dentro había algo, una hoja de papel duro. No estaba pegado, así que lo sacó directamente y lo miró con los ojos

entrecerrados. Una fotografía, no, una postal, de las que ya casi no se envían. Una imagen aérea del mirador, hecha durante los tempranos años noventa, por la calidad de la impresión y la fuente. El cielo perfectamente azul, el mirador rojizo, debajo árboles jugando a los colores del otoño. Todo gritaba y bramaba «Diana», igual que la inscripción en violeta. Giró la postal, pero en el reverso no había nada.

—¿Quién lo ha traído? —preguntó.

—Un mensajero —dijo el chico.

—¿Qué aspecto tenía?

—No lo sé.

—Has tenido que verlo.

—Había clientes.

—No me digas que no has visto nada. Pues vale. ¿Ha dejado un mensaje?

—No. Solo que se lo hiciera llegar cuanto antes. Adiós.

Pero seguía allí de pie, quizá esperara una propina. Julián le cerró la puerta en las narices, fue al cuarto de baño y abrió la ducha fría sobre su cabeza. Luego bebió de ella, se limpió los dientes, rápido, apresuradamente se vistió y salió corriendo del hotel.

Estaba en Diana a las diez y media. El restaurante, donde esperaba tomarse un café, todavía estaba cerrado. Volvió la cabeza y observó la torre del mirador contra el cielo nublado. Una elegante edificación de base octogonal y austeramente alemana, con elementos góticos en el tosco zócalo. En la región fronteriza había muchas parecidas y esta siempre había sido su reina. El Empire State Building en Nueva York; la torre Eiffel en París; la torre de la campana, el Big Ben, en Londres; la gran torre de San Vito en Praga; Diana en Vary. Difícil encontrar un mirador más apropiado. No es que no los hubiera más hermosos, los había. Pero este cuadraba aquí como ningún otro. Además, el restaurante tradicional, que, después de un triste período de trampa para turistas, era realmente lo que parecía: *guilty pleasure* para cualquiera que viniera en teleférico y puro deleite a la hora de satisfacer el hambre y la sed —¿qué hay más bello en el mundo?— de los que se tambaleaban hasta allí. Lo miró con los ojos entrecerrados a la luz diseminada, la entrada estaba abierta. Pensó en el hambre y la sed. Anhelaba una taza de café. Un restaurante cerrado no es un restaurante. No existe. En el momento en que lo necesitas, está cerrado. No existe, pensó, enfadándose para sus adentros.

Luego se rio de su indignación. Se acordó de Makro, lo irritada que se ponía cuando tenía hambre.

Desde arriba, desde la ventana de la torre del mirador, lo saludaba un niño, no reconoció si era chico o chica. Le devolvió el saludo. ¿Por qué no? ¿Cuántas veces había venido, de niño? Cincuenta. ¿Y cuántas veces arriba, al mirador? Quince, como mínimo. Veinte. Le encantaba.

El viaje en teleférico a la Colina de la Amistad, contar las escaleras hasta el mirador, bajo el techo de la glorieta, desde donde se veían todas las cercanas montañas de lignito y las orgullosas, aunque destrozadas, de los Montes Metálicos. Luego bajar por las escaleras y el camino de vuelta a casa a pie, nunca se bajaba al río en teleférico. Encendió un cigarrillo, se puso las gafas y volvió a mirar la postal y a compararla con la realidad. Pensaba lo suyo de la gente que cae en cualquier trampa, exactamente igual que él ahora. Luego se dio cuenta de que había alguien saludando desde la minúscula ventanilla de la torre en la reproducción fotográfica, seguramente a un avión que volaba cerca de la colina y al objetivo del fotógrafo, sentado en la cabina tras el piloto. Dorados noventa, pensó Julián, ensoñador, tiempos de *kitsch* estilizado y un desdeñoso «después de nosotros, el diluvio».

Se apartó de un salto.

El niño cayó a dos metros de él, con un crujido sordo. Sacudió la cabeza y vio cómo rebotó en el suelo, arrojado desde una nube de polvo. Volvió a subir y, virtuoso, como un pequeño acróbata, se dio la vuelta; bromas en el trampolín, si fuera una broma y hubiera un trampolín. Se desplomó de nuevo contra el suelo, esta vez sin rebotar. La tierra no se agitó. *Cirque de l'éclipse*.

Enseguida estaba junto a él, lágrimas de pena en los ojos y confusión en la mente; «ahora hay niños metidos, me aparto, nunca debí volver, pero ahora no puedo irme, si hay niños metidos». Se inclinó hacia el cuerpo y tampoco ahora (cuando un hombre de aspecto nórdico, que, con un plumón rojo, todavía hacía un par de segundos estaba haciéndose un *selfie* muy cerca, empezó a chillar como un histérico) estaba del todo seguro de qué género era, porque, aunque llevaba el pelo marrón hasta los hombros, en la suave cara tenía la desdeñosa seguridad de un chico guapo que está llegando a la pubertad y cuya melena admiran todas las chicas.

El niño soltó un estertor, quiso decir algo, finalmente giró la cabeza hacia él. El hombre de la chaqueta roja ya estaba junto a ellos, gimiendo ruidosamente en una lengua escandinava. Luego se abrió una herida en la cabeza peluda llena de polvo y en ese momento, desde la nariz y las orejas y los labios entre los dientes arrancados, manó la sangre y los ojos giraron hacia la frente como si no quisieran ver el mundo. «Ahora», pensó Julián, «ahora sí que se ha muerto».

Llegó corriendo hasta ellos la mujer que vendía la entrada al mirador, con un móvil en la oreja y un botiquín inútil en la otra mano. Se acercaron otros turistas, un matrimonio mayor; cerca, un grupo entero de jubilados con palos de excursionismo que acababa de llegar a la cima por el camino de Linhart. Gritaban en danés u holandés, Julián no lo distinguió. Solo se levantó, impotente, de junto al chico

muerto, y con la voz tranquila le preguntó a la vendedora de entradas quién había arriba. En ese momento, ella estaba haciendo un masaje de corazón, que a causa del golpe seguramente estaría hecho añicos o que se había trasladado a otro lugar el cuerpo, y contestó, con la voz concentrada, que una rusa con dos niños. Con uno, en realidad.

Se acordó de la persona que hacía unos momentos lo había saludado desde la galería. No era este adolescente.

Entró en la torre, había un silencio absoluto. No habría subido en ascensor por nada del mundo, así que subió rápidamente por las escaleras de caracol. Notó un olor conocido, ligeramente mohoso, parecido al de su antiguo piso. Un escenario preparado. Como si alguien se hubiera pasado la noche preparándolo.

¿Cuántos escalones tiene Diana? De niño lo sabía, y, sin embargo, los volvía a contar en cada visita. Ahora se detuvo en ellos antes de llegar a la barrera y jadeó por el esfuerzo. Cabeza abajo, yacía una mujer de unos treinta y cinco años, con los ojos como platos inyectados en sangre, el rímel corrido, lágrimas en la frente. Abrió la boca, empezó a toser, le explicó algo con esfuerzo mientras salpicaba saliva hacia todas partes. Él dominaba el ruso con problemas, pero la entendió cuando le preguntó si era médico. Dios sabe por qué dijo que sí, se arrodilló a su lado y le cogió la mano. Llevaba en el cuello un collar de perlas negras. No se había desgarrado. Julián deseó que un verdadero médico y los sanitarios ya llegaran arriba, pero dentro de la torre había un silencio sepulcral, no llegaba ni la desesperación alterada de los testigos de la caída del chico.

La cogió bajo los hombros e intentó levantarla, pero ella siseó de dolor y protestó: «No, no, no». Le preguntó si podía quitárselo del cuerpo. Solo entonces él vio un gusano brillante que ella tenía sobre el estómago. Podía tener entre ocho y diez centímetros, la cabeza y el culo brillantes, igual que la columna, el cuerpo de un azul nacarado. Un complemento del collar: un extravagante broche. Julián, al menos, levantó la cabeza de la mujer y se la puso en su pierna encogida. Se arrellanó en el escalón de manera que la sujetara de verdad y que uno de ellos, o mejor ninguno, bajara un par de escarpados escalones. Se puso la manga sobre la mano y luego, a través de la ropa, tocó al bicho azul. La corteza dura, nácar, metal. Una navaja de bolsillo, que por desgracia no estaba entera, sobre la barriga de la mujer: su parte afilada, que con el mango formaba un ángulo de noventa grados, se ocultaba en su estómago o cerca. Las puntas del abrigo negro estaban abiertas y la hoja había entrado a fondo, obviamente había cortado fácilmente el jersey verde oscuro, pero a la luz débil no se veía sangre en el tejido oscuro.

—No lo saque —dijo, apoyó el pie derecho en el escalón inferior y la rodilla izquierda tres escalones más arriba, tensó los músculos de la

barriga, giró a la mujer en sus brazos y la levantó. La espalda podía petarle, pero la rusa no era pesada. La subió y la colocó en mitad del templete superior; por las ventanas abiertas soplaba, desde la galería, una brisa matinal y había bastante luz como para que Julián se fijara en el muslo derecho de la mujer.

En la fuerte tela negra de los pantalones había un agujero rojo, aproximadamente con la forma de una estrella rota. A saber dónde estaba la carne arrancada, aquí habían quedado desgarrados músculos, venas y ligamentos, incluso se veía el hueso blanco azulado. La sangre había penetrado el tejano lentamente, la arteria no había sido alcanzada, nada brotaba por ahí, solo iba saliendo. Se le revolvió el estómago y luchó unos momentos con las náuseas.

—¿Quién lo ha hecho? —preguntó, en checo.

—Los niños —respondió, en ruso, indignada y tierna al mismo tiempo—. Alguien me los ha envenenado.

Julián se estremeció.

—¿Sabe con qué?

Antes de que acabara de sonar la vocal alargada de la última palabra, olió a vómito. Y no era suyo.

—Un mal espíritu. Alguien les ha echado mal de ojo.

—Quiere decir que los ha hipnotizado.

—Quizá hipnotizado. Ayer, en la iglesia, estaban perfectamente bien. Encendimos una vela por el abuelo, el padre de mi marido. Murió en abril.

—¿Quién los ha hipnotizado? ¿Con quién hablaron?

—Con nadie. Rasputín hipnotizaba. Alguien así. Que nos odia, a los rusos. Aquí hay muchos de esos.

Miró a su alrededor y vio un vómito cerca, los restos amarillos y rosáceos de un desayuno a medio digerir, y dentro sangre y más sangre, un jirón de una tela negra y carne rígida, mal masticada, sin digerir, seguramente ni siquiera hubiera sido tragada, con piel blanca; desde allí, un rastro sangriento y más salpicaduras de vómitos hasta la puerta de la galería. Junto a la puerta, en un charco de sangre, un objeto gris y esponjoso. Un trozo de carne cruda, seguramente lo que cabía en la boca de un niño. A Julián se le volvió a revolver el estómago. Al intentar dominarse para no vomitar, la cabeza empezó a dolerle intensamente.

—Túmbese —le dijo a la mujer, cuando pudo hablar—, la ambulancia estará aquí enseguida.

Dejó su cabeza en el suelo y se fue hacia la puerta. Luego pisó fuerte en la galería, aparentemente vacía, y se echó a correr hacia la derecha, tan deprisa como se lo permitía el estrecho espacio circular.

No vio a nadie frente a él. Cuando acabó de rodear la galería hacia la puerta por donde había entrado, oyó unos pequeños pasos. En algún

lugar, al otro lado. Se dio la vuelta y corrió hacia allí. Luego se detuvo de manera abrupta. Tras la curva había algo negro, la punta de un pequeño abrigo oscuro. Dio dos pasos más, luego el tercero, de manera parecida a como lo había hecho hacía poco en el bosque, cuando rodeó la llamativa haya.

Pero aquí había algo de pie. Esperándolo. Una niña pequeña con la boca sangrienta. Como si se la hubiera roto. Como si la hubieran golpeado brutalmente.

Estaba frente a ella, se sentía fatal, un hombre rudo frente a esa niñita pequeña. Podía tener entre diez y once años. Temblaba entero, mientras que ella le sonreía avergonzada, sangre en las mejillas y un brillo animal en los ojos. Pudo durar medio minuto. Tomó aliento, ella empezó a recular lentamente.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó en ruso.

Ella lo miró perpleja durante unos momentos y luego se enfurruñó, como si se esforzara en recordar. Entonces su pequeña cara se iluminó: «Olei», dijo, y cuando se dio cuenta de lo raro que sonaba empezó a reírse. En su boca negra llena de posos sangrientos se mostraron unos dientes sucios. Tras la espalda de Julián se oyó:

—Olesia. No le haga daño. —Se giró y, en la puerta, desde el suelo, vio la cabeza de la mujer—. Están hipnotizados, los dos. ¿Dónde está Shuran? No lo ha hecho a malas. Tráigamelo.

De repente no sintió nada, aparte de frío y su propio instinto de conservación. Quizá fuera capaz de evitar una nueva carnicería. Pero si no, pues no. No tenía nada en común con esta gente. Y los niños también son gente.

Miró hacia la chica en el último momento. Puso los ojos como platos al ver la cabeza de su madre tras los pies de él: por supuesto, no se acordaba de nada.

—¿Qué ha hecho? —chilló en ruso y saltó contra él con las mandíbulas abiertas, como un macaco peludo, dentudo, furioso. Él no quería hacerle daño, no la golpeó, solo estiró los brazos en un arrebato de instinto de conservación, recibió la fuerza de su salto y dejó que lo derribara sobre su espalda, justo sobre la cabeza de la madre. Oyó cómo su nuca daba con la nariz de la madre y el cartílago soltaba un crujido, solo entonces notó el dolor y oyó los bramidos de la mujer; llegó a cámara lenta, demasiado tarde, él era torpe, pesado y viejo, y lo sabía. El mono corrió por encima de él como si fuera una alfombra y se lanzó a la barandilla de la galería, donde se sentó, miró hacia él y hacia su madre y se incorporó con brusquedad para dar un fuerte salto. Pero Julián ya estaba en pie, saltó por encima de la mujer y tensó rápidamente su cuerpo, sus huesos crujieron y sus tendones gimieron, puestos tan duramente a prueba en las rocas de Svatoš. Su mano izquierda cayó en la barandilla y arrojó la derecha hacia las

piernas de la niña rusa, que se alejaban; hacia la pequeña asesina, víctima de la hipnosis del malvado Rasputín.

La agarró del tobillo derecho, en ese momento esperó a que el cuerpo golpeara el pie de la barandilla. Así fue, pero la consiguió sujetar. Ella se agitó en su mano e intentó morderlo, pero ya no tenía tanta fuerza como para llegar hasta él. Sintió cómo su energía iba esfumándose. Luego lo sorprendió: lo mordió en el borde de la mano, pero él siguió sujetándola. Todavía se retorció unos momentos debajo de él y entonces se quedó rígida como un animal cazado.

Debía salvarla, con eso se salvaría a sí mismo. Solo la tenía sujeta del pie, esperando. Entonces oyó un grito desde abajo. De repente había dos robustos paramédicos, uno cruzó la barandilla y la agarró, luego se la pasó al otro. Asumieron esa responsabilidad loca.

Abatido, cayó en la galería de Diana y descansó. Lo cubrieron con una manta azul. Cuando levantó la cabeza, la mujer y la niña ya no estaban. Había una médica arrodillada a su lado, midiéndole el pulso. Le aseguró que estaría bien.

Objetó que no, que había pasado por su culpa.

Sabía que su culpa era terrible. Si le hubiera contado a la policía toda la información confusa, quizá hoy no tendría por qué haber pasado. Ese chico estaba en su conciencia. El sentido común de su hermana, las duras heridas de la madre. Recibió una postal de Diana, vino.

Por otro lado, si no hubiera venido, igualmente habría pasado y podría haber sido aún peor. Sentía muchísima lástima por el chico. Por los tres. No quería saber qué pensaría el cabeza de familia cuando se enterara.

Cuando los detectives se lo llevaron a declarar, vio al hombre del sombrero de caza cerca del restaurante, que por culpa del trágico acontecimiento no había abierto. Estaba detrás de la cinta policial desplegada, apuntando algo en un cuaderno, y no vio a Julián. Sin embargo, Julián tuvo la sensación de estar mirándose a sí mismo.

Volvió del interrogatorio policial por la noche, agotado. Su cuerpo anhelaba la cama, pero el cerebro llevaba siete cafés amargos. Estaba tan apático que no le sorprendió cuando la eslovaca de recepción, con una sonrisa, le entregó un sobre, en el que halló dos fotografías. Les echó un vistazo, de nuevo la chica con el vestido corto negro, de nuevo los tatuajes en su cuerpo inerte.

Las miraría bien al día siguiente. Arriba, en la habitación, abrió el minibar, sacó la primera botella que tuvo a mano, desenroscó la tapa y se tragó directamente el contenido. Después tanteó otra botella y miró la etiqueta: vodka. Por qué no.

Se sentó con ella en la butaca y abrió el portátil en la mesa de centro. En Facebook tenía decenas de avisos y veinticinco peticiones

de amistad nuevas, también un mensaje en el Messenger.

Lo abrió, con la respiración retenida.

Era de Matika, de Instagram. Ponía, telegráficamente: «Hola. He leído en la web. Esto tiene que acabar. Vengo en cuanto pueda. No lo hago por ti. Makro».

¡Sí! Hizo un zapateado sobre la alfombra, de repente resolutivo. Luego alguien llamó a la puerta de la habitación.

Pensó que venían a quejarse de los pisotones. Resignado, abrió. Mariela Moretti estaba en el pasillo con un largo abrigo color beige, una boina blanca en la cabeza. En la mano derecha sostenía una botella de vino espumoso Soviétskoye Igristoye Sujoye, y una de vino tinto, en la mano izquierda copas de champán de plástico.

—Has salvado a una niña —dijo, sonriendo—. Celebrémoslo.

—Ya lo han publicado —dijo, asombrado—. No salvé al chico —añadió, abatido—. Al menos podría haber intentado cogerlo con los brazos, si hubiera mirado arriba en el momento adecuado.

—Pero estabas allí. Me permites que lo celebre contigo. —No pedía permiso, era una constatación. Él le abrió paso en la puerta.

—Estaba allí porque alguien me dejó una postal de Diana en recepción.

—¿En serio? —Mariela entró en el pequeño pasillo. En su delgadez, se coló junto a él en la habitación, como un espíritu—. Pero ha acabado relativamente bien, ¿no? En el Diario *on-line* han escrito que no hubo sepsis en las heridas de la rusa. Los tejidos faltantes y las venas de la nariz, ¡con fotos y todo! Oye, lo tengo todo de fuentes abiertas, ella misma estaba dispuesta a hablar con los periodistas hasta tal punto que los policías tuvieron que prohibírselo. —Abrió el vino espumoso—. Cantó todo lo que pudo, como si haber perdido a su hijo se pudiera amortiguar hablando. Quizá realmente ayude.

—Compartir el sufrimiento —masculló Julián.

—¿Sabes que era el hijo del primer matrimonio del marido? Como si le hubiera venido bien que se matara.

—¿Cómo puedes hablar así?

—Solo especulo. Además, la madrastra puede tener la conciencia tranquila, porque el chico primero le clavó su navaja plegable. De milagro no le tocó órganos importantes. ¿Soy una cabrona por pensar así?

—Ya te digo. —Soltó un suspiro y cogió una copa de plástico—. Yo mismo reconozco que no se me ha pasado por la cabeza nada por el estilo.

Mariela se arrellanó en la cama. Solo ahora él se dio cuenta de que llevaba una falda escocesa a cuadros por encima de las rodillas, azul-rojo-verde. Y medias negras. Se apoyó en el larguero.

—¿Tienes alguna teoría de quién lo hace y por qué? —preguntó.

Ella se encogió de hombros.

—Esperaría que cualquier ciudad normal ya hace mucho se hubiera quedado sin gente y tuviera que hacer frente a los terroristas. Estuve trabajando en Orlando, en Florida, así que sé de lo que hablo. En la discoteca Pulse, donde disparó ese afgano, estuve un par de veces, antes. Si hubiera ido esa noche fatal, podría ser su víctima número cincuenta.

—Pero era una discoteca gay, ¿no? —intentó recordar Julián—. ¿O me estoy liando? Hay tantos ataques de esos.

—No te lías. Estuve viviendo en varios sitios, también un tiempo en Orlando. Iba a esa discoteca con amigos y amigas del trabajo. Algunos eran del ramo, otros no.

Julián cerró los ojos. Giró la copa en los dedos y se sintió agotado. Se acabó el vino y ya estaba a punto de decir que tendrían que aplazar la conversación para el día siguiente porque estaba medio dormido. En lugar de eso, preguntó —y se sorprendió a sí mismo con la pregunta— qué hacía en Orlando.

—Pruebas de laboratorio. Trabajaba para ENCO.

—¿Qué es eso?

—ENCO hace todo tipo de pruebas por encargo. Por ejemplo, de radiación en los minerales, y así.

—Con una beca en América… —Pensó en Makro.

—Una experiencia útil.

Ella le sirvió más vino, pero él colocó la copa sobre la mesilla de noche y se tumbó a su lado en la cama.

—Ya no puedo. Ni el vino, ni Vary. Me voy de aquí.

—Te rendirías por segunda vez —dijo Mariela. No sonaba como un reproche. Solo como una constatación común.

—¿Sigues trabajando para ENCO? La última vez mencionaste Italia… ¿son italianos? Tu marido era italiano.

—Matteo se murió. Vivíamos juntos en las afueras de Génova, yo trabajaba en Milán, en un laboratorio de pruebas, parecido a lo de antes en América. Cuando me quedé viuda, volví a Praga y luego acepté el trabajo aquí, en Vary.

Él decidió que asumiría lo dicho como cierto.

—Pero aquí no te pagan tan bien. ¿Qué haces, exactamente?

Le daba vueltas la cabeza. Necesitaba agarrarse a algo y, de repente, comprobó que estaba sujetando un mechón de ella. Primero como ausente, luego en broma, al final un poco haciendo fuerza, hasta hacer que ella inclinara la cabeza hacia un lado.

—Algo como el Técnico, así nos conocimos, además. De momento es un sondeo.

—¿Para los italianos?

—No, es una compañía distinta.

—¿Cuál?

—Es checa e internacional, ambas cosas. ¿Por qué te interesa, Julián? Me miras como si fuera una extraña.

Dejó la copa a un lado, se apoyó la cabeza de él en su pecho y le acarició lentamente el pecho, el hombro, el cuello con sus finos dedos. Le pasó los dedos por el pelo y le tiró del lóbulo izquierdo.

—Así que… eres así —susurró él y aspiró su perfume por la nariz. Le pareció que nunca nada le había olido así.

—Así que… así eres tú —susurró ella cuando le bajó la mano por el estómago hasta la entrepierna.

—¿De qué murió tu marido?

—De paro cardíaco.

—Cuando estabais en la cama.

La idea la hizo reír. Se apartó de él.

—Cuando bajaba del coche, volviendo del trabajo. Yo no estaba. Llamaron desde el hospital, pero cuando llegué, estaba muerto.

—Cardíaco.

—Algo por el estilo. Cuando nos casamos en Las Vegas, no me dijo mucho sobre su estado de salud. Se metía pastillas, es verdad, yo lo sabía, igual que siempre me recordaba a mí misma el hecho de que era veinte años mayor que yo. Pero realmente no sabía que estuviera enfermo. De hecho, ni siquiera sé si nuestra boda americana valía en Italia, ahí me trataban como un trapo y su familia me odió desde el principio, ni se relacionaban conmigo. Cuando Matteo murió, presenté la renuncia y volví a Chequia. Un año después del triste acontecimiento.

—¿Te arrepientes del enlace?

—No me aferro a algo que acabó hace mucho, además, por culpa del destino. Me tendría que haber hablado de su estado.

—Así que no le querías.

—Eso solo lo dice un juez sin mandato. —Se giró sobre el edredón y dobló las piernas. Con los ojos cerrados y la sonrisa adormecida, dijo —: Soy una samaritana, que lo sepas. El Técnico es un actor trágico. Si no lo obligara a lavarse al menos una vez cada dos días, apestaría como la basura de una semana.

—Lo que me recuerda que quería ducharme —dijo Julián y saltó de la cama. No cerró el cuarto de baño con pestillo. Se desvistió, abrió el agua y puso la temperatura a casi caliente. Esperó a que se confirmara su presentimiento. Así fue.

Tras el plexiglás, apareció una silueta. Mariela se soltó el sujetador y las bragas y, sin palabras, abrió la puerta de la cabina. Él le hizo sitio. No había mucho, pero la estrechez lo excitó. Cogió sus nalgas con las manos y la levantó entera. Desnuda, le parecía vulnerable, ahora podía hacer con ella lo que le apeteciera. Aparentemente, al menos.

Ella le dejó toda la iniciativa.

Entró en ella sin ningún preliminar, estaba resbaladiza por fuera y por dentro. Pensó en que podía hacerle daño, podía estrangularla, decidir sobre ella igual que ella había decidido sobre él en la roca. No quería que alguien decidiera por él. Pero pasó, primero lo había atraído hasta allí, luego lo había salvado. Por ello, ahora apretó su cuello con la mano derecha, mientras que con la izquierda seguía apretándole el culo, que aseguró con el dedo índice para que no se resbalara tan fácilmente cuando ella tensó los músculos de la barriga y sostuvo los dos sexos en un estrecho contacto. Duró solo un minuto, pero fue igualmente mucho. Necesitaba cambiar las manos, aunque ahora, en cierto modo, estaba todo correcto, la mano derecha apretando la garganta y la izquierda el culo, el pene perforando el complaciente torso femenino y rozándose contra su propio dedo tras la fina barrera de tejido, como si estuviera allí solo con una marioneta sexual. Pero no tenía tanta fuerza en la izquierda, las piernas de ella no le apretaban la cintura sino más bien los glúteos y los muslos, no se sostuvieron, había demasiada humedad, incluso un culo delgado es pesado cuando está mojado. Cuando se le escabulló de la mano izquierda y el dedo, sintió un dolor agudo en el hueso sacro, con un gemido afilado enmudeció por un fragmento de segundo el silbido de la ducha. Cayeron al suelo. Se golpeó la cabeza contra los azulejos, ella se magulló el coxis y sus labios chillaron de dolor. Nada serio.

Abajo continuaron, una cruz gamada en 3D, cuando dio forma a una rueda angulosa, la parte de debajo de las extremidades necesariamente arriba, algo así, poco espacio, desesperantemente poco espacio, él de rodillas y ella con las piernas hacia arriba, él le apretó entre sí los tendones de las dos rodillas con los dedos de la mano derecha y con la izquierda abierta le golpeó el costado, los pechos, la cara oculta tras el pelo empapado. Torpe, desmañado, incluso con una sensación de inadecuación. Si sus manos se hubieran intercambiado, habría sido mucho más preciso y satisfactorio. Pero ya había pasado el momento. La abrazó en sus caderas, le levantó la pelvis. Dobló sus piernas, apoyó sus pies en su frente. Ella gritó algo, pero ya daba igual. Al menos a él. Estaba dentro de ella, se lanzó a ella, seguía dentro de ella, seguía saliendo a sacudidas y luego, cuando ya se sentía como una linterna que se hubiera quedado sin pilas, salió de ella. Se había ido. Como si nada.

En la cabina, se había formado un vapor tan espeso que tuvo que abrir para respirar. Luego se acabó de duchar encima de Mariela, que seguía tumbada en el suelo, como si no pudiera o, al menos, no quisiera levantarse. Fue a encenderse un cigarrillo en la ventana abierta. Le daba igual si alguien lo veía en su desnudez, ablandada por el vapor, o si se resfriaba.

Mariela se fue veinte minutos después, apenas se dijeron adiós. No

parecía enfadada, más bien sorprendida. Y también como si tuviera que pensarse si le había gustado todo eso o más bien no. Finalmente, comentó que le había gustado y que le gustaba que él hubiera dejado de afeitarse. Como si la hubiera violado un salvaje.

Podía perdonarse esa aventura, pero no tenía por qué hacerlo. Ella había ido a verlo. No sabía si sería capaz de mirar tranquilamente a los ojos del Técnico. Un poco, esperaba no volver a verlo. Lo despertó la camarera ucraniana a las once y media, antes de mediodía había ido a limpiar y hacer la cama. Al ver la botella bebida, comentó que volvería cuando el señor se fuera a almorzar.

Él salió tambaleándose de la cama y en el baño miró al espejo con los ojos entrecerrados. La barba desarreglada, que ya hacía tiempo que no era un mero rastrojo, el pelo cano despeinado y los ojos bañados en sangre. Un paciente de Karlovy Vary.

El mismo Johann Wolfgang, pensó cuando se alisaba inútilmente y se engrasaba la piel capitulante de la cara, tenía estas bolsas bajo los ojos, la frente alta y entradas. Todos esos apeaderos al borde de los volcanes y los sueños.

La cara como recuerdo de un bello pasado al que todavía no le ha llegado la sabiduría. Pero pronto llegaría.

Esperaba en la estación de autobuses. Había caído una pesada niebla, pero habría reconocido su silueta con el impermeable claro incluso de noche. Llamó a un taxi.

Cuando se sentaron detrás, tan cerca el uno del otro después de tantos años, ella preguntó:

—¿Y cómo estás? No me refiero a los asesinatos.

—Mal. No estoy enamorado de nadie y nadie está enamorado de mí.

—Típico de ti.

—Eso lo escribió Goethe de sí mismo, cuando le preguntaron por carta que cómo estaba.

—Típico de ti.

—¿Vivirás conmigo, en el hotel? La cama es grande, para dos.

Ella rehusó, como él ya esperaba. Con tono formal, le entregó al conductor una dirección en Tuhnice.

Al llegar, él la ayudó con la maleta y esperó a que arreglaran los detalles con el dueño del estudio. La invitó a cenar. Ella aceptó, pero tenía que vestirse, así que él se fue.

Tenían cita en el restaurante dos horas más tarde. Llegó exactamente veintitrés minutos tarde, como hacía antes. Él llevaba dos cócteles compuestos de Becherovka, zumo de pomelo y un gajo de pomelo y, cuando por fin llegó ella, sobre la mesa había dos nuevos. En lugar de la mano extendida, ella alargó la suya a por la copa y succionó el contenido con una pajita rosa. Solo entonces lo miró.

Ella había ganado un par de kilos desde la última vez que la había

visto. Seguía sentándole bien. Los mismos ojos oscuros y el pelo claro con peinado *bob*, sin química. Las mismas manchas sudadas en las axilas, no soportaba los espráis ni los *roll-ons*. El mismo perfume Balenciaga Florabotanica. O algo así, antes le interesaba. Le conmovió hasta qué punto era consistente después de tantos años.

Sacó las dos fotografías que había recibido de la recepcionista en un sobre. Le explicó lo que pasaba con las fotos y que estaba convencido de que eran para él: ahora estaba metido como pocos en toda la serie de asesinatos o intentos, exceptuando el que los tenía en su conciencia. Una espalda, en ella un dragón en la zona del riñón izquierdo. Una calavera y unos sables sobre el ombligo.

Sacó también todas las demás.

El camarero trajo el *gravlax* que habían pedido como entrante. A Julián le supo mal no haber esperado a sacar las fotos después de la comida, que tenía un aspecto excelente; no era apropiado hablar de cosas tan terribles. Ella cogió, sin alterarse, el tenedor, enrolló hábilmente una loncha de salmón curado y se la llevó a la boca. Estuvo unos momentos saboreando la porción, tragó y dijo:

—Siempre fuiste un esnob con la comida, Jul. Eso lo echo de menos. Nadie me ha consentido como tú lo hacías. ¿A quién has mimado, después de mí? —Con curiosidad, lo miró a través de sus gafas y enseguida volvió a mirar hacia el salmón—. Tengo un hambre que masticaría clavos, y esto es exquisito. ¿Qué pasa? ¿No piensas comer?

—Espero al plato principal —dijo, bebió y observó con qué felicidad se llenaba la mujer con la que hacía años había planeado su vida hasta la muerte, aunque de alguna manera se había olvidado de decírselo.

—Pero tienes que probarlo —dijo con decisión y le llevó un trozo a los labios con el tenedor. Él aceptó el bocado dócilmente. Bien, sí, pero él ahora necesitaba un cigarrillo.

—Perdona. —Con expresión de disculpa, levantó la cajetilla y el mechero. El camarero sonrió con benevolencia. Julián salió y rápidamente encendió un cigarrillo. Las manos le temblaban tanto que apenas pudo. Pensaba que soportaría mejor la presencia de Margarita, sin grandes emociones. Ahora le había vuelto todo lo malo que había vivido con ella. Lo bueno seguía metido en algún lugar profundo del caparazón de la memoria.

El entrante se había acabado y ella le anunció que la comida allí funcionaba de manera genial, porque tenía todavía más hambre que cuando había llegado.

La buena de Makro, pensó y se sentó frente a ella, la espalda sumergida en sudor y la frente empañada. Ella lo instó a que le contara todo. Había repasado varias veces las fotos.

En lugar de eso, le preguntó si estaba con alguien. Ella respondió que sí, pero que ahora no tenía tiempo de nada, estaba siempre

trabajando. Típico de ella, pensó. Le alegró que Margarita estuviera soltera, como si realmente fuera importante. La alegría suele ser irracional en la mayoría de los casos.

Describió los acontecimientos de los que había sido testigo, también los demás. Reconoció que no entendía ni pizca las fotografías. Mencionó sus dudas sobre la salud mental del que las dejaba en el lugar del crimen. Cuando les trajeron el plato principal, iba aproximadamente por la mitad: para él, pescado; para ella, cochinillo. Luego observó su boca saboreando la comida y descubrió que la había echado de menos todos esos años. Él mismo estaba jugando con su lucioperca, las había comido mejores, o simplemente no tenía apetito. Cuando ella acabó, comentó con una sonrisa que él directamente emanaba estrés, y que si no quería el pescado frío, ella misma se lo comería. Se intercambiaron los platos y él únicamente miró su apetito despreocupado.

—Ven a dormir a mi hotel —soltó, antes de pensárselo—. Bueno, primero acábatelo —añadió.

Ella relamió el tenedor por ambos lados, miró indecisa el resto de patatas asadas y luego las picó una tras otra. Con la última, limpió el resto de salsa de limón.

—Yo preferiría no volver a nosotros —dijo, al fin.

—Vale. ¿Qué has hecho todos estos años?

—Investigar —contestó.

—¿Y aparte de eso? Investigar hombres, claro.

Ella le dedicó una mirada de sorpresa y, al ver su expresión, relató con un tono frío todas las relaciones amorosas que había tenido después de él. Tan meticulosamente que empezaron a dolerle las sienes.

—Es lo que me has preguntado, ¿no? Te importa un pepino, pero ya ves: soy sincera.

—Igualmente no has conocido a nadie como yo.

—Gracias a Dios —dijo ella, sonriente—. Siempre tuviste celos —añadió, como un reproche—, y mientras estábamos juntos no tenías por qué. ¿Eres ahora igual de celoso con alguna que conmigo?

—Ya aprendí. —Esquivó su mirada. Hizo un gesto con la cabeza al camarero para pagar, pero ella pidió el menú. Cuando lo tenía enfrente, dijo:

—Vale, hasta ahora me has invitado tú, desde ahora te invito yo. Tomémonos el pastel de pera.

—No quiero. Me tomaré un coñac.

Ella levantó levemente las gafas y volvió a repasar las fotografías.

—Así que nadie sabe quién sale.

—No.

—Y la policía solo ha visto la primera.

—Sí.
—La misma chica desconocida en todas.
—¿Qué hacemos?
—Estás loco, si no se las has enseñado.
—¿En plan que si se las hubiera entregado ya podrían tener al asesino? No lo creo. Hay varios asesinos, la chica solo es una.
—Dáselas esta misma noche.
—No. —Se estiró sobre la mesa y recuperó las fotografías—. El que lo hace no comete los crímenes por mí. Pero ahora que estoy aquí, parece que ya cuenta conmigo. Y se ha adaptado. Buen provecho.
Ella comió el pastel de peras y él le explicó cómo fue lo de la postal de Diana y lo que pasó junto al mirador y en su interior.
Cuando se hubo acabado el postre, repitió:
—Tienes que entregarlas. No te estás comportando como un hombre, más bien como una histérica irracional, no te ofendas. Pueden morir más.
No se enfadó más de lo necesario. No quería decírselo, pero ahora tenía que hacerlo. Le explicó que el que lo había invitado a Vary y lo hizo firmar un contrato era Weber. Sí, el mismo. La razón por la que nunca la había querido llevar a Vary y por la que él mismo nunca había vuelto. Y ahora estaba aquí por su culpa.
Se quedó unos momentos en silencio.
—No lo sabía —dijo en voz baja, y señaló su copa—. Yo también quiero.
La arrastró hacia ella.
—Es tuya.
La miró bebiendo. Ya levemente borracha. Ella nunca había sido capaz de mantener su ritmo. Por suerte.
—Hay que saber cuanto antes quién sale en las fotos.
—¿Eso significa que me ayudarás? —se aseguró.
—Si tú estás ayudando a ese mal bicho —dijo, sonriendo—, ¿por qué no te iba a ayudar yo a ti?
—¿Cómo matemática? —Le devolvió la sonrisa, incluso alargó la mano para acariciar su antebrazo, pero ella lo apartó.
—Como alguien que quiere que esto se acabe. —Se puso en pie—. Gracias por una cena genial. Me llevo las fotos prestadas.
El camarero les trajo aguardiente como obsequio de la casa, pero Julián dijo que se lo tomaran con el cocinero. Cuando quiso pagar, ella ordenó que les dividieran la cuenta. De repente, parecía irritada.
Frente al edificio, a solas, dijo:
—¿Te has dado cuenta de que la chica del bosque lleva las mismas imágenes que las extremidades y el tronco de las otras fotos?
—Claro, si hemos hablado de esto hace un momento —replicó él, extrañado.

—Pero no hay dos imágenes iguales. Una imagen en la piel puede estar para siempre o se puede eliminar con láser. Y hay otras que las puedes pelar o lavar.

Él frunció el ceño. Y de repente lo entendió.

—Creía que eran tatuajes.

—Son tatuajes infantiles. Si miras bien, se ve el film finito.

—¿Y qué significa eso? —Le avergonzaba su lentitud, habría salido con algo si ella le hubiera dado tiempo, pero para él era simplemente demasiado rápida; especialmente teniendo en cuenta todo lo que había comido.

—Te lo estoy poniendo en bandeja. Un tatuaje auténtico dura muchísimo tiempo. Algo así como una declaración sobre ti mismo por medio de un signo. O solo un ornamento con el que necesitas completar tu cuerpo. Aquí se trata de una serie de calcomanías, se repite uno de los motivos, alguien te envía las fotos o las deja en el lugar de los crímenes. El primero todavía no estaba dirigido a ti, quizá el segundo tampoco. Pero luego viniste a Vary, te informaste sobre los hechos y, como tú mismo te has fijado, esa persona luego se ha enfocado en ti.

Él quiso hablar, ya había abierto la boca, pero entonces volvió a cerrarla. Deseó no haber bebido tanto antes, tener la mente más clara.

—Además, estoy convencida —continuó, sin dejar siquiera que se repusiera— de que un cuerpo falsamente tatuado, a su manera, está marcado. Esta señorita lleva una inscripción con la que quiere decirle algo a alguien. Quizá se sacó las fotos ella misma, quizá no, no se puede saber muy bien. Lo que se comunica en ella por esta escritura ilustrada originalmente no estaba dirigido a ti, sino a otra persona, o quizá a ella misma, así quería recordar algo, qué se yo. Pero ahora los mensajes te vienen a ti y es tu trabajo leerlos.

—Pero no soy capaz —dijo, sin emoción. Frente a Margarita se avergonzaba al respecto, conocía sus límites tan bien como él. En su embarazo, no lo presionó.

Ella chasqueó los dedos hacia uno de los tres taxis que esperaban allí pacientemente y ofreció a Julián llevarlo. Él le dio las gracias. Prefería pasear. Le besó la mano. A ella le gustó levemente, también la desconcertó un poco. Le acarició la mejilla.

—No temas, juntos lo sacaremos. Buenas noches.

Mientras caminaba a lo largo del río, por la niebla y la llovizna, hacia el centro, en ese momento no era capaz de imaginarse una ciudad checa más oscura que Karlovy Vary. Sin embargo, sabía que esta ciudad no había sido nunca checa, al contrario: en algunas épocas fue casi enteramente alemana. Pero ninguna de las ciudades alemanas que jamás había visitado era tan bella ni estaba tan cargada de pasado y de presente al mismo tiempo. Esa belleza nebulosa y oscura, bañada

por la lluvia o por el agua salada de la fuente termal, era puramente karlovariana. Los bosques húmedos, las gotas en las agujas, las hojas mojadas, las últimas setas de otoño, la ciudad en las orillas de un río en una de cuyas partes rodaba el vapor.

Se alegraba de haber tenido la oportunidad de volver por un tiempo. Hojeó las noticias de Internet. En tres fotografías y dos grabaciones realizadas en los lugares de los crímenes espectaculares —siempre cuando ya habían pasado y el acceso no estaba limitado a la policía y a los expertos forenses—, reconoció al hombre del sombrero de caza. Nunca se le veía la cara con claridad. Solo se podía detectar su presencia, que no era muy alto, tenía la cara alargada con una gran nariz y llevaba gafas. Siempre estaba en la periferia de la imagen, fuera de foco. Como un espíritu.

Probó un par de programas de reconocimiento facial, pero no sirvieron de nada: las imágenes eran demasiado indefinidas. O bien la respuesta no le ofrecía nada, o bien, al contrario, un montón de gente, entre los que había incluso mujeres, y hasta un diputado fallecido del Partido Conservador de Inglaterra que defendía los intereses de los granjeros. Doscientas ochenta y nueve identificaciones. Cuando ordenó las fotos para reconstruir la imagen más probable del hombre del sombrero, se le asomó un rostro de entre cincuenta y sesenta años, con la nariz larga y un carnoso labio inferior, los ojos oscuros detrás de unas gafas y las orejas sobresaliendo del cráneo estrecho. Exactamente él, aunque sin gorro ni sombrero. El pelo cano y ralo sobre una frente alta y amplia, el cuello con una marcada nuez. Nadie mediático.

Envió los resultados a Weber para que repasara la base de datos de la policía. Si conseguían llevar a ese tipo a interrogar, no haría ningún daño.

—Por fin algo. Haré que lo examinen —lo halagó el policía.

Llamó a Mariela, no lo cogió ni a la tercera vez. Le escribió un SMS. Por la noche estaría encima de la iglesia de San Lucas, cerca del balneario Bristol —donde antaño había trabajado su madre y él, de niño, iba a las fiestas navideñas rusas—, y muy cerca del entonces parvulario Rusalka, donde las profesoras lo prepararon concienzudamente para la tiranía de la asistencia obligatoria al colegio y la obediencia absoluta. Odiaba estos lugares tan intensamente como los amaba. Si no hubiera sido por ellos, habría sido una persona más feliz… y bastante diferente. Quizá insatisfecho de manera parecida.

Recibió un mensaje de Mariela, debía ir a tal y cual sitio, a cierto banco del bosque. Se rio. Precisamente en ese lugar había vivido su primera aventura amorosa.

En la pequeña iglesia de San Lucas, que de pequeño admiraba por su

puntiagudez gótica (más adelante entendió que era una arquitectura puramente católica) y por su inusual color rojo y su estructura de ladrillo (más adelante entendió que los religiosos protestantes de la Europa del Norte construían así sus santuarios, simplemente porque no tenían mármol y querían distinguirse de los católicos), hay un museo *kitsch* de figuras de cera. Un horroroso cartel fuera, un contenido espantoso dentro. Lo sorprendía que se pudiera sostener. Por qué eso. Por qué allí. Al mismo tiempo, era capaz de divisar el elitismo de su rechazo. Se lo permitía, aun sabiendo que él no tendría que haber ido a ningún parvulario allí y que de ningún modo tendría que haber participado en las fiestas rusas de Navidad y Año Nuevo, que siempre había estado allí por casualidad, hasta hoy.

Durante la entrega de regalos de San Nicolás a los hijos de los empleados, cada niño debía cantar algo. Intentó *El zorro corre a Tábor*, pero el personaje del diablo, que a su espalda repiqueteaba la cadena, lo asustó tanto que lo cantó con una voz imposiblemente alta. Debía de tener unos cinco años, le ardían las mejillas, pero puesto que ya había empezado no podía acabar sin más, habría sido un fracaso aún mayor que cualquiera que hubiera vivido.

En la primera fila, entre los espectadores, había sentada una niña pequeña con medias blancas y en el pelo un gran lazo rosa, mayor que su cabeza entera. Tan pronto sonó su introducción en falsete, empezó a reírse, primero en voz baja. Luego, cuando su amiga le dio un codazo para que se callara, la niña estalló en una risa ruidosa que durante los siguientes años él mismo repitió. Una risa que no quieres y que sin embargo te aplasta como una apisonadora, te destruye completamente y solo deja una mancha de grasa. La chica con el lazo absurdo se volteó con espasmos sobre la alfombra gris y, mientras su bella madre, con un peinado absurdo en nada diferente al lazo de la hija, la regañaba e intentaba levantarla del suelo, el pequeño Julián no aflojó y, en su esfuerzo de llevar su voz dos o tres octavas más abajo, repitió: «… el erizo corre tras él y le pincha el saco». El público aplaudió con desdén, el diablo hizo sonar su cadena y el chico se puso a llorar delante de todos. Una catástrofe. La niña actuó después de él. Con la voz limpia, cantó *Katiusha* y se convirtió en la favorita del público. Al final de la fiesta, volvió a actuar con otra canción rusa. Era *Poliushko polie*. Se había convertido en la zarina de la fiesta.

Ahora sonreía entretenido mientras lo recordaba, aspirando del cigarrillo y mirando a cada momento el reloj. Qué pena no tener un hijo, pensó, le prepararía momentos así de crueles con mucho gusto. Enseñarle que siempre habrá alguien más preparado, con más talento y más éxito que tú. La mejor escuela.

Alzó la vista bruscamente, porque alguien se había acercado a él. No era Mariela, sino un hombre con una chaqueta acolchada. Se sentó a

su lado, muy cerca, y Julián se apartó instintivamente. Había oscuridad absoluta y él no veía al recién llegado ni a la distancia de un metro.

Cuando el hombre habló, quedó claro quién era. Quedó claro también porque se olía su sudor. Un hedor característico.

—Estuvieron juntos en las rocas —dijo Petr—. No salga más con ella, señor Uřídil. No puedo decir nada, y no puedo decir ni siquiera por qué no puedo decirlo.

—¿Tengo que sacar algo de esto? Ajá —replicó Julián.

—Quizá esto me salga bien. Apártese de ella. Intento advertir a alguien. No tiene que ser usted. Puede ser otra persona. Yo sin duda nunca le he avisado a usted directamente.

—No hubo nada entre nosotros —mintió Julián—. Solo una excursión, no hay nada malo.

Sintió que el Técnico lo miraba.

—Ella se dará cuenta de que he estado aquí en su lugar. Que quería quedar con ella, aunque en otro lugar, abajo, en el bar. Yo saqué el mensaje de su móvil y luego lo hice venir aquí. Es mi chica, señor Uřídil. No quiero hacerle daño.

—¿No podemos tutearnos?

—Con mucho gusto. Petr.

—Julián. Así que, Petr, ¿por qué crees que te habló de la excursión a Svatoš? Seguro que tienes alguna teoría.

—Le gusta torturarme.

—Y a ti te gusta dejarte torturar. La gente que se quiere a veces se hace estas cosas.

—¿Cree… crees que es guapa?

—Creo que sí, pero si vosotros dos tenéis una relación que funciona, yo no me voy a meter, no se me ha perdido nada.

Sintió cómo se sonrojaba, aunque no se pudiera ver en aquella oscuridad nocturna y boscosa.

—A veces estás con alguien —reflexionó el Técnico— con quien ni siquiera quieres estar, simplemente debes hacerlo. Más o menos eso es lo que tengo con Mariela. Tenemos que estar juntos o acabará mal.

—Vale. —Julián se levantó—. ¿Eso es todo?

Alargó la mano hacia el vacío negro. Ninguna mano salió a su paso.

—Quizá estemos los dos igual ya, señor Uřídil. —Otra vez lo llamaba de usted. Tal vez hubiera una intención, pensó—. Solo espero —añadió la oscuridad— que lo sobreviva al menos uno de los dos. Desearía que fuera usted. Que fueras tú, Julián.

El aliento agrio y levemente muerto, como el hedor del *compost* para jardín, inmediatamente engullido por la húmeda brisa nocturna.

—¿Y por qué voy a sobrevivir precisamente yo?

—Tienes que escribir el libro —dijo la oscuridad—. Ojalá pudiera

leérmelo. Aunque seguramente ya no llegue. Pero no tengas trato con ella. Lo digo en serio. Por eso estoy aquí personalmente, para que entiendas por qué es tan importante. Se me cruzan los cables y…

Una ráfaga de aire en la cara, la oscuridad del bosque, abajo la iglesia secularizada de San Lucas, con figuras de cera que representan a personas famosas.

El Técnico se marchó. Julián entendió, por un lado, que estaba solo en el banco; por otro, que ese chico estaba drogado. No osaba determinar con qué. Más bien una combinación probada de tranquilizantes y estimulantes. Como todos los que se drogan durante mucho tiempo y al final con eso suplen lo que originalmente les ofrecerían sus propias hormonas, con la contribución de la cafeína, el alcohol o el tabaco. Su fase.

«Puede estar haciéndolo este chico», pensó.

Pero ¿por qué? ¿Dónde tendría el motivo, en qué consistiría? ¿Y cómo se las había arreglado para hacerle llegar una postal de un lugar donde, en menos de una hora, unos niños atacarían a su propia madre?

Por la mañana, lo despertó el teléfono. Ya se había acostumbrado a que la gente se despertara antes de mediodía, pero esa vez saltó de la cama como un demonio de una caja. Llamaban del banco. Alguien le enviaba un millón de coronas de una cuenta cuyo número estaba deliberadamente oculto, y en la nota para el beneficiario ponía, en inglés, que se trataba de un préstamo devuelto con interés a cero. Y que qué tenían que hacer.

Adormecido y enfadado, respondió que se trataba de un error, que la próxima vez se haría pagar el dinero de protección a mano y no por la cuenta bancaria, y que lo enviaran enseguida de vuelta.

La operadora, sorprendida, contestó algo, pero él acabó la conversación, pescó del bolsillo del abrigo la tarjeta de visita de Chjartishvili y lo llamó, con la cara encendida.

Tan pronto descolgó el georgiano, empezó a gritarle que ese tipo de pagos eran fáciles de detectar, que ya había pagado a la agencia tributaria cien mil coronas en multas y no estaba dispuesto a pagar una sola más de las necesarias, y que cómo un extranjero en su país se permitía enviarle dinero sospechoso a su cuenta bancaria particular, y que de dónde la había sacado el señor Chjartishvili. Él mismo habría dado su mano izquierda para dar con el culpable de los asesinatos de Karlovy Vary y entregárselo a la policía, pero de momento era testigo cercano o lejano de nuevas atrocidades; delante de sus ojos, en Diana, había muerto un menor de edad, mientras que otro lo había atacado, la madre tenía una navaja clavada en la barriga y una herida incurable de mordedura en el muslo, ¡y todos podían estar contentos de que esos niños no se hubieran comido los pechos que los habían

amamantado!

Chjartishvili esperó a que Julián se desahogara, luego, con la voz tranquila y en un hermoso checo, dijo que los rusos de Diana habían sido la última gota. Luego acabó altivo la conversación y dejó a Julián con su frustración y su indignación.

Julián miró por la ventana, no veía en diagonal a la derecha la columnata de Zítek, ni siquiera veía el río Teplá directamente frente a él. Veía una cortina enrollable de color blanco grisáceo, solo que en la ventana no había ninguna y la humedad chocaba con los bordes de los cristales. No había cortina, solo la niebla, que había que examinar.

Fue al cuarto de baño y, cuando volvió, encontró un mensaje de Margarita. Quería quedar con él, quizá ya tuviera algo para empezar. Contestó que él, al contrario, estaba por la mitad, es decir, muy lejos de «empezar», pero que tampoco se esperaba nada diferente y que tenía curiosidad por saber lo que le diría. Se dieron cita en la cafetería del hotel Pupp, donde ya había estado y se sentía bien.

Ella notó su irritación y le escribió que lo que en la juventud resulta inasequible, a mediana edad se alcanza con sorprendente facilidad. Siempre habrá cosas inasequibles, pero están en otra parte y son diferentes.

Antes de llegar a la cafetería, había acumulado tanta rabia que, nada más llegar Makro —con retraso, cómo no—, le pidió que no le cabreara con esas cosas, y enseguida le soltó el asunto de Chjartishvili. Ella escuchó con interés, se compadeció de él dos veces, dos veces expresó disgusto. Cuando hubo acabado, dijo:

—Este tipo lo ha hecho para ayudarse a sí mismo con tu ayuda. Quería atarte.

Julián respondió que no lo había conseguido y que por su culpa le esperaba una cita en la oficina de Hacienda de Praga 7.

Makro contestó que podría pasar, pero que él había rechazado el pago. Si le llamaban a la agencia tributaria sería el año siguiente, más bien cuando hiciera la declaración de impuestos. La transacción se había hecho, no había salido, la cantidad se había devuelto, quedaba el interrogante de si se había dado parte a la policía financiera. A Julián le quedaría una mancha, pero había hecho bien en rechazar el dinero. No era chantajeable. No había aceptado una remuneración por «servicios de asesoría», nada, simplemente se lo había enviado de vuelta de una patada al culo mafioso.

Él le estuvo agradecido por sus palabras. Sin embargo, tuvo que admitir que él mismo no habría sido capaz de decirlas, que Chjartishvili le daba demasiado miedo. Pero ahora quería saber otra cosa. Cogió la mano de ella:

—Cuéntame, pues.

De alguna manera, eso la desconcertó. Se apartó cortésmente, se

echó leche en el café y luego miró pensativa las notas en el cuaderno que él tenía sobre la mesa.

—Está bien resumírselo constantemente —dijo—, es fácil pasar algo por alto. Lo que aquí pasa no son asesinatos en el sentido exacto de la palabra. En primer lugar, no son premeditados por parte del culpable, y, por supuesto, tampoco de la víctima. Y parece que se cometen en un estado de trastorno, o al menos de gran exaltación, aunque solo temporal o, incluso, momentáneo. A ese estado se llega y no se llega por casualidad, algo que me devuelve a la premeditación, a la mala intención. Esta está, pero la víctima de la intriga es casual, igual que la víctima de la víctima: la persona atacada. Si tengo en cuenta lo cerca que estuviste de estos actos, he de trabajar con la casualidad y la probabilidad. La casualidad de que la próxima vez pase lejos de ti es cada vez menos probable. La no casualidad, pues, es esta: volverás a estar presente. Si la persona que lo ha ideado y lo está haciendo consigue llevarte a la proximidad de las futuras víctimas. Ahora la cuestión es si tú mismo tienes que ser esa víctima. ¿Qué crees?

Recordó lo que le había dicho en una ocasión: que una vez al mes era un ordenador sangrante. En aquel momento, ella le tiró una taza.

—Sigue —la espoleó.

—Tú no piensas nada, ¿verdad?

—Eres rápida, te adelantas incluso a ti misma.

—Quizá tengas razón. La rusa, como me dijiste, habló de Rasputín, de que alguien había hipnotizado a sus hijos. Eso me pareció importante.

—¿Por qué? ¿Porque no se descubrió veneno en sus cuerpos?

—Ni droga. En teoría. Hipotéticamente, alguien pudo solo sugerírselo, aunque realmente no tengo ni idea de cómo lo haría. Pero date cuenta de que no fueron a por sus pechos. Quizá porque alguna vez los habían amamantado. En los otros casos, sin embargo, tampoco lo tenemos. La sugestión, o lo que pudiera ser, afecta a las personas de manera parecida, pero no igual. El chico clava una navaja en la barriga de su madre, la chica le deja un agujero en el muslo de una mordida. El chico luego salta de Diana, la chica por poco también. Una locura. Así no se comportan los niños.

—Los adultos tampoco.

—Precisamente. Los chicos no despedazan a sus padres con los dientes; al contrario, tampoco. Pero pienso que si la madre hubiera sucumbido a la sugestión, quizá habría sido ella quien los atacara. Tiraría a la chica por la barandilla y degollaría al chico con un pedazo de una ventana rota, quizá saborearía sus orejas. Luego saltaría detrás de la chica. Hay un algoritmo, pero no vale la pena buscar la fórmula, no puede establecerse. Aquí solo hay probabilidad. Pero el algoritmo de la probabilidad es débil; aunque descubra lo que el culpable le hace

a esa gente, difícilmente adivinaré cuándo y dónde volverá a pasar. Pero seguramente será cerca del centro de la ciudad y cerca de ti. Puedo equivocarme. De momento no tengo nada más y todavía me quedaré las fotos.

No estaba seguro de si había arrojado un poco de luz, o sumido todo en una mayor confusión. No sabía nada de algoritmos de probabilidad. En todo caso, le dio las gracias y añadió:

—He quedado con Weber, pero aún hay tiempo. Ven a dar un paseo.

Fuera, ella se prendió de él y le pidió que le explicara lo que antes solo había insinuado: el acontecimiento de las rocas de Svatoš.

Él la complació y, al acabar, quiso saber qué pensaba.

Ella respondió que no tenía una opinión clara, pero que era evidente que la mujer atraía a Julián. Y enseguida le mencionó las palabras que él había usado: tres veces «bella», dos veces «tan guapa», tres veces «especial», una vez «atmósfera tensa», una vez «increíblemente en forma», dos veces «rápida», una vez «con lágrimas en los ojos».

Él se pasó la mano por el pelo. No se había dado cuenta de que hablara así de Mariela. Joder.

Makro añadió que no le sorprendería que intentara ligar con ella.

Debía de esperarse una respuesta diferente. Pero Julián dijo secamente que ya había pasado.

Solo sonrió y dejó de agarrarlo. Tras unos momentos, dijo: «Pues nos vemos», y se fue a la parada de taxis.

Se sintió culpable, pero no tenía por qué. No era la primera vez que ella le hacía sentir eso.

El hombre se despegó del muro trasero de la tribuna principal del hipódromo de Dvory. Julián no se había fijado en él hasta ese momento. Cerca vio un coche, estaba vacío. Frente a este había un perro marrón, lamiendo el parachoques. Quizá el automóvil hubiera atropellado a un animal pequeño y la sangre se hubiera quedado enganchada. Desde algún lugar llegó otro perro, más oscuro y menor, y empezó a olisquear el culo del primero. El que lamía no le prestó importancia y siguió abriendo vorazmente el morro, como si quisiera devorar el parachoques.

Weber llegó solo a la cita. Sería sin testigos. Aparte de los perros.

El policía hizo una señal hacia la entrada lateral y extrajo una tarjeta magnética del monedero. Pero, antes de acercarla al sensor junto a la puerta, se detuvo y volvió a guardarla. Se giró un poco y dedicó a Julián una pícara sonrisa por encima del hombro. Cazó las llaves en el bolsillo, tenía muchas en un llavero, como mínimo veinte. Estuvo unos momentos repasándolas una a una, luego metió una en la cerradura y abrió. Julián lo siguió a un pequeño espacio cerrado, por el que cruzaron hacia la tribuna, y se sentaron en la fila inferior. Weber enseguida le sacó a relucir lo de Chjartishvili, qué estúpido

había sido que le quisiera transferir esa cantidad a la cuenta corriente. Antes de que Julián pudiera protestar, el policía levantó la mano, sabía que había sido una provocación y un intento de meter a Julián en los círculos de lengua rusa: esa gente solo intentaba saber si era tan inocente como para aceptar algo así de esa manera. Chjartishvili explicó, con absoluta tranquilidad, que se había confundido y que tenía todo el dinero de sus cuentas documentado, la policía podía remitirse a la agencia tributaria.

Julián preguntó por qué el georgiano no se había dirigido a él, a Weber; sin duda, podría servirle mejor y con mayor complacencia.

El policía lo ignoró en silencio. Desenvolvió un chicle, echó el pequeño papel bajo el asiento. Mascó y dijo:

—El cliché de que la mafia rusa está por todas partes y de que todos van de su mano, incluida la policía, me aburre. Por lo que respecta a los rusos, o de forma parecida a los asiáticos, todo lo que compraron aquí fue antes de que yo llegara y, aunque hubiera estado aquí, igualmente no podría haber hecho nada contra ellos, porque el denunciante no denunció a nadie. Tienen todo esto comprado, entre un cincuenta y un setenta y cinco por ciento, y nosotros, como mucho, podemos cabrearnos, Julián. El embargo económico europeo, además, no ha perjudicado a nadie más que a los que compraron aquí bienes inmuebles, ahora no pueden ni mantenerlos como es debido, solo pueden vender muy por debajo del precio. La burbuja karlovariana petó, nadie quiere venir. He oído que vuelven los alemanes, pero tardarán diez años, quizá no vengan nunca. Si una ciudad famosa ha perdido su esplendor es Karlovy Vary. Excepto el festival, obviamente. Pero es un pueblo Potemkin.

A Julián le provocó un escalofrío que este individuo pudiera tener opiniones tan parecidas a las suyas. Aunque esas opiniones debían de ser comunes, cualquier visitante de la ciudad solo un poco sensible podía ver el deterioro local.

—Por eso hoy no estoy aquí contigo —dijo en voz baja.

Weber lo miró sorprendido.

—¿Tanto te molesta que te haya hecho venir a la pista?

—Me molesta que no tengo ningún resultado para ti. Preferiría volver a casa. A Praga.

—¿Ahora en qué has metido a Margarita?

Julián intentó mantener la calma desapasionada, pero en su cara se mostró incontestablemente lo contrario, lo que no se le escapó a Weber.

—La matemática con la que saliste dos años, profesora de universidad. Entre otras cosas, se ocupa de calcular el caudal de gas subterráneo por las cañerías, ha tenido clientes en Japón, Argelia, Kazajstán. ¿Cómo es capaz de calcular todo eso? Para ser sincero, me

sorprendes, amigo. Salir con una mujer genial es digno de admirar, pero ¿separarse, si ya estás con ella? Podrías estar tranquilo. No tener que confiar en la venta de libros.

Julián callaba. Esperó a oír qué más soltaba Weber. El policía puso una expresión indefinidamente maliciosa, como si se hubiera puesto un calcetín en la cabeza.

—Vale. Estabas en Diana cuando pasó. No es una casualidad. Me estás ocultando algo.

—Estoy de acuerdo —admitió Julián—. Recibí una vieja postal con el mirador, alguien me la trajo por la mañana al hotel… quién, realmente no tengo ni idea. Así que enseguida pensé que estaba pasando algo y fui allí. No tenía ninguna prisa, solo quería echar un vistazo. Por supuesto, esperaba que no pasara nada. Pero pasó, como sabes.

Weber asintió.

—Interrogamos a la rusa en el hospital. Le preguntamos cuatro veces, siempre con una pausa de varias horas. Seguía en estado de *shock*, así que no fue capaz de acordarse bien de por qué había ido allí con los niños, quién lo sabía, si se lo había dicho a alguien antes. Sin más. Y nosotros le preguntamos cuándo habían decidido ir, y ella que no lo sabía, pero que seguramente, esa misma mañana, los niños aburridos, el agua de la fuente y un paseo junto al río eran poco para ellos y la familia ya había comprado obleas y *souvenirs*. Qué nos vamos a contar, los balnearios no son para niños.

—Yo no tengo hijos —dijo Julián y dejó que causara efecto.

—Lo sé —dijo Weber—. Pero me ha venido el niño a la cabeza, amigo, y me ha parecido interesante.

—La chica. ¿Cómo está ella?

—Ya bien, está con pastillas. Olesia. Vino a ver a su madre cuando estaban los nuestros. Así que al menos la vigilaron, había una psiquiatra con ella. La niña se echó a llorar y no hacía más que abrazar a su madre. Esta la calmaba, que había sido una desgracia, la pequeña Olesia no tenía ninguna culpa. Pero que ahora no tendría a su hermanito. Un espanto.

—¿Y con qué trabaja la doctora? ¿Con qué teoría?

—A ver si adivinas.

—Envenenamiento. Hipnosis. Sugestión. Manipulación.

Weber se echó a reír. Ambos se fijaron en una abeja tardía que se arrastraba por el muslo de Julián. Dios sabría de qué grieta del hipódromo había salido, seguramente no de una colmena. Lo más probable era que se escondiera en los primeros días fríos y hoy, que había subido la temperatura, hubiera salido y aterrizado, debilitada, en la pernera de pana. Instintivamente, Julián la barrió al suelo y de nuevo miró con atención a Weber, esperando a ver de qué más se

enteraba. Weber miró la abeja aturdida y, cuando esta extendió sus alas, la pisó con el tacón.

—Fundamentalmente, supone algo parecido, pero no es capaz de pensar nada concreto sobre esto. El envenenamiento ha sido descartado, los niños no tenían nada en la sangre. Da igual. Una cretina. Igualmente, no descubrirá nada, la niña solo se acuerda de lo que había pasado antes, y luego el hospital. No sabe nada de haber atacado a su madre.

—Por suerte. ¿Pero por qué tiene que ser una cretina la doctora? Si tanto yo como tu gente trabajamos con la posibilidad de la hipnosis, tú mismo. ¿O tienes algo mejor?

—No, es que no soporto a los loqueros, practican la pseudociencia —dijo el policía entre dientes—. Algo así como los parapsicólogos, da igual cómo lo llames. Esto no se lo cuentes a nadie, es mi opinión privada, ¿vale?

—Vale —dijo Julián.

—Lo que me intriga aquí es la línea temporal —continuó Weber—. Recibiste la postal hacia las diez.

—Algo así.

—Y ellos decidieron salir a Diana solo media hora antes, quizá ni eso. Si hay algo que no entiendo, es eso.

Julián se sumergió en reflexiones. Tenía que reconocer que también a él lo sorprendía. Eso no se podía planear, o sí, sí se podía, pero un plan a largo plazo tenía que contar con la casualidad. Una vez dentro, bastaba dejarse llevar. Recibió la imagen de Diana, fue orientado hacia ella, el elemento de casualidad se podía desechar, aunque quién sabe: si una situación adecuada similar, de «crimen anunciado», se hubiera producido con anterioridad, quizá lo habría entendido antes. La calle Sadová y el balneario Mantova. La calle de San Andrés y luego el cementerio.

No, esto era diferente y aún más peligroso. La casualidad era débil, la probabilidad fuerte. Como si Weber supiera lo que le pasaba por la cabeza a su antiguo compañero de clase sobre el banquillo del hipódromo:

—El elemento de casualidad no eres tú, sino el otro lado: la madre y sus dos hijos. Pero solo por un momento: mientras no se produzca la hipnosis, el momento de locura sugestionada. Luego la casualidad ya desaparece, cambia. Y que sean rusos da absolutamente igual. Van a ir a Diana. Alguien se entera y te envía allí también.

—Y yo llego y me convierto en testigo o en víctima —acabó Julián —. O en ambos, como en el caso de la madre rusa.

—Esa niña lo arrastrará toda su vida, dijo la doctora.

—¿Entonces por qué te metes con ella? Intenta ayudarla.

—Porque si arrastras algo toda tu vida —contestó el policía— un

loquero no ayuda. Tienes que resolverlo tú solo. O lo hace la muerte por ti.

«Este capullo ni siquiera sabe la razón que tiene ahora», pensó Julián y se levantó para marcharse. Pero entonces se dio la vuelta.

—¿Y has comprobado en qué circunstancias la familia decidió ir a Diana de excursión?

Weber se echó a reír.

—Ya creía que no preguntarías, escritorcillo. Esa niña, Olesia, se acuerda. Estaban sentados en la pastelería del teatro, ella tenía una copa de helado con nata y cobertura de chocolate, su hermano una oblea y té, la madre un postre y café. Y, además, cola para todos.

—Y cuando luego fue el control sanitario, no encontró ninguna deficiencia.

—Correcto. Esa mañana había alguien sentado con ellos, en la mesa de al lado. Olesia no sabe qué aspecto tenía. Recuerda el momento, pero no sabe nada más concreto. Cuando nadie te dice que tienes que fijarte en algo o alguien y a ti mismo no te interesa, no te fijas.

—¿Ni siquiera si lleva sombrero?

—En la pastelería se lo habría quitado, ¿no? Ves, por poco me olvido. Felicidades por el retrato que hiciste con ayuda de la aplicación. El tío del sombrero.

—¿Quién es?

—Te salió estupendo, así que no fue difícil.

—¿En serio? —Julián no se lo podía creer—. ¿Así que es nuestro hombre?

—Bueno… —Weber se frotó la barbilla—. ¿Cómo decirlo?

—¡¿Quién?! ¡El nombre! —Julián ardía de impaciencia.

—A ver… tranquilo. Se llama Blažej Novotný. Si pensabas que tenías al criminal, olvídalo. Pero como quieras.

—¿Lo tenéis en la base de datos? ¿Qué ha hecho?

—En la base de datos no está y no ha hecho nada. Pero, Julián, aquí lo conoce todo el mundo. —La mueca de Weber era casi de compasión —. Un personajillo de Karlovy Vary. Un periodista. Se especializa en la crónica negra. Algo así como tú. Solo que tú te largaste de Vary.

Julián sonrió. Esa sonrisa debía ocultar la decepción.

Se sentía raro. Se pasó la noche evocando la cita con Weber, en duermevela, como en sueños, en una semivigilia delirante. Volvía ante sus ojos cerrados la abeja pisada, tenía un agujón en el culo y en la cabeza, por eso tenía que morir; pero luego siempre revivía, y una vez se convirtió en la hormiga con la cabeza de pájaro del sueño más antiguo. Por la noche había tomado poco alcohol, apenas una botella de vino. Lo confundió no poder metérselo en tanta cantidad como para dormir sin sueños. Eso le había salido tan bien durante tantos años, y, de repente, chao. Ya se había acabado la paz.

Por la mañana, no pudo aguantar en la cama más allá de las siete. Tuvo que vestirse y salir a ventilarse la cabeza. Se sentía de un humor travieso y no tenía idea de qué habría podido causarlo. Seguro que la noche y el día anterior no.

En la zona del balneario había pocas personas: había gente yendo al trabajo y proveedores conduciendo sus vehículos. Estos ya estaban trabajando, igual que los basureros, y la tripulación de un coche de policía que estaba aparcando en la boca de la calle de San Andrés. Al lado del Thermal, topó con una patrulla armada con metralletas y, puesto que tanto el hombre como la mujer de uniforme lo repasaron, les deseó de corazón los buenos días. Ella miró hacia otro lado, él le respondió solo con la boca pequeña. Tuvo la sensación de que se giraban a mirarlo. Que lo habían calado.

El siguiente coche con faro estaba en el puente del Teplá. Cruzó hacia la oficina postal y empezó a subir la calle Masaryk, pasó junto al cine Čas, salvado por el festival de cine anual (de no ser por este, ya no existiría); por un supermercado; por la antigua tienda Bebidas, adonde iba a comprar cerveza tanto para su padrastro como para su vecino cojo; y por la antigua Casa de Alimentos, donde vendían ropa y a donde, todavía de estudiante, iba los sábados por la mañana a hacer la cola ante las cestas para intentar hacerse con medio pan o incluso panecillos (no podía coger más de ocho, de otra manera no habrían quedado más para los demás clientes).

Se atrapó a sí mismo riéndose y se fijó en que la gente lo evitaba mientras, con las manos en los bolsillos del abrigo sin abrochar, subía la suave cuesta, explicándose algo a sí mismo y sin poder parar. Se encendió un cigarrillo y, después de la segunda calada, empezó a tener náuseas en medio de Masaryk; los jugos gástricos subieron hasta su cuello y su boca y, mientras rápidamente los volvía a tragar, por el rabillo del ojo se dio cuenta de que un policía con metralleta había dado un paso hacia él, pero luego titubeó; tenía otra tarea aparte de amonestar a un borracho. Julián quiso decirle que no era un borracho, pero no consiguió que saliera ni un sonido de su boca. Confundido, continuó, se metió en un local abierto desde la madrugada y pidió dos cafés. Ahora ya podía hablar, solo que no reconocía su voz. Tan pronto la amargura del café bajó a un nivel potable, se metió un chupito, otro, y salió tambaleándose. Su cabeza zumbaba como una subestación eléctrica, de algún modo cruzó una falla del terreno y bajó por la zona peatonal hasta el antiguo cine Praha, al museo de la Becherovka y al cruce frente al puente de Cheb. Allí topó con un corredor con un gorro de lana verde claro y un chándal negro. Lo vio en el último momento y cometió el error de intentar evitarlo por la izquierda. El tipo, pequeño pero ágil, le gritó que se iba por la derecha. Julián trató de tocarlo con la mano, en un infeliz gesto de

disculpa. Pero le golpeó la cabeza y le hizo caer la gorra encima de los ojos. El corredor, furioso, le dio un empujón brusco, de manera que se cayó de culo y empezó a reírse. Explicó que no era su intención, que no lo había visto, y luego agarró al tipo de la pernera. Le sorprendió que no fuera fibra artificial elástica, sino tejano azul puesto en una extremidad mucho más delgada y larga que la pierna fibrosa del corredor. «Debe ser otra persona, el otro ya no está», pensó Julián y volvió a reírse. No importaba, a este también lo quería. Lo atrajo hacia sí, el hombre se derrumbó a su lado y enseguida se sentó, un compañero de borrachera, ven aquí, te abrazaré. Le entraron ganas de chuparle el cuello y llevarse algo de él. No había nada sexual en ello, solo un deseo brusco de arrancarle algo a ese buen tío.

Una mano huesuda se apoyó en su cara y, antes de poder morderla —al menos los dedos (tenía unas ganas ardientes, aunque le sabía mal que la extremidad no perteneciera a una mujer)—, el mismo brazo lo sostuvo y lo puso de pie con una fuerza sorprendente.

—Mi amigo se ha tajado un poco —se oyó—, me lo llevo a casa, a que duerma.

Julián se quedó mirando la boca del policía y le sorprendió que no se abriera, así que debía de ser otro el que estaba hablando. El que lo sostenía.

Pero entonces el policía habló, no era el de la metralleta, sino uno urbano.

—Pues rápido los dos, o iréis de excursión a la estación de alcohólicos.

—¿Qué le pasa? —Julián se volvió a su compañero y comprobó que era el Técnico. Eso lo entusiasmó—. Colega, me encuentro mal y genial al mismo tiempo. Creía que el café lo arreglaría.

Entonces el estómago se le revolvió de tal manera que ya no pudo pararlo. Vomitó sobre sus botines, también recibieron algo el jersey y el abrigo, además de las mangas y las manos del Técnico.

—Julián, escúchame. En cuanto puedas, vamos a mi casa —le dijo una voz al oído—. ¿Llegas? Llamaría a un taxi, pero así no te llevará ninguno.

Debajo de Julián, volvieron a doblarse sus rodillas. Empezó a reír y, junto a la risa, flotó hasta su boca una nueva sopa estomacal que enseguida tuvo que salir, esta vez lo pagaron las botas grises azuladas del Técnico.

Se sintió un poco mejor. Fueron por la ciudad, parándose a menudo, Julián tenía que descansar, el aire le parecía escaso, como en alta montaña. Pasado el río, ya no pudo. El Técnico lo dejó sentarse en un banco, se fue corriendo y volvió con un botellín plano de vodka.

Julián dijo que era una excelente idea, desenroscó el tapón y bebió con avidez. Le entraron más espasmos en el estómago y volvió a

vomitar, esta vez solo agua y vodka. Pero eso lo animó e hizo el último tramo solo.

Primer piso, un buen apartamento. Cuando sus padres se habían mudado hacía muchísimos años a esa dirección «lujosa» frente al hotel Thermal, fue solo gracias a que, en el apartamento de tres habitaciones con una gran cocina independiente, antes había vivido el señor Kott, un viudo de ochenta años con una pensión elevada y un gato negro que sabía saludar casi como una persona. Cada vez que llegaba una visita a casa del señor Kott, el gato maullaba en tres tonos, de manera que sonaba como si dijera «buen día». El señor Kott estaba orgulloso de ello. El viejo caballero iba en traje con un chaleco de colores incluso dentro de casa. Los Uřídil contestaron su anuncio rápidamente, los invitó, y al llegar, el gato los saludó. Se llama Gato, les dijo el señor Kott, y es la última persona que me ha quedado en el mundo. Julián recordaba cómo se miraron sus padres, pero cuando el dueño del piso les explicó que Gato y él no necesitaban un sitio tan grande y que quería cambiárselo a ellos por su piso más pequeño en la calle Bezruč 13, solo pudieron estar de acuerdo. Poco después, se mudaron a I. P. Pavlova. Menos de medio año después, se enteraron de que el señor Kott, en su viejo piso, se había ahorcado en su lámpara de cristal de ocho brazos. Antes, colgó a su gato de otro brazo.

Julián se acordó de eso cuando el Técnico maniobró con él hasta el baño. Luego sintió sobre él el agua fría, su ropa empapada, y dudó que ningún Kott hubiera vivido ahí jamás. Pero sí, sin duda, en la familia se contaba esa anécdota mucho tiempo después. Estaba de rodillas en la bañera, desvistiéndose con esfuerzo. La cabeza le daba vueltas, no podía deshacerse de las mangas, que se le habían pegado a los brazos. Se sentía como si llevara una camisa de fuerza, de repente no podía moverse. Pero pudo levantar la cabeza. Al hacerlo, comprobó que estaba hablando, pero que no se entendía a sí mismo. Estaba mirando los inquietos ojos azules grisáceos de Mariela Moretti e intentaba esbozar una sonrisa agradecida. Ella lo desnudó, abrió el agua caliente y se fue.

Cerró la ducha y enseguida llamaron a la puerta. Por la puerta entreabierta, le pasó un albornoz azul, le llegaba hasta los tobillos, sin duda era del Técnico. Cuando salió al pasillo, le ofreció un vaso redondo en cuyo fondo burbujeaba un comprimido.

—Bicarbonato con aspirina —apuntó, y él se tragó la bebida, sediento.

—Necesito tumbarme —dijo cuando las burbujas se lo permitieron.

Ella lo llevó a la sala de estar y lo sentó en el sofá. Encendió la televisión.

—Tienes que dormir, lo ha dicho el Técnico. Se ve que estabas en un estado fatal.

—No entiendo lo que me ha pasado. Gracias por el asilo. En un rato ya podré ir al hotel.

—¿Por qué tienes que beber tanto?

Quiso replicar que ni siquiera recordaba haberse emborrachado; que, al contrario, tenía la sensación de haber bebido poco, que tenía algo distinto en el cuerpo, pero ¿qué borracho se acuerda de algo y cuál no se escaquea?

—Te secaré la ropa con la plancha —dijo—, hasta entonces estarás aquí. Cualquier cosa, estamos en la cocina. ¿Quieres un café?

Sintió cómo los ojos se le cerraban solos.

—Gracias otra vez.

Alargó la mano hacia el mando a distancia, puso en la televisión un canal deportivo, le habría gustado ciclismo, pero no lo estaban dando en ese momento, así que escogió una partida de golf jugada en algún lugar de América, competición Masters.

Se despertó dos horas y cuarto más tarde. En la televisión, unos larguiruchos con camisetas de deporte. Contra unos larguiruchos de blanco. Atinaban en una cesta. Se levantó, se estiró y miró por la ventana. La vista conocida, embebida en la retina, a la rampa de acceso al Thermal, el recuerdo de cómo un invierno, cuando nevaba, moldeó en el alféizar ocho bolas y luego las tiró a los coches que pasaban, con la intención de acertar en el cristal delantero. Un par de veces lo consiguió, una vez bombardeó de esa manera a una patrulla policial que se detuvo inmediatamente, y él esperó haber cerrado la ventana en silencio y con discreción. Una bola se quedó en el alféizar y, cuando los policías llamaron al timbre, abrió velozmente la ventana, la empujó hacia abajo y se metió en la cama. Estaba solo en casa, no cabía la amenaza de que sus padres abrieran a los policías y los acompañaran a su cuarto, y, en cualquier caso, él llevaba todo el rato durmiendo tranquilamente. Después de la cuarta llamada, lo dejaron estar y se fueron. Al día siguiente, prefirió no ir al colegio, se excusó con su madre: le dolían la cabeza y la barriga.

—¿Hola? —dijo en voz baja y luego lo repitió tres veces más, cada vez en voz más alta—. ¿Hay alguien aquí? —Nadie contestó. Apartó la mirada de la ventana y echó un vistazo por la puerta de la derecha. Un dormitorio con un ropero, las camas con los edredones revueltos, una almohada manchada de maquillaje. Cerró en silencio y cruzó el cuarto de estar hasta la puerta de su antigua habitación infantil. Cogió aire, exhaló y apretó el picaporte con el mayor cuidado. No estaba cerrado y miró adentro.

La habitación estaba «vacía», salvo por el alto armario empotrado, un viejo escritorio y, apoyado en él, un rollo de un tejido grueso. En la pared, colgaba un póster rojo enmarcado que anunciaba la película *Blow-Up*: sobre una modelo tumbada hay un joven, a horcajadas,

fotografiando de cerca su cara de éxtasis. En el parqué había toda clase de trastos domésticos: una aspiradora, cajas y estuches vacíos o llenos de herramientas. Aquí un martillo, allá unos alicates, en otro lugar una caja de plástico con tornillos para madera, o metal y clavos. Por el suelo, destornilladores, prospectos que promocionaban una sauna o unas vacaciones tropicales, hojas desgastadas, extractos bancarios, giros postales caducados desde hacía tiempo, una pesa pequeña y una grande, un aro de goma para reforzar las muñecas, una cabeza de ducha de plástico, una cadena de metal más o menos de un metro, lápices y bolígrafos, una vela medio quemada, dos cargadores de teléfonos móviles, unos antiquísimos prismáticos del ejército, de fabricación rusa, una unidad de almacenamiento de datos en una funda de escay, un reloj deportivo naranja con pulsómetro, un amplio termo azul para helados, unas escalerillas caseras, un tendedero para la ropa, unos veinte libros en edición rústica, dos pipas ahumadas: una entera y la otra sin caño. Entró precipitadamente, fue hasta la ventana y se dio cuenta de que había tirado las bolas de nieve a los coches desde allí, y no desde la sala de estar. Se acercó a los armarios y abrió el del centro. Ropa, no había mucha; Mariela, obviamente, no le daba mucha importancia a un gran guardarropa. El Técnico tenía sus cosas en el ropero de la izquierda, sin planchar y dobladas de cualquier manera, o colgadas torcidas. En el de la derecha estaban las toallas, las playeras, un mantel, trapos y gamuzas en los estantes inferiores, botas de invierno de hombre y de mujer, cepillos y cremas para cuidar calzado.

Si en el cuarto no hubiera hecho tanto frío —evidentemente, no tenía calefacción—, podría haberle propuesto al Técnico, mientras estuviera en Vary, residir mejor allí que en el hotel.

Volvió de la habitación infantil a la sala de estar y al sofá, cambió dos o tres canales en la televisión, dejó puesto un programa gastronómico y se dirigió a la cocina.

Mariela no estaba. El Técnico estaba junto al horno, mezclando en una olla algo atentamente, con total concentración. Olía bien. Julián, que había pensado que como mucho sabría hacerse un té, por precaución dio unos pequeños golpes a la puerta para que notara su presencia, pero el joven igualmente se asustó. Sin embargo, no se apartó de la cocina.

Julián se disculpó y miró por encima de su hombro; en la cazuela burbujeaba ligeramente un caldo.

—Ya he quitado la grasa, lo echaré al termo, aguantará con seguridad hasta mañana. Bébelo con la copa, puedo garantizar cuarenta y ocho horas, cada tres o hasta cinco horas. Te hará bien. Si quieres tomártelo antes, echa menos, y si no tienes tanta hambre y los intervalos son más largos, échate más. Mejor no comas ninguna otra

cosa.

—Terapia con caldo —sonrió Julián—, como se hacía antes.

—Pensé que te vendría bien.

—¿Dónde está Mariela?

—En el trabajo.

—Curioso. Antes estaba aquí, ahora está en el trabajo.

—Tiene unos horarios bastante libres, igual que yo, pero de vez en cuando tiene que ir. Pruébalo.

Ofreció a Julián una cuchara de madera con la sopa. Sostenía la otra mano debajo, haciendo forma de cuenco, para que no goteara al suelo.

Consciente de lo ridículo que podía resultar, Julián aceptó el sorbo de caldo.

—Mmm —se deleitó—. ¿Todo esto es para mí?

—Te lo echaré en el termo.

Tal como lo dijo, lo hizo. Dejó el cazo unos momentos en el fogón de gas apagado y luego, con cuidado, echó por un embudo el contenido en un termo rojo de litro con el pitorro para servir y la tapa de acero inoxidable pulido, de la que se podía beber como de una taza.

Julián se ofreció a sujetar el embudo, pero el Técnico lo apartó, se podía quemar. Luego enroscó el termo con el tapón y la tapa, y se lo dio.

—Lo devolveré cuando me lo beba —dijo el obsequiado. La sopa le había gustado, pero no sabía por qué tenía que tomársela a dosis, como un paciente, hasta el día siguiente.

El Técnico vertió el resto del cazo en un bol con Mickey Mouse y le dio un prudente sorbo.

—Quizá debería haberle añadido *nacl*.

—¿Nacl?

—Nacl.

—Ene, a, ce, ele, ajá. Me parece bastante salado.

—Me lo enseñó ella —explicó el Técnico con tono de culpa—. A llamarlo así.

—¿Y qué más te enseñó? —replicó Julián.

—A ir con cuidado con la lengua, señor Uřídil. Julián. Pero tú igualmente nunca lo entenderás.

El mejor momento para largarse de allí.

—Pues me voy ya, Petr. Gracias por la ayuda, por el caldo y por el asilo en mi piso.

—No es tu piso.

—Pues en tu piso.

—No es mi piso.

—Lo sé. Saludos a tu chica.

—Tampoco ella es mía.

Julián se quedó indeciso en la puerta.
—Pero estáis juntos.
—Una paradoja matemática.
—Si lo entendiera, no escribiría libros, sino que haría *coaching* para la gente en relaciones de pareja.
—Seguramente la química se te daba bien en el colegio —dijo pensativo el Técnico, con el bol humeante junto a la boca—. Has reconocido el cloruro de sodio, NaCl.
—En el insti suspendí Química. —Julián alargó la cara—. Pero esto es la base para la vida. Aunque no te interese y en la vida no te sirva de nada, te lo metes en sangre para acabar el bachillerato y por fin poder ir a una disciplina humanista en la universidad. Lo hacen miles de personas, igual que lo hacían antes.
—Leí tu entrevista para Echo —asintió el Técnico—. No estoy de acuerdo con eso, creo que los institutos, en general, son instituciones educativas para que uno lo pruebe todo: las ciencias exactas, la informática, la historia, la literatura. Pero que el alumno escoja cinco asignaturas y sobresalga en ellas, e ignore las demás… no lo veo.
Julián se encogió de hombros.
—Al fin y al cabo, me da igual, no tengo hijos, que se torturen los hijos de los demás. El instituto de Karlovy Vary, en mi época, no servía para nada… al menos a mí, no. Un martirio enorme, cuatro años perdidos. Daban clase unos lisiados mentales y, oh sorpresa, estudiaban unos lisiados mentales. Estudiantes y profesores, una chusma trágica e imposible.
—Ya la tienes en los libros, esa bilis. Es una pena. Estropea los libros.
—Vaya, vaya, otro crítico literario. —Julián se rio.
—Quieres decir un empático —lo rebatió el Técnico—. Pues aquí tienes a un empático: si le has echado el ojo a Mariela y también has dormido con ella, ¿qué significa? Igualmente te cocino una sopa que te ayudará. ¿Cómo lleváis la empatía vosotros, los graduados en especialidades de las facultades de humanidades? Yo diría que soy más empático y tolerante que todo el instituto. Que toda la puta facultad de humanidades.
Sintió lástima por él. En su joven cara se combinaban la desesperación y una especie de decisión delirante, con el anhelo de volver a un lugar adonde ya no se puede volver. ¡Cómo entendía a ese chico!
—Tienes mi ropa.
—Aquí está.
El Técnico le dio sus prendas.
—¿Por qué no querías que fuera a la policía?
—Porque está la vida en juego. Las vidas.

—Calculo que es una expresión lógica.

—En este caso, sí.

La sensación de estar siendo observado, dirigido o incluso de estar subordinado. No tenía mensajes nuevos ni en el móvil ni en recepción, pero al entrar en la habitación vio un sobre en la cama. La sopa del Técnico aún tenía que durar, así que abrió la nevera y sacó una bolsa de frutos secos. Junto a la pequeña botella de agua mineral, la cola y el alcohol, había una novedad, un pequeño pastillero con ibuprofeno como el que él mismo llevaba encima para casos de una migraña repentina. No recordaba haberlo puesto en el minibar. Lo llevó bajo la luz y, con las gafas en la nariz, estudió la etiqueta, sí, esta era justamente la marca que él usaba. Pero ahí, en el fondo, había un polvo blanco, algo así como un resto de sal hecha grumos por la humedad. Se puso saliva en el índice, la metió en el frasco y se enganchó varios cristales a la piel para aplicárselos, con un masaje en las encías, encima de los incisivos superiores. Durante unos momentos no pasó nada. Luego se le secó la boca y empezó a entumecérsele la mandíbula.

Hacía mucho tiempo que no tomaba cocaína, llevaba entre dos y tres años evitándola, después de haber pasado cuatro noches seguidas sin dormir y haber estado desvelado hasta el agotamiento absoluto. En esa ocasión estuvo escribiendo como enajenado y, aparte de drogas, se nutría solo con vino y barras saladas. Cuando por fin lo dejó y empezó a comer normal, leyó lo que había escrito y no estaba nada mal.

Se aplicó en las encías un poco más de polvo blanco y guardó el frasco de plástico entre los demás medicamentos, en el neceser del cuarto de baño: allí tenía carbón activado, bastante ibuprofeno, gotas para la nariz, pomada de pantenol, pastillas para la alergia, tapones para los oídos, tiritas, aceite de árbol de té, crema de cáñamo. Luego miró el sobre. Un sumario de las cosas que llevaban encima las víctimas. Sin fotografías, solo papeles salidos de una impresora. Sin fuente oficial ni orden, aunque una inspección policial hallaría fácilmente que esa información la debía conocer precisamente el departamento de investigación de actividad criminal y la sección de asesinatos. Una lista estricta.

Aparte de la indumentaria y los complementos, llevaban pañuelos de papel. También móviles y cargadores. Cigarrillos, mecheros, cerillas, la mayoría del hotel o con el logo de un restaurante. Bisutería, joyas, relojes (incluso de lujo). Chicles. Botellas de agua o de refresco. Llaves. Documentos: de identidad, pasaportes, carnés de conducir, certificados del seguro de viaje. Portamonedas con dinero, tarjetas de crédito y de clientes. Bolsas de plástico dobladas. Dos navajas de bolsillo. Bolsas cosméticas. Compresas, tampones, desmaquilladores, bastoncillos. Dos perfumes (colonias) de 30 ml, tres de 50 ml, uno de

100 ml. Cuatro copas para el agua de la fuente de Karlovy Vary: dos planas, dos cilíndricas. Verduras y frutas entre siete personas: una pequeña cebolla seca, dos manzanas, uvas, un colinabo, una pera, rábanos. Tres cámaras fotográficas pequeñas y dos grandes. Auriculares, seis. Crema de manos y de cara. Bálsamos para los labios. Pastillas contra el dolor. Pilas AA y AAA. Dulces, chocolate, chicles. Sets de manicura, tres. Gafas de sol. Gafas graduadas. Fundas para gafas. Lentillas graduadas y sus fundas. Un cepillo de dientes y un pequeño tubo de pasta, paquete de viaje. (Además, dos cepillos más). Una lata de cerveza de Plzeň. Una botella plana de vodka, con la funda de cuero, medio vacía. Condones (envueltos), en total cuatro piezas entre dos victimarios/víctimas (sin especificar). Una pequeña pipa y un saquito de plástico con marihuana. En otros dos casos: una bolsa de tabaco con porros enrollados y, para variar, una caja de latón para puros con un contenido parecido. Luego, ya solo detalles sin relación alguna. Una figurilla roja de plástico de un parchís. Unas bragas blancas limpias y dobladas en un bolso. Dos lápices de memoria, de uno de los hombres, los dos con la forma de una mujer desnuda con las curvas marcadas. En la leyenda se leía que contenían pornografía heterosexual que se presentaba como infantil, pero tras un minucioso control de Internet no se demostró, las jóvenes mujeres que aparecían teniendo sexo solo aparentaban ser menores de edad. En otras víctimas/victimarios se encontró un servidor NAS de gran capacidad. Nota: acceso codificado. Un mondadientes con envoltorio de papel. Una bolsa de papel con azúcar de la cafetería Medard. Un cable de datos HDMI. Un audífono. Un juego de cartas del tarot. Un cuaderno o diario, completamente analógico, lleno de notas hechas con una clave en miniatura (no resuelta). Un lápiz corriente mordisqueado y una pluma Montblanc.

Julián estuvo repasándolo durante casi una hora. Combinaba, relacionaba, marcaba con círculos, hasta que los papeles acabaron totalmente pintarrajeados.

No descubrió ningún patrón, ninguna repetición. Todo estaba una o dos veces, no había ningún objeto que se repitiera en todos los casos.

Se rindió. Se conectó al wifi del hotel e introdujo en el buscador un nombre y un apellido. Se puso cómodo en la butaca y, con un suspiro, empezó a leer las páginas web de Blažej Novotný. Tenían un diseño gráfico prehistórico, pero brindaban algo de información. Sesenta y dos años, nacido en Karlovy Vary. Se había graduado en el instituto local y en la facultad de Pedagogía de Plzeň. Once años de prácticas de enseñanza en Horní Slavkov y en Sokolov, luego había empezado a dedicarse al periodismo. Contribuía regularmente al *Diario de Karlovy Vary*. Autor de la serie de libros de éxito *Crímenes después de la Revolución*. Ocho tomos. Fundador y dueño de la revista virtual

Parágrafo de muerte. Un enlace a ella. Allí, las mismas historias que en los libros, pero escritas con una extensión mucho mayor. Invitaciones a publicidad, contador de lecturas, la sección «Sobre las cartas de mis lectores».

Julián sonrió. Blažej Novotný, vida y obra.

En la columna para las reacciones de los lectores, escribió: «Querido Blažej, ocho libros, felicidades. ¿Puede venir aquí al restaurante del hotel, preferiblemente ahora mismo? Sabe bien dónde me hospedo. Y sé que está rondando los crímenes. Para mí es el sospechoso número uno. Pase por aquí. Julián».

Novotný le contestó en pocos minutos. Prometió que vendría, sería para él un honor y una satisfacción. Julián fotografió la lista de objetos de Weber y envió la imagen a Makro. Luego se metió un poco más de cocaína en la encía superior y bajó a la planta baja.

El del sombrero llegó en media hora. Julián se puso en pie y le dio la mano.

—Por favor, siéntese.

Le miró el rostro, inquisitivo. Igual que en el retrato subido al ordenador, Novotný tenía la cara estrecha y papada. Los ojos acuosos, debajo bolsas, como dos pequeñas mochilas. Pero sobre todo una nariz acusada, con las alas nasales enrojecidas y venosas.

—Me alegro mucho de conocerlo, don Blažej, ¿no le molesta que lo llame por su nombre de pila? Llámeme Julián. Aquí lo conoce mucha gente, lo admiro. Es bonito quedarse en el terrón natal y demostrar algo. No marcharse a la gran ciudad, sino ser alguien en casa, especialmente en una ciudad tan bella como Vary. A veces me arrepiento de haberme ido, quizá tomé una mala decisión, ¿y sabe por qué? Como si me hubiera sacado la ciudad de un mordisco, y ahora de repente estoy de vuelta y veo que ya no pertenezco aquí, pero usted sí, don Blažej, y lo felicito, igual que por todos sus libros. Tener a un colega así en Vary, a eso lo llamo yo un chollo. Por eso es tan triste topar con usted tan a menudo en circunstancias nefastas, don Blažej. ¿Cómo me lo explica? ¿O prefiere explicárselo a los detectives?

Julián se daba cuenta de que escupía palabras de una manera un tanto antinatural. No tenía ganas de callarse de ningún modo, le habría gustado seguir hablando. Pero esperó la reacción de Novotný, mientras contenía el efecto de la droga. Este estaba masticando un *strudel* y no tenía prisa por responder. Miró el cuadro de la pared, el Viejo Prado captado de manera realista en algún momento anterior a la Primera Guerra Mundial.

También Julián levantó la cabeza. No pudo callarse y tuvo que decir algo:

—Un bonito humor de tarde, ¿no cree? Calma, el tiempo estirado, paseos de aquí allá, listas con los nombres de los visitantes de

prestigio. Una pena que no aguantara. Vary como ciudad alemana a donde van alemanes distinguidos y extranjeros de Rusia, Austria y Polonia. Con Austria, me refiero también a Bohemia y a Moravia.

Entonces, por fin, hablo también Novotný:

—Vary era una ciudad proalemana también durante la primera república, Julián, como usted mismo sabe bien. Así que yo moderaría la nostalgia.

—Si hubiera sido checa, ya entonces habría tenido un aspecto tan triste como ahora, ¿no cree? Como Teplice. Como Mariánské Lázně. Aunque allí lo llevan mucho mejor.

Novotný se frotó la boca con una servilleta.

—Mire, Julián, sé que tiene relaciones extraordinarias con la policía, cierto oficial es amigo suyo del instituto. —Julián se estremeció, pero hizo lo que pudo para que no se le notara, solo sonrió afablemente—. Yo no tengo esa ventaja, pero me guardo la opinión de que escribo mejor que usted, aunque usted sea un autor *sexy* que juega a romántico y yo solo un amante de los hechos. Pero los dos somos paisanos y yo no estoy aquí para que discutamos. Tengo mi teoría sobre los asesinatos karlovarianos y siempre estoy en el terreno, a diferencia de usted. No he podido evitar darme cuenta, a menudo está borracho y le hacen compañía aquí tres personas, dos mujeres y un hombre, cada uno por separado. La mujer rubia es su antigua prometida y tengo la sospecha de que no está aquí porque quieran volver a juntarse después de tantos años. ¿Concuerda? Como ve, soy bastante mayor, pero sé mirar a mi alrededor, pensar y trabajar con las fuentes. Y las viejas fuentes a veces son la mejor fuente de información. En el noventa por ciento de los casos, lo que llega a Internet se puede descubrir sin problema.

—Alucino de todo lo que sabe sobre mi vida personal —dijo Julián. Sintió cómo se debilitaba el efecto de la cocaína. Él también se debilitó. Pidió dos aguardientes.

—Hace años se dejó fotografiar con la señora Holasová para una entrevista en la revista *Týden*. ¿Ya no se acuerda? Estaba entusiasmado con ella. Un loco enamorado. Dijo que era su prometida. El señor escritor se declaraba.

—Poco después nos separamos.

—Es un error decir ese tipo de cosas en los medios, Julián. Eso llama a un mal final. Ninguna relación aguanta.

—Gracias por la lección de un colega experimentado —fue la respuesta—. Pero yo quiero saber otra cosa. Me resulta extraño encontrármelo tan a menudo. Quizá sospeche innecesariamente de usted por esos asesinatos, pero creo que no me equivoco si digo que me está vigilando.

—Vary tampoco es tan grande. Siempre estoy en las calles, es decir,

todo lo que me permiten las piernas. Espero a que pase la próxima vez. Esta mañana, cuando lo he visto con Taufer, que trabaja en el balneario… ¿sabe lo que he pensado? Que es ahí donde está pasando. Lo ha mordido, parecía un loco. Pero luego ha dejado que se lo llevara.

—Veo que conoce a todo el mundo.

—A ella no. Los vi en el coche. ¿Adónde iban? Adivino que a Loket.

—De excursión.

Novotný esperó a que Julián lo desarrollara, entonces dijo:

—Así que la escuchimizada es de Taufer. Y de repente se va de excursión con usted.

—A usted eso no le importa.

—Me gustaría que así fuera. Aquí ha conocido a una mujer que sale con otro, sin embargo, él lo ha invitado a su casa hoy, cuando se encontraba mal. Y también está en Vary la matemática de Praga de la que una vez dijo que se iba a casar con ella, y ahora me revela amablemente que se separaron. Genial. ¿Puedo hacer yo también algo por usted?

Julián sabía que Novotný lo había dejado como un trapo, pero no supo qué hacer para defenderse, se sentía exhausto y le sabía mal haber invitado a ese entrometido.

—Mire, Blažej. En mis libros he matado a bastante gente. Sin duda solo en el papel, pero los he matado. Aquí pasa de verdad y es terrorífico. Alguien está detrás, pensaba que era usted. Pero usted solo está escribiendo un libro y lo diseccionará en sus páginas. Eso lo entiendo. Pero ¿por qué tendría que hacer algo por mí? Sé que no está metido, solo sospecho que todo esto le viene de perlas.

—Igual que a usted —dijo el del sombrero, como si estuviera esperando esas palabras—. Quería proponérselo, pero no me atrevía, siempre es tan reservado. Pero puesto que hoy me ha invitado, me atrevo a cerrar una especie de pequeño acuerdo, si usted accede.

«Otra vez», pensó Julián, pero se lo calló.

—¿Qué acuerdo?

—Parecido al que seguramente tiene con la policía… solo especulo, pero si le dan información sobre los casos, así debe ser. No tenga miedo, no se lo diré a nadie. Cuando se acabe, sacará un libro sobre los asesinatos de Karlovy Vary, cambiará los nombres y las circunstancias, no meterá para nada a la policía, porque si lo hiciera se vengarían de usted. Basta que ahora asienta con la cabeza, entenderé que podría ser así, más o menos.

Julián no pudo resistir la admiración, así que meneó la cabeza casi imperceptiblemente.

—A mí no se me nota tanto, nadie se interesa por mí como persona —continuó Novotný—, pero tengo a mis lectores, igual que usted, y

trabajo de otra manera.

—Sí. Usted quiere que dure lo máximo.

—En ningún caso —protestó Novotný.

—Pero así es. Quiere escribir sobre esto, por eso desea que haya más casos. Que se acabe con un número de muertos mínimo de cien. Por eso no es posible ninguna colaboración entre nosotros dos, solo nos engañaríamos el uno al otro. Si vuelvo a verlo en algún sitio, ya sabré por qué. Pero no nos pisemos entre nosotros.

Lo intentó una vez más, sin embargo.

—¿Igual que usted pisa al joven Taufer? Nosotros dos también podemos compartir un tema. Usted escribe una novela, sabe hacerlo, y yo, primero artículos y luego literatura de no ficción. Usted se ampara en el teorema de que, digamos, el libro está en la base de los acontecimientos reales, pero que los nombres han sido cambiados en deferencia al sufrimiento de los afectados y de los parientes. Pero yo describo cómo pasó, no me saco nada de la manga, son hechos ofrecidos de manera amena. Lo dejaré fuera, igual que a su amigo. Y puedo aconsejar su novela, los dos libros no serán competencia.

—Él no es amigo mío —dijo Julián, en voz baja.

—Vale, pero reconozca que mi propuesta no es nada mala. Usted me ofrece información, yo se la aporto a usted.

—No.

—¿De verdad que ese chico tiene que enterarse de que se está follando a la flacucha esa?

—Creo que por una vez va con un poco de retraso —respondió Julián y se levantó.

En el bar pidió que apuntaran sus consumiciones en la cuenta. Se dirigió arriba, a la habitación, y dejó allí a su huésped, sin despedirse.

El del sombrero todavía, durante unos momentos, se lo apuntó todo en un cuaderno, luego se vistió y se dirigió a la salida. El camarero lo alcanzó en el pasillo, lo cogió del abrigo y lo reprendió por irse sin pagar.

Después del sendero, subieron por el hayedo al mirador de Carlos IV. Margarita escuchaba atentamente lo que le había pasado el día anterior. Sobre el hecho de que Weber le hubiera hecho llegar a la habitación del hotel, junto con la lista de objetos de los victimarios y las víctimas, también dos gramos de cocaína, levantó sorprendida las cejas y, cuando él reconoció que había tomado un poco, negó disgustada con la cabeza. Ya a los pies de la colina, él le había explicado lo sucedido con el del sombrero, y esto no la puso de mejor humor.

—Tú lo que quieres es que te hagan chantaje todos —dijo, irritada—. No tienes instinto de conservación, te falta previsión. Antes no eras así.

—Te estás haciendo mayor, has querido decir.
—Te estás haciendo mayor —dijo.
Le dio una palmada en la espalda.
—Quería probar qué era ese polvo. He dejado casi todo allí.
—Tendrías que haberlo tirado por el váter. ¿Y si aparece la policía justo ahora? Una denuncia anónima y ya estás en el lío.
—No creo. Weber está en deuda conmigo.
—Y Novotný te hace chantaje. Es algo terriblemente efectivo y no solo lo practican los mafiosos. Aunque precisamente este tipo no me parece peligroso y quizá se pueda aprovechar. Igualmente, ve con cuidado con él.
Se detuvo y le acarició la cara.
—Te portas como si yo te importara —dijo, desconcertado, y señaló el mirador pseudogótico que destacaba, rojo, entre los árboles plateados—. Subamos.
Ella lo siguió escaleras arriba hasta la galería inferior octogonal con ventanas góticas, de donde salía, por un pozo central, una escalera de caracol hacia la galería superior que continuaba hasta arriba del todo, la torre.
Los dos se quedaron sin aliento. Se alegraron de estar solos arriba. Apoyados en el almenado frío, comprobaron entre risas que la vista solo era parcial, algunos árboles hacía tiempo que habían superado al mirador. El Viejo Prado y la glorieta de Mayer se veían bien.
—Karlovy Vary, antiguamente un balneario donde cualquier vecino era un extranjero —dijo él.
—Sigue siendo un balneario.
—Desde que la gente se come viva, han bajado las visitas en un cuarto. Y antes tampoco era para tirar cohetes. Sin embargo, han aumentado los visitantes en Mariánky y Frantovky.
—A mí esto me gusta. Me vendría a vivir ya.
—A mí seguramente también me empieza a gustar.
—Porque está pasando algo y tienes de lo que escribir. Porque la gente se mata entre sí.
—Me gusta la tensión de que algo se vaya a desatar en cualquier sitio, quizá exactamente aquí. —Señaló a un corredor con un anorak verde claro—. Quizá venga a por nosotros y no tengamos adónde huir, como mucho tendremos que saltar.
—Brrr. —Con los ojos bien abiertos tras las monturas de las gafas, ella observó al hombre que corría. Pero este pasó por delante del mirador sin fijarse, concentrado en el ritmo y la respiración. Luego se volvió hacia Julián—: Las cosas que encontraron con ellos.
—¿Qué les pasa?
—No se puede concluir nada con ellas. Todo es demasiado aleatorio.
—Lo sé. Pensaba que quizá tú darías con algo.

—Si se hallara un objeto con un porcentaje mayor de repetición. Pero no. No había ninguno. Es una impotencia tremenda, solo esperar, así.

Bajaron. Se apoyó en él, y por el camino de descenso, apenas visible bajo la hojarasca de color cobrizo, se dirigieron hacia el cruce de caminos.

—Es una paradoja —continuó Margarita— que responde a una idea del terrorismo: las víctimas y los verdugos son personas por las que nosotros, que nos enteramos de los actos terroristas por los medios, tenemos que sentir compasión. Igual que aquí en Vary, todos son víctimas.

—Una idea perversa —dijo él, resoplando—. Un progresismo de corte sueco.

—Yo tampoco estoy del todo de acuerdo con ella, pero algo hay en esta teoría. Cuando alguien te lava el cerebro y no eres capaz de defenderte, cometes un crimen en nombre de una ideología. Pero el auténtico diablo es el que te lo susurró.

—Pero aquí no tenemos ninguna ideología —objetó—. En todo caso, la del dinero.

—No ha reconocido los crímenes ni un terrorista ni un grupo, pero alguien se expresa al respecto por medio de las fotos de la chica. La lista de cosas encontradas en las víctimas no ha ayudado. No tenemos nada más que las fotos. Avanzaremos cuando descubramos quién sale en ellas. Y con eso hay quien puede ayudarnos. —Cuando vio su expresión, añadió—: No digas que no, Julián. Tienes que compartirlas, igual que las compartiste conmigo.

—La policía tiene la primera. Les irían bien las demás, pero no se las daré.

—No me refiero a la policía. Aquí hay alguien que lo sabe todo y sabe de todo, y encima te hace chantaje.

—¿Novotný? Hace un rato has dicho que vaya con cuidado con él.

—Sí. Pero ofrécele a él las fotos. No harás ningún daño.

—De verdad que no me apetece, Makro. Estoy hasta las narices de ese tío.

—Y yo tengo la intuición de que no tiene por qué ser en vano.

—Tengo la sensación de que me estás metiendo en tu mundo, igual que cuando salíamos juntos, tú leías mis manuscritos y luego no estabas contenta y me empezabas a comer la cabeza. Pero estás aquí gracias a mí. Es mi responsabilidad. Mi caso.

—Lo superarás, ya verás. Irás a verlo.

Esa misma noche, envió a Novotný las fotografías escaneadas de la joven mujer con tatuajes temporales. Describió el contexto en el que las había encontrado y añadió el comentario de que con esto aceptaba la colaboración. Adjuntó su número de teléfono.

En recepción, se aseguró de que el masajista del hotel estaba libre y fue a colocarse en su camilla. Era un bielorruso de ojos claros, pequeño y fibroso, y quiso saber de antemano si tenía que dar un masaje global o concentrarse en algún bloque. Julián, con la mano detrás de la espalda, señaló torpemente la región de la columna central y explicó que desde ahí se le disparaba un dolor hacia los brazos, antebrazos, muñecas y el corazón de la mano derecha. El chico asintió, como si supiera de qué se trataba. Todavía se aseguró de que Julián era diestro, y cuando recibió una respuesta positiva, se dedicó al masaje, clásico, medianamente fuerte, no tan duro, como para que el masajeado empezara a quedarse dormido medio de felicidad, medio de agotamiento. Luego, con sus manos calientes, se apoyó en la columna hasta que chasqueó, y Julián bramó, arqueado como un pez en el arpón.

—No lo vuelvas a hacer —dijo.

El chico respondió:

—*To dolgo nebude treba*.[3]

Julián se sentía ligero. En bata, volvió a su habitación y encontró en el móvil una llamada perdida. Fue hasta la ventana y, con el teléfono en la oreja, miró hacia la orilla. Frente a la columnata había un grupo de gente inmóvil con los paraguas abiertos, aunque solo lloviznara ligeramente. Desde un escalón les hablaba la guía, señalando, gesticulando con un paraguas rojo cerrado. La observaban como hipnotizados e incluso a él la pantomima lo atrapó tanto que, cuando el teléfono revivió, dio un salto del susto.

—¡Nuestra conversación puede ser grabada para asegurar la calidad de nuestros servicios! —canturreó Novotný y se ahogó de la risa.

—Supongo —dijo fríamente Julián— que me he dirigido a la persona adecuada.

—Me alegro. Para ser sincero, creía que no quería hablar conmigo.

—Yo también lo creía —reconoció Julián—. Puede darle las gracias a Makro.

—¿A quién?

—A Margarita. La que vino a verme. Ve potencial en usted.

—Muy agradecido a la señora, si está ahora con usted.

—No. Ya no.

—Pues cuando vuelva a estar, dele las gracias usted mismo, sabe evaluar a la gente mejor que usted.

—Yo también me he dado cuenta.

—Ya ve. Nunca subestime a las mujeres, Julián.

—Nunca lo he hecho.

—Ni podrá hacerlo.

—¿Se le ha ocurrido algo?

—Realmente no quiero hablarlo por teléfono. Si a usted no le

molesta el teléfono, a mí sí, así que, por favor, acepte mi condición. Dentro de media hora en la Isla del Demonio. En la confluencia.

—En el Demonio. Hecho.

—Así que lo conoce.

—Yo también soy de aquí.

—Por fin se asume como de Vary. Me da una alegría.

Salió del cuarto y fue a pie hasta el puente de Ostrov. Nunca se pasea lo suficiente, especialmente en Vary. Y ahí no había nadie en ningún lado, solo un tipo solitario con sombrero y con las manos en los bolsillos del chubasquero, apoyado en la barandilla. La nariz mojada asomaba desde debajo del sombrero. Tras los cristales de las gafas, unos ojos anhelosos y entretenidos.

Julián se acercó a él y lo saludó con un gesto de la cabeza. En menos de veinte años, se convertiría en una copia del hombre del sombrero. Si sobrevivía.

—Se llama Josefa Titlbachová —dijo Novotný, en cuanto se despegó de la barandilla.

—¿Qué clase de nombre es ese? —preguntó Julián, extrañado—. De Austria-Hungría, diría.

—Exacto —se rio Novotný—. Alguien fue a malas en el registro civil. La encontraron en San José y en el muro había una réplica de un cuadro de Vojtěch Tittelbach, pero solo son suposiciones.

—¿Cuántas salen en las fotos?

—Parece la Julia de Shakespeare, ¿verdad? Aunque un poco mayor. Un caso breve que no interesó mucho a la policía de aquí. A mí, sí.

—¿Cómo lo hace? —Adular, adular, adular.

—¿Para saberlo todo? —Novotný picó—. Yo tengo la información de fuentes públicas, no como usted, señor Enchufe. Yo no pacto con la policía. O más bien, ellos conmigo.

—Vale, lo creo —dijo Julián, decidido a consentirle cualquier cosa. Bajaron del puente y continuaron a paso ligero hasta la Isla del Demonio.

—¿Quién es Josefa Titlbachová?

Novotný todavía saboreó unos momentos su curiosidad impaciente. Si alguien había callado jamás desbordando felicidad, ese era él ahora. Estaba dejando de lloviznar, de vez en cuando caía una gota microscópica, la oscuridad se espesó. Arbustos oscuros entre los árboles de la orilla, coches que pasaban zumbando por la carretera con los faros encendidos, reflejos mojados en todo lo que tocaban los focos de led, halógenos, de xenón. Una amalgama de luces de todos los tonos, desde los cálidos hasta los más fríos.

—¿Sabe cómo ha acabado el referéndum para la reconstrucción de la Columnata de la Fuente Termal?

Julián se rascó impaciente el pescuezo, quizá le vendría bien un

nuevo masaje.

—No ha acabado de ninguna manera, porque no ha ido suficiente gente —dijo, sin gran interés—. Yo hace mucho que no tengo aquí la residencia, así que no pude votar.

—¿Y qué habría votado? ¿Qué convoquen un concurso arquitectónico para una nueva columnata?

—Supongo que sí, aunque he de decir que lo que hay ahora ya no me molesta. De hecho, el edificio me gusta bastante. Cuando era joven, odiaba, por ejemplo, el Thermal, y ahora pondría la mano en el fuego por él.

—¿Va al festival?

—Solo estuve una vez.

—¿Y?

—Una atmósfera fantástica. Pero el festival no es Vary: ni mi ciudad, ni la ciudad sin mí.

—Estoy de acuerdo, me ha quitado las palabras de la boca —ronqueó satisfecho Novotný.

—¿Qué dice usted de la columnata?

—Voté a favor de que se demoliera la actual, es un macizo demasiado grande y ajeno, si me entiende, en su forma y su volumen es extraño para Vary, pero no me gusta nada la idea de que vayan a volver a poner la columnata de hierro fundido, la de antes de la guerra. El tiempo no puede volverse atrás, eso ya lo sabían los antiguos griegos.

—Así que está a favor de algo nuevo.

—¡Claro! ¡Moderno! —expresó Novotný, con fervor—. No vamos a construir réplicas aquí. Quiero que Vary sea también una ciudad moderna, no solo una miseria engalanada.

—Su opinión estará en minoría —soltó Julián—. Ya ahora está en minoría.

—¿Me molesta? Mi opinión es consistente, pero si alguien me convence puedo cambiarla, solo que de momento no tengo motivo.

—¿Qué hay de la chica muerta?

—La Bella Durmiente que no se despierta. Para la eternidad, seguro, pero no en este mundo.

Julián se detuvo y encendió un cigarrillo. No le apetecía fumar, pero lo necesitaba. Como si ahora, desde un lugar de detrás en el cuello, que se había frotado hacía unos momentos, se hubiera deslizado entre los omóplatos un suave témpano de hielo. Debió haberlo entendido ya antes.

—La Bella Durmiente…

Continuaron caminando y Novotný dijo, todavía con su mueca satisfecha:

—No puedo explicarme que los detectives no lo resolvieran por las

fotos.

—La policía solo tiene una, las demás no se las enseñé.

—Y esa única foto no les encendió la bombilla en la cabeza, qué típico.

—A mí tampoco —Julián suspiró—, y yo las tengo todas… si no se me escapó alguna.

—Pero ellos tienen la información y no lo saben. Tienen mucha, bien depositada en las profundidades de las bases de datos. Y las bases de datos no están conectadas a sus cabezas. Si yo tuviera acceso a ellas, me lo pasaría de perlas.

—No lo dudo. Ahora ya no puedo darles las fotos, metería en un marrón a Weber y a mí mismo.

—Weber en un marrón tampoco le importaría tanto a usted. —Novotný le hizo un guiño—. Yo pensaba que ustedes dos no se querían demasiado, y, sin embargo, vino, tiene las fotos, ahora yo también. No tema, conmigo el secreto está seguro. Usted mismo ve lo importante que es colaborar con alguien del lugar. Y yo aprecio su sinceridad, y también que sea capaz de superar sus celos profesionales.

—Por Dios —le interrumpió Julián—, los celos profesionales, como usted los llama, se me pasaron hace diez años. Así que suéltelo ya.

—Espere un momento, tengo que ordenármelo en la cabeza —lo calmó Novotný y miró a su alrededor por si alguien los seguía, pero no había nadie en esa noche empañada, solo peatones en el otro lado de la carretera, faros de led pasando y las luces rojas traseras de los coches, bolsas de oscuridad entre las farolas, cuyo brillo, lavado por la suave lluvia otoñal, presagiaba otro invierno sin nieve.

El hombre mayor lo atormentaba con deleite, pero no quedaba más remedio que consentirlo. Rodearon toda la Isla del Demonio y empezaron una nueva ronda. Exactamente después de tres minutos, cuando Julián estaba examinando su propia paciencia, Novotný empezó a hablar. La información salía de él como si la estuviera leyendo.

—Huérfana, una chica sin padres, sin familiares, sin amigos. Tengo un contacto en el Hospital Universitario de Praga, la clínica neurológica de la plaza de Carlos. Si necesita comprobarlo, le daré el nombre del médico, pero tiene que cambiarlo en su libro, eso lo sabe hacer. Su nombre realmente es Josefa Titlbachová, pero no lo tiene por sus padres. La madre, quién si no, la dejó en el pasillo de la maternidad de Sokolov. Hará unos veintiséis años ya. Y dos años desde que la encontraron inconsciente en el bosque debajo de Diana, sin rastro de delito, pero tatuada con dos tipos de calcomanías. Estaba cerca del camino. Tenía un bolso con cosas personales, un monedero con un par de centenares de coronas, el carné de conducir y las llaves del piso. Luego encontraron su documento de identidad en su casa.

—Así que solo inconsciente… ¿Drogas?

—Para ser más exacto —Novotný enlazó tan apasionadamente que le saltó la voz—, fue un poco diferente a como lo cuento. En esas fotos, la chica todavía está consciente, pero hoy está en coma. Lo que es un estado peor y a más largo plazo que lo que se suele calificar de inconsciencia. La encontró allí un chico de su misma edad que suele correr por el bosque. Le aplicó los primeros auxilios, pero nada. Por poco se desmaya, pensó que estaba muerta, y la policía, por supuesto, primero pensó que lo había hecho él, ya conoce sus atajos. Pobre chico. Pero cuando la ambulancia se la llevó al hospital, la doctora la intentó reanimar, sin éxito. En la cara, alrededor de los ojos y de las alas nasales y en los labios empezaba a mostrarse la cianosis. Pero las máquinas no confirmaron el fallo de los órganos. El corazón latía en un régimen mínimo, un poco de sangre oxigenada seguía llegando al cerebro. La conectaron a la respiración artificial y su estado mejoró un poco, aunque seguía siendo poca cosa. La policía entonces estaba casi segura de que alguien había intentado violar y envenenar a la chica. Según la investigación interna, poco antes de ser encontrada tuvo una experiencia sexual, aunque no había esperma. Pero la sangre de todo el cuerpo se había ido a los órganos sexuales. Mucosas y todo. Y luego —chasqueó los dedos— la chica se quedó frita.

—¿Frita?

—Los médicos le daban menos del cincuenta por ciento de posibilidades, no podían descubrir qué la había llevado al coma, así que no sabían cómo ayudarla y solo la mantenían en un estado estable y con alimentación artificial en régimen de sueño. Realmente es como un sueño, un sueño profundo, solo que nadie es capaz de despertarla. Los príncipes de cuento no se lanzan.

—De algún modo, no me lo puedo creer.

—Debe hacerlo, si quiere enfrentarse a los hechos. Nadie ha investigado todavía el coma, nadie lo entiende. Ni violación, ni heridas, ni drogas, ni *shock* alcohólico, en las venas nada más que sangre. Y especialmente allí abajo. La chica rebosaba de salud, excepto un pulso apenas perceptible y la indisposición a despertarse. Nunca encontraron la causa, su estado no cambia. Todavía no está claro si es un caso para la policía, pero al principio lo era y la información no salía.

—Las calcomanías tampoco aclararon nada —añadió Julián—. Como mucho, ahora su identidad. Gracias a usted.

—El misterio estuvo mucho tiempo dándome vueltas en la cabeza, me habría gustado escribir sobre eso, pero no tenía qué. Gracias por las fotos, pero yo mismo no las entiendo, no sé lo que explican ni qué significan las calcomanías. Aquí, en el hospital, por supuesto, entonces se las quitaron enseguida. Neurología no sabía qué hacer con ella, así

que llamaron a un especialista en estados graves de inconciencia, Gersner. Le llamó la atención, se la hizo llevar a Praga, a Carlos. Y de allí lo sé todo.

—¿Por qué se lo iba a contar Gersner? —preguntó Julián extrañado —. ¿No está sujeto al secreto médico?

—Mi mujer estuvo tratándose con él antes, nos hicimos amigos.

—Supongo que estaba en buenas manos.

Novotný se detuvo, resopló bruscamente.

—Sí, pero tenía ELA.

—¿ELA?

—Esclerosis lateral amiotrófica, además de síndrome bulbar. Desde el día en que se lo diagnosticaron, murió en dos años. El doctor Gersner cree que le dio un año de más y que le habría podido dar más, pero ya estaba en tal estado que no tenía sentido. Ella misma no quería seguir sufriendo. Es una enfermedad terrible, señor Uřídil, no podía moverse, al final ni siquiera hablar, tragar saliva, casi ni respirar.

—Lo siento mucho —dijo Julián.

El hombre mayor le dio unas palmadas de ánimo en el hombro y con la cabeza hizo un gesto para indicar que podían seguir el paseo.

—No hace falta. Una dura degeneración de las células. De momento, no sabemos pararlo.

—Le doy mi pésame —dijo Julián—. Si puedo preguntar: ¿alguna forma de eutanasia? Perdone.

—Bueno… —Novotný tosió y se movió el sombrero mojado a la frente—. Cuidados paliativos. Morfina. Mucha morfina. Y superpastillas para mí, contra la depresión. Me despedí de mi mujer y algún día me volveré a encontrar con ella. Solo quiero escribir algo más, aún.

—Y lo hará. Le deseo éxito.

—El doctor fue comprensivo con nosotros, le di todos mis libros con dedicatoria. Y él se los leyó todos. Somos amigos.

—Supongo que nadie reclamó a Titlbachová.

—No había quién.

—Me llama la atención la idea del jefe de los investigadores. No era Weber, ¿verdad?

—El anterior. Charvát. No quería creerse que esa chica hubiera caído en un coma, sin más, en el bosque. Sostenía la teoría de que alguien la había llevado. Y que esa persona incluso quería que la encontraran, porque si no, hubiera tirado el cuerpo por algún barranco de acceso difícil por Březová, y no aquí, en un camino del bosque tan frecuentado. Las huellas de neumáticos no revelaron nada, por allí va la gestión de bosques y los ingenieros. Y este Charvát, con el jefe de redacción del diario local, y también con los médicos del

SAR y de la UCI, y con el director del hospital, convino en una patraña oficial: una víctima de una actividad criminal no especificada, encontrada en el bosque del balneario, aproximadamente entre el gran hotel Pupp y el mirador Diana, había muerto.

Tuvo que resoplar después de la frase.

—No se lo habrían pasado —dudó Julián—. Si se hubiera despertado, habría podido hablar.

—Se lo pasaron, no se despertó. Esperaban que picara el que la había querido matar, o que incluso fuera a por ella al hospital, y la dejaron vigilada.

—Vary no es Hollywood.

—Eso seguro.

Llegaron a la taberna con el llamativo nombre de Puerto. Julián, aterido, invitó a su colega a un *grog* y este aceptó. Se sentaron en una mesa lo más alejada de los demás huéspedes, que solo eran ocho, todos hombres. Cuatro estaban jugando al tute y los demás miraban a la pantalla del televisor, donde corrían por un campo de fútbol los jugadores del Real Madrid, de negro, y los del Tottenham Hotspur, de blanco. Parecía que los ingleses dominaban y los jóvenes espectadores no se lo querían creer. El tabernero no podía apartar los ojos del fútbol, pero por fin llegó el pedido. Novotný estaba diciendo:

—… sin duda fue un paso arriesgado, y yo solo puedo suponer todo lo que Charvát perseguía con eso. En mi opinión, quería interrogar a la mayor cantidad de gente que la hubiera conocido. Pero, sobre todo, en el lugar en que fue hallada, hizo instalar una trampa fotográfica capaz de grabar incluso de noche, mientras que en el edificio del restaurante aceptaron sus demandas y durante dos semanas tuvieron a dos de sus hombres de servicio veinticuatro horas al día.

—Me imagino cómo acabó —suspiró Julián.

—De día en el bosque casi multitudes, por la noche solo animales nocturnos.

—¿Durante cuánto tiempo la dio por muerta?

—Justo esos catorce días. Luego los periódicos se disculparon y pusieron las cosas en su sitio, pero no hicieron pública su identidad, ya no querían comprometerse otra vez. No asomaba nada sensacional, una chica se había desplomado en el bosque, al final no se había muerto y estaba en el hospital, ¿qué hacer? Una disculpa y basta. Creo que Charvát tuvo bastantes problemas por la no muerta. Un año después lo trasladaron, pero no conozco el auténtico motivo de su marcha.

—¿Ha ido a verla?

—Cinco veces, sí.

—¿Por qué?

—Porque es un caso que nadie ha resuelto. Espero hacerlo yo.

Julián lo debatió en su cabeza.

—Parece una obsesión —dijo al final.

—Puede tomárselo así. Pero ella me interesa solo como enigma, no se invente bobadas.

Eso había hecho, y lo habían pillado. Improbabilidades locas de alguien que escribe novelas. Lo sabía, de hecho, se alegraba de que Blažej Novotný, el autor de literatura de no ficción, le hubiera recordado esa debilidad.

—¿Cómo es? —preguntó.

—Como un niño adulto dormido —sonrió Novotný y sus ojos vagaron a la pantalla de televisión con las fichas que corrían—. Trabajan con ella allí. Una vez estaba de espaldas, la segunda vez del costado izquierdo, la tercera del derecho, tiene que alternarse así. Raramente la ponen boca abajo, aunque el doctor asegura que le gusta estar así. No es que se lo dijera ella, pero sabe qué, los médicos a veces son capaces de ser sorprendentemente irracionales y emotivos, y luego tienen tendencia a sucumbir a sus sentimientos. ¿No tiene esa experiencia?

—Por el momento, no —replicó Julián, a quien la idea de que una vez dependería de cuidadores o enfermeras le causaba terror. Al mismo tiempo, estaba seguro de que pasaría tarde o temprano.

—Gersner tiene la sensación de que Josefa está satisfecha precisamente cuando está boca abajo, pero en esa postura se tiene que vigilar que tenga la cabeza de lado, no de cara a la cama, porque podría asfixiarse. Ya pasó una vez, que giró la cara a la almohada como si ella misma quisiera acabar con todo. Lo aseguró una enfermera.

A Julián se le erizó todo el vello del cuerpo.

—¿Y por qué tendría que hacerlo, por Dios? Si no sabe lo que le pasa.

—Y nosotros sabemos poquísimo del coma, de lo que le pasa por la cabeza al paciente comatoso. Podemos cuidar las úlceras, pero no el cerebro, que en algún nivel sigue trabajando. La enfermera considera que la paciente, en su inconsciencia, es consciente de su incapacidad de despertarse, así que quiere acabar con su sueño, ya que nadie lo hace por ella. Esto pasó hace tres meses. Pero yo la vi boca arriba y parecía que sonriera. Lo asumí como una señal. En el momento en que me dejaron a solas con ella, intenté despertarla a la vieja manera demostrada. Le di unas suaves palmadas en las mejillas, luego más fuerte, hasta me preocupó que el personal se diera cuenta: que me consideraran un pervertido que abofetea a las chicas en coma. Ya no me dejarían verla.

—No sirvió de nada —adivinó Julián, con los brazos doblados sobre su pecho. Le quemaba el esófago. Había bebido el *grog* demasiado

caliente.

—No lo aseguraría. Por otra parte, tampoco quiero decirlo por ahí. Sabe, me pareció que reaccionaba un poco, le temblaron los párpados, así que le di más fuerte, tanto que me remordió la conciencia. E imagínese que de repente volvió la cara, como si quisiera poner también la otra mejilla. La giró hacia mí, pero no abrió los ojos. Me entró el pánico, incluso le dije que dejara de fingir, que dejara de hacer ver que dormía. Luego llegó la enfermera y preguntó qué significaba eso. Me sabe mal haberme salido así de mi papel. Se lo reconozco solo a usted. La quiero, casi como a una hija.

Julián se quedó pensando en que algunas cosas podían quedar sin decir.

—Cuando tenía once años, me operaron de apendicitis, la enfermera me despertó de la narcosis dándome una bofetada, porque no quería despertar. Pero yo me estaba recuperando de la anestesia y no tenía ni idea de quién era ni por qué me pegaba, y, todavía medio desmayado, le devolví el tortazo, me sigo acordando del ruido. El chico que estaba en la cama de al lado esperando a que lo operaran me lo explicó como una anécdota. La enfermera con mucho gusto se habría echado sobre mí a golpearme, estaba hecha una furia, pero no podía hacerlo. Luego, cuando me dieron de baja un par de días más tarde, me disculpé, pero ella negó que hubiera pasado algo así. Con sonrisa de profesional. Pero escuche, ¿podría ver a Titlbachová? La Josefa tatuada del orfanato.

—Como ya he dicho, hace mucho que no lleva los tatuajes falsos.

—Quiero ir de visita.

—Ya veremos. —Novotný se encogió de hombros—. Pero que no se lleve una decepción.

Julián fue a pagar y luego acompañó a Novotný a su bloque de pisos, a dos manzanas.

—Al lado han demolido una manzana entera —dijo.

—La lechería, los edificios que había alrededor.

—Tenían que demoler esto también, pero firmamos una petición, tres mil firmas. Así que lo pararon. Qué va, esto se quedará en pie. Antes caerá el Thermal.

—Espero que no. Adiós. —Le agitó la mano—. Que nadie lo muerda.

—Igualmente, Julián. ¿Sabe lo que creo? No debió irse de Vary. —El del sombrero ofreció un destello de sus dientes—. Uno no se va de Vary, es la ciudad más hermosa del mundo.

Volvió pasando por delante de su escuela de primaria. Un edificio historicista en la orilla, la fachada rosa (entonces), el interior modernamente reformado. Vestuarios de jaula. Un recuerdo, y no la nariz ni sus sensores, le metió el hedor en el cerebro: chaquetas sudadas, zapatos apestosos, la marcha de la tortura hasta el centro de

actividades escolares, y el programa con la monitora: pintar con ceras rotas la primavera o la amistad, deambular obligatoriamente por el pasillo en los descansos para completar las horas de gimnasia, una epidemia de gripe y la peste a compuestos químicos en los lavabos de delante del comedor, donde los alumnos tenían que lavarse las manos (todavía no había toallitas desinfectantes), para luego apenas tocar el almuerzo, porque era incomestible. ¿Cuántos niños odiaban tanto esa comida como él? Y cuántos detestaban los conciertos de la orquesta de Karlovy Vary, donde las chicas tenían que ir con falda y los chicos con pantalones con la raya planchada, y donde se oían obras escogidas absurdamente, sinfonías de Shostakóvich y Martinů, que los niños no podían ni entender ni valorar, y lo único de lo que hablaban era del director borracho; mientras que lo mejor que había visto como alumno en el teatro de Karlovy Vary, escenificado para el colegio, había sido *El burro y la sombra*[4], y lo más repugnante, la dramatización del cuento de Wolker *El millonario que robó el sol*. Las horribles marionetas de la obra fueron otra razón por la que después de la universidad ya no volvió a Vary.

Si volviera, tendría que cambiarlo todo, intentar despertar a la ciudad. Para eso hace falta influencia y carisma, y él no tenía nada de eso en la cantidad necesaria. Vary seguía en coma y no estaba dispuesto a caer en él.

Mientras paseaba por los jardines de Dvořák, en el paseo del río se fijó en una papelera iluminada por una farola: un diablo de hormigón, o quizá el espíritu de las fuentes, con la boca abierta de par en par, como un agujero negro al infierno. De pequeño, tenía miedo de esta pieza del erario del balneario. Ni entonces ni ahora sabía si en Vary había más papeleras como esa. Cuando pasaba por allí con su madre, por entonces aún no iba al colegio, siempre se las arreglaba para que el cuerpo de ella estuviera en medio, una especie de muro protector andante.

En segundo, ya podía salir solo a la calle (solo a la zona del balneario o al campo de juego del patio de la manzana de enfrente). Leía desde los cinco años, con hambre, primero cuentos con dibujos, luego cuentos sin dibujos, pronto pasó a las historias de aventuras sangrientas de caníbales africanos.

Con una sonrisa divertida, se detuvo frente a la papelera. Encendió un cigarrillo, miró al diablo de hormigón, mientras este seguía bostezando, gritando mudamente, preparándose para cantar, o con la intención de devorar todo lo que echaran a sus fauces. De repente, Julián vio, a unos dos metros a la derecha, una papelera de plástico estándar, más bien verde, aunque ahora no se pudiera distinguir. Desconcertado, dio varias caladas, miró de papelera a papelera, y lentamente entendió que la original, que le había dado miedo, quizá

nunca había servido como tal. Quién sabe, quizá fuera una deidad de jardín, una inspiración repentina o largamente latente de un arquitecto de jardín. Más bien lo segundo. A la vista de la Fuente de la Serpiente y de la columnata más frágil del mundo, la de Sadová, diseñada por Fellner y Helmer, quién si no, todas esas crucecitas angelicales y arriba la ligereza impuesta, había sido necesario plantar en el suelo a un dios que protegiera esa belleza incierta. O, al contrario: la Fuente de la Serpiente y su fuerza necesitaban un polo opuesto, aunque fuera discreto, que vigilara que los efectos de las aguas subterráneas siguieran siendo curativos.

Veneno como medicina: los minerales te curan los riñones y regeneran el aparato locomotor. Veneno como veneno: los minerales te provocan piedras en el riñón y, como piedras, bajan hasta los pies.

Se frotó la sien, tras la que algo se había quedado atascado por un momento, aunque no supo qué, y enseguida se esfumó.

Volvió en su recuerdo al otoño en que, como alumno de segundo, a sus ocho años, semana tras semana iba a la biblioteca municipal a por un libro nuevo, siempre sacaba uno y distribuía la lectura de manera que le durara más o menos siete días. Se sentía adulto y libre. No tenía por qué cruzar el parque, se podía ir por debajo de la roca y de la piscina, pero la «papelera» con la boca abierta lo atraía, así que un par de veces dio un rodeo directamente por delante, y cada vez se acercaba más. A la quinta vez se armó de valor, dio un salto hacia ella y metió la mano en su morro. Si hubiera tocado algo normal, un corazón de manzana, el papel de la merienda, una bolsa de plástico o una botella de cerveza, lo habría tranquilizado y ya habría dejado de temer a esa extraña estatua. Pero entonces había tocado algo viscoso, quizá no directamente peligroso, más bien triste, ovalado al tacto, semiblando y frío. Horrorizado, apartó la mano y la miró: estaba manchada de sangre marrón rojiza, o de una salsa que la recordaba. Luego corrió como si le fuera la vida hasta la fuente de la columnata Sadová, que salía por los morros de una serpiente. Se olvidó totalmente de que también le tenía un miedo atroz. Se limpió la mano con cuidado, pero, al llegar a casa, él solo fue a bañarse (su madre no lo reconoció). Sin embargo, durante muchas semanas, hasta Navidades, notó en sus dedos la peste a sangre estropeada.

Se acabó el cigarrillo, lo apagó en la papelera de plástico y se dirigió al hotel. Los recuerdos se extraviaron en los sueños que había tenido con la deidad de piedra ya de adulto, durante los primeros años de universidad en Praga, cuando entendió que iría a Vary a ver a la familia y a algún amigo, pero que ya nunca volvería a la ciudad. En el sueño se le aclaró lo que estaba oculto en el morro y lo que había tocado con su mano impulsivamente atrevida. Era un feto humano que alguien había metido. Un niño abortado o recién nacido, embutido en

un ataúd vertical que recordaba al patrón bostezante de las fuentes. O una papelera.

Una ciudad de muerte: así sentía a Vary cuando, como alumno universitario, paseaba por la cuesta arbolada y vadeaba por entre las hojas caídas, sobre todo de hayas, que le llegaban hasta las rodillas, cogía las hojas con las manos, fueran recién caídas o de las que se desmenuzaban en su mano. Pensó en que los árboles son los pulmones del planeta, cogen lo que respiramos como combustible para sus pulmones y lo convierten en oxígeno nuevo al servicio de los órganos respiratorios humanos y animales, que incorporan a su interior también el polvo de hojas descompuestas que remolinea por el aire o que cae al suelo, de donde la lluvia lo lleva a las calientes fuentes subterráneas, que de nuevo lo hacen subir. Un par de granos se meten en los cuerpos de los que beben de las fuentes. Los árboles siempre se meten en nosotros y ni lo sabemos.

En recepción, una señorita le dio un termo rojo, igual al que tenía en la habitación. El de arriba ya estaba vacío, este lleno. Por lo visto él sabía quién se lo había traído y cómo debía beberlo.

—Majo —añadió—. ¿Es su médico?

—Algo así —dijo y tan pronto llegó a su habitación, dio un buen trago del termo. El caldo tenía el mismo sabor y olor que el último. Tenía que dividirlo en varias dosis, pero habría preferido beberlo todo enseguida. Tenía hambre. Buscó en el minibar unos frutos secos. Palpó un nuevo frasco de pastillas.

Fue directamente a tirarlo por el lavabo. Luego lo fregó con jabón y el cepillo para los zapatos.

Tenían que quedar para comer en la Cima del Castillo. La vio ya desde la pasarela de la Fuente Termal, de perfil: cruzaba lentamente el mercado a velocidad de paseo, una actriz en una serie de fotogramas. Una joven señora italiana, no muy alta, robusta, con la cintura apretada como un reloj de arena. Del antebrazo colgaba un bolso a rayas blancas y negras, llevaba un abrigo gris corto y, alrededor del cuello, una bufanda blanca; sobre los costados una falda negra, debajo unas medias negras y abajo botas de cordones sobre el tobillo, con tacón medio en forma de pirámide invertida. El pelo rubio con un complicado moño detrás, unas expresivas gafas graduadas de montura azul que, por algún milagro, no resbalaban de su pequeña nariz empolvada. Era consciente de lo bien vestida que iba. No como una rusa rica, sino como una checa que quizá en algún momento había entendido de matemáticas, pero no le bastaba, y había aprendido también moda. Bolso, gafas, zapatos, abrigo. Tenían que haber costado mucho dinero, bien invertido. No se interesaba por las marcas de moda ni se las creía, pero en Makro reconoció que, si alguna vez había carecido de gusto —sus eternas camisetas blancas dos tallas mayores

—, lo había aprendido. El gusto se puede aprender y ella era el ejemplo de ello. Si Margarita se estaba acercando lentamente a su mediana edad, lo hacía con encanto y elegancia. No podía despegar los ojos de ella.

Se apresuró por el callejón entre las casas para verla también desde atrás mientras ella no sabía de él, pero en ese momento la perdió. Se echó a correr y enseguida la vio junto a la Columnata del Mercado, de madera; estaba subiendo las escaleras, cruzó la arcada de columnas y se quedó de pie frente al relieve que representaba el acontecimiento anterior a la fundación de la ciudad, es decir, según la leyenda. Desde la roca, se precipita a las fuentes calientes un ciervo perseguido por los cazadores, los perros y el propio rey Carlos IV, futuro emperador. Más o menos, 1350.

La fuente bajo el relieve, oficialmente, lleva el nombre del monarca.

Solo que siempre la llamaron Glotona.

Julián no pudo evitar sonreír. Posó su mirada en la mujer frente al relieve. No se hartaba de verla. Podría haber sido su mujer, habían esperado juntos un hijo, ella se lo hizo quitar. Miró su pelo rubio y se reconcomió la cabeza de pena. Entendió que era ella. La mujer de su vida, Margarita. Nunca debieron separarse, porque aún nadie los había reemplazado ni a él ni a ella.

Alguien le dio un golpe, brusco y por detrás, un pequeño cuerpo con plumón azul claro y gorra blanca por poco lo hizo caer y lo obligó a dar un largo paso estabilizador hacia delante. Cuando en un segundo se dio la vuelta, el niño se cayó de espaldas y se golpeó la cabeza contra el granito pulido. No había oído al canijo llegar corriendo y se apresuró a ponerlo de pie como a cualquier niño, eventualmente pedir más ayuda o llamar al médico. Se arrodilló hacia él, era una chica, luego levantó la cabeza y vio a un tipo que se precipitaba hacia él entre corriendo y andando. Seguramente el padre, pensó Julián, le pasaba algo en la pierna y la gamberra desobediente había salido corriendo. Le dio el baile de San Vito: como autor no pudo describirlo de otra manera. Palabras describiendo una acción, insuficiencia necesaria en la época del cine, que es capaz de simular cualquier cosa.

Al menos mantuvo la distancia. Eso no era una simulación, sino la realidad. Una de la que habría preferido estar a millas de distancia.

Levantó la mano para calmar al hombre (¿el padre?). Empezó a explicarle que no era su culpa, había sido un accidente, la niña no estaba mirando el camino, no quería hacerle daño. Entonces se arrodilló hacia la chica y le levantó la cabeza, respiraba con dificultad, los ojos en blanco, pálida, la piel grisácea, una cianosis incipiente, poco oxígeno, quizá ninguno. Le quitó el gorro de la cabeza, le desabrochó la chaqueta en el cuello y desenrolló la bufanda rosa de punto. La chica empezó a sacudir piernas y brazos. Se acercaba el

final.

—¿Cómo se llama? —preguntó y palpó con cuidado la nuca, por si le quedaba sangre en los dedos—. *What is her name? Kak yeyó zavut?*

El padre se quedó de pie, indeciso, como si no entendiera ningún idioma internacional, aunque por el aspecto no era ni chino ni italiano del sur. A Julián le pareció que debía de estar en *shock*, puesto que su hija evidentemente no le interesaba, ni siquiera se inclinó hacia ella, seguía mirando hacia otro lugar, hacia el muro, como si hubiera algo que ver allí.

Abrió la boca de la chica, metió tres dedos hasta el esófago y tiró de la lengua hundida. Luego la volvió de costado y le dio un golpe en la espalda. «¡Respira!».

Una exhalación brusca, una inspiración jadeante, los ojos ambarinos como platos que volvieron a su lugar como dos naranjas en la ventanilla cilíndrica de una máquina tragaperras. Estaban allí. Lo miraban directamente a él.

—¡Al menos llama a una ambulancia, joder! —le gritó al padre.

—Ya lo he hecho —dijo una voz a su espalda. Era de Margarita.

—Quédate aquí tranquila —le dijo a la chica, sonriéndole—. El médico te examinará por si tienes una conmoción cerebral. Quizá el gorro de lana te haya salvado la vida, chica. ¿Cómo te llamas?

Se frotó los dedos mojados por las babas en los pantalones y acto seguido retrocedió, porque la chica intentó morderlos enseñando los dientes, luego otra vez, y entonces, con su mano menuda, le apretó la nuez como si quisiera arrancársela del cuello. Él apartó la mano bruscamente, la apartó a ella y se impulsó con las piernas. Se puso de pie.

—Lucie —dijo el padre, aunque no tan alto como para hacerla callar—, se llama… —Como si hablara en sueños. Con la cabeza medio inclinada, no miraba a su hija sino a Makro, que, con el móvil en la mano y una expresión de comprensión aterrorizada en los ojos, observaba la escena. En la mirada del hombre se expresaba cansancio, aunque humeante de deseo. Dio un paso hacia ella.

La pequeña Lucie enseñaba los dientes hacia la multitud que observaba, la espuma salía de su boca, sus pequeños puños apretados. Chilló algo, pero no se le entendió. Sonó como «víbora». Julián no quiso volver a calmarla, si el padre no lo hacía, pero ella lo escupió y le arañó la muñeca de la mano derecha. Por el Mercado, una ambulancia ululando. Tripulación de dos miembros con monos rojos y negros, una médica vestida de civil. Llegaron rápidamente, en el momento menos apropiado. ¿Pero qué momento es apropiado para lo que sea? De antemano, no lo sabes. Lo entiendes con posterioridad. El padre y la hija se agruparon, asustados por la repentina compañía.

Incluso él la cogió en brazos, pero a ella no le gustó y empezó a

darle patadas y a golpearlo, así que la volvió a poner sobre el granito y se quedó frente a ella como un guardián. La niña empezó a gruñir a los que estaban alrededor.

—No es posible —dijo Julián para sí mismo, pero justo antes la sirena había callado, así que se le oyó—. ¿Cómo sabía que yo estaría aquí?

—¿Cómo sabía —gritó Makro, en voz innecesariamente alta— que *nosotros* estaríamos aquí?

Señaló hacia lo que había caído de la chaqueta de la chica. Era una de esas copas de porcelana con las que se recoge agua de las fuentes y se bebe por un asa hueca. Una especialidad local de arte aplicado.

La copa estaba en el suelo y el trozo por el que se sorbe el agua del balneario, la pajita imaginaria, estaba roto. Lo decoraba la estampa dorada de una gamuza, un animal icónico que de alguna manera incomprensible había reemplazado al ciervo cocido en las fuentes. La chica esquivó a la médica y se lanzó a la pierna de Julián. Mordió la pernera, pero él le dio una patada, no demasiado fuerte, no quería hacerle daño. Ella lo agarró del zapato derecho y le dio un mordisco. La médica le dijo algo tranquilizador, pero no lo oyeron ni él ni la niña.

Se apartó de la mandíbula que agarraba la punta del zapato. Empezaba a sentirla en las puntas del pie, la chica agitaba la cabeza según él sacudía la pierna. Sin embargo, seguía negándose a hacerle daño. Pero se dio cuenta de que el padre se había recuperado de su estado de desmayo y se acercaba hacia Makro. Esta empezó a recular. La multitud que observaba se apartó.

La médica bloqueó el camino al padre, le gritó algo y, aunque debía de ser checo, sonó extraño, inapropiado, trastornado. Todos vieron, incluido él, que estaba en pleno ataque de pánico. Que había entendido a qué caso pertenecía esa escena y que ya no había salida. Así que él la agarró, la apretó contra sí como un amante, le mordió el cuello, aparentemente con pasión, y arrancó un trozo de piel y de tejido. La mujer berreó y se deshizo de él. El sanitario, que acababa de sacar la camilla de transporte a la columnata, se quedó mirándolo asombrado. Era más alto y fuerte que el padre del niño, algo que intensificaba el mono que llevaba. Se echó a correr hacia él, pero el salvaje supo qué hacer; le golpeó los ojos como un karateca y apretó. El sanitario, en estado de *shock*, dio dos pasos hacia detrás y se dio con la camilla, que bajó de vuelta hacia el Mercado y se detuvo junto a la ambulancia. Julián esperó que los ojos agredidos siguieran viendo y no apartó de su propia vista a la niña, que sujetaba con los dientes la punta de su zapato. El otro sanitario corrió hacia su gimiente colega, pero este solo lo apartó y dijo que estaría bien. Se añadió una nueva luz de emergencia, un nuevo aullido de sirena, por fin la policía.

Julián se quitó el zapato atacado y, con una mezcla de asombro y rechazo, observó cómo la niña lo desgarraba con las manos y la mandíbula. Nunca se ataba fuerte los cordones, algo que por fin le salió a cuenta. El padre agarró al segundo sanitario de los hombros, como si estuviera pensando qué hacer con él, y luego le dio un cabezazo en la frente. El hombre cayó de rodillas, la pequeña dejó estar el zapato despedazado y le mordió el pelo. El padre, entretanto, salió corriendo hacia Margarita, la cogió del abrigo y lo olisqueó. Ella se deslizó fuera del mismo con un giro elegante y dejó que lo desgarrara. Miró hacia los policías que acudían corriendo, un hombre y una mujer con cámaras integradas en el uniforme. El sanitario se sacudió a la niña y se llevó la mano a la cabeza mordisqueada y al chichón en la frente, mientras ella corría hacia su padre. Este, sin embargo, solo tenía ojos para Margarita y, como no se fijaba en su hija, esta se colgó de su mano y le mordió el antebrazo.

Él la levantó por los aires, la agitó como si fuera un perro rabioso que lo hubiera mordido y no quisiera soltarse y, con una sacudida brusca, la lanzó a la hornacina de la fuente del Mercado. Ella voló por encima de la boca de riego doble y cayó en el ábside. Su padre acababa de echar al suelo a Julián, tras concentrar todas sus fuerzas en un puñetazo, y acto seguido retorció la cara y se agarró de los nudillos, temiendo habérselos destrozado. Margarita vio lo grotesco de la escena, vio que él llevaba un solo zapato y se esforzaba a la desesperada por luchar activamente, y estalló en una risa histérica, mientras caían de sus ojos lágrimas llenas de miedo, pero de nuevo tuvo que reírse cuando Julián, con las manos encima de la cabeza, explicaba al *taser* de un policía que no era él, sino los otros dos los que estaban bajo la influencia de drogas, que los detuviera, porque, si no, matarían a alguien, y seguramente también a sí mismos. El policía negó con la cabeza, el padre de la chica mientras tanto se levantó del suelo. El segundo sanitario, después de convencerse de que su colega estaba bien, corrió hacia el vehículo a por una manta y, junto con Julián, envolvió con ella al colérico. La espuma salía por la boca del hombre.

La médica sacó desinfectante y gasa de un maletín de la ambulancia y, en pocos segundos, ya tenía una venda en el cuello, el vendaje veloz incluso cosechó alabanzas. La policía administraba órdenes a su *walkie*, entretanto gritaba a los curiosos que se diluyeran y quiso acordar con su colega cómo proceder, solo que el hombre en la manta, hábilmente, se volvió de costado, se levantó sobre sus rodillas y se enderezó en silencio. Luego se acercó al policía por detrás y le mordió la nuca.

El berrido partió la columnata y debió de llegar hasta la calle de la Cima del Castillo. El policía se inclinó, se le cayeron la gorra y el *taser*,

y el hombre, que no tenía las manos libres para sujetarse a él, cayó de lado. Julián se quedó asombrado de que el policía tuviera la suficiente presencia de ánimo y, con un primer disparo de advertencia de su pistola de servicio, agujereara el techo de la columnata. Su compañera apuntó el *taser*, pero antes de poder disparar los cables con dardos y electrodos, que prometían cincuenta mil voltios a cinco metros, la niña ya estaba a su lado, empujándola. El padre, en el suelo, giraba con las piernas en círculo, como una ardilla que corriera en una rueda mecánica, ahora ya desenredado de la manta sanitaria, así que el policía sangrante apuntó con la pistola bajo su cuerpo para que la bala comprometiera a un mínimo de gente alrededor, y apretó el gatillo. No se pudo detectar dónde acertó, pero el hombre deformó la cara todavía más que hasta entonces y se hizo un ovillo. La policía estaba luchando con la niña por el *taser*. Julián pidió a Margarita que huyera, pero esta abrazó a la niña por detrás y le bloqueó los brazos con firmeza, como una madre tranquilizando a un niño incontrolable. Los dientes menudos intentaron morder a izquierda y a derecha, atraparon el pelo rubio y arrancaron una mecha entera. Margarita la soltó, la niña se echó a correr en un círculo, como si buscara en la multitud de mirones un resquicio por donde huir y, al no encontrarlo, se lanzó directamente contra un muro y, a toda velocidad, se dio de cabeza contra él. Se desplomó al suelo y se quedó inmóvil. En el silencio repentino, se oyó la maldición del policía. La médica se echó a llorar histérica y a Julián le daba vueltas la cabeza. Se apoyó en una columna de madera para no caerse. Sintió la boca seca y un deseo terrorífico de saltar la barandilla y morder el cuello de una morena delgada con un vestido rojo, gafas negras y un amplio sombrero de paja en la cabeza. Había observado todo el teatro con la expresión petrificada que él conocía tan bien y tan de cerca. Cuando todo hubo acabado, se dio la vuelta y se marchó, en la mano un pequeño bolso negro de piel de cocodrilo.

Antes de que se lo llevaran a Dvory para dar su testimonio, le permitieron que pasara por el hotel a por un par de zapatos entero.

Los testigos Julián Uřídil y Margarita Holasová tuvieron suerte de haber participado solo en parte. Mucho más interesantes fueron los que habían grabado la escena y se dejaron convencer para colaborar, además de las cámaras de los uniformes de los policías. La misma pareja de investigadores habló con él y con ella. No conocían los libros de Julián ni el verdadero motivo de su estancia en Vary, igual que no sabían que Makro había dado clases de Matemáticas en la Central European University de Budapest durante dos años. Podrían haberlo comprobado si hubieran tenido tiempo. Pero se ocuparon de otro asunto y prefirieron tachar a estos dos intelectuales de Praga de la lista de sospechosos tan pronto verificaron que no tenían ninguna

relación con el desgraciado padre y su hija, que habían montado el espectáculo en la columnata. (Como mucho más tarde apuntaría Makro a Julián: «Si hubieran sabido cuánto tenías en común con ellos, hoy seguirías en cuarentena en el hospital de Karlovy Vary». Y él le diría: «O en Na Bulovce, en Praga. Allí son expertos en cuarentenas y en las ventanas tienen rejas así de gordas»).

Por la noche estuvieron juntos en su habitación de hotel, con las puertas cerradas con llave, a las que, además, Julián acercó la butaca, con cuyo respaldo sujetó el picaporte. Se sentaron en la alfombra, las piernas cruzadas, comieron y bebieron de un pícnic casero. Vino tinto siciliano en vasos de agua, olivas griegas, pimientos húngaros, tostadas sin tostar, tomates, bresaola lombarda de caballo, obleas de Karlovy Vary, manzanas y mandarinas, uvas españolas sin semillas, queso de cabra de Touraine, vino blanco alsaciano echado en un vaso de plástico del cuarto de baño, agua de la ducha servida con paciencia en una botella grande de plástico.

Los investigadores estaban comunicativos, entendían su curiosidad. Afirmaron que ni al padre ni a la hija (de la lituana Kaunas) los amenazaba peligro inminente alguno: la chica estaba con una conmoción cerebral en el centro psicoterapéutico del hospital de Ostrov, en vigilancia permanente, con la madre presente; el padre, con un tiro en el costado, en la UCI de Vary (la bala, que había alcanzado la costilla inferior y la había hecho pedazos, extraída quirúrgicamente). En el mismo lugar, también, la médica de la ambulancia. El policía esperaba una operación de las vértebras cervicales.

Por la noche, Julián fue a ver la columnata del Mercado. Pasó por debajo de la cinta policial, paseó de un lado al otro, inspeccionó el relieve de la caza del ciervo, la subida a la fuente de Carlos IV, la fuente del Mercado, la fuente del Castillo de Abajo. Se dirigió a la barandilla, encendió un cigarrillo, no había nadie vigilando. Por la mitad de la construcción, encontró un papel duro doblado entre las sinuosidades de la barandilla esculpida. Ya estaba oscuro, así que se la llevó bajo la luz más cercana. Era la fotografía de la espalda que ya conocía tan bien. El pelo largo oscuro apartado hacia un lado. En la nuca, un tatuaje en blanco y negro de una mariposa estilizada, en el hombro derecho, apuntando al omóplato, la hoz plateada de la luna, con pequeñas estrellas azules y una flor rosa que recordaba una azucena. Fuera de foco, se veía también el hombro izquierdo, con la flor que había aparecido en otra foto anterior.

Makro se apoyó en la cama, con las piernas cruzadas, la copa de vino blanco en la mano derecha, un racimo de uvas en la izquierda; frente a ella, sobre el edredón, las fotografías, incluida la nueva. Escuchó lo que Julián había sabido de la chica en coma. Si no hubiera

sido por el suceso de la columnata, podría haber parecido satisfecha.

—Así que tenemos una flor y la luna. —Con los dientes, arrancó una uva y la dejó petar, con gusto, en la lengua—. Excepto uno, los motivos no se repiten. No sabemos si lo tenemos todo, pero yo creo que sí, o al menos nos acercamos mucho. La ley del siete. El siete corona el ciclo de probabilidad, como te explicará un matemático, pero también un corredor de apuestas. Por supuesto, puedo confundirme.

—No entiendo una palabra. Conocemos la identidad de la dama de las fotos. ¿Eso ayuda?

—Ayudaría si se despertara.

—Iré a verla. Quizá se despierte.

—Sin duda, con un beso. —Hizo una mueca—. Pero ahora vamos a sacar lo que se pueda de estos símbolos.

—Me parece bien.

—Empezó en el golf.

—En la piscina del hotel Thermal —la corrigió.

—Claro. Pero allí encontraste la foto más tarde. Lo importante es que se repite un motivo. Algo es algo.

—La flor.

—Sí. Por eso no parece que sea una casualidad, sino una inscripción concreta en el cuerpo. El propósito es incierto, quizá irracional. Pero las fotos tienen un propósito: tienes que leerlas. Si tenemos en cuenta tu capacidad de pensamiento lógico, no será tan complicado. ¿Qué te pasa?

—Solo te escucho —dijo y suavizó la cara para no mostrar ninguna expresión.

—Si comunica algo, los tatuajes individuales significarán palabras o letras. Las palabras más corrientes son los pronombres y las conjunciones. Las flores salen dos veces más a menudo que los demás motivos, serán pronombres o conjunciones.

—Más bien formas de los verbos «ser» o «estar» —dijo Julián, dudando—. Estas palabras son igual de frecuentes. Ves, acabo de decir «son».

—Y también el pronombre «yo», aunque te lo hayas dejado.

—Así no llegaremos a nada.

—Lo veremos. Las palabras están compuestas de sonidos. Son complicadas, como cualquier compuesto. Quizá lleguemos, pero prefiero empezar por las letras. Digamos que cada símbolo es una letra. Alguien tiene que resolverlo. No tiene que ser difícil. ¿Qué letra podría representar un símbolo?

—Hay que considerar la inicial de la palabra que lo designa.

—Parece que no llevas tan mal la lógica —lo alabó—. Pongamos que el tatuaje doble en el que sale una flor es la F. Al menos como teorema

de las letras, que es lo más probable según la ley de la navaja de Ockham. Una flor en el tobillo del pie derecho. Otra en el hombro. FF.

—Pero hay también una flor concreta, una rosa. Así que R.

—No bebas rápido.

Le puso el vaso en la mesilla de noche. Él se fue hasta la ventana, se estiró en el alféizar y encendió un cigarrillo. La observó. Ella se dio cuenta de su mirada y juntó las piernas.

—Y no pienses en tonterías.

—No he pensado en ninguna tontería —dijo, sin mentir.

—Un pirata en el ombligo, pongamos P —escribió ella en un papel—, y un dragón en la zona de los riñones, por tanto D.

—Aunque solo sea por Diana —señaló él y bajó de la ventana de un salto—. No te importa que fume aquí. —No era una pregunta.

—Sí que me importa. Pero ¿cuándo me has pedido mi opinión?

—Ahora mismo —mintió.

—Igualmente, harás lo que quieras. Como siempre.

—Igual que tú. Pero puedo tirar los cigarrillos por la ventana.

—Hazlo y ciérrala, tengo frío.

Él miró con tristeza su cajetilla medio vacía, la lanzó hacia la oscuridad y cerró la ventana.

—No te reconozco —le dijo ella, sonriendo.

Él le devolvió la sonrisa, aunque pensó en si la cajetilla seguiría allí cuando bajara a buscarla en un rato.

—Así que… —Makro se sumergió en las fotos—. Dos veces F por la flor, una vez R por la rosa.

—FRF —dijo Julián, pensativo—. Qué romántico. ¿RFF? ¿FFR? ¿Hay más combinaciones?

—¿Y tú tienes el bachillerato? —preguntó, enfurruñada, a través de los cristales de sus gafas.

—No de matemáticas —reconoció—. No lo habría aprobado, no habría entrado en la universidad, nunca habría escrito un solo libro. Hay quien piensa que así habría sido mejor. ¿Tú qué piensas?

—Pienso que también hay una D y una P.

—Pero no son solo tatuajes. También Josefa-Pepa en el bosque y Josefa-Pepa detrás del busto de Goethe. Fotos adicionales; o eso, o, por ejemplo, G de Goethe y B de bosque.

—Déjalas aparte y piensa. Estamos resolviendo el mensaje en el cuerpo de la chica, esto es otro contexto.

—¿Cómo? Las fotos también…

—Otro contexto —lo interrumpió ella—. Es cierto que pertenecen a la misma serie, pero no al mismo subconjunto. No entiendo cómo puedes mezclarlo.

—Pero mira —objetó él—, la chica del bosque tiene los tatuajes falsos. ¿Lo ves? Se ve claramente la rosa azul en la mano, igual que la

flor de rosa en el pie.

Makro giró las fotos al anverso, como cartas.

—Tenemos que ver el conjunto, pero trabajamos con el subconjunto.

—¿Cómo? —Julián reconoció su ignorancia.

—El detalle como elemento del todo —explicó ella y le devolvió el vaso de vino. Le parecía que cuando bebía era más inteligente—. Hagamos las calcomanías, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Así que F, F y R. D y P. L de luna, y M de mariposa.

—Solo que no es una luna normal —añadió Julián—. Es una hoz mordisqueada, así que, por ejemplo, H. Y tiene una estrella, o un cometa, así que, por ejemplo, C, o CH. Y una flor, así que quizá otra F. HCF en una sola foto.

—No —dijo ella, con seguridad—. Cada símbolo tiene una letra, si no, no se puede descifrar. Olvidas que tiene que ser fácil de leer. Ningún código de César, con desplazamiento y sustitución de letras.

—Lo usé en un libro. Pero era mucho más sencillo. Y lo dejaba el asesino.

—De eso no estoy segura, de que sea el asesino quien lo deja.

—Quizá sea un autista —se rio él. Se metió en la boca la mitad de una mandarina y la dejó relucir, naranja, en su boca abierta. Parecía un chimpancé.

—Concéntrate, Julián. No soy tu madre, para que te exhibas así delante de mí.

Él mordió, contrito, la mandarina, y masculló algo, no se le entendió.

Ella prefirió mirar a la pared.

—Siete símbolos, dos iguales. Algunos evidentes, otros no. ¿Cuáles son los evidentes?

—¿Qué tal la rosa azul? A mí me parece evidente.

—Precisamente no lo es. No sabemos si es importante que sea azul. No existen las rosas azules.

—Yo las vi en una floristería —dijo, con malicia.

—Lo que viste no eran rosas azules. La rosa azul es un misterio, el símbolo del deseo vano en sí mismo: el deseo de una rosa azul. Al mismo tiempo, que aquí sea azul puede ser una casualidad, la chica del nombre raro quizá la eligió entre otras calcomanías solo porque el azul le gustaba más que el rojo o el amarillo.

—¿Así que trabajas solo con la R?

—No lo sé. En correlación con las demás iniciales, me cuadra. Pero no te alegres, en este método hay poco de científico. Solo contaba con combinaciones, variaciones y permutaciones, con la probabilidad, la casualidad y el error.

—Mmm. Así que te lo estás inventando.

—Te he decepcionado.

—Qué va —refunfuñó—. Quizá exista para esto un programa de descodificación.

—Realmente un ordenador puede resolverlo —consintió, pensativa— si le permites trabajar con un término común y un nombre concreto de historia natural, con la mitología, con los significados figurados de los símbolos. De todas formas, no estoy nada segura de que pudiera conseguirlo, o más bien dudo de que a alguien le aclararan algo todas estas interpretaciones y sus combinaciones.

—¿Entiendo correctamente que te estás haciendo la científica y la misteriosa, pero que tú ya lo has descubierto?

—Precisamente no lo sé, Julián. Quiero llevarte igual que llegué yo, y tú te defiendes y prefieres emborracharte.

—No has debido obligarme a tirar los cigarrillos.

—Pues corre a buscarlos —dijo, con un suspiro—. Pero fuma fuera, no aquí.

Él se puso el abrigo y se deslizó en los zapatos. Prometió que le traería algo para beber. Ella entornó los ojos. Cuando volvió un cuarto de hora después, con los cigarrillos en una mano y una nueva botella de vino tinto en la otra, ella estaba sentada en la cama, con una manta sobre los hombros.

—¿Tomarás conmigo? —agitó la botella—. Tiene tapón de rosca. ¿Cuál es la probabilidad de que trajera un vino con tapón de corcho, en lugar de esto?

Ella respondió, sin pestañear:

—Depende del valor medio del vector casual en la fracción hipotética o multidimensional.

Se encogió ante esa frase.

—Me portaré bien.

Se sentó junto a ella, pensó si darle un beso, en lugar de eso adoptó la expresión de un estudiante atento.

Ella le dio una palmada en la cabeza.

—Así que tenemos siete letras, necesitamos crear una palabra, pero nos faltan las vocales. El checo puede tener varias consonantes seguidas; como sabes, lingüista, las flexivas pueden suplir a las vocales. Toma la palabra «*vlna*». Se dice con facilidad, se desliza bien, como *lžíce*. O *strč prst skrz krk*. La eme y la ene también puedes pronunciarlas hasta que se te acabe el aire. Pero, igualmente, el siete es el número de la probabilidad. La palabra más larga solo con consonantes es *čtvrthrst*, son nueve, pero las palabras con seis o siete consonantes no son más bonitas y tampoco nos van bien en nuestro caso. Pero hay una imagen que se repite una vez, así que supuse que la inicial de la palabra que la designa ha de ser una vocal.

—Pero es una flor —dijo Julián, pensativo—. Necesitamos una flor

que empiece con vocal.

Ella lo aplaudió en voz baja.

—Así lo hice yo, de otra manera no funciona, al menos en el caso de nuestros dos cerebros desgastados. Hay un símbolo común, otro concreto y otro figurado. Intenta llegar, no solo, yo te ayudaré, pero hazlo tú. Necesito comprobar si llegas a la misma respuesta que yo. Ahora un vino, yo te escucharé cómo progresas. Solo te aconsejo que empieces con la vocal.

—Empiezo entonces con una rosa azul. Tenemos la R de rosa y la M de *modrý*[5]. —Se puso las gafas para leer y escribió las letras en un bloc. Levantó la vista hacia ella, que asintió con la cabeza.

—Luego, por ejemplo, el dragón, no sé qué más puede ser. Así que D.

Makro asintió, de nuevo.

—Un pirata. Es decir, P. —Otro gesto afirmativo—. Qué falta… las dos flores, la luna y la mariposa. Escribo F, F, L, M. Todo junto, desde atrás, LMFFPDRM. O también, por ejemplo, RMDFLPMF. Mira tú qué bien.

—Cuenta con las vocales, aunque pueden ser varias —recordó.

—¿Ajá? —Él levantó las cejas y sobre las dos kas escribió, en vertical A, E, I, O, U, Y, mientras rodeaba la D y la P. Lanzó hacia Makro una mirada interrogativa, ella frunció la nariz. Arrancó la hoja del bloc y apuntó una combinación con vocales en lugar de las dos kas. Al mismo tiempo, las leyó.

—LAMAPDRM. RMDAMPLA. MRDALAMP.

—No me gusta —dijo, riéndose.

—MRDELEMP. PLEMEDRM. MIDMRIPL. PUDRUMLM… Realmente es un asunto para un autista —dijo, molesto—. O para un ordenador. Dímelo. No vamos a estar aquí toda la noche.

—No eres sistemático. Pero vale, otra ayuda: hay siete signos, dos de los cuales son iguales. Pasa de que la rosa es azul. Si fuera azul, serían ocho. Así que siete, ¿OK? Vale. Tenemos dos constantes, el dragón D y el pirata P. Si das con otra consonante más, tendrás una mitad clara y otra en la niebla. Pero la niebla cubre las dos vocales, y quizá otra más. ¿Cómo avanzarás? Hazlo a ojo, y si va bien, usa la lógica.

—Dios bendito. —Él ocultó la cara entre las manos, cogió una tónica del minibar y se tragó el contenido del botellín empañado—. Pues vale —dijo con decisión, y eructó discretamente—. Hay siete símbolos. Conocemos el pirata, conocemos el dragón, viejos conocidos. Todos los símbolos están sin atributos, aunque en algunos haya también subsímbolos, concretamente en la luna, donde están también el cometa y otra flor. Pero es totalmente diferente a las dos flores, que quizá tengan que empezar con una vocal. Uf. Me duele el cerebro.

—Elimina.

—Eso hago, por Dios. El principal símbolo del trío luna-cometa-flor es la luna. Es el mayor. Por tanto, contaré con la L. Es decir, con una letra. Como con la rosa.

—¿Cuál es la constante más probable? —lo examinó.

—Estás guapa debajo de este edredón. Como mullida. —Se sentó a su lado y le abrazó las rodillas.

—Te estás escaqueando.

—Qué va. Sigo apostando por la rosa. Por tanto, tendríamos el pirata, la rosa y el dragón. En resumen, PRD. Un pedete para aliviarse…

Ella se rio ahogada y le dio una patada bajo el edredón.

—Concéntrate. Tenemos tres consonantes: R, D y P. Luego dos vocales desconocidas. Además, dos letras que pueden ser vocal o consonante. La vocal más corriente en checo es…

—La e. REDLEPM. PELMDER. ELPRMED. EELMPRD. Joder. No lo sacaré, Makro. Me rindo.

—Mejor abstrae. Mira bien la mariposa.

—Miro. La estoy agujereando con la mirada. Le arden las alas. No, no arden. ¿Qué veo? Veo una mariposa, es fantástico, me siento como si hubiera tomado LSD.

—¿Es una mariposa diurna o nocturna?

—Creo que diurna. Lo parece.

—¿Qué tiene de particular?

—Nada.

—Has mencionado las alas.

—Ya son ceniza.

—No seas obstinado. Dibújame una mariposa. No esta. De memoria.

La obedeció. En otra hoja arrancada del bloc, hijo un esbozo formal de una mariposa, más o menos como lo habría hecho un niño. Enseñó la imagen a Makro y ella, como si supiera exactamente cuál sería el resultado, anunció:

—Te falta algo. Compara tu mariposa con la de la calcomanía del cuello.

Él examinó con cuidado la fotografía.

—Las dos son estilizadas —dijo—. La calcomanía obedece con precisión a un modelo, mi creación no se la dejaría tatuar nadie. Es como hacerse tatuar un bollo de crema. A ti te quedaría bien un tatuaje así.

Makro no pudo contener una risa escandalizada.

—Capullo. Pero ¿qué tiene de particular la mariposa estampada, joder?

—Lo puntiagudo de las alas. Una filigrana. No sé, no soy un experto.

—¡Pero ya lo has dicho! —Se inclinó bruscamente hacia delante—. ¿Qué mariposa tiene estas puntas abajo, en las alas?

—Espera —se rascó la nuez—. Se les llama pinchos, ¿no?

Sacó la *tablet* de debajo del edredón y tecleó en el buscador «mariposas de Chequia».

—¿De niño nunca corriste por el jardín con una rejilla? ¿Tú? Cuando salíamos juntos, una vez me contaste algo así.

—Es cierto —aceptó, y miró las imágenes en color de la pantalla—. Atrapaba mariposas, pero no las mataba, siempre volvía a soltarlas.

—Lo que no las ayudaba mucho, porque les quitabas el polen de las alas.

—No siempre. Sí que se iban volando un poco torpes, sí. Es como las relaciones.

—Déjalo. Te acuerdas de sus nombres, supongo. Nómbrame rápidamente las que recuerdes.

—Mariposa blanca de la col. Limonera. Licénido azul. Doncella de ondas. Alguna verde… no, esa no. *Babočka*, eran dos. Almirante rojo y pavo real. *Otakárek* macaón. *Otakárek* podalirio.

—¿Todas esas las atrapaste con la red?

—Me divertía.

—Mira otra vez estos ejemplares —señaló la pantalla—. ¿Alguna de ellas se parece a la calcomanía?

—Esta y esta. —Puso el dedo en la imagen de dos mariposas parecidas y de aspecto exótico, delicadas y fieras al mismo tiempo, como cometas. *Otakárek* macaón. *Otakárek* podalirio. Con las almirantes, eran las que más me gustaban.

—Acabas de atrapar una.

—*Otakárek*. Así que O.

—Una vocal siempre va bien. Tienes la O. Ahora las dos iguales, en lugar de la F.

Él suspiró.

—Pues vale. Si he de avanzar igual, tengo que buscar una flor que empiece con una vocal, si no nos estamos liando y en lugar de las dos kas hay dos líquidas o dos fricativas. Además, el tatuaje tiene que parecerse a la planta, al menos de una manera estilizada.

—Pasa de las consonantes, no van bien.

—Pues vocales. Iris. ¿Parece un lirio? —Se alejó las fotografías de los ojos y las comparó—. En el hombro izquierdo se ve mucho mejor que en el tobillo. Una flor rosa en el centro, a los lados amarilla y violeta, detrás una salpicadura de agua. En las flores pistilos, alrededor pétalos que forman una estrella. No parece un lirio ni por casualidad, así que podemos tachar iris. No conozco más flores con vocal.

Se echó vino en su copa y lo bebió rápidamente.

—Sí que conoces, haz un esfuerzo —dijo ella, enfurruñándose.

—¿Y si el nombre es en latín? No lo encontraré nunca.

—Puede ser en latín en el caso de que falte un nombre en checo y se use el latín, de otra manera se rompería el sistema. Sigue, estoy cansada.

—Tu sistema es pura ruina: un tatuaje de color, otro negro. Una inicial del nombre común, el otro del concreto. ¿Y ahora un nombre en checo y otro en latín?

—No te quejes, ahora te he dado muchas pistas. Aparte de las dos vocales, tienes una consonante, que es la que más amenaza al sistema. Sigamos, pues.

Él le dedicó una mirada resignada y volvió a las fotografías.

—Podemos dejar la O aparte, ya la tenemos. Pongamos I… *ibišek*, hibisco. Parece un hibisco, ¿qué piensas? Para mí, mucho.

Con una mueca escéptica, metió en el buscador «*ibišek*», pero entonces puso los ojos como platos.

—Mira esto. Se parece mucho a un hibisco, ¿verdad?

—¿Hibisco? ¡Es un hibisco! Así que I, dos veces.

—No vas bien.

Estuvo callado un buen rato, volvió a comprobar las fotografías encontradas con las imágenes de flores de hibisco en la pantalla. Luego dijo, como para sí mismo:

—Si no se parece en nada a un hibisco, porque si así fuera —señaló hacia la instantánea de la nuca de la chica— la mariposa también podría ser otra. Pero nosotros hemos reconocido a un *otakárek* por las agujas abajo en las alas. El hibisco tiene les pétalos más bien redondos, como una rosa silvestre. ¿Me equivoco?

—No —susurró—. Sigue.

—La flor del tatuaje tiene los pétalos acabados en punta. Tacho hibisco. Busco más. U y E las dejo para luego. La Y griega queda fuera. Pero si cojo la A, conozco varias: aster, azalea, ambrosía, acacia, *asparagus*, agave… —Se esforzó en recordar, mientras Makro abría en el buscador una ventana tras otra y escribía los nombres, sus dedos bailaban por el teclado. Julián continuó—: Aloe, esta se pone en los cosméticos. ¿Angélica? ¿Hay alguna flor «angélica»? Una planta usada en medicina.

Makro le enseñó las flores de las plantas nombradas. No quedó entusiasmado con su parecido, aunque se detuvo en una.

—La azalea seguramente sea la que más se acerca, pero la mayoría tiene las hojas diferentes. Oye, aquí excepcionalmente acaban en punta. ¿No podría ser la azalea?

—Supongo que sí. Yo encontré otra flor que se parece más a la calcomanía. Tú no la conoces. —Le enseñó la pantalla.

—La rosa del desierto —dijo, alegre—. Pues sí que la conozco, tiene el tallo impregnado de agua y su flor es preciosa.

—El nombre botánico es *adenium*. En checo y en latín.

—*Adenium*… eso o azalea. En cualquier caso, doble AA.

—Con ellas ya se puede hacer algo, ¿no crees? —le pinchó—. ¿Qué harás tú?

Se apuntó las combinaciones.

—APADOR. RODAPA. ODRAPA. DAPORA. ARDAPO…

—Excelente. Así que ahora la última calcomanía y nos vamos a dormir.

—¿No lo dejamos mejor para la mañana? Ya no puedo más, Makro. Me da vueltas la cabeza. En la columnata me he encontrado mal. De una manera muy rara.

—Pues no bebas. ¿Qué ves? —Le puso ante los ojos la foto encontrada ese día en la barandilla de la columnata del Mercado.

—La hoz de la luna, la flor rosa que parece más bien una azucena, tres estrellitas azules. Pensaba que había una, pero en realidad son tres.

—Reduce.

—L de luna, o H de hoz. Una estrella azul, *modrá hvězdička*, M y H, o solo la H, si no hemos tenido en cuenta tampoco el color azul de la rosa. Y luego la flor. Una combinación al azar con lo que he escrito antes: MAPADOR. ROMDAPA. DAPORAM. DAPORAH. HAPADOR. LODRAPA. RODAPAL. Podemos hacer el idiota hasta decir basta y no servirá de nada.

—Intenta encontrar qué pueden tener en común los tres símbolos del tatuaje.

Él miró la fotografía y de repente vio algo.

—Noche. La luna brilla por la noche, las estrellas también. Pero por qué está la azucena, no lo sé. Solo recuerdo que cuando una vez a mamá le regalaron unas, por la noche olían que era una locura, desde la sala de estar llegaba a mi habitación y yo me ponía malo. Algo así como hoy en la columnata. Bonito y terrible a la vez.

—A la azucena se la llama «flor de noche» —completó Makro—, porque no soporta el calor y tampoco necesita mucha luz.

—¿Noche, en serio? —se aseguró, y ella asintió—. En este caso ARODNAP, no, ni DOAAPRN, ni PANADOR. Así que PANDORA.

Sintió un escalofrío entre los omóplatos.

—Pandora. Sospeché de Pandora, me salió bastante rápido combinando letras. Pero no tenía la N. Maldita noche. Pensé que quizá no hubieras encontrado todas las fotos que ese tipo deja en los lugares de los sucesos desgraciados y que por tanto faltaba alguna letra, o incluso más. Y hoy me has traído una «noche» absolutamente preciosa —dijo ella, salió de debajo del edredón, todavía vestida, y lo abrazó. Él se liberó y le dio un beso. Ella le devolvió brevemente el beso, luego se apartó—. Por qué en la chica hay una inscripción pictográfica, eso no puedo decírtelo porque no lo sé. —Él le acarició el pelo y luego la cara, con cuidado para no tirarle las gafas—. ¿Y qué se

supone que significa esto? —preguntó ella, escéptica.

—Esto se supone que significa que estoy contentísimo —contestó él—. Tú lo resolviste y me has guiado a mí correctamente. Nunca había vivido un *brainstorming* como este. Y mira que no trabajamos juntos en una multinacional.

—No tiene por qué ser correcto —dijo ella y se encogió de hombros—. Simplemente lo parece, pero quizá nos equivoquemos los dos. Quizá las imágenes que hay en la chica no tengan significado, estén estampadas por puro placer, o lleven un significado, pero no sea la palabra «pandora». ¿Y si es *podpora*? ¿Podagra? ¿Varvara?

—No cuadra, Makro. Es «pandora» —dijo con seguridad—. ¿Sabes por qué?

Ella negó con la cabeza.

—Por Goethe. —Sacó la fotografía de más abajo y golpeó con el dedo el busto de mármol, desde debajo del cual se levantaba una mano de mujer viva—. Goethe escribió un poema dramático que se llama *Pandora*. Lo analizamos en un seminario de literatura comparada. Recuerdo que es un fragmento, lo leí en alemán y en una vieja traducción, además leímos a John Keats y tratamos cómo su poesía y la de Goethe se nutren de la antigüedad y de la mitología griega. Keats murió joven. Goethe, viejo, por eso su creación se alejó gradualmente de los antiguos. Más famoso que *Pandora* es el *Prometeo* de Goethe. Una rebelión contra los dioses, una rebelión contra el sistema.

—Gracias por la lección, pero ya me lo acabarás de contar mañana. Buenas noches. —Sin desvestirse, volvió a cubrirse y le dio la espalda.

—No te has limpiado los dientes —la reprendió—. Te puedo prestar un cepillo.

—No sé qué tiene que significar «pandora» —mascullÓ, cuando él entró en la cama junto a ella, solo en calzoncillos—. Así que me los limpiaré por la mañana. —Cada uno tenía su colcha.

Él se quedó pensando.

—Te digo algo sobre ella y te los vas a limpiar. ¿Aceptas?

—Menudo trato —dijo, alargando, aunque su cabeza emergió de debajo del edredón.

—Antes de la historia de Pandora viene el juicio por los sacrificios, en que el semidiós Prometeo engañó a Zeus, el jefe supremo de los dioses. Lo tramó de tal manera para que Zeus escogiera lo que se le había de sacrificar. En un saco, había carne de un toro vencido, escondida bajo sus tripas; en otro, huesos tapados por un pedazo de grasa. Zeus era un gilipollas resentido, así que escogió lo que tenía mejor pinta, la grasa, y con ella los huesos. Desde ese día, eso era lo que se tenía que sacrificar a los dioses, mientras que la carne y las vísceras le tocaban a la gente. Zeus se enfadó por la artimaña y le

negó el fuego a la gente para que no se pudieran cocinar la carne. Prometeo se fue a por el fuego al Olimpo, donde Atenea lo dejó entrar. Se lo llevó, se lo entregó a la gente, y con eso enfureció al altísimo por segunda vez. Zeus hizo que Hefestos fabricara a la mujer Pandora, le insufló vida y la envió al hermano de Prometeo, además le añadió una espléndida caja con un contenido secreto. Cuando Prometeo se enteró, le rogó a su hermano que no aceptara nada de Zeus, ningún joyero, y mucho menos a una mujer, porque acabaría mal. Zeus se sintió ofendido e hizo encadenar a Prometeo a la roca, donde los buitres le arrancarían para siempre el hígado del cuerpo, en ello estaba todo el puteo por la carne denegada. Pero el hígado volvería a crecer y el dolor cruel del rebelde nunca se acabaría. El hermano no osó rechazar los regalos y se casó con la Pandora artificial. Le prohibió abrir la caja que había traído, pero eso fue como invitarla a hacerlo. Pandora la abrió y, antes de poder cerrar otra vez la tapa, salieron de ella las dolencias y los defectos, que se expandieron entre nosotros los humanos y nos siguen haciendo sufrir. Además de plagas, pobreza, asesinatos o locura, también estaba lo que los griegos consideraban lo peor de todo: la pasión amorosa y el enamoramiento impetuoso, la obsesión por el otro. Recuerdo que el profesor de Literatura Comparada nos preguntó si nos habían asaltado los demonios de Pandora. Nos quedamos allí sentados sin saber qué hacer, nadie contestó. Sí, en la caja también se quedó algo. La esperanza. Esa ya no pudo salir.

—No es muy lógico —añadió Margarita—. Si la esperanza se quedó en la caja, significa que no está entre la gente, no llegó a ella junto con los demonios. Pero nosotros, en realidad, la tenemos.

—Pero el mensaje es que al menos quedó la esperanza.

—Lo entiendo, pero echo de menos la lógica.

Él se sentó, irritado.

—¿Tienes que darle vueltas a todo de esa manera? Es uno de los mitos más hermosos, tómalo o déjalo, pero sobre todo no empieces a reescribirlo. ¡Y ve a limpiarte los dientes!

—No hace falta que te enfades enseguida —dijo ella y se fue al cuarto de baño, en un minuto estaba de vuelta junto a él, en la cama —. Y ahora, ¿cómo he de dormir? Estaré pensando en la esperanza encerrada en la caja hasta la mañana.

—¿Y yo? —le dijo con brusquedad, en un arrebato repentino de rabia que sorprendió a ambos. Pero ya no se podía parar, escucharon impotentes las palabras que salieron de él como los demonios de Pandora—. El niño que te dejaste quitar está en tu conciencia, no en la mía. En la tuya, ¿oyes? Querías hacer ciencia, así que la hiciste, el niño solo te habría traído problemas. Para defenderlo ante ti misma, te inventaste una coartada, me echaste la culpa a mí, a la

imposibilidad de una relación con alguien que no te ama a ti, sino a las relaciones. ¡Qué chorrada! No tenías a nadie más apropiado que yo.

—Así hablan los mayores perdedores. Lo escriben por SMS.

—Ahora estarás aquí tumbada y, en lugar de dormir, examinarás tu conciencia como lo hice yo. La esperanza radica en que lo conseguirás, porque yo, a diferencia de ti, tengo la conciencia limpia.

Ella saltó de la cama y empezó a recoger su ropa. Él la cogió de la mano y la volvió a meter en la cama. La sostuvo con fuerza, podía ser un abrazo, pero no lo era necesariamente. Mientras se defendió e intentó liberarse, no la soltó. Ella luchó en silencio, lo arañó. Él era más fuerte y solo la sujetaba, literalmente la ató con sus brazos. Cuando su resistencia se debilitó y solo jadeaba bruscamente, él aflojó el agarre. Esperaba que ahora no se fuera. Deseaba que al menos lo acariciara.

Ella se quedó, pero sin tocarlo. Estaban tumbados uno junto al otro como cadáveres. Los cadáveres no necesitan dormir y, aunque quisieran, no lo hacen. Solo los vivos pueden dormir.

Consiguieron revivir de madrugada, el compasivo Hipnos vino a ambos al mismo tiempo y se quedó un par de horas.

Lo despertó el teléfono. Llamaban de recepción y preguntaban si podían dejar subir al señor Taufer. Julián prometió que bajaría, que el señor Taufer esperara diez minutos. La recepcionista entregó el mensaje y luego volvió a llamar. El visitante necesitaba tratar algo con él en privado. Julián entonces consintió, colgó, y solo entonces recordó que Makro seguía en la cama, a su lado, y que al amanecer se había quitado los tejanos, el jersey y la blusa, y los había echado sobre el radiador.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados y dormidos, y se estiró a por las gafas, que había dejado en la mesilla de noche.

—¿Pasa algo?

—Viene a verme el Técnico, mi lector que alquiló nuestro antiguo piso en I. P. Pavlova. Si quieres, lo vuelvo a enviar abajo, me había olvidado completamente de ti. —Sonaron unos golpes en la puerta—. ¡Un momento!

—Tranqui, estaré un rato en la ducha. —Recogió la ropa y se fue al cuarto de baño, solo en bragas y sujetador.

Mientras se vestía, Julián no pudo evitar mirar su culo y maldijo para sus adentros al Técnico. Abrió la ventana, extendió a su lado el edredón y, tras otra llamada impaciente, fue a abrir.

—Hola. Solo tengo un momento.

El Técnico iba con un abrigo rojo. Se comportaba con reserva. No llevaba gorro, el pelo sudado.

—Primero bébete esto. —Se quitó la mochila de la espalda.

—Mi bebida favorita.

—Te di dos botellas. ¿Dónde está la otra?

—La están analizando en el laboratorio —respondió Julián, con sinceridad.

—¿No te lo bebiste? —preguntó el Técnico, sorprendido, quizá incluso alarmado.

—Dejé bastante.

—¿Por qué?

—Porque después de tomar tus sopas me encuentro raro. Ya no la beberé más.

El Técnico agitó la cabeza, rodeó a Julián y dejó el termo en la mesilla de noche. Cuando vio las fotografías de Josefa Titlbachová, se quedó paralizado y empezaron a temblarle las manos.

—Cuando te encuentres mal, te lo bebes. —Desde el cuarto de baño sonó el pitido de la ducha—. Hay alguien aquí. Ya solo por ella tendrías que bebértelo.

—¿Y si no lo hago?

—Te arrepentirás. Y ella también. —Miró el reloj—. Ahora como máximo dos horas, luego bebes. Es un buen consejo, hazlo.

—Mira, si crees que está aquí Mariela conmigo, te equivocas —dijo Julián—. Y tranquilízate. ¿Quieres un chupito?

—Mariela está en otro sitio —gruñó el Técnico.

—No me interesa dónde está tu novia.

—Pues debería.

Julián se apoyó en la cabecera.

—Vale, pues, ¿dónde está Mariela?

—En el hospital. De repente estaba como cambiada, se quejaba de dolor de barriga. Ha ido esta mañana, yo quería ir con ella, pero se ha negado. Nos hemos peleado. Al final ha reconocido que está embarazada y quiere abortar.

Julián sintió que se le enrojecían las mejillas.

—Lo siento —dijo y, sin pensarlo, se movió en la cama y se puso en pie.

—Ya hace meses que no duerme conmigo. Pero sé que vino a verte, que fuisteis de excursión.

Antes de que Julián pudiera contestar, recibió un puñetazo en la cara. Pero el Técnico estaba tan tembloroso que no fue nada terrible. Enseguida llegaron dos golpes más, pero Julián ya se había tapado la cara. Al recular, se dio de espaldas con el armario. Se apartó del siguiente golpe, se inclinó bruscamente y se tiró de cabeza contra el pecho del atacante. El Técnico cayó al suelo y buscó aire, para su constitución un golpe así era demasiado, incluso con el abrigo puesto. Julián se lanzó hacia él, se arrodilló en su pecho y le agarró el cuello con ambas manos.

El Técnico intentó deshacerse de él, pero Julián tuvo la sensación de pelearse con un insecto, un coleóptero en posición desventajosa, boca arriba. Cuando el Técnico, resollando, le agarró desesperado la cara, lanzó los dientes contra su mano y mordió entre el pulgar y el índice. El Técnico aulló de dolor y Julián apretó todavía con más fuerza. Le inundó una ola de alegría, la sensación de victoria fue embriagadora, le latían las orejas, sus músculos se tensaron de placer y el corazón palpitaba a un ritmo *staccato*. Quería machacar a ese desgraciado igual que Weber había pisado a la abeja.

—Déjalo —le ordenó una voz encima de él, que funcionó como un manotazo dado a un pillo.

Soltó la mano y el cuello y se levantó. El Técnico empezó a toser, rodó a un costado y, llorando, se sopló la mano mordida. Entre el pulgar y el índice aparecieron las huellas violetas de los dientes.

—¿Puedo preguntar qué estáis haciendo? —preguntó Makro.

«Me ha atacado», dijo él, pero le extrañó que no saliera nada de su boca y ver a esta mujer, envuelta en una toalla intensamente blanca, con los contornos tan claros. Como si despidiera un aura fatal. Levantó el dedo y describió el perfil de su figura a un metro de distancia. Ante el aura, que empezaba a volverse verde como una corona boreal, tuvo que entrecerrar los ojos. Le gritó que dejara de emanar esas luces, pero la voz volvió a fallarle, aunque la oyó dentro de su cabeza. «No me eches luz, no eches luz», repitió. Ella le dijo algo al Técnico, que seguía en el suelo. Le preguntó algo, pero Julián solo oyó las olas del mar. Pensó que podrían bañarse entre las olas. Se acercó a Margarita y le arrancó la toalla del cuerpo, al hacerlo le arañó la hendidura entre los pechos.

Ella reculó, primero se tapó los pechos y el regazo, pero luego levantó las manos para defenderse, al darse cuenta de sus pupilas dilatadas. Miró rápidamente hacia atrás, como si estuviera calculando la posibilidad de huir de vuelta al cuarto de baño, mientras él se apretaba la toalla mojada en la nariz, la olía con los ojos cerrados, se frotaba la boca y luego la mordía. Enseguida abrió los ojos y los posó sobre la asustada Makro, su pelo mojado y la piel del vientre todavía húmeda. Escogió el redondo hombro izquierdo. Se imaginó arrancándolo con los dientes hasta hacer que saliera la sangre a chorros y cómo desde debajo de los ligamentos y los tendones destrozados se asomaría, desde el puré rojo, la articulación blanca. Se metió en la boca una punta grande de la toalla para evitarlo. Debía pasar. Quería hacerlo, una travesura como venganza por el niño, por haberlos apartado a los dos con tanta frialdad. Se dio cuenta de que tenía los ojos de nuevo entrecerrados y de que iba hacia ella casi a ciegas. Lo sorprendió esa somnolencia, estaba débil, pero eso cambiaría cuando le arrancara el hombro con los dientes. «Perderás

todo el brazo», le dijo para sus adentros. «Escóndete de mí. Puedes estar contenta de que de momento no te vea». Saltó asustado a un lado cuando alguien lo cogió del codo y lo hizo girar bruscamente. Vio al Técnico, del que se había olvidado. Se tiró hacia él, pero este estaba preparado y apuntó bien. Le encajó un golpe en la sien izquierda y Julián cayó. Los papeles se intercambiaron, el Técnico se arrodilló sobre él, pero no lo golpeó. En lugar de eso, le vertió a la cara el líquido del termo y Julián empezó a reírse. Agua viva, o muerta. Se oyó la puerta del cuarto de baño cerrándose. Empezó a oír ruidos en la habitación, el mar estaba cada vez más lejos.

—Bébetelo. —El Técnico sirvió en la tapa y se la acercó a los labios. Julián bebió obediente, tenía la garganta seca y una sed ardiente. Más, rogó con los ojos, pero el Técnico dijo—: Ahorra, tienes para tres días. Si no, la matarás a ella o a otro, y luego a ti mismo.

Se levantó, enroscó el termo y lo puso sobre la mesa. Julián se levantó despacio y se derrumbó en la butaca.

—Perdona. Y que conste que no tengo nada con Mariela. Fue solo sexo. Una casualidad. Siento que se quedara embarazada. Dijo que no hacía falta que fuera con cuidado. Estábamos borrachos —recitó como un robot, pero apenas reconoció su voz—. Y ahora esto.

—Nunca es solo sexo. También es traición, y una cicatriz. —Se examinó la hinchazón nácar y las huellas azules de los dientes entre el pulgar y el índice—. Aunque —continuó, más hacia Margarita que, vestida, se había asomado desde la puerta del cuarto de baño— ella en realidad nunca ha estado enamorada de mí. En mi vida, el amor siempre ha sido de un lado. El mío.

—¿Querías al niño? —preguntó Julián.

—Me habría ocupado de él, aunque ella no hubiera querido. Ella se ha reído de mí. Por otra parte, tenía razón, no hay futuro para nosotros dos. Mientras nos gritábamos esta mañana, ha dicho que se iba a mudar. Pero no puede —graznó.

—La mantienes allí con drogas. Como ahora a mí.

El Técnico no contestó. Se puso la mochila en la espalda y, antes de salir por la puerta, dijo hacia Makro:

—Lo siento por este episodio tan penoso. Si le puedo dar un consejo, váyase antes de que la mate el señor escritor.

—Oye. —Julián levantó el índice en señal de advertencia.

Cuando el Técnico se hubo ido, Makro se sentó en una silla y estuvo largo rato mirando por la ventana, en silencio. Luego dijo:

—Tienes algo dentro, te lo metió él. Seguramente estuvisteis bebiendo juntos, ¿tengo razón? Y ahora te tiene agarrado: si no te da el antídoto, te convertirás en una bestia mordiente de Karlovy Vary.

Julián asintió con la cabeza. Ya tenía las pupilas normales.

—No quería atacarlo, algo me ha poseído cuando me ha dado un

golpe y luego nos hemos peleado.

—Lo he entendido. Dormiste con su chica y ella se ha ido a abortar antes de la tercera semana, como hice yo.

—No lo sabía —se defendió—. Ni que te volvería a ver, o si vendrías. Mejor vuelve a largarte, esto me lo tengo que comer yo solo.

—Más bien bebértelo —dijo sonriendo—. Ahora que por fin hemos avanzado, no me voy a ningún lado. ¿Por qué crees que los termos siempre son rojos?

Miró hacia el termo.

—Supongo que para que sepa lo que hay dentro. Para no liarse y meter lo que me dio al principio.

—Pero es raro —objetó—. ¿Cómo es que dura tanto tiempo dentro de ti? Cuando los policías hicieron un análisis de sangre en los caníbales y examinaron el contenido del estómago, el hígado, los riñones y los intestinos, no encontraron nada, tú mismo me lo dijiste. Dentro de ti encontrarían bastante.

—Quizá me esté dando el antídoto y con eso reavive un poco la sustancia original.

—Yo también lo creo. ¿Cómo te encontrabas durante la intoxicación?

—De maravilla —reconoció—. Quería zamparme a todo el mundo, a ti primera. Arrancarte de un mordisco todo el brazo desde el hombro.

—¡Me has arañado los pechos! Creía que me violarías delante de ese tío.

—Esa habría sido la variante buena.

—Eso no lo he oído. ¿Cuánto ha dicho? ¿Tres días?

—Me temo que ya no me traerá más termos. Lo mejor sería entregarme a la policía y dejarme encerrar en una sección aislada del manicomio de Ostrov. Las paredes forradas de espuma blanda.

—Te harías daño a ti mismo también allí.

—Con camisa de fuerza, difícil.

—Te morderías la lengua y te desangrarías. Ha habido casos así.

—Me pondrían una mordaza. Adiós. Súbete al primer autobús a Praga, Makro. Lejos de mí. Nada me ayudará. Ha sido un error meter a una mujer en esto.

—¡Vete a la mierda, Julián! —le gritó—. Y no me pidas chorradas.

—Pues espero que no te arrepientas —apuntó y empezó a buscar cigarrillos por los bolsillos.

Ella le fue a buscar la chaqueta en el colgador y le trajo la cajetilla y el mechero.

—Ahora tranquilízate, lo necesitas. —Le puso un cigarrillo en sus labios relajados y le encendió el mechero.

—¿Qué vas a hacer tú? —preguntó y, con deleite, aspiró la nicotina a los pulmones.

—Necesito calcular algo. En cuanto lo tenga, nos veremos. Ahora estoy superagotada.

—Cuanto más hombres son las mujeres, menos aguantan, ¿tú también te has dado cuenta? —preguntó, con una mueca.

Sobre sus piernas debilitadas, salió del ascensor y, cuando pasaba por delante de recepción, la señorita lo llamó y le dijo que tenía una carta para él. Cogió el sobre blanco sin marcar y preguntó quién lo había traído.

—Un chico —respondió ella—. Como de unos veintitrés años. Ha venido en coche y se ha vuelto a ir.

—Los coches no pueden entrar —objetó Julián—. ¿Se ha fijado en la marca? ¿Iba con alguien?

Ella sacó el labio inferior.

—Lo he visto por el escaparate. No era un coche muy grande, la marca no se la sé decir, pero era de color plateado. E iba solo.

Se fue al restaurante a tres números de allí. Últimamente, había oído a un huésped del hotel alabándolo. Que era mucho mejor que el del hotel. No entendió el nombre.

Llevaba el portátil. Eran las doce y media, el local estaba lleno hasta los tres cuartos. Se sentó en la mesa más alejada del aparador, donde había más sitios libres. Se puso las gafas en la nariz y pidió lo primero de la carta, un caldo de vacuno y un escalope vienés con ensaladilla rusa: el menú de mediodía. Cuando le trajeron una cerveza sin alcohol, desgarró con cuidado el sobre y leyó el mensaje impreso y sin firmar:

> Agua embotellada comprada en dosis de plástico de 0,5l, en un caso agua termal. En el termo rojo, caldo de vacuno con una mezcla con trazas de dos sustancias desconocidas y azufre, enviado a analizar al laboratorio del Instituto de Investigación Criminal de Praga. Seguramente algún tipo de moho. Los participantes en el incidente de la columnata del Mercado llevaban una copa de porcelana de Karlovy Vary con el asa hueca. El hombre una grande, esmaltada de azul, con el relieve de una rosa. La chica una pequeña y blanca, con el motivo de una gamuza y el borde dorado. De nuevo, no se encontró nada en sangre.

Seguramente no lo había escrito Weber, sino alguien del laboratorio y de manera que lo entendiera también un policía. Weber se lo había pasado a él.

Julián miró la sopa que le acababan de traer. Se inclinó hacia ella, olisqueó por si olía a azufre. Se le empañaron las gafas. Despachó *e-mails* de trabajo, se disculpó a *Fokus* por la demora en el reportaje sobre Vary. Envió el contenido del mensaje del laboratorio a Margarita e inmediatamente recibió un *e-mail* suyo, los mensajes se habían cruzado. El de ella era largo y lo desconcertó un poco. «La fuente de la Serpiente, la de Štěpánka, de la Libertad, de la Roca, de Sadová, de Libuše, de Wenceslao II, del Molino, de Rusalka, del Castillo de Arriba, del Castillo de Abajo, del Mercado, de Carlos IV, varios brotes termales. Algunas son más frías (lejos de la fuente termal), otras calientes (la fuente termal y su entorno). Dióxido de carbono hasta novecientos ochenta miligramos por litro de agua. Una potente agua mineral natural, solución iónica, una droga que no está registrada, 6,4 gramos de minerales por litro de agua. Treinta y tres litros por segundo solo de la fuente termal. Una fuerza del agua tremenda, ¿verdad?».

Él preguntó qué había querido decir, pero ya no respondió. Cuando acabó de almorzar, se llevó el portátil de nuevo al hotel y se dejó inspirar por el mensaje para pasear hacia la fuente termal.

El brote termal había sido movido, hacía un tiempo, hasta la plaza del Teatro, donde antiguamente estaba la estatua del primer cosmonauta. El agua ya no brotaba de una fuente de hormigón admirablemente alta, a unos cinco o seis metros. La regulación había sido necesaria por la urbanización del entorno, a la que el hierro disuelto habría empezado a dañar. Aun así, las ráfagas de viento desviaban la columna de agua a los lados y regaban a los que no huían.

La pesada construcción de la columnata de los años setenta, entonces llamada de Gagarin, pasó por una reforma, y con los años puso en jaque a la fuente más potente. Ya después de ser abierta, se dijo que el agua se había perdido y fue necesario empezar a bombearla de manera artificial. El miedo acompañaba también a las reformas actuales. Los obreros recogían trozo a trozo la torre de cristal que abrazaba al brote original de doce metros, sacaban de las paredes también los cristales de la nave de paseo, extraían las baldosas del suelo, cortaban los soportes de cristal para beber y limpiaban la fuente principal de los sedimentos de aragonito.

Julián observó con pasión el trabajo. De niño, no le gustaba la columnata; las columnatas, al fin y al cabo, eran casas bonitas de columnas. Pero ahora se sintió atraído por las franjas de cornisas de mármol; en su lugar, no le habría gustado ver la réplica de la

columnata de hierro forjado, anterior a la guerra, de la pareja de arquitectos Fellner y Helmer. Siempre, al menos en las fotos, le había recordado a una vieja estación austríaca. La que más le gustaba era la provisional, la que había llegado después, pero ahora no pudo evitar admirar la construcción marcadamente horizontal, modesta en su forma en comparación con la vertical de la iglesia de María Magdalena, pero atrevida en su masa, que enviaba a través de la torre su propio mensaje a los cielos: un chorro caliente. Julián no sabía cómo eran los esbozos del diseño original de principios de los años sesenta, pero en la época debieron de parecer ciencia ficción arquitectónica, una nave espacial para un piloto de nombre Gagarin. Quién sabe qué habría dicho de ella Le Corbusier, que tildó los estucos adornados de los edificios de Karlovy Vary como «un festival de pasteles».

Cuando acababa la escuela básica, delante de la iglesia se encontraba con una chica de la clase de al lado. No sabía nada de ella, solo que se llamaba Monika Bednářová, que parecía mayor que él y que, aunque no era físicamente tan madura como otras chicas, en comparación con ellas tenía la piel limpia, suave como la de una niña, bajo las orejas el pelo castaño cortado recto y los grandes ojos grises y redondos de un bebé eternamente asombrado. La veía en los pasillos del colegio, en el comedor y junto a los vestidores, pero nunca le dijo que le gustaba y que no podía parar de pensar en ella, para eso a sus catorce años era tímido. Pero cuando ese día soleado se la encontró, se sumió en la pena de que después de vacaciones no volvería a ver a algunos compañeros de clase, incluida ella. Esa pena tiró de su corazón hacia abajo, a las profundidades de la tierra, a las fuentes. Ellas le dieron valor.

Se saludaron superficialmente, como si nada, y siguieron cada uno por su camino. Pero él se dio la vuelta, la alcanzó y ajustó su velocidad a la de ella.

—Ven a jugar un juego —le propuso. Aún hoy no entiende cómo se le ocurrió y que luego todavía tuviera el coraje de decir su nombre, igual que el hecho de que no lo rechazara con desdén.

Los ojos sorprendidos.

—¿Qué juego?

Pero también curiosos.

—Al escondite. Allí. —Señaló hacia la columnata.

Ella objetó que allí no había mucho sitio para esconderse y que había muchísima gente.

Ya quería irse, pero él empezó a farfullar:

—Es el escondite móvil, ¿no lo conoces? No es para niños, se juega por dinero. Uno para, el otro tiene que llegar sin ser visto desde el final del paseo hasta la fuente termal. Puedes esconderte también

arriba, en la galería, pero siempre solo detrás de gente y nada más. ¿Cuánto dinero llevas?

Vacilante, ella cazó en su pequeño monedero blanco con la cara felina de Hello Kitty. Él hizo ver que no lo había visto, ella fingió que no la había desconcertado.

—Casi cien. Además de monedas.

—Yo también algo así —replicó—. Primero pararé yo, la madre está en medio de la nave, junto al cristal de la ventana. Si te veo y te pillo, me pagas diez coronas y paras tú. Si te salvas, sigo parando y te pago yo a ti. Jugamos diez rondas y luego decidimos si ya basta o seguimos.

Pareció que le interesaba.

—¿Lo has jugado antes, Julián?

—Muchas veces —mintió, absolutamente dichoso porque ella conociera su nombre—. Con los chicos. La mayoría de veces ganaba yo. Ganaba a menudo, pero nunca he jugado con una chica. Me gustaría probarlo.

Por última vez, portarse como un niño, debió de pensar ella. Al mismo tiempo, arriesgarse como un adulto. ¿Qué podía ser mejor, en junio, al final de la escuela básica? Ajá, el primer sexo. Pero todavía tardaría tiempo en pensar en ello, y ella quizá también. Vio algo así en sus ojos, cuando, con una sonrisa divertida y un poco conspiradora, consintió.

—Vale. Jugamos.

—Pero no te dejaré ganar —le advirtió cuando entraron en la sala acristalada. Y para sus adentros, añadió: «Solo porque me gustas».

—Me ofenderías.

Jugaron al escondite móvil durante dos horas, Monika se divirtió, jugueteaba entre grupos de visitantes checos, alemanes y rusos como una niña pequeña, y Julián estaba en el séptimo cielo. Un empleado la amonestó primero a ella, sus mejillas enrojecidas y sus ojos combativamente brillantes; tras un rato también a él, aunque fuera más discreto que ella. Luego los echó a los dos, amenazando con llamar a la policía.

Julián había ganado y la invitó a tomar una copa de helado en la pastelería vecina (no le gustaban las copas de helado, pero pensó que algo así la seduciría). Ella aceptó, todavía sofocada por la diversión excitante y mojada por el agua de la fuente termal, porque tres veces había conseguido entrar. Él no estaba mucho mejor. La camarera se negó a servirles en ese estado, los dos se sonrojaron de la vergüenza y tuvieron que salir. Él se ofreció a acompañarla a casa. Ella dijo que solo había salido a pasear, que al día siguiente se iba a Croacia con sus padres y su hermano. Prometió que volverían a jugar a lo mismo después de las vacaciones. En otoño, él entró en el instituto local, ella quién sabe dónde. No sabía dónde vivía.

Se la encontró más o menos un año más tarde en la estación de autobuses, iba de la mano de un chico mucho mayor y llevaba el pelo largo.

Reconoció a Julián, le sonrió y lo saludó brevemente, con discreción, con un poco de reparo. Luego ya no volvió a verla.

Tenía claro que no se la encontraría en la columnata restaurada, pero el recuerdo de Monika lo tocó. Se escondía de él entre los extranjeros, igual que él se escondía de sí mismo. Quizá ayudaría tocar la fuente termal, el padre poderoso de todas las fuentes que brotan a la superficie del ardiente mar de las profundidades, cuya existencia, a principios del siglo XIX, supuso el genial geólogo Goethe, que no se buscaba a sí mismo, sino el árbol Yggdrasil, fuente de acercamiento, conocimiento y final, el árbol de Fausto, que junta a todo el mundo para siempre, aunque solo estén juntos unos momentos.

Lo atormentaba no ser capaz de cosechar sus frutos, aunque fuera víctima de su sabia tóxica. ¿Qué motivo podía tener el Técnico para haberlo envenenado y después mantenerlo con vida? Lo había invitado a su casa, un lector que admiraba a su autor favorito. No lo había empezado todo por él. Matar a tanta gente por el ingenioso asesinato de un autor. Absurdo. «A no ser que, como en mis libros he asesinado a tanta gente», pensó, «alguien haya decidido vengarse de mí. Pero mis cadáveres siempre son de papel. Mientras que aquí en Vary son reales. Qué ironía que me invitaran a venir a mi hogar, a una ciudad que para mí está muerta».

Pequeña región, pequeño país, tanta muerte en él. Ningún lugar era como Vary, no había ningún lugar tan oscuro y tan sin niños, que nunca tuvieron su sitio aquí. La belleza del fin, el regreso a casa, al no ser, a lo irreal pornográfico que bebemos, que nos cura y purifica para que resistamos un poco más. Una vacuna contra la muerte: su propia dosis traza, bebida a sorbos de la característica copa, con agua caliente de la fuente. Excelente para el hígado, los riñones y el estómago. O, al contrario, de ningún modo agua en el cuerpo, sino el cuerpo en el balneario, bueno para la columna, los nudillos, la circulación sanguínea. Lo hizo Goethe, antes, y después de él, un centenar de famosos y cientos de miles de olvidados. Lo que bebieron, lo expulsaron, los baños y piscinas abandonadas, el agua de las fuentes contaminada por la gente volvió a la tierra, pasó una depuración y una nueva mineralización y, en algún lugar, fuera en Vary o lejos, volvió a subir.

Pero aquí mataba la química, no la naturaleza. Si lo añadiera a las fuentes un seguidor de alguna ideología, por otra parte, irrealizable, daría a conocer sus razones. Así, las víctimas —fueran activas o pasivas— serían un juguete de su mal propósito y de la casualidad, quizá de su mente enferma. En un mal momento y en un mal lugar, y

no dudaba que ese lugar era malo. Aunque sabía que los lugares malos eran atractivos. Cada vez venían más chinos y coreanos. Se grababan series y películas, cada vez más de terror, la ciudad lo pedía ya solo por su decadencia, su ruina manifiesta, el asesinato de niños, por Dios. Leyó en las noticias que la piscina del hotel Thermal se reconstruiría. Quién sabe, quizá los asesinatos hubieran ayudado. La ciudad, que durante siglos había curado, ahora mataba. En ello había cierto equilibrio. Se sumó, se restará. Vasos comunicantes. Agua.

Se aprovechó de ello esa personita insignificante con el mote de Técnico, pensó Julián. Pero cómo lo conseguía Petr Taufer y cuál era de hecho su motivo seguía siendo para él un misterio, igual que el hecho de que lo hubiera envenenado a él, a su autor favorito, y después le hubiera dado el antídoto de manera concienzuda. Un loco. Se lo trajo también después de enterarse de que había yacido con su amada compañera.

«Esto no cuadra», pensó Julián, y pasó lentamente hacia el otro lado. La fuente provisional salpicaba tranquilamente y los obreros, en la columnata desmontada, hacían lo que les ordenaba el jefe de obra. Un desplazamiento necesario. Bello en su regularidad. Pero lo arreglarían. Esto lo sacarán, aquello lo sustituirán. También las ciudades bombardeadas se alzaron de los escombros. Así que por qué no esto. Unos turistas del Lejano Oriente (que estaban sorbiendo agua de las copas) se habían detenido frente a la iglesia de María Magdalena y miraban las obras; la guía, con un paraguas rojo en la mano, les hablaba en una lengua desconocida. La esperanza está en los extranjeros. Los lugareños, desterrados. Cuántas veces se ha repetido y se repetirá.

«Les dice», pensó Julián, «que la fuente termal tiene más de setenta grados y que llega a dos kilómetros y medio de profundidad, por eso el sabor del agua es tan único y constante, no depende del tiempo ni de la época del año. Doce fuentes tradicionales, hay un par nuevas. Pero podrían ser por ejemplo cien, bajo la ciudad burbujea igual que en el año 1000, igual que en el año 3000, y lo que no es recogido en los recipientes marcados y nombrados, donde los valores del agua se miden y controlan, acaba en el río. Las fuentes con nombre son la nobleza, como si todos los demás brotes salvajes, la plebe, no existieran. Niños no deseados tirados al canal. Sin embargo, abajo sigue naciendo, rebosando, habrá más, habrá una infinitud de abortos. No, eso no se lo cuenta», se corrigió. «Les dice que las fuentes tienen sabores diferentes y que los auténticos expertos realmente distinguen si se trata de una fuente termal o de alguno de los brotes más lejanos». Hicieron una cata así de estúpida ya durante una excursión del instituto, se hicieron los sumilleres y no distinguieron nada de nada. Sí, diferente temperatura, agua caliente, más fría. Algunos compañeros

se negaron a catarla, convencidos de que les entraría una diarrea asesina, pero Julián entonces probó todas las fuentes, y la que más le gustó fue la fuente termal: el sabor embriagador, fuerte, encantador, se acercaba casi al alcohol, con el que a sus diecisiete años había tenido sus experiencias.

No, la chica tampoco les estaba contando eso. Por qué iba a hacerlo, cómo podría.

Se metió las manos en los bolsillos del abrigo y continuó avanzando. Pero seguían sonando en su cabeza las frases imaginarias y fantásticas de la discreta guía de los visitantes orientales. Que las fuentes de Karlovy Vary son tan calientes que no se pueden congelar. Está semánticamente contenido ya en el nombre del balneario[6]. Una señal clara para todos los que no se quieren congelar. Un signo evidente. Los jugos calientes de la tierra, por decirlo de una manera vulgar. Un balneario, por decirlo de una manera aceptable. Se pueden tragar, uno se puede bañar en ellos. Cuesta dinero, pero también hay cosas más caras en el mundo».

«No, no les dice eso. ¿Qué les dice?».

Que las fuentes son codiciosas y corroen todas las columnatas del lugar desde abajo, pero que también son frágiles y un día pueden perderse completamente, como pasó en Teplice después de la catástrofe en la mina. Como niños.

¿Esa información no es demasiado negativa? Quizá les ofreciera asuntos banales que no pueden ver con sus propios ojos: un par de palabras sobre el depósito de recogida bajo la fuente termal, desde el que el agua caliente se envía por tuberías a las instalaciones de los balnearios, donde los huéspedes no la beben, sino que se bañan en ella. Luego salen y beben de las fuentes, la meten en botellas de plástico, termos y copas con el asa hueca. Agua alrededor, agua dentro.

No les contaría que envenenar el agua en el depósito tendría sentido si penetrara el cuerpo por la piel, como un gas de guerra. Entonces, sin embargo, las víctimas caerían a la locura asesina durante las tratas. La mayoría de los casos, no obstante, habían sucedido en el exterior, la excepción eran el balneario Mantova y el mirador Diana.

En sus discursos aprendidos, la guía se callaría esto. Todavía había gente yendo a Vary, quizá su suerte estuviera girándose ya ahora. Ahuyentar al resto de visitantes sería el último golpe para la ciudad.

Se detuvo, la mirada clavada en el río suave con el fondo herrumbroso. Como gotas de veneno, se veían lugares verdes donde, en el agua caliente, se agarraban las algas y las bacterias termófilas. Los islotes verdes le sugirieron la idea de que quizá se tratara precisamente de ello. Iba de eso para alguien poderoso, no como Chjartishvili, sino alguien con intereses fuertes, contrarios. De repente,

le entró miedo. Volvió a llamarla, pero la llamada dio con el buzón de voz. Dejó un mensaje de que lo llamara inmediatamente, que se encerrara en su piso alquilado y no le abriera a nadie.

Se apresuró junto al Teplá, se paró en la recepción del hotel por si alguien le había dejado un mensaje, con la mano temblorosa escribió a Makro un SMS y ni siquiera corrigió los errores. Seguro que de su tosco mensaje entendería que estaba en peligro, ahora que el Técnico la había visto con él. Después fue a paso rápido a I. P. Pavlova 36, escogió entre los timbres y llamó al que llevaba la placa con el nombre de Pátková. Nadie contestó. Intentó con una tal Larissa Zagrebina. Lo sorprendió una voz grave de hombre:

—*Da*.

Julián dijo, en inglés, quizá innecesariamente sincero, que vivía en un apartamento del primer piso y no tenía la llave, que si el señor Zagrebin podía abrirle. La voz gruñó en ruso que no era ningún puto Zagrebin (eso entendió al menos Julián), pero apretó el timbre y la cerradura saltó.

Julián le dio las gracias, entró en el pasillo y, por las escaleras que hacía años limpiaba con esmero cada sábado par (los impares le tocaban al vecino, pero este, como iba con muletas, dejaba las escaleras sucias), corrió hasta el piso y golpeó la puerta.

Tras unos momentos, le abrió Mariela, vestida con un jersey blanco y pantalones negros. Lo sacó de quicio, esperaba al Técnico, quizá otra pelea. Ahora estaba mirando la cara pálida de la mujer, apoyada en el marco como si se le doblaran las piernas.

—Ha venido a verme el Técnico, sé lo del aborto —dijo directamente y Mariela cerró los ojos como si fuera a desmayarse.

La cogió por la cintura y la llevó hacia el sofá de la sala de estar, pero cambió de idea y maniobró con ella hasta la cocina, donde la sentó a la mesa. Cuando pasaron por delante del cuarto de baño, vio el botiquín abierto en la pared, botellines con un líquido transparente, debía de haber unos cincuenta. En el lavabo, vio una jeringuilla.

En la mesa de la cocina había una botella de ron jamaicano oscuro, un tercio del contenido bebido, ningún vaso. Mariela la cogió y le dio uno, dos, tres tragos. Luego se la dio a Julián y, con la voz ahogada, le contó que había cambiado de idea con lo del aborto en el hospital, al final no había sido capaz de ir.

El ron lo sofocó. Ella de nuevo intentó coger la botella, insegura, graciosa de no ser por las circunstancias. Él la empujó por la mesa para dejarla fuera de su alcance.

—Si cambiaste de idea, sabes por qué. Pero no es culpa del bebé.

Volvió a empujar la botella y se puso de pie.

—¿Adónde vas? —gritó, pero él ya estaba en el recibidor, cruzó la sala de estar y entró en la habitación vacía.

—Solo tengo que comprobar algo —dijo.

Junto al escritorio, cogió el cilindro de alfombra enrollada que seguía apoyado en él, lo echó en el parqué y lo pisó con la punta del zapato hasta que sintió un pinchazo entre el hueso sacro y el coxis. La alfombra se desenrolló un poco.

Una alfombra persa, afgana o shirazí, fuera lo que fuera, azul y roja. Pero era la misma.

—¿Qué haces? —se oyó tras él y, cuando miró, vio en la mano de ella un cuchillo de cocina con un filo de veinte centímetros.

—¿Y tú? —replicó—. Vas a por mí con un cuchillo. En la roca me salvaste la vida y ahora quieres destriparme. Quizá me necesitéis, vosotros dos —señaló hacia su barriga.

—No necesito tu puto dinero —espetó ella—. Quería tener una hija con ella.

Él lo atribuyó a la borrachera.

—Con él. Con el Técnico. Así que no podíais tenerlo, ¿no? Ahora esperáis uno, quizá él lo acepte como si fuera suyo. Lo llevas mejor que yo. Si a ti también te envenenó y te mantiene en jaque con el antídoto, al menos puedes obligarle a que no le añada una nueva dosis de veneno. Ahora que estáis embarazados. Si no tiene consecuencias en el feto. Igual mejor tendrías que haber abortado. Llevas dentro a un pequeño yonqui y lo mejor sería que te lo cortaras directamente de la barriga. Hazlo.

Ella miró insegura al cuchillo, lo sopesó, bebió de la botella que tenía en la otra mano.

—Alguien deja estas fotos en los lugares de los crímenes —continuó, controlado, con un tono neutro. Sacó las fotos del bolsillo y se las ofreció a Mariela, pero ella se apartó como si fueran un arma. Dio un par de pasos atrás, como si la pudieran herir más que la botella llena hasta un tercio—. Tú míralas. —Julián la siguió—. Sale una chica con calcomanías. Parecen tatuajes, pero no lo son, y contienen un mensaje oculto con su nombre.

—¿Su nombre? —dijo Mariela, ahora más pálida que un espíritu.

—Pandora.

—Pero ¿cómo se llama de verdad? —susurró.

Él vio que había acertado.

—Josefa Titlbachová. Expósita. Se creían que estaba muerta, en algunas de las fotos lo parece. Pero no lo está. Está viva.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo un tío. No tiene nada que ver con ella, solo lo sabe.

—Así que se ha acabado. —Mariela soltó el cuchillo, este se clavó en el parqué, por un momento se quedó allí, luego se volcó. También soltó la botella, el ron roció la alfombra. Se cubrió las orejas. Siguió retrocediendo ante las fotos, derribó el colgador y la tabla de

planchar.

Julián saltó hacia el cuchillo, lo agarró y lo tiró a la sala de estar. Aunque rodaban por allí tantas herramientas que también habría tenido que tirar el martillo, los alicates, la llave inglesa y todos los clavos. Levantó la botella, algo quedaba dentro. Quizá un arma de defensa. No parecía que ella supusiera una amenaza inminente. Fue de espaldas hasta la pared del cuarto y se deslizó por ella hasta acabar sentada. Dejó de taparse los oídos, solo miraba hacia el vacío, que no estaba vacío y cuyo contenido, por su expresión, debía de aterrorizarla. No percibía en absoluto a Julián y parecía haber caído en una conmoción tras una explosión, o en un estado catatónico, se llevó las manos a la cara, las olfateó y luego volvió a dejarlas caer.

—Mari —le dijo él, pero ella no lo oyó. Dedujo que, aparte del alcohol, podía ser droga. La fotografió con el móvil. Ella ocultó toda la cara tras las manos y se quedó inmóvil—. Pandora no está muerta —continuó—, guarda cama en el hospital de la plaza de Carlos de Praga, sigue en coma, ya hace mucho que no tiene los tatuajes. Os conocíais, porque de otra manera no habrías reaccionado así, y Pandora estuvo en esta alfombra, quizá borracha, pero sin duda no en coma. ¿O el Técnico salía con ella y fue él quien sacó las fotos? ¿Qué pasó entre ellos?

Ella calló, todavía sentada y apoyada en la pared, como en estado de estupor. Se echó el pelo por delante de los ojos para que él no se los viera.

Él colocó la botella sobre el escritorio y se acercó a ella con cuidado.

—Mari —se inclinó hacia ella y agitó su mano frente a la cara invisible.

Era como si no hubiera nadie tras el pelo negro.

Le llegó un SMS. «Que pasa? Estoy OK. ¿Puedo llamar?».

Sacó una foto de un detalle de la alfombra roja y azul. Luego extendió sobre ella las fotos, algunas de las cuales mostraban precisamente esta alfombra, y le mandó todo, incluida la Mariela en estado de *shock*, a Makro.

Al levantar la cabeza de la pantalla, se sobresaltó al comprobar que Mariela ya no estaba sentada, sino de pie junto a la pared, recta y tensa, con el pelo todavía como una mampara delante de la cara; incluso estaba de puntillas, con los brazos a lo largo del cuerpo y las manos cerradas en un puño. Sin moverse.

Recogió apresuradamente las imágenes y todas las herramientas de aspecto peligroso, al menos lo grande, y en el dormitorio las metió bajo la cama. Le habría gustado encerrar a Mariela en la habitación, pero no había llave en la cerradura y la hoja de la puerta igualmente era de vidrio.

Recibió una llamada de Margarita. Al principio, no se la oía.

—¿Estás? —voceó.

—Espera. Estoy mirando la foto.

—¿Cuál?

—La de esa mujer. ¿No tienes ninguna mejor?

—No.

Oyó claramente cómo resoplaba, insatisfecha.

—Pues hazle otra. Ahora mismo. Y envíamela. ¡Ya! —le gritó, pero él ya corría, cambió al manos libres y presionó el icono de la cámara.

Pero Mariela no estaba en el cuarto. No se había dado cuenta de que hubiese salido. Pensó que mejor encendería la cámara, pero oyó un tintineo, ruido de cristales. Corrió al pasillo y la vio en el cuarto de baño. Estaba echando a una gran bolsa el contenido del botiquín arrancado de la pared y, tras ponérsela al hombro, se dio la vuelta y le tiró el botiquín. Él apenas tuvo tiempo de agacharse. Dio en la puerta. Ahora llevaba abrigo, con botas altas, la bolsa sobre su hombro. La fotografió en ese momento. Ella se lanzó a por el móvil y él levantó la mano, lo que no le sirvió de mucho porque, con las botas sobre tacones fuertes y altos, era más alta que él y se movía con ellas con absoluta seguridad. Pero él era más fuerte, así que la volvió a empujar al cuarto de baño, solo entonces se fijó en unas gotas rojas en su muñeca derecha, y sintió un dolor agudo. En ese instante, vio la jeringuilla que ella había sacado con rapidez de la bolsa y con la que lo había pinchado. Había creído que quería quitarle el teléfono. Ella jadeó con intensidad, parecía que esperaba su reacción.

Tiró la jeringuilla tras ella, al cuarto de baño.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó él, con calma. De repente, no era capaz de enfurecerse.

—¿Por qué me sacas fotos?

Confundido, se acordó de la última foto, se puso en cuclillas sin dejar de mirar a Mariela. Envió la fotografía a Makro.

—¿La voy a palmar o qué he de esperar? Al menos dímelo. ¿Qué me ha mezclado el Técnico esta vez? Sigues con él.

—¡No envíes nada a ningún lado! —chilló hacia la habitación—. Te voy a mejorar el móvil —Él vio que se movía y hablaba a cámara lenta, como un fantasma—. ¿Dónde has metido el martillo, ostia? —Estaba furiosa—. Devuélvemelo. Es el martillo del Técnico. Es decir, ¡mío! —Tenía la voz casi llorosa.

Él estaba tan calmado que empezó a reírse. Se fue hacia ella. Le señaló la cara.

—Te has mordido el labio, te sale sangre.

Ella recogió una escuadra de la alfombra y por poco se cayó. Pero se enderezó y se la tiró, solo le tocó el hombro. Igualmente dolió. Encontró el cuchillo que él había dejado a un lado y se lanzó a por él, insegura.

Julián no pudo evitar reírse, aun sin subestimar la peligrosidad de la situación. Corrió ante ella al lavabo y se encerró. Ya que estaba dentro, hizo pis. Se sintió bien, hacía mucho que no experimentaba una meada tan agradable, y luego cuando se lavó las manos en el lavabo, también le gustó muchísimo y lo alargó innecesariamente por la sensación placentera del jabón resbalando entre sus manos.

Ella golpeó la puerta.

—¡Ocupado! —gritó. Escuchó a ver qué hacía ella, pero ya no se oyó nada más. Y luego la toalla. Le pareció divertido lo húmeda que estaba. En este baño nada se secaba, igual que cuando era pequeño. Olía a setas y moho. Deseó no estar ahí, sino arriba, en los bosques debajo de Linhart, o en el mirador de Goethe. Le pareció que la toalla azul estaba allí desde toda la vida. Nadie la había cambiado jamás.

Cerró la taza del retrete y se sentó en ella, de pronto cansado como nunca. Se examinó la mano herida. Mariela había acertado admirablemente la vena de la muñeca, donde ahora se había formado un morado oscuro, pero ¿cuánta droga podía haberle inyectado en menos de un segundo? Le habría gustado saber qué era, porque se lo compraría en Praga. Y aquí lo había obtenido gratis.

Se aseguró de que la puerta seguía cerrada con pestillo, de que tenía la cabeza entera, de que Mariela no estaba allí y no le había hecho un agujero en la cabeza con el martillo ni con la escuadra. Luego abrió y entró en el piso.

—¿Mariela? ¡Mariela!

Las paredes le devolvieron su nombre como un eco. No estaba en la cocina, en el cuarto de baño, ni en ninguna de las tres habitaciones.

Intentó mover el picaporte. Cerrado.

Mientras se despejaba, reflexionó, con la cabeza cada vez más dolorida, que, si la policía vigilaba su comunicación telefónica, al menos sabría dónde estaba. Si no, bien también. Buscó un ibuprofeno en el cuarto de baño, pero Mariela se lo había llevado todo.

Tenía que salir de allí: del piso donde había crecido, pero del que hacía mucho que no tenía llave.

Se asomó por la ventana del cuarto. Las cornisas estucadas podrían ofrecer algún apoyo a los pies, y si luego se colgaba del alféizar de latón y se soltaba, al caer en la acera no necesariamente se rompería una pierna y quizá ni siquiera se torciera un tobillo. Pero podía pasar. Ahora no necesitaba nada de eso.

La ventana de la cocina… abajo, un patio de hormigón. Aquí la pared del edificio era lisa. Justo debajo había un Mercedes blanco, tampoco quería caer sobre él. Debía de pertenecer al señor que le había abierto el portal y que no era ningún puto Zagrebin. A la derecha de la ventana, en el límite del edificio contiguo, había un canalón y un pararrayos, ambos demasiado lejos como para dar un

paso seguro desde el alféizar, para eso tendría que haber tenido las piernas y los brazos de un jugador de baloncesto. Miró hacia la izquierda, donde estaba la segunda ventana de la cocina, en cuya luz antes desayunaban y almorzaban, a la sombra eterna del muro de piedra, sobre el que la cuesta se levantaba hacia la curva de la actual calle Bezruč. Nada que celebrar.

Volvió al baño y abrió la ventana de cristal opaco. Saldría por ahí, aunque tuviera que caer sobre el culo del Mercedes.

Se sentó a horcajadas en la ventana, de nuevo evaluó la altura sobre el suelo. Cinco metros. Más bien seis. Dobló la pierna derecha y ya tenía las dos fuera. Desde la calle lo habrían considerado un mísero suicida por querer saltar desde tan poca altura. Le entraron ganas de reírse, pero ya no encontró la risa. Le dolía la cabeza de mala manera. Nadie en el patio. Hacía un momento había pensado en hacerlo saliendo por la ventana con el culo delante, colgándose del alféizar y luego simplemente soltándose, pero ahora tenía otro plan. Sobre la entrada a la casa desde el patio había un cobertizo. Por desgracia, no estaba directamente debajo de él, sino oblicuamente a la izquierda, más o menos a medio camino entre el nivel del alféizar y el hormigón gris de abajo, de aspecto tan implacable. Se podría saltar bien al cobertizo desde la ventana de las escaleras, pero no podía llegar, las escaleras estaban detrás de la puerta cerrada.

Se aseguró una vez más de que arriba, por los caminos entre los árboles, no venía nadie que, al mirar casualmente hacia abajo, pudiera considerarle un ladrón o un suicida en la pared trasera del edificio; se apoyó en el brazo izquierdo, se impulsó en la pared lisa con las suelas, como un joven saltador de *parkour*, y ya volaba por el aire. Sin embargo, sabía que se había impulsado poco, pero ya no había tenido más fuerza para saltar desde la casa. Así que fue una caída semilibre.

Con la mitad delantera de los pies, cayó sobre el borde lateral del cobertizo, no se esforzó en sujetarse, en esa condición no habría podido. Pero al menos así redujo la caída en el patio de hormigón. Antes se giró en el aire, le chasqueó la espalda, y cayó a cuatro patas, con el costado derecho dando al edificio. Acabó de rodillas en el suelo, sus piernas no eran tan fuertes como para que fuera una caída deportivamente elegante. Pero no les pasó nada a las rodillas y no tuvo que intentar dar una voltereta de paracaidista, que igualmente no sabía hacer, bastó caer a un lado, se quedó tumbado y no sintió ningún dolor punzante ni en las extremidades ni en las costillas.

Se quedó así unos momentos. Un poquito. Las rodillas estaban intactas, pero dolían que daba gusto, y las caderas hacía mucho que no lo pinchaban tanto. «Ahora qué», pensó. «¿Y si no me levanto antes de que venga alguien?». Pero conocía la respuesta. Era una y no otra.

Se levantó despacio, pudo hacerlo, las articulaciones de las

extremidades inferiores no parecían dañadas, por no hablar de los huesos y los ligamentos. Miró arriba, a la ventana de la que había saltado. No quiso admirarse, pero no pudo evitarlo. Luego intentó dar un paso, funcionó. Si podía andar, podría correr. O al menos un trote cojeante. Qué habría dado por eso Marésiev, el piloto amputado al que Boris Polevoi convirtió en el bolchevique Marésiev…

Salió tambaleándose del portal, como una rata de un canal, y luego, ofuscado, avanzó por el paso elevado de acceso hacia la parada de taxis del Thermal.

En Tuhnice la abrazó con un ardor inapropiado, había una alegría espontánea por verla sana y salva después de ese par de horas. Desconcertada, lo instó a que se quitara los zapatos, según insistía el dueño del estudio. Le ofreció un té.

Se sentó en el sillón y miró a su alrededor. No le gustaba que el piso estuviera en la planta baja. Aunque en las dos ventanas hubiera rejas, no despertaban confianza en él. Las barras eran más bien alambres, una barrera psicológica. El dueño seguramente las había puesto él mismo, sin permiso. Quién sabe, quizá la casa tuviera un dueño ruso al que todo le daba igual y que solo quería deshacerse del inmueble.

Makro le dio una taza de té y se sentó frente a él. Sin querer, sus piernas se tocaron y ella reculó.

—Desde el taxi me has escrito que has huido de allí por la ventana. ¡De tu piso! Así que ya para siempre, ¿no?

—No tenía ni idea de que volvería. —Se encogió de hombros.

—Es obvio que debías.

—No me lo imaginaba así.

—Hay quien sí.

Estuvo unos momentos pensando en ello y dijo:

—Al final ha salido mejor que si hubiera sido aquí. —Señaló las rejas—. A ti te pillarían, y fácilmente. Múdate adonde estoy yo. O aún mejor: intercambiemos nuestras direcciones. Nos vigilaremos el uno al otro. Si me pasa algo, tendrás la oportunidad de encerrarte en algún sitio. Una de las posibilidades por las que me ha encerrado allí.

—¿Quería protegerte de él?

—Mmm. Pero él tiene llaves del piso.

Ella bajó la cabeza. Miró al suelo. Levantó los ojos.

—No lo había pensado.

—Tú funcionas con tus fórmulas. No puedes pensar en todo.

—Como que tú eres el empático, pero yo tengo la razón —dijo, riéndose—. Ahora di que nos complementamos.

—Nos complementamos.

Ella se levantó bruscamente, fue hacia la ventana abierta y golpeó la reja con la palma de la mano.

—Así que los dos. Bien, cuento con ello. Más ella que él. Pero ¿por

qué?

—El Técnico, ella, no sé cuántos hay. Pero él la tiene bajo control, igual que a mí.

—El Técnico te dio el antídoto.

—Al principio, también me mezcló el veneno en la bebida. A no ser…

—Quizá —admitió y se giró hacia él—. Quizá la bebida la hiciera ella. Empiezo a entenderlo.

—¡Por fin! —estalló y fue a abrazarla, pero ella no se dejó, volvió a por la taza de té y la sujetó en su pecho. Él se apartó rápidamente y, con los brazos cruzados, se sentó en la mesilla de centro.

—Yo la conozco —dijo ella después de unos momentos.

—¿De la Facultad Químico-Tecnológica?

Ella asintió.

—En la Quimtec yo estudiaba Matemáticas. Ella acababa Química. No podías no fijarte, allí no había estudiado nada tan bello, ni antes ni después. Entonces se llamaba Muriel Bardisalová y todos daban por seguro que seguiría con el doctorado y la adjuntía, la facultad quería retenerla. Era particular por su afición a la mitología griega, como pocos científicos. Incluso actuaba en el teatro de la facultad: Esquilo, Eurípides, Shakespeare, Schiller y otros, su compañía de teatro era famosa, pero a mí nunca me interesaron los *amateurs* y no vi nada suyo, no tenía tiempo para tanta literatura. Error mío.

—Para mí tuviste tiempo —añadió él.

—Tú no eres un *amateur* —cortó.

—Sí que lo soy. Siempre lo seré.

Ella sonrió, agitó la mano.

—Muriel se fue a Estados Unidos a probar, la gran ciencia, el dinero. Estuvo allí como un año, quizá dos, pero de repente la devolvieron, nadie supo exactamente por qué, simplemente la echaron. Pasó de hacer el doctorado en la facultad. Pero ya durante sus estudios la empresa Bayer se fijó en ella y le ofreció trabajo en Alemania, esta vez aceptó. Antes de irse a América, había empezado a salir con un científico italiano, un tipo elegante veinte años mayor.

—Creía que lo había conocido después. Eso dijo ella.

—Supongo que estaba mintiendo. Yo no conocía su nombre, una vez lo vi en una fiesta de facultad. Por Bayer, y gracias al italiano, obtuvo un trabajo en Milán, pero vivían en otro sitio, porque…

—En Génova. Eso lo sé yo.

—Vale. Se casó con ella. Eso decían.

—Así que ni siquiera erais amigas.

—Nos saludábamos, pero amigas, no tanto. Me parecía demasiado distante, entiéndelo, cuando alguien parece una fotomodelo, no estudia Química. Yo solo era lista, ella era lista y guapa.

—Siempre te he considerado guapa.

—Déjate de chorradas.

—Tengo que disculparme, ¿no? Por considerarte guapa.

—No tienes por qué, pero no quiero oírlo.

—¿Por qué no me hablaste de ella cuando salíamos juntos?

—No había motivos, y también tenía un poco de miedo de que empezaras a interesarte por ella.

—Ya sé. No tienes que recordarme lo que hacíamos.

—Que te pasaras noches enteras cotorreando era bonito, pero tenías que tomar tres veces, ¿recuerdas? No te gustaba esnifar, te lo aplicabas en las encías, tu manera preferida, así como suavemente, sin perder el control, te limpiabas las manos, dejabas los dedos mojados, pegabas el polvo, me abrías la boca y me masajeabas las encías a mí también. Todavía decíamos bobadas durante una hora, luego hacíamos el amor. Y por la mañana te levantabas ya a las siete y directamente te sentabas en el ordenador y te pasabas toda la mañana tecleando, ni te fijabas cuando te decía que salía. Y yo no quería que sedujeras así a una mujer como ella.

Los dos se sentían avergonzados. Su pasado levemente drogadicto, inocuo pero culpable. El amor que nunca se había reconocido como era debido y que nunca había llegado a funcionar. La culpa por ambas partes. Un hijo secreto, un aborto, el final.

—Luego dejé la coca —dijo, avergonzado.

—Porque no tenías dinero para ella. —Se rio—. Pero no pasa nada, al menos esta droga te permite dejarla.

Julián ya no quiso continuar.

—Su marido se murió. Allí, en Italia. ¿No se te pudo ocurrir, ya que la conoces, que era ella?

—¿Estás loco? —protestó con una risa nueva, esta vez todavía más amarga—. Sé matemáticas, pero no podía relacionar muy bien a Bardisalová con la Moretti. No sabía qué apellido había tomado, que fuera viuda, que hubiera vuelto. Lo sé ahora.

—Trabaja para una empresa aquí, en Vary. El mundo es pequeño.

—Julián —dijo, con seriedad—. En la universidad se decía que se drogaba, incluso que elaboraba su propia droga. En su beca americana debió de pasar algo así. En los laboratorios.

—Las drogas son medicinas. Los americanos llaman *drugs* a los medicamentos.

—Estaba con una beca en un laboratorio, y qué sé yo, debió de descubrir algo y querría quedárselo para ella. Hacía una sustancia parecida a la pervitina, pero no estaba prohibido.

—Ni los americanos la habrían encerrado.

—No lo hicieron. Solo la expulsaron. Oye, entonces solo eran conjeturas. En la facultad había rumores de que tomaba algo,

seguramente cocaína o algún derivado suave, porque no dejaba efectos visibles. Lo que Muriel se cocinaba, se lo esnifaba y no lo compartía con nadie, recuerdo esos chismes. Pero las facultades esto lo silencian o lo resuelven solas, sin policías, no quieren que salga, joder, en ningún lado, eso baja el *rating*. Podría haber pasado que el laboratorio americano tuviera sospechas y le diera a elegir: o una investigación policial o chao, a volver a Europa en un tris.

—Es posible. Pero no tenemos tiempo de comprobarlo. Dejémoslo para la policía criminal, que haga algo también. En un rato te devoraré, ¿qué te vas a poner?

—Así que ella no te importa.

—¿Mariela? Ella es solo su títere, igual que yo.

—¿Qué sabes de él?

—No mucho. Solo que me ha hecho su esclavo. Pero quizá tenga alguna debilidad sentimental por mí, le gustan mis libros. Una paradoja, ¿eh? Si no, ya no estaría aquí, supongo. Asesino y luego suicida.

—En mi opinión, no a cualquiera se le ocurriría algo así, pero bueno. Tengo aquí una pequeña muestra.

—Sabes bien que nunca he entendido ninguna muestra.

—Sí. Y yo a ti nunca te entenderé como creí que te entendía cuando estábamos juntos.

Él no fingió que no le hubiera tomado por sorpresa ese comentario, incluso que no lo irritara. No fingía ya nada frente a ella. Pero, después de tantos años, seguía teniendo la necesidad de defenderse.

—La psicoanalista Sabina Spielrein, a los quince años, estuvo en Karlovy Vary con su madre rusa. Después fue a tratarse con Jung, sí, me refiero a Carl Gustav. Después estudió con él. Y después salió con él. ¿Goethe se habría enamorado de ella, si todavía hubiera estado vivo y en Vary, entonces? ¿Igual que de Ulrika von Levetzow? Tenía más de setenta años.

—¿Y dónde le pasó? En Mariánské Lázně. Y él era aún mayor.

—Ella tenía diecisiete.

—Es una historia conocida, y realmente no entiendo… Ajá. Ah, vale. Conociste a Muriel aquí y te enganchaste igual que cualquier viejo loco se queda pillado de una joven.

—No me enganché para nada —se defendió Julián—. Me llamaba la atención como una fruta exótica. Fui con ella de excursión, como te dije, como un idiota escalé tras ella por una roca absurda en Svatoš, y por poco caí… si ella no me hubiera agarrado.

—Si no te hubiera agarrado. Pero tú subiste la roca detrás de ella, ¿eh? Así que, de no ser por ella, tampoco se te habría ocurrido subir. Con tus fobias a las alturas.

No tuvo que contestar.

—Y ella, luego, ¿qué? ¿Después de hacer ver que no te hacía caer?

Él se quedó pensando.

—Bueno, después estaba rara, no quería hablar de eso y le sabía mal haberme arrastrado, pero primero se echó a llorar. Aunque quizá se echara a llorar precisamente por no haberme dejado caer. Eso es lo que siento.

—El Julián irracional.

—La Mariela histérica. Imprevisible. No hay ningún patrón en ella, y si lo hay no se puede descifrar. Para entender a una persona, esta necesita tener una constante, algún punto medio, un centro de gravedad. Pero ella solo tiene extremos.

—Igual que los asesinatos. Puros extremos. Pero si no hay un patrón, trabajemos al menos con una hipótesis. Si no amas a Muriel. En tal caso, corre tras ella y haz lo que sabes hacer.

—Para nada.

—¿Seguro? O de nuevo solo estás enamorado de la relación, de la idea de relación, del enamoramiento, no de la mujer. Es igual que conmigo. Atontado por la idea del amor y de su consiguiente y deprimente manifestación y demostración. Dios, ¡suerte que me deshice de ti!

Le habría encantado ofenderse, pero su razón le decía que no era el momento.

—A veces, la idea del amor es tan seductora —dijo tranquilamente —. ¿A ti no te seduce? ¿No puedes entenderlo? Absurda, irrealizable, y, sin embargo, seductora. Pero tú no lo llevas dentro de ti. Nada de mí.

—Ya no quiero oírlo. Fue mi decisión y mi riesgo.

—Te refieres a mi hijo. —No pudo reprimirse.

—¡Nuestro hijo! —dijo, y se mordió el labio—. Algo nuestro que yo no quería. Pero ahora tengo algo nuestro que sí quería.

—¿Cómo? —Se espantó. Y se imaginaba el porqué.

—Tenía que comprobar qué llevabas, así que esta mañana, antes de salir de la habitación del hotel, he bebido de tu té. Mientras estabas en el baño.

—Típico de ti. Y terrible. —Escondió la cara entre las manos.

—Típico de mí habría sido llevarme el té. Pero quería saber qué hacía con la química del cuerpo humano. En el hospital, he encontrado el laboratorio toxicológico y he tenido suerte. Un chico guapo, joven para mí, pero le he gustado.

—¿A quién no le gustarías?

Ella ignoró el comentario.

—He preguntado si el laboratorio también trabajaba para la policía, ha dicho que no, que tiene un laboratorio propio. Así que le he ofrecido dos mil coronas en mano si me hacía un análisis de sangre y

no le decía ni mu a nadie. El sinvergüenza me ha pedido cinco, más una mamada, pero he pasado. Solo me he arremangado. Cuando me estaba cogiendo sangre… ha tardado mucho, porque no podía encontrar la vena y no le salía nada bien, tengo la piel gorda, como sabes. Se ha puesto nerviosísimo y ya no me ha pedido nada. No tendría que haberme estado mirando los pechos, lo habría hecho mejor.

—Luego habéis ido a tomar algo, ¿no? —lanzó Julián.

Ella se echó a reír y negó con la cabeza.

—Aunque él quería.

—Te ha subido la autoestima, felicidades.

—No necesito subirme la autoestima, Julián. Necesito sobrevivir a esto. Pero algo ha empezado a repiquetear entre nosotros, es cierto.

—¿A repiquetear? —Levantó las cejas.

—Esto. —Se levantó, se fue al dormitorio y trajo de allí una caja de plástico azul, más bien un estuche. Él oyó cómo hacía clac-clac. A medida que ella se acercaba, el sonido ganaba en ferocidad.

Sin querer, se apartó.

—¿Qué es esto?

—Lo he escondido para que no lo oyeras y te asustaras enseguida.

—Lo has conseguido, igualmente —dijo Julián, le cogió la caja con un asa para transportar. En la pantalla había una manecilla finísima y un dial—. Geiger-Müller —leyó—. Extra Sensitive. Como un condón extrafino.

—La radiación se puede medir incluso con un *smartphone*, si le añades un accesorio, pero me gustan más estas cajitas analógicas. Son máquinas fidedignas. Esta era lo más, antes de que se pasara a la electrónica.

—¿Te lo ha dado sin más? —Fue a cerrar la ventana.

—Se lo tengo que devolver en la cita. Pero no pienso ir.

—Reaccionó contigo. Con tu radiación. ¿Y no le entró miedo?

—No emano tanto, mientras que tú… —Miró a la pantalla, donde se agitaba la manecilla, la máquina repiqueteaba a lo loco—. Quizá sería mejor que no tuvieras más hijos. Por si salen con cuatro pies y cuatro manos. ¿No te duele últimamente la cabeza más a menudo?

Él la observó inquisitivo, esforzándose en adivinar hasta qué punto le estaba tomando el pelo.

—Soy propenso a la migraña, la cabeza me ha dolido toda la vida.

—Así que no te darías cuenta ni si la migraña hubiera empeorado por la radiación. Por su influencia, se te están desintegrando los átomos. Aparece la radiación gamma. Gracias a eso, en el hospital quizá puedan observar con un tomógrafo lo que pasa dentro de ti, pero al Técnico le basta si lo atrapa la caja. Sabe que estás cerca. Por ella lo puede saber incluso a decenas de metros.

—Llévate esto —dijo y le dio la máquina—. Así que un *tracker*. Pero el Técnico no me envenenó con esto, nada de polonio, como le pasó a Litvinenko. Ni las víctimas ni los asesinos eran radiactivos. Aunque el Técnico a veces aparecía cuando no lo esperaba, es cierto.

—Por eso pudo escenificar algunos asesinatos de manera que tú estuvieras cerca: para que quizá fueras un participante directo, o al menos un espectador. ¿Eso responde?

—Supongo que sí —asintió—. Si no, serían puras casualidades. Y estas casualidades cada vez son menos casuales. —Se daba perfecta cuenta de que en cierto momento se había convertido, sin querer, en parte del sangriento teatro karlovariano, y seguía siéndolo—. Por favor, llévatelo ya. Este ruido me pone malo y solo empeora la migraña.

Hizo lo que le había pedido y, cuando el repiqueteo se alejó y ella volvió, dijo:

—La sustancia efectiva es un derivado parecido a la cocaína y a la pervitina. Creo que solo alguien como Bardisalová calcula cómo verterlo en un líquido lleno de sulfato, potasio, calcio y sodio, además de dióxido de carbono, contenido en forma de gas. Quizá tenga su papel aquí también la temperatura de la fuente, porque las que están a más de cincuenta grados probablemente aceleren la reacción. La fuente termal está a setenta.

—Así que seguro es la fuente termal.

—Es la más probable. La fuente termal es caliente y el calor dura poco. Piensa que, cuando la sustancia llega al cuerpo, se enfría bruscamente. Hoy en día hay geles modernos, y aviso que no sé si es un gel o algo distinto. Pero un gel, como cuando haces un pudín, se espesa y se vuelve de goma a altas temperaturas, y estos nuevos productos, al bajar la temperatura, no se condensan, al contrario, vuelven al estado líquido. Y en este estado, cuando ya están en el cuerpo, entran por las mucosas a la sangre… primero la boca, después el esófago, después las paredes del estómago. Dudo que llegue más allá.

—La poca duración es importante.

—Señala la lógica del éxito de un crimen como este. Imagínate que alguien tira a una fuente veneno envuelto en poliisocianurato.

—¿Qué es eso? El poliisocianurato.

—Un portador. Peligroso para el cuerpo, pero no en esta cantidad. Una cantidad pequeña que todavía actúa un tiempo en la mezcla de sales y burbujas, pero por su esencia no puede agarrarse a ninguna parte, es una especie de célula babosa de gel, y dentro está el veneno. Pero la micropelotita de gel, nuestro portador, cuando el remolino subterráneo la suelta, llega a la superficie con el agua de la fuente y, o acaba en el río, o se mete en alguno de los vasos para beber en la

columnata de la Fuente Termal o la de madera que está justo al lado. Dudo que llegara hasta la de piedra. Pero tampoco tiene por qué provocar nada en una fuente regulada, porque en ese momento quizá nadie se lo eche en su graciosa copa ni se lo beba por el asa. Y en algunos pocos casos, la víctima casual lo recoge y se lo bebe. Luego depende de la constitución física, de la edad, del estado de salud, cuándo se manifiestan los efectos y hasta qué punto. Para ser sincera, no entiendo cómo no se le ha ocurrido todavía a ningún terrorista.

—Parece —dijo Julián, sombrío— que a uno sí se le ha ocurrido. Esta ciudad se ofrece para ello como una amante que ha perdido la cabeza y el corazón por un terrorista y quiere convertirse en su mujer.

—O una puta, que basta con pagarle, y *carpe diem*.

—La cabeza me da vueltas.

—Pues escucha. Alguien con mala voluntad mezcla en un vaso de precipitado algo así como midazolam, un sedativo. Le añade una sustancia con el efecto contrario, cocaína o crack, o una anfetamina, como la catinona. Imagínate que te late el corazón de mala manera, tienes paranoias, te da miedo una mosca que vuela cerca de ti porque te parece más monstruosa y peligrosa que un avispón al ataque. Tienes la sensación de que la mosca te quiere chupar toda la sangre y encima te va a contagiar con una fiebre tropical, y además te pondrá sus huevos y luego te saldrán gusanos. ¿Qué haces con ella?

—La mato.

—Exacto.

—¡Pero no voy a querer morderla! Simplemente la ahuyento con algo. Le doy un golpe.

—No la morderás, eso es verdad, pero estos lo hicieron. Así que en sus dosis debía de haber algo más. Pero quizá esté oyendo crecer la hierba.

—Prolifera intensamente. Arbustos, zarzas, plantas que se dispersan por el viento y atacan los majestuosos hayales. Karlovy Vary tiene su Armagedón. Los niños muertos han reemplazado a los visitantes del balneario.

—Podría haberlo hecho de una manera más sencilla, quizá esté sobreestimando a esa bestia. Quizá solo tenga acceso a un brote de una fuente en algún lugar donde la regulen. Echa su caldo y espera. En uno o dos minutos, alguien bebe. Si no, volverá a echar otra vez, beberá otra persona. Lo importante es que la sustancia es detectable solo durante un tiempo. Cuando la víctima toma un trago, tarde o temprano se convierte en un zombi mordedor, ataca a alguien y se lo lleva, y después se mata a sí misma. Pero ese es ya otro efecto de la droga. Otro componente del preparado. Las sustancias opuestas, luego, se absorben, se niegan la una a la otra.

—Y mientras tanto, la columnata del Mercado está cerrada y nadie

la vigila. Cualquiera cruza la cinta policial. Recoge agua de la fuente, fotografía el lugar del crimen. Y las fuentes termales ni siquiera tienen la cinta.

—Tú lo tienes dentro, y que no lo tenga yo significa que el Técnico te lo metió antes, quizá con el termo anterior, pero probablemente al principio de todo, cuando bebisteis juntos. Es decir, que primariamente no eres una víctima, o no debías serlo. En las víctimas no hay nada, los análisis toxicológicos salieron negativos y nada hacía clac-clac. ¿Por qué? Porque las dos sustancias con efectos contrarios provocan en el cuerpo una reacción de implosión: convierten a una persona por un rato en un caníbal delirante y luego la llevan a desear el sueño. El sueño eterno.

—Estoy esperando a que me saques las muestras químicas. Vamos a ello. A ver si ya me lo saco de encima.

—No soy química, mejor te lo ahorro y te muestro uno de los casos auténticos en que la gente se portó de manera parecida. ¿Conoces al que se suele llamar «el ataque del caníbal de Miami»?

—Leí algo sobre él. No se me había ocurrido ver un paralelo con lo que está pasando aquí.

—¿Cómo es posible que no?

—El tipo que hizo eso en Miami no se suicidó.

—Otra mezcla de drogas. Y lo mató la policía. ¿Y si lo hicieron antes de que él mismo se tirara debajo de un coche o saltara de un puente?

—Ya no me acuerdo demasiado. Solo que no encontraron nada y que aún hoy no saben por qué lo hizo. ¿Qué hizo, pues? Se comió a alguien. ¿Lo cocinó, como en el caso del caníbal alemán que encontró a su víctima por un anuncio?

—Esto fue en Florida, en abril del dos mil doce. Un joven que se llamaba Rudy Eugene, junto a un paso elevado de la carretera, sin motivo, se lanzó sobre un viejo sintecho de nombre Ronald Poppo. O con motivo… Creo que lo culpaba de haberle robado la Biblia. Poppo estaba colocado o borracho, seguramente ambas cosas a la vez, pero en cualquier caso apenas se defendió cuando Eugene le arrancó de un mordisco la nariz y las mejillas. Perdió el tejido de la cara, incluido un ojo arrancado, masticado y tragado, y el segundo sacado del hoyo, pero ya no comido. Esa matanza *raw* duró dieciocho minutos hasta que la policía disparó al atacante: Eugene no reaccionó a la llamada de que dejara a Poppo en paz, simplemente seguía zampándoselo. El sintecho, al final, sobrevivió de milagro, con la cara medio comida, absolutamente ciego. Al principio, los medios culparon a una droga sintética apodada «sales de baño», pero en la sangre del psicótico disparado no encontraron nada, aparte de un poco de alcohol y THC, así que sigue siendo un misterio por qué lo hizo… y bajo la influencia de qué más. Porque, como tú bien sabes, el alcohol y la marihuana,

por sí mismos, no te convierten en un caníbal.

—La marihuana apesta que se me revuelve el estómago del hedor, así que con estas cosas no te puedo confirmar nada. —Julián agitó la mano, como si quisiera ahuyentar el recuerdo del olor.

—Pero a mí no. —sonrió Makro—. Después de nuestra separación, estaba tan acostumbrada a beber diariamente, que decidí cortar con el alcohol.

—Lo que no conseguiste —dijo él, satisfecho.

—No —admitió—, pero no soy adicta, como tú. Me ayudó la hierba. Una buenísima alternativa cuando necesito tranquilizarme. Pero da igual. Lo importante es que ya nadie descubrirá por qué Rudy Eugene se zampó la cara del sintecho y me temo que aquí en Vary acabará exactamente igual… la policía sigue sus procedimientos de investigación y sus tablas de probabilidad del motivo, en este caso no llegará a nada. Por eso estás tú aquí, además, te llamaron ellos.

—Y yo iré ahora.

—¿Qué quieres hacer?

—Pensaba que Taufer trabaja en el servicio de balnearios. Así me lo dijo, puede haber otros negocios, pero ahora está claro que también tiene acceso a los brotes de las fuentes. Y no es servicio de balnearios. Es la Administración de las Fuentes Naturales Curativas y de las Columnatas. Trabaja allí también gente por contrato. No tengo la lista de empleados, no es accesible al público, pero apostaría a que es un externo aplicado.

—¿Cuándo lo has descubierto?

—Después de que me invitara a su casa.

—Vale. ¿Cómo pretendes encontrarlo, si no quieres ir a su casa?

—Allá nunca más. La salida por la ventana es la última salida.

—Así pues…

—Tienen la oficina en la calle del Balneario, a pocos pasos de mi hotel, al otro lado del río.

—Mira, Julián, dudo mucho que el Técnico esté ahora en su oficina.

—Al menos se puede intentar.

—¿Por qué no envías a Weber?

Tardó bastante en responder.

—Esa chica espera un hijo mío. El policía la cagaría. El mismo Técnico me prohibió colaborar con ellos, y sabía por qué. Sin el antídoto, antes de dos días me volveré loco, mataré a alguien y luego me dormiré a mí mismo. Pero igual pueda convencerlo de algún modo, por las buenas o por las malas.

—Te matará —dijo con seguridad.

—No sé por qué iba a hacerlo. Justo ahora. Podría haberlo hecho hace mucho. No tendría por qué haberme dado el antídoto por la mañana.

Metió la mano en el bolsillo para coger el móvil y, antes de que Makro pudiera impedírselo, llamó a Mariela. Lo descolgó inmediatamente.

—Ya sé cómo lo hace tu chico —dijo—. Nos tiene a los dos agarrados, un nudo al cuello. Pero es inestable, a veces se puede hablar con él. Trataré de convencerlo para que nos deje vivir. A nosotros y a los demás. Que está trastornado y no sabe lo que hace.

Durante un rato largo recibió silencio.

—No lo conseguirás —contestó por fin, con un tono sorprendentemente asustado—. No hagas nada, sabrá de ti a distancia.

Colgó.

Makro volvió a traer de la habitación de al lado el contador Geiger, que inmediatamente empezó a repiquetear.

—Si tiene a su disposición uranio o radón, este es más probable; por otra parte, Jáchymov también es una ciudad-balneario y está muy cerca de aquí, lo tiene que guardar en algún sitio. Las cajas se repiquetearían entre sí, antes de que os acerquéis, y él te liquidaría. Pero yo casi no tengo radón, por eso iré yo. Sola.

—¿Adónde? —preguntó Julián, horrorizado—. Voy contigo.

—No puedes ir conmigo, loco. Te lo estoy diciendo. Tengo que ir sola. Haré *geocaching*, buscaré algo parecido a un tesoro oculto. No tengo las coordenadas, solo el Geiger. Empezaré por tu antiguo piso, me quedaré en la calle. ¿A dónde seguir?

—Si no pasa nada, seguirás hacia la columnata del Mercado y de la Fuente Termal, porque precisamente desde aquí bajan los taladros hasta el mar salado de debajo de la ciudad. Si tiene esos productos químicos en un sitio, podría ser precisamente allí. No hay acceso público.

—Quizá tenga éxito en algún sitio. Tan pronto encuentre la sustancia radiactiva, te llamaré y te esperaré. Ahora no podemos hacer nada más, seguramente.

—Quería que me ayudaras. Pero no puedo esperar que hagas esto.

—¿Por qué no?

—Riesgo. Te tienes que quedar aquí. Encerrada. Nada de terreno salvaje, la peligrosa ciudad KV.

—¿Y qué se supone que voy a hacer aquí? Brillas como una bombilla, podría leer a tu lado. Te esperaré en algún lugar seguro, no temas. Si descubro algo, claro.

—No.

—Que sí, Julián. Me has metido en esto y estoy contigo. Ahora no puedes apartarte. No podemos. No quiero que te mueras. Tampoco quiero que mates a nadie cuando te dé. No quiero que me mates a mí o, Dios no lo quiera, a un niño. Ahora tenemos que actuar rápidamente. Sé cómo hacerlo, así que quédate aquí sentado

esperando. ¿Podrás superarlo, como un hombre?

Estaba rabioso. No quería estar de acuerdo con ella, pero al final le acarició la cara. Ella le puso las manos en las orejas y le dio un largo beso.

—Hueles igual que antes —dijo él—. No me quedaré aquí sentado, esperando todo el rato. Saldré diez minutos después de ti, más o menos hacia el lugar que hemos dicho. Para no despertar al Geiger, pero estar cerca de ti. Déjame las llaves. Una pena.

—¿Pena de qué? —preguntó sorprendida, mientras se ponía el abrigo.

—No poder desnudarte ahora y hacer las travesuras de entonces. Porque ahora es una cuestión de vida o muerte.

—Y también de vida o muerte de vuestro feto —le asestó—. Pero para ser justa… si acaba bien, nos metemos desnudos en la cama y vemos qué pasa. ¿Aceptas?

Ella cerró la puerta tras de sí y ya no oyó su respuesta. Igualmente, calló. Abrió la ventana y fumó un cigarrillo, con el que se encendió el siguiente.

Controló los mensajes del móvil. Tiró las dos colillas a la papelera debajo del fregadero. Repasó la nevera, pero no había alcohol. Miró las redes sociales. Solicitudes de amistad de gente que no había visto ni vería en su vida. Aceptó tres escogidas al azar. En la ventana se fumó otro cigarrillo y se encontró mal. Durante unos momentos sintió náuseas, hasta que notó la bilis en el esófago. La tapó con agua del grifo. Mojó la colilla bajo el chorro y salió del piso. Vio una tienda abierta y compró cigarrillos, mejor dos cajetillas y, además, otro mechero, por si acaso. ¿Y si el Técnico lo encerraba para esperar los efectos del veneno? ¿Y si le aprisionaba con Makro? Volvió.

Abrió los datos del móvil. Redes sociales, *small talk* social, anuncios por todas partes. «¿Y qué hago yo aquí?», pensó.

No le quedaba más que fumarse todos los cigarrillos en cadena y, si eso no lo mataba, suicidarse de otra manera. Idealmente, con ella. Suicidio con sexo. Eso le hizo reír y unos adolescentes que pasaban, toda una cuadrilla, lo miraron. Les puso cara de loco a través de la reja y se fue a ponerse otra vez los zapatos.

Pasó por delante de una tienda de productos de cocina, volvió al escaparate y examinó lo que tenían. Había cuchillos, ninguna navaja plegable. Así que compró un cuchillo para verdura, afilado y puntiagudo, con una hoja de cinco centímetros. Si algo, podía luchar con él.

Pasó por delante del antiguo pasaje del cine Praha, lo que más había disfrutado de toda Vary. De niño y de adolescente, había visto un par de películas fundamentales en su vida, como la de dibujos animados de Disney *Blancanieves y los siete enanitos*, de 1937, con la que se meó

de miedo y al mismo tiempo adquirió una debilidad por las morenas mortalmente pálidas para toda su vida; *Cortocircuito*, la primera de ciencia ficción que le gustó después de *La guerra de las galaxias*, o *Duelo de titanes*, por la que leyó todos los mitos griegos en versión infantil y el ensayo objetivo y lleno de notas de Robert Graves. En el cine Praha pasaban películas antiguas hasta que lo cerraron. No era solo un cine, sino también un refugio antiaéreo, en el que, con el colegio, en el marco de la educación militar, regularmente ejercitaban un curso de supervivencia. Todas esas máscaras de gas de goma que, vueltas del revés, parecían vaginas terroríficas.

Y alrededor de la Casa Nacional, hermosamente reformada y con la fachada recién pintada, ningún grafiti, sino los motivos de caza originales, los arquitectos Fellner y Helmer, también aquí, lejos de la zona de los balnearios. Lo recordaba como un edificio desconchado que, milagrosamente, no estaba en ruinas cuando se fue de Vary. De pequeño, había vivido aquí el único baile de disfraces de toda su vida. Iba de arlequín, pero insistió en ponerse la máscara equivocada, así que en realidad era Pierrot, sin entender de ningún modo los roles fijos de la comedia del arte. Su madre le había dicho que, cuando viera a una Colombina, tenía que bailar con ella, pero él no sabía qué aspecto tenía y le daba vergüenza estar con chicas, así que al final bailó solo brevemente con tres parejas: con alguien que llevaba la máscara de plástico marrón de un ciervo —no se podía determinar si era una chica o un chico—, con una chica (por la falda y las medias) con la máscara de un lobo y, a la tercera, con un chico robusto en el que reconoció a un amigo del colegio, que llevaba un jersey de cuello de cisne blanco y unos pantalones negros y en la cabeza un pasamontañas de lana con largas orejas de liebre. Entonces, a los siete años, le pareció impropio bailar con animales, y al mismo tiempo estaba orgulloso de ser algo más: una persona, aunque fuera con máscara y un extraño traje blanco que le había cosido mamá, incluido el cuello de camisa fastidioso y totalmente de chica. Pensó que, como caballero, tenía que luchar contra los animales, pero le daban tanto miedo que prefirió bailotear con ellos a la melodía disco que ahora apenas podía recordar. Las imágenes seguían, el sonido no.

Pasó junto al espíritu de la librería donde se había comprado poemas de Vítězslav Nezval, Vilém Závada o Konstantin Biebl, y en la parte de anticuario, partituras de las sinfonías de Beethoven cuando pensaba que algún día entendería de música. En esa época, fue durante el instituto, se había enamorado de una chica para la que escribió unos incomprensibles poemas al estilo de Holan y unos cuentos kafkianos y compuso canciones con temas musicales robados y textos llenos de versos a lo Hrubín. La librería/anticuario hacía mucho que no estaba, en su lugar ahora había un centro comercial

banal y claustrofóbico. Al irse de Vary, supuso que la ciudad no cambiaría para mejor; al menos, no durante su vida. La montaña de ámbar de Praga lo devoró, igual que a cientos de miles de otros advenedizos, midiendo a todos casi por igual, a la metrópolis se dirigen los activos, los que quieren y necesitan abrirse camino. El éxito es resultado de la dedicación, la capacidad y la suerte, eso Julián lo supo desde el principio. Él mismo, después de años en Praga, se consideraba a sí mismo una persona de un leve éxito: una clase de éxito medio bajo. No era nadie, pero siempre era mejor que haberse quedado allí. En Karlovy Vary, ya desde tiempo atrás, siendo todavía joven, habría estado envuelto por una capa gruesa de agua termal.

Ahora su corteza de protección le habría venido bien. Al menos, pasó por el Billa a por sidra seca y se la tragó directamente de la botella.

En I. P. Pavlova llamó a su antiguo piso, no pudo evitarlo, por si acaso. Como esperaba, nadie respondió y se alegró. Pasó bajo la roca entre el prisma del Thermal y la materia horizontal de la piscina sacada al vacío, sin agua y sin sentido. En el restaurante del puente, bebió dos chupitos de whisky escocés en la barra. Cruzó el río, pensativo miró al guardia de piedra del parque, que abría sus fauces en un mudo rugido; se acercó a él, se inclinó y bizqueó hacia dentro. Oscuridad. Alargó la mano hacia ella. Dio un paso atrás, porque había tocado algo redondo y frío. Levantó la cabeza y comprobó que una mujer y un niño se giraban hacia él con extrañeza. Tuvo la sensación de haberlos visto antes y los saludó con la mano. Siguieron su camino. Sintió el deseo de volver a tocar la piedra y lo hizo, agarró el objeto redondo y lo sacó al día que anochecía.

En la mano tenía una manzana roja, ligeramente arrugada, a medio comer. El lado mordisqueado parecía una pequeña boca hábilmente elaborada. El relieve recordaba a una cara, el rostro de la luna deformado, antes blanco, ahora un corazón parduzco con hoyos en el lugar de los ojos y una prominente nuez mordida, con dos agujeros negros parecidos a los de la nariz. La manzana no tenía boca. Así comía manzanas de pequeño, cuando todavía no sabía usar cuchillos. Giró la fruta en su mano para que pareciera entera y la mordió. Era agridulce, ya un poco pasada, sus dientes se le agarrotaron, pero masticó y se tragó debidamente la pulpa y la piel. Devolvió el resto de la manzana a la piedra y, por la orilla, junto al balneario militar y el Balneario III, llegó a la columnata del Molino. Entró por entre las columnas y tomó el camino junto a las fuentes rodeadas de gente con copas. Pensó en Chjartishvili, cómo en su presencia le parecía que las columnas tendrían que haber sido horizontales y el techo y el suelo verticales, como un encofrado con puntales neumáticos, metidos en la tierra durante los trabajos de excavación, para que el agujero no se

cubriera. Volvió la sensación de irrealidad, de sospecha de que las cosas eran de otra manera a como parecían, y le dio miedo. Chjartishvili conocía sus libros, en Internet supo de su llegada a Vary, lo buscó y le pidió lo mismo que Weber, aunque por otros motivos. Absurdo, y después la todavía más absurda transferencia irrealizada de la recompensa económica, una provocación apenas comprensible que quizá pudiera explicar un agente del Servicio Federal de Seguridad ruso, pero no Julián. Aunque, pensó mientras recogía en la mano agua de la fuente de Libuše y bebía, igual de loca fue la invitación de Weber, para empezar. Extraños asesinatos y suicidios, Julián no tenía nada que ver con ellos. Pero al venir, había cerrado un trato con Weber, incluso había firmado con él un contrato de colaboración y silencio, se había convertido en participante activo de la acción. Así que ya estaba metido. Y quizá él mismo hubiera provocado algunos de los nefastos acontecimientos. Habían sucedido en su proximidad, tenía que estar cerca, quizá debía convertirse en víctima. Y ahora todo ya era por él, como si la ciudad se estuviera vengando por su abandono. Le aterrorizaba haber metido a Makro. Esto debía quedar entre él y Karlovy Vary. Todo lo que miraba revivía o se moría, pero precisamente él provocaba esa vida y esa muerte: su presencia lo hacía, sus ojos lo veían, sus oídos oían, su nariz olfateaba, su lengua saboreaba, sus dedos palpaban. Puaj. Nunca había querido tener un contacto tan próximo con esta ciudad pérfida, y ahora, ocho tazas. Julián, el tránsfuga, había vuelto a su ciudad natal para detener lo inimaginable. Pero se había producido precisamente lo opuesto: su presencia, no solo había transformado el mal del lugar, sino que le había permitido seguir existiendo y expandiéndose. Lo había potenciado. Extendido. Debía acabar con él. Ahora mismo. Se frotó los labios con un pañuelo y vio a Mariela. Sabía que no estaba, pero al mismo tiempo estaba. De pie, al final de la columnata y en el atardecer que caía, salía de ella un brillo tenue, el aura de una persona que le era más cercana que nadie. Una persona-conciencia. Corrió hacia ella, a aquella Muriel Bardisalová que podría haber sido su hija, como él mismo le había dicho y como ella había rechazado, pero en realidad también podía ser una de las hijas de Weber, y él, Julián, pudo engendrar con ella un niño, igual que el desgraciado ingeniero de la novela de Frisch, *Homo Faber*. No habría sido incesto carnal. Pero incesto, sí. En irritada desesperación, corrió hacia ella, que, asustada, reculó, concentrada en posar ante la cámara de su amigo, iluminada por un pequeño foco portátil y una placa reflectante.

El hombre le gritó algo y Julián se apartó, bañado en sudor de pánico. No era ella, solo tenía la misma figura y su pelo negro con el mismo peinado. Siempre había pensado lo suyo sobre la

intercambiabilidad de las mujeres, nunca había estado de acuerdo, y luego la lectura de Arthur Schopenhauer siempre se lo había devuelto como un bumerán, que primero lo golpeaba entre los ojos y justo después entre las piernas.

No era su hija, no podía serlo, pero podría haber sido la de Weber —y, al mismo tiempo, no tenía por qué serlo—, y si hubiera sabido de ella antes —que estaba viva y cómo vivía—, la habría considerado suya y nunca se habría metido con ella en la ducha; aunque él no lo sabía, y ella era la hija de otro, de un tal Bardisal —si el señor Bardisal era su padre biológico—, había estudiado química, tenía talento, pero también estaba corrompida, su talento la había pervertido, se había casado con un científico italiano de la edad de su padre, había recibido su apellido y se había cambiado también el nombre de pila, y luego su marido había muerto.

En el kiosco compró vino caliente y, mientras lo bebía, sus pensamientos se volvieron cada vez más inconsistentes. ¿A quién más había perdido ella?, preguntó frente a la sede de la Administración de Fuentes Curativas Naturales. A una expósita llamada Josefa Titlbachová, la inventada Pandora. Pero la chica en coma no podía ser Pandora. Mariela quería tener un hijo con ella, se le había escapado delante de él, y solo ella sabía cómo pensaba hacerlo, había muchas maneras. Pero la chica por poco se había muerto, al caer en un coma del que aún no se había despertado y, cuando lo mencionó delante de Mariela/Muriel, ella tuvo un choque psicológico y emocional, como si le hubiera recordado algo fatal, irrefutable, imperdonable.

Su marido se había muerto. Su amante, también, o casi; no podría convivir con ella, aunque sí visitarla en el hospital, pero algo le decía que Mariela nunca había ido a visitarla… que no habría soportado verla en esa situación. Por cómo se había desmoronado cuando la mencionó…

La chica todavía estaba viva. Podía ser un juego amoroso que se hubiera torcido. Se atrapó defendiendo a Mariela y se sintió culpable por ello. Llamó a Makro, no atendió. Supuso que tenía el teléfono sin sonido. Dios sabría dónde estaba precisamente en ese momento. Y si estaba viva. Le escribió sus reflexiones en un mensaje de texto, volvió a mirar la fachada de la Administración de Fuentes Curativas Naturales, las ventanas oscuras, y continuó en su último paseo por Karlovy Vary en dirección a la columnata de la Fuente Termal. La mayoría de pozos al mar subterráneo, la madre de todas las fuentes del lugar, salían precisamente desde aquí, así debía ser. Aquí era donde había llegado a él el asesino, aquí los había envenenado. Quizá precisamente estuviera preparando un nuevo cóctel. Ya se vería quién lo bebería. Y a quién le mordería la médula o el tendón de Aquiles.

La regularidad casual es tan terrible como bella. Da escalofríos. La

columnata cerrada y excavada, la gran fuente termal rodeada de andamios, una pequeña y de repuesto salpicando el lugar abandonado. «Eso es», pensó.

El acceso a las fuentes ahora era mucho más sencillo que antes, especialmente para alguien que trabajara para los balnearios. Por todas partes, obreros de la construcción, la entrada al subsuelo cerrada, pero sin vigilar. En las obras, raramente se instalan cerraduras electrónicas.

Había cámaras, Julián las veía con sus propios ojos, pero vigilaban toda la zona de curiosos, *youtubers*, ladrones y vándalos.

Dentro, en algún sitio, habría una entrada al subsuelo, donde cualquiera que tuviera la llave podría meterse cuando le diera la gana. Quizá precisamente durante el día, con tantos esforzados alrededor. A los obreros, un tipo discreto con una llave no les interesaría, especialmente si no les tocara las narices por haberse olvidado de ponerse el chaleco fluorescente o el casco de seguridad. La carpa redonda abierta entre las columnatas. Obleas, *souvenirs*, rosas sometidas al agua caliente y rodeadas de aragonito, petrificadas, muertas y, al mismo tiempo, jamás moribundas…; su madre, de esta manera herrumbrosa, una vez había hecho endurecer y eternizarse sus primeros zapatos y él, al encontrarlos en la bodega a sus veinte años, los había tirado a la papelera…; copas de balneario, inscripciones en ruso, cambio de divisas. Becherovka. Se compró un botellín que cabía en su mano y se lo bebió de un tirón delante de la casa de los Tres Moros. Admiró el entresuelo del edificio barroco: en Bruselas había visto aquellos generosos espacios acristalados con pequeñas ventanas, en general eran el piso superior de las tabernas. Y también en Vary tenían algo parecido. «En nuestro país no hay muchos edificios así», pensó, quizá por eso ya de pequeño le gustaba este edificio, sin saber que, en él, de manera regular, solía hospedarse algún poeta alemán. Las hornacinas eróticas. La ocultación íntima bajo el balcón del primer piso.

Le llegó un SMS de Makro, que lo despertó de golpe de sus desvaríos. Margarita siempre había sido una maestra para ello. «Ella ha reaccionado, la he visto junto al teatro. Podría haberse vuelto loca. La he seguido. Balneario Imperial sala de máquinas detrás edificio lo tienen alquilado ella de momento bajo control intenta tranquilizarte igual la sacamos». Un telegrama del frente en el siglo XXI. No lo entendió, pero fue.

Ella de momento bajo control… Ella ha reaccionado…

Por el Viejo Prado y el Pupp llegó al edificio majestuoso del balneario más espléndido de Austria-Hungría y la primera república. Antaño. Balaustradas, altas ventanas abovedadas, columnas dóricas, pilastras y estatuas, toda esa decoración historicista de carácter vienés

universal. La esencia de Karlovy Vary en un edificio: funcionalidad e ilusión, salud y enfermedad, balneario para las compañías de seguros y casino *royale* entre las colinas boscosas.

Se acordó de las ratas. De las ostentosas salas y salones o de las bañeras empotradas con grifos de oro solo había oído hablar, igual que de la sofisticada solución técnica para la distribución de la turba a las bañeras. Qué lógico que el Técnico hubiera encontrado su guarida precisamente allí. «Ella de momento bajo control…». No se le iba de la cabeza.

No, aquí no. Ningún pastel karlovariano de nata montada. Por delante, en la fachada, no se veía nada mortífero, pero al rodear el edificio le golpeó en los ojos el mal estado de la pared, y en la nariz, la humedad. El asfalto resquebrajado, malas hierbas secas en las grietas, jirones de bolsas y otros plásticos, latas de cerveza tiradas y petacas de vodka y ron vacías, cristales y excrementos de perro. Colillas por todas partes.

Le entraron ganas de fumar, se le revolvió el estómago.

Miró hacia atrás para ahuyentar las náuseas. La antigua sala de máquinas para procesar la turba se acurrucaba mucho más discreta detrás del Balneario Imperial. Remodelada parcialmente. La rodeó apresuradamente. Tenía tres entradas, una en el lado del río, tapada por arbustos, sin usar. En el lado que daba al Balneario Imperial, la puerta se usaba, pero estaba cerrada. En el lado de la calle de Mariánské Lázně, había otra, robusta, de madera, de dos alas, aunque solo se usaba una. En la puerta, un cartel con una persona tachada, prohibida la entrada a personas.

Se quedó de pie delante. Debía de ser más bien de una fábrica o de un taller.

¿Era una persona? Seguía siéndolo. Un rato más, al menos. Con la mano temblorosa, apretó el pomo y abrió. Se dio cuenta de que llevaba un cigarrillo entre los labios. Había olvidado que se lo había puesto allí y se había olvidado de encenderlo. Lo tiró.

Dentro, le esperaban la oscuridad y una dosis de miedo. Lo sudó junto con el alcohol, estaba a oscuras en el húmedo aire de noviembre y buscó el móvil, como si pudiera salvarlo. Llamó a Weber. ¿Y si con ello ponía a Makro en peligro? Rápidamente, interrumpió la llamada. O directamente la había interrumpido Weber. No lo sabía.

Intentó apretar un interruptor, este solo se movió, venció la oscuridad. Pero cerca de él vio, muy cerca del suelo, una cinta horizontal de luz. Anduvo a tientas hasta ella, palpó la manilla de una puerta a más o menos un metro del suelo y la apretó. «¿Por qué me gusta la oscuridad?», se preguntó a sí mismo y no pudo evitar sonreír. Podría haber alumbrado con el móvil.

La puerta se abrió y lo introdujo en un espacio amplio, iluminado,

no como la última vez, en el vestíbulo abandonado del Balneario Imperial, lleno de ratas.

Se volvieron hacia él tres caras conocidas: Makro, Mariela y el Técnico. «¿Quiénes si no?», pensó. En la sala ya hacía mucho que no había máquinas, sin embargo, todas las ventanas del taller, todos los cristales, estaban cubiertos de una tela de folio de aluminio, seguramente de un material ignífugo. En la esquina, delante de un generador de gasolina amarillo, una manguera gruesa llevaba los gases de escape hacia el techo. En el suelo rodaba el polvo, pero aparte de eso estaba limpio. Brillaban tres lámparas portátiles. Irradiaban calor. Por ello, en los mostradores había, una junto a otra, unas pequeñas cajas frigoríficas. No parecían de laboratorio, más bien neveras para vino. Sobre las tapas brillaban unas cifras que indicaban la temperatura. Cinco grados, siete, diez, trece, diecisiete. En ellas, unos soportes con tubos de ensayo más o menos llenos de un líquido transparente. Probetas de vidrio adonde llegaba la vista, en los bancos de trabajo, en sillas, en el suelo. También otros recipientes de laboratorio, vasos de precipitado, fogones conectados a bombonas de gas, tenazas, pinzas, un microscopio de dos lentes, pesas electrónicas y mezcladores, termómetros, termos (rojos, verdes, amarillos y azules como señales turísticas), cajas de guantes azules de un uso.

Aquí es. Deseó tener una pistola en la mano. Pero solo tenía el móvil. Mariela se escondía tras el Técnico, Makro se quedó en el centro de la estancia, a unos tres metros de los otros dos, aunque emocionalmente a tres kilómetros. Sin embargo, todos tenían algo en común: cuerdas tensadas a punto de petar, sus nervios.

Makro sostenía en una mano una taza roja con Mickey Mouse; se la estaba llevando a los labios, pero con su llegada la mano se había detenido. Mariela, que se había precipitado para ponerse detrás del Técnico, sujetaba en la mano derecha el asa de una taza azul con el Pato Donald; aunque la sostenía con la izquierda, estaba temblando. La taza humeante del Técnico estaba sobre una nevera. En ella, estaba representado Goofy.

La primera en moverse fue Mariela. Buscó en un armario una taza con Pluto, vertió té de un hervidor de cristal y se la llevó a Julián.

Él la cogió, olisqueó.

—¿Qué lleva?

—Te ayudará —dijo ella—. Mira, tu exnovia también ha tomado. Ya nos hemos conocido todos. Estamos bebiendo lo mismo.

Echó un vistazo hacia Makro, que solo se encogió de hombros.

—«Mi exnovia» ha conocido al Técnico esta mañana —objetó y dejó la taza sobre la mesa, junto a los vasos de precipitado—. ¿Por qué tendría que brindar por nada?

—Ha sido en una situación un poco indigna. Aquí, al contrario,

hemos charlado amistosamente.
—Es cierto —confirmó Makro, y con ello bajó el estrés original.
El Técnico bebió, Mariela se volvió hacia él y lo abrazó; Margarita se giró hacia Julián y se apoyó en él.
—¿Qué está pasando? —quiso saber.
Ella le acarició la mejilla. Él no fue capaz de leer en su cara. Solo expresaba calma. Como nata enlatada.
—¿Has bebido?
—¿Y por qué no? Estamos entre amigos. Hay confianza. Como tú y yo.
Ajá.
Mariela sonrió igual de estúpidamente que el Técnico. En plan buen rollo. Calma.
Vale. Mensaje transmitido.
Miró a su alrededor, esta vez con más detalle. Vio todo lo que necesitaba. El veneno introducido en las fuentes nacía precisamente aquí.
—Entre amigos en un laboratorio secreto —comentó—. Pero ¿por qué secreto? ¿Qué pasa si —se volvió hacia el Técnico y señaló un matraz con alguna solución azul— rompo esto contra el suelo? ¿Qué pasará? ¿Alguien me lo impedirá?
Sacó de un soporte de madera un tubo de ensayo con un líquido espeso y rojizo y lo agitó.
Nadie contestó. En la cara de Mariela se posó la expresión de una esfinge; el Técnico, con los ojos como platos, agitó la cara, y Makro volvió a acariciarlo.
—Déjalo y tranquilízate. Hoy lo resolveremos de una vez por todas. Ellos mismos lo harán. —Señaló hacia Mariela y el Técnico. Así que volvía a incluirla. Quizá hubiera algo que no acababa de entender, como la radiación.
—¿Estallará, si lo tiro al suelo?
—Inténtalo —dijo Mariela, riéndose; salió de la sombra del Técnico, bebió té, o lo que tuviera en su taza, y se colocó frente a Julián. Miró a la derecha, a Makro, y añadió—: Tenemos algo juntos, así que puedo darle consejos.
Julián no se atrevió a mirar al joven. Por otra parte, no encontró el momento, porque bullía de rabia.
—¿Por qué ya no eres Muriel Bardisalová? —siseó—. Juegas a ser Mariela Moretti y eres Muriel Bardisalová.
Al menos consiguió que se pusiera pálida y abandonara la sonrisa.
—Estuve casada de verdad con Moretti. —Se defendió.
Él lanzó una rápida mirada hacia Makro, que entrecerró los ojos, resignada.
—Una boda ridícula —continuó él. Se esforzó en meter al menos un

poco de malicia en el tono de su voz, aunque no lo consiguió.

—Os lo lanzaré a la cara a los dos, sea lo que sea que esté en este tubo de ensayo. Ácido. Gas de guerra en forma líquida.

—Ya lo hemos repasado —dijo Marietta, con la voz tranquila.

La fuerza de su calma frenó la rabia.

—¿Qué tonterías dices? —preguntó, girándose hacia ella.

—Antes de que vinieras… —continuó—. Muriel… Mariela tomaba drogas. Cocina casera, como de mamá. Precisamente por lo que cocinaba pagó su marido, Moretti, le provocó un infarto. ¿Quieres la fórmula?

—Sí, quiero la fórmula. —Julián sopló por la nariz, sin dejar de mirar a los dos—. Irá bien.

Makro hizo un gesto hacia Muriel.

—C22H30N6O4S —dijo la morena, con una risa metálica—. Quizá debería explicarte lo que hacía Makro con los chicos de la residencia.

Le sorprendió que Margarita se sonrojara. Tal vez más por irritación que por vergüenza.

—¿Y bien? —instigó a Mariela. Ella cambió de tema.

—Lo que una compañía farmacéutica sabe fabricar a lo grande, yo lo sé hacer a pequeña escala. Da dinero. Si pensabas otra cosa, eres un burro. Mira, Julián. Es verdad que esto no es para mujeres, pero lo beberé tranquilamente. —Agarró la taza de Pluto, se la bebió y se volvió hacia el Técnico, al que acarició en la mejilla—. Como mucho, tendré la cara roja un rato y ganas de lo que sea, todo el cuerpo irrigado. ¿Qué te creías? ¿Que nosotros éramos los asesinos? ¿Nosotros dos? —Se rio.

Durante un rato, nadie dijo nada. El silencio se podía cortar como la gelatina.

—Eso era lo que pensaba —dijo Julián al final—. Sospechaba de él —señaló al Técnico—, pero en algún lugar de mi cabeza intuía que la verdad estaba en otra parte. Ahora veo que no es él, sino tú. Tú lo haces, y no intentes pitorrearte.

—Pitorrearse, pitorreo —dijo ella, riéndose tontamente—. ¿Quién habla así? Primera república. Eres más viejo de lo que creía. De lo que creías tú mismo.

Él vio cómo, después de lo último que dijo, ella se puso nerviosa.

—No sé quién habla así —continuó él, forzándose a mantener la calma—. Cuando he entrado, he tenido miedo y he llamado a Weber. No me ha cogido el móvil y enseguida lo he apagado. Pero quizá me tenga en el radar y aparezca en cualquier momento con una unidad de intervención. Nos encontrará, quizá me haya estado siguiendo durante toda mi estancia en Vary, qué se yo. Así que será mejor si nos decimos la verdad cuanto antes.

—Cuando te agarré en la roca de Svatoš, ¿parecía una asesina de

inocentes?

—Querías demostrarme que no eras ninguna amenaza para mí.

—Mi palabra contra la tuya. Pero date cuenta de que no podía saber lo torpe que eras escalando. ¿Acaso te empujé? Si hubiera querido matarte, habría sido más hábil.

—Si hubiera caído, y la caída podía haberme matado o no, lo habrías vestido como un accidente. A cualquier precio.

—¿Y el sexo?

El Técnico se puso rígido, de repente absolutamente paralizado. Julián se encogió de hombros.

—No creo que sea atractivo. Pero te mueves en extremos, siempre usas drogas que tú misma elaboras, o las elaboráis los dos juntos. Para que no sospechara de ti después de nuestro incidente romántico en las rocas, te acostaste conmigo. Sin amor. Sin reproches de conciencia de que, con eso, le harías daño a tu chico. Yo no tengo ese tipo de rollos de una noche.

—Es cierto —confirmó Makro—. Es un romántico neurótico.

—Dios, qué melodrama —escupió Mariela—. Me drogo, ¿y qué? Es mi forma de vida, lo reconozco, por eso el laboratorio. Me monto mis fiestas, que la ley no prohíbe, y si las prohíbe, me invento otras. No hay nada más divertido que saber mezclárselo, y de manera que a una chica no le estropee la piel. El alcohol, en comparación, es como un martillo neumático. Yo me muevo en la finura. Casi se podrían llamar «biodrogas».

—Hay quien puede verlo diferente —masculló el Técnico.

—No te esfuerces, querido. ¿Por qué lo ayudas?

—Porque te has pasado.

Por un momento, ella pareció darse cuenta.

—Pocos se han aprovechado de sus conocimientos de química tan moderadamente como yo —dijo después de unos momentos—. Toma a Fritz Haber, que iba a ver personalmente los efectos de su iperita en la Primera Guerra Mundial. ¿Hago yo algo así?

Julián empezó a dudar de quién era el jefe y quién el peón. Al fin y al cabo, todo era una construcción ideológica. Esta mujer educada sabía de drogas ya en la universidad, le sentaban bien, y lo que siempre le había importado era precisamente todo lo que le sentara bien.

Por el rabillo del ojo, notó un cambio en la expresión de la cara del Técnico, así que ahora avanzó hacia él.

—Si entra aquí la unidad de intervención con Weber —dijo—, es bastante posible que haya tiros. Con él, nunca sabes. Ni contigo. Me parece que preferirías soltarlo todo y acabar, pero tienes miedo de hacerlo. —Hizo un gesto hacia Mariela—. ¿Tanto te importa ella? Te engaña, amigo, y tú la cubres.

—Amigo… —dijo el Técnico entre dientes y Julián, por primera vez en su vida, se sintió como Weber. Se estremeció.

Mariela miró con dureza al Técnico, y la expresión de desánimo del chico de repente se suavizó.

—No sé de qué hablas —farfulló él.

—A mí me gusta —dijo Makro. Los tres se volvieron hacia ella y observaron cómo iba por el laboratorio con la taza en la mano—. Me gusta que tengas aquí trapanal, también llamado pentotal. —Levantó una jeringuilla y un botellín con una etiqueta en la que ponía, en bolígrafo, C11H17N2NaO2S, y se giró hacia Mariela—. Tiopentato de sodio. ¿De verdad que no te daba miedo que te entrara la policía aquí? Hum. Esto lo confiscarían inmediatamente e irías a interrogatorio.

—Me lo da a mí —dijo el Técnico.

—Cierra el pico —le lanzó, con aspereza, Mariela.

—Pero si es cierto —objetó él con un tono manso, quizá para no enfurecerla—. En tu presencia tengo que decir la verdad, ¿y estás aquí? Sí. No es mi culpa que estén aquí también estos dos. No me castigarás por ello. No puedes.

Pareció como si Mariela fuera a tirarse sobre él, para castigarlo como fuera, estaba temblando de un repentino ataque de furia. Se dominó.

—El tiopentato de sodio —continuó impertérrita Makro— se usaba en los interrogatorios como droga de la verdad, porque debilita la voluntad del interrogado, que luego no puede mentir. ¿Y si se lo pincháramos ahora al Técnico, Muriel? De todas formas, se le está disipando, la última dosis que le has dado ya está realmente débil. Se está rebelando. Le daré una inyección y lo someteré a interrogatorio antes de que venga la policía y lo hagan por nosotros. ¿Qué piensas?

El silencio entre los cuatro ahora era más pesado que el techo sobre sus cabezas. Pasaron unos diez segundos.

—Estoy de acuerdo —dijo el Técnico, y Mariela se lanzó contra él. Le dio un puñetazo bajo el ojo izquierdo y, cuando él se cubrió la cara para protegerse del siguiente golpe, le lanzó una patada a la entrepierna. Él tuvo tiempo de girarse, así que le dio en la cadera izquierda. Igualmente, lo tumbó.

Para entonces, Julián ya estaba junto a ella, la agarró del pelo y la arrastró por la habitación, un poco como un jugador de *curling* empujando una piedra por el hielo, y enseguida se horrorizó de lo que había hecho con una mujer embarazada (si es que había dicho la verdad). Ella se golpeó con el mostrador, en el que había una nevera con botellines llenos de productos químicos. Esta se tambaleó y, aunque no se precipitó sobre su cabeza, se abrió y cayó una lluvia de cristal fino. Algo se había roto, no era mucho, los líquidos acabaron en el suelo, pero parcialmente también sobre ella. En la cabeza, en el

cuerpo, en los hombros.
—¡Quitádmelo de encima! —chilló, pero Makro ya estaba a su lado, la levantó con cuidado y se la llevó al fregadero, donde recogió agua del grifo y la echó seis o siete veces sobre ella.
—No sé cómo reaccionará con el agua —dijo tranquilamente—, pero espero que no empieces a arder.
Julián ayudó al Técnico a ponerse de pie y le preguntó si lo sobreviviría. El joven respondió que, o lo sobrevivían todos o ninguno. Cojeaba, la cadera le dolía de manera evidente.
Makro preguntó si Muriel tenía ropa para cambiarse.
—Aquí no —fue su respuesta—. No te preocupes.
Luego empezó a repasar qué muestras se habían roto. Pareció que la comprobación la calmaba.
—Esto funciona solo si se usa internamente, ¿verdad? —se aseguró Makro—. Pues vale. —Se metió un vial en el bolsillo—. Haremos que lo analice un laboratorio independiente.
—Trae. —Mariela estiró hacia ella la mano, con la palma hacia arriba—. Por favor. Dámelo y lárgate, Makro, con él. —Señaló a Julián—. No os haré nada, quiero decir, que el Técnico no os hará nada; os lo juro, solo largaos.
—Juras tarde —dijo Margarita, con un suspiro, pero por seguridad reculó ante ella—. Julián lo tiene dentro y yo seguramente también, incluido el antídoto con efecto a corto plazo. No sé lo que me has dado aquí hoy, igual solo es té, pero igual no. No me iré de aquí hasta que todos, incluido el esclavo este, no recibamos el antídoto y la receta para curarnos. Si todavía se puede.
—Esclavo. —Mariela estalló en una carcajada y buscó apoyo en alguno de los hombres. No lo encontró.
El Técnico, teatral, dio un paso hacia delante, como si estuviera preparándose para un monólogo trágico.
—Aquí se acaba —dijo y le saltó la nuez—. Sigo queriéndola, los dos lo tenéis claro. Nunca he amado más a ninguna mujer, con ella es absoluto: o esto o la muerte.
—Quizá no deberías tomarte a las mujeres tan en serio. —Makro resopló, pero si él la oyó, no lo demostró.
—Para mí solo está ella, nunca he tenido ninguna relación, solo con ella.
Makro le hizo una mueca a Julián y observó:
—También le importa más la relación que con quién la tiene. Es conmovedor cuánto os parecéis vosotros dos.
—Con eso también me atrapó —continuó el Técnico—, y yo sigo queriéndola, aunque haya abusado de todo lo que tengo, sobre todo de mi trabajo.
Se echó a llorar y Julián y Makro se pusieron serios. Entendieron

que hablaba el corazón, negro por varios crímenes, pero a la vez más o menos puro. Un loco enamorado.

—Estudié IT e Hidrotécnica, pero nunca obtuve un puesto equivalente. Colgué en Internet mis trabajos escolares sobre el caudal de las fuentes de Karlovy Vary, obtuve un curro con contrato en el balneario, y allí me encontró. —Señaló a Mariela con el dedo. En sus ojos tenía lágrimas, justo detrás de ellas, el amor. Ahora ya no podría pararlo nadie, ni siquiera ella. Si hacía muy pocos momentos se lo había planteado (Julián estaba a punto de lanzarse sobre ella), ya había cambiado de idea. Como si se hubiera resignado, o como si actuara tácticamente y de momento lo escuchara con interés incrédulo—. Me dijo que era importante. Que palmarían un par de personas. Debía ser así, era necesario hacer avanzar a la ciudad: nosotros dos, con estas manos. Y lo haría ella por medio de mí, por lo visto, soy un chico listo. Ya, yo… pero y ella, con su doctorado… cómo pudo permitirlo, no me entra en la cabeza. Los cadáveres que ha dejado.

—Alrededor de Hitler todo dios era educado —observó Julián—. Algunos dirigían los campos de exterminio. Y, por ejemplo, el amable presidente Asad estudió Medicina.

El Técnico echó un vistazo hacia Mariela, como si comprobara si se lo permitía, y luego continuó:

—Yo estaba brutalmente en contra, ¿pero de qué me servía? Sí, en algún momento disparaba a los pájaros con una escopeta de aire comprimido, nos robaban las grosellas del jardín, pero le encontré el gusto y empecé a ir a buscarlos al bosque, maté exactamente ciento treinta y cuatro, incluidos los de las grosellas; además, había un pinzón al que le disparé en el pico, pero salió volando, seguramente sea el que más pena me da, pero tenía quince años y luego papá me dio con una escoba y rompió la escopeta contra la papelera, antes de tirarla. Desde entonces, nada, no le he hecho daño a nadie, pero Mura descubrió en mí ese antiguo capricho asesino. Por supuesto, podría haberla enviado a la mierda, pero no lo hice porque, directamente, me dijo que, si no lo hacía por ella, yo sería el siguiente: yo ya llevaba la droga dentro. Un regalito por lo bien que se lo había hecho la noche anterior en la cama. Y yo, cuando duermo con alguien, como es lógico, me enamoro. De ella. De hecho, me resultó excitante que me hiciera chantaje.

Makro y Julián volvieron a intercambiarse miradas. Ella giró los ojos. Julián estaba igual de pálido que los demás.

—Sí, igual que en tus libros, lo que escribes sobre ti —añadió el Técnico, casi como un reproche—. ¿Quién lo iba a entender mejor que yo?

—¿Te la creíste? —preguntó Julián—. Con lo de la droga.

—¿Me arriesgaría a no hacerlo? El primer asesinado, el siguiente

suicidio, como un penitente, como si esa persona no pudiera aguantar más consigo misma, igual que yo no podía aguantar conmigo mismo. Eso me fascinó, me reconocí también en eso, de hecho, me encontré. Me la llevé allí, abajo, a los taladros que inyectan a las fuentes, como cuando un dentista llega a la raíz del diente. Quería darle una lección, o más bien asombrarla con toda esa compleja belleza. Abrí el acceso a la fuente termal, es una especie de entrada a un conducto por donde luego sube zumbando. Antes de entender lo que estaba haciendo, lo vertió allí. Primero ningún resultado, pero luego empezaron. Alguien lo bebió. Después, todos los demás envenenamientos los hice yo, pero ¿por qué? Porque me lo metió dentro y solo me mantenía con el antídoto, tenía miedo a que lo dejara desencadenarse plenamente. Como fan de tus libros, tranquilamente te habría invitado al piso donde habías vivido sin más; pero, sinceramente, me habría dado vergüenza, paso vergüenza delante de la gente. Fue idea suya. Primero una idea, nos emborrachamos y dijimos lo bonito que sería. Al día siguiente cambié de idea, pero era tarde. Era ella quien quería atraparte e infectarte. Yo me habría contentado con un autógrafo en un libro, con alguna firma, joder. ¿Quién soy yo?

—Eres simplemente el Técnico —dijo Julián, para tranquilizarle—. Víctima y asesino. Ella te metió en esto, te hizo chantaje. Y nosotros nos equivocamos pensando que la extorsionabas tú a ella.

—No es verdad —dijo Mariela, y su expresión de furia era tan elocuente como la penitencia del Técnico—. ¡Es un bestia acomplejado con antojos terroristas! Por eso mataba a los pájaros… para matar su complejo.

—Tú lo descifraste y lo usaste. Abusaste —precisó Margarita—. Los químicos no suelen ser psicólogos, no lo son. Un buen psicólogo nunca se aprovecharía de la capacidad de ver en el alma de otra persona. Tú lo hiciste. Eres una manipuladora, él solo tu órgano ejecutivo. Un órgano para las ejecuciones. La cuestión es por qué se lo hiciste. Y también a esos inocentes que la palmaron con él, pero que, a diferencia de él, no están vivos.

—¿Yo? —chilló Mariela—. ¿Cuál de nosotros estaba más enamorado? ¡Con qué gusto echaba lo que yo le mezclaba! Decía que así castigaba a los rusos y a los consentidos occidentales, además de a los orientales, tanto da. Estaba de acuerdo conmigo en todo. Encontró el sentido de la vida… ¡gracias a mí!

—Pero su motivo ya lo conocemos —dijo Julián, con la voz lo más tranquila posible—. Te amaba, quizá todavía te ame, y también sabía que se lo habías inyectado, así que, si te hubieras encerrado en algún sitio, igual que me encerraste a mí en el piso, él habría saltado contra la víctima más cercana, le habría mordido el cuello y luego, voluntariamente, incluso con placer, se habría ahogado en los

cuarenta centímetros de profundidad del río de aquí, en la Isla del Demonio.

Mariela no tenía nada que decir. El Técnico asumió la respuesta.

—Quiere destruir esta ciudad por avidez, igual que se cerró Teplice. Las fuentes no tiran, y como ni los rusos consiguen elevar Vary al nivel de una ciudad termal europea, se juntó con los que prefieren excavarla y explotarla.

—¿Carbón? Absurdo —observó Julián.

—Precisamente no lo es. Los alemanes anularon la extracción, casi la anularon, y pasaron al viento, pero aquí podría extraerse. La gruta de carbón llega hasta la zona de los balnearios. La ciudad interior se quedará como una reserva monumental, nadie tiene que pasar miedo, pero las fuentes se apagarán, porque ya justo pasado el Ohře se extraerá, todos los barrios se irán a la mierda, se trasladarán a otro sitio, más moderno. Todo, aparte del centro, caerá víctima, las fuentes lo primero. Morirán, se perderán. Se quedará una pequeña ciudad bonita, como Loket. Romanticismo de polvo de fin de semana con carteles que informan de las fuentes que estuvieron aquí, pero ya no están. Seguirá siendo una ciudad bonita, pero ya no habrá balnearios. Detrás del río hay carbón, debajo de la ciudad. Todos necesitamos el carbón. Así lo defiende ante aquellos para los que trabaja.

—Aquí hay fuentes, un mar subterráneo infinito de agua mineral —objetó Makro—. El carbón está cerca, pero sigue siendo una mercancía secundaria. También hay en otros sitios.

—Era secundaria hasta las sanciones a Rusia. —El Técnico se encogió de hombros—. Los alemanes son remisos a extraer, les van las fuentes renovables, pero han tocado fondo, así que necesitan el carbón. Los dinosaurios de carbón han vuelto. Aquí hay carbón, y saldrá al mercado, os lo digo. Siglo veintiuno, electromóvil Tesla en órbita, pero aquí ganará el carbón. A mí me da igual, encontraré trabajo en las minas cuando se sequen las fuentes. Y se secarán cuando empiecen a excavar detrás del río. En tres años habrá minas. Se zamparon Chranišov, Chodov, Vřesová, Nové Sedlo. Se zamparán también Vary. Si los rusos no pueden montar un negocio con las fuentes, ¿quién puede? Es difícil encontrar un inversor, habéis visto el Balneario Imperial, en qué estado está. Vary no tiene dinero, no saben ya ni gestionar bien los balnearios. Antes eran de los alemanes, luego del estado checoslovaco. Vary, como ciudad, solo sabe hacer una cosa: ventas y alquileres, y en la región de Karlovy Vary no es mejor. Pero la región tiene las minas debajo, y ahora han llegado hasta los balnearios. Las fuentes estorban, ¿verdad, Muriel? Quién invertiría en ellas: son inestables, inseguras, frágiles como personas. Pero el carbón está clavado en el país como una roca y no se va a ninguna parte. Hay que sacarlo. ¿Y dónde estará Vary?

Julián se dio cuenta de que el Técnico tenía la misma expresión fatal y de terror que Mariela/Muriel. Makro, por su parte, había puesto una expresión neutra, lo que solo confirmaba que lo que se decía no le era indiferente.

—Así que los incidentes por los que estamos aquí Julián y yo debían acelerar la muerte del balneario, ¿es así? Ahuyentar a los visitantes. En este medio año no ha dado para tanto —dijo.

—¿Para quién trabajas? —preguntó Julián a Mariela—. Ahora puedes reconocerlo. Yo solo no lo descubriré. Makro tampoco, la policía sí, será fácil. Pero a nosotros nos lo puedes decir tú misma.

—Nunca os perdonaré ni las idioteces ni la suciedad que me habéis tirado encima aquí —dijo en voz baja.

—¡Nadie te lo ha pedido! —dijo el Técnico, levantando la voz, y luego se volvió hacia Julián—. Trabaja para una compañía minera checo-rusa. Hace un año se deshicieron de los últimos inmuebles en Vary, excepto dos villas donde estará la sede de la dirección de las minas y un bloque de viviendas en Čankov, allí alojarán a sus ingenieros. Los mineros serán de Chequia, Polonia, Rumanía y Ucrania. Estos irán al albergue. Este tipo de cosas románticas son las que discutimos mientras cenamos con velas.

—¡Cierra el pico! —Ella le dio una bofetada con el puño medio cerrado. Con las uñas, le arañó la cara.

Él se frotó con la manga.

—Creían que te dominaba yo, pero ahora ven que es lo contrario. Y yo creía que éramos pareja, y entonces descubro que me encuentro cada vez peor si no me preparas algo, un cóctel o dos. Por lo que respecta a la cantidad, ya habría muerto, pero luego me metiste un antídoto de calidad, y así me has mantenido ya más de medio año: en estado de muerte esperada. No solo la droga de la verdad, eso aún mola, pero sobre todo lo que tuve que meter en los pozos de las fuentes, para luego esperar, aterrorizados y entretenidos, qué y a quién encuentra. Realmente, no me conmueve que no estés dispuesta a perdonarnos nada. Yo tranquilamente te perdonaré que siempre te haya tenido que decir la verdad a ti y ocultársela a los demás, pero luego todo el tiempo tenía miedo de que no me dieras el antídoto y acabara saliendo para arrancarle la pierna a alguien, o cortarle el cuello, o morderle la columna y luego, presa del pánico y del odio, matarme. Vale, me has usado. Pero no te perdono que te hayas comportado como una terrorista: te daba igual si morían abuelos o nietos, ante todo una brutalidad ilimitada. ¿Y por qué? ¿Para que aquí detrás alguien pueda explotar? Nunca entenderé la clase de monstruo en que te has convertido.

Se oyó a Makro.

—Miss Química, que se casó en Italia… Siempre pensaste solo en ti

misma, pero no eras mala. ¿Fue la muerte de tu marido? Eso abate a cualquiera, y hala, aquí tenemos a una bestia moral. ¿O cambió ya antes y también lo mataste a él? ¿Qué coño te pasó?

—Y Pandora —dijo Julián—. ¿Qué le hicisteis?

Mariela, igual que la última vez, se cubrió la cara. Ahora no con el pelo, sino con las manos temblorosas.

—No me hables de ella, y no me hables de Pandora —dijo a través de la piel, del tejido, de las articulaciones y los cartílagos, los músculos y las venas, la sangre pálida que corría por ellas.

Julián se le acercó e intentó apartarle la mano de la cara, pero ella se giró hacia la pared. Sin embargo, él ya estaba muy cerca y no estaba dispuesto a abandonar su posición.

—¿De ella, ni de Pandora? Así que ella no es Pandora —le bramó al oído.

—Eso fue antes que yo —dijo el Técnico—. No tengo nada que ver con eso.

Julián se inclinó hacia Mariela.

—Pandora no es ella, sino tú —le susurró al pelo—. ¿A que es así? Te firmaste en ella con un código pictórico. Y luego quisiste matarla. Pandora eres tú. Llena de odio.

Ella chilló y se lanzó a por él. Julián agarró su mano, con fuerza la apretó contra su cuerpo, la giró totalmente y la derribó al suelo, con cuidado, despacio, pero implacable.

—Suéltame, el Técnico te romperá los huesos.

El Técnico negó con la cabeza.

—Creía que eran amigas y luego se habían hecho algo.

Julián se tendió junto a la rebelde Mariela.

—Ves, no hará nada por ti, llevas meses enteros chantajeándolo y manteniéndolo como un sirviente y un rehén en la misma persona. Pero ni siquiera el síndrome de Estocolmo dura eternamente, querida.

—Cabrón —dijo ella, con un resoplido, pero él le puso la rodilla derecha entre los omóplatos.

—Si no nos dices lo que le pasó a esa chica y nos das a todos el antídoto contra estas mierdas, estarás aquí como un insecto pisoteado.

—Los matarás también a ellos dos —dijo bruscamente, dirigiéndose al suelo—. ¿De verdad quieres quitarle la vida aquí al Técnico, el pobre inocente, y a tu gorda antes de que te muerdan ellos a ti?

Julián rebajó la presión de la rodilla en la espalda de Mariela.

Margarita se rio.

—Conozco la fórmula de la sustancia, el antídoto está aquí, en el laboratorio. No tiene por qué acabar mal para ninguno de los dos. —Se arrodilló a su lado—. Irás a la cárcel, quizá al manicomio. Te tratarán como haga falta. No te irás sin castigo, pero una futura madre, especialmente con diagnóstico de enajenación mental

provocada por la pérdida de un ser querido, tendrá una serie de circunstancias atenuantes. Porque tú la amabas, ¿verdad? Entonces todavía no habías matado. Entonces hacías lo contrario.

—No tengo derecho a ir al manicomio —dijo Mariela—. Trabajo para los mineros, ahora ya da igual. Solo dejadme ir. Os daré el antídoto. Pero no soporto la prisión. Prefiero matarme.

—Primero explica lo de Pandora —dijo el Técnico en voz baja—. Nunca me dijiste cómo fue, solo que se había muerto una amiga tuya.

Julián se levantó, la dejó estar. Los tres estaban sobre ella como parcas, no hay adónde huir ante el destino. Lentamente, con movimientos llenos de todos los tipos de dolor, se sentó, se apoyó contra la pared, cruzó las piernas y con los dedos se peinó el pelo oscuro con raya en medio para que le cayera sobre la cara por ambos lados. Solo se asomaba la punta pálida de la nariz.

—Suéltalo —se metió el Técnico—, solo quiero aclararlo: ¿soy un suplente? Reconócelo tranquilamente. La amabas. La sigues amando.

Julián y Makro volvieron a mirarse. Como los padres de dos niños adultos, pero todavía peligrosamente inmaduros.

—Sobre todo, no tengas celos. —Makro se volvió al Técnico.

—Estoy de acuerdo. —Mariela continuó tras el velo de cabello—. Sigo queriéndola, tú siempre fuiste solo un accesorio técnico. Perdóname.

—¡Cerda! —soltó el Técnico—. Esto es el fin.

La nariz de ella se agitó, una exhalación de risa sopló una mecha de pelo que, graciosamente, enseguida volvió a su sitio.

—Esto es el fin del fin que empezó el día en que la envenené. Primero se encontró bien, entonces le tatué el apodo que me había dado. Luego nos metimos en la cama, ¡en la cama, miserable! —le chilló. Después añadió, con la voz más suave—: Pero tan pronto se quitó el vestido y fue a bajarse las bragas, cayó sobre la sábana, y yo pensé que solo lo hacía ver, que estaba jugando a ser una chica pasiva para que hiciera con ella lo que me apeteciera y como me gustaba. Solo que ya no se movió. Levanté su brazo, el brazo volvió a caer sobre la cama. Le toqué el cuello. Un pulso que no se sentía.

—La Bella Durmiente con una rosa azul en el cuerpo —dijo Julián.

Mariela ya estaba de pie, dio dos pasos hacia él y levantó la mano para golpearlo. Él le sujetó la mano con facilidad y la llevó hacia el Técnico. Este, sin embargo, la evitó.

—No pienso colaborar en nada más —dijo—. Solo me ha chantajeado.

—Pues bébete esto. —Makro le dio un frasco que cogió del mostrador. Tenía una etiqueta roja—. Bébetelo de verdad, Petr, ¡salud!

—¡No lo hagas, eres mío! —bramó Mariela y se soltó de Julián.

Pero el Técnico solo se giró y le dio la espalda, sobre la que

llovieron los golpes de sus puños, y se bebió de una vez el contenido del frasco.

—Cada uno es solo de sí mismo —dijo Makro tranquilamente—, lo que significa una elección que nos une aquí y ahora a los cuatro. O Dios o el diablo. Escojamos. —Estiró la mano hacia atrás, a por otro frasco. Este tenía la etiqueta negra. Sabía que especulaba y que era un riesgo, y, al mismo tiempo, estaba segura de haber elegido correctamente—. El Técnico es inocente, así que ha recibido agua viva. Tú lo has amenazado con agua mortal, ha muerto gente. Aquí tengo agua muerta, si la bebes, solo te matarás a ti misma, no tendrás que ir entre rejas. Suicidio por la conciencia negra. ¿Qué, pues?

—Amaba a Josefa… —dijo Mariela.

—¿Nos interesa? —la interrumpió Margarita, pero tras decirlo, se vio que habría preferido retirarlo.

—Hay quien no teme amar a otro, aunque eso mate a uno de los dos —dijo Julián en voz baja—. Y hay quien sí que lo teme y prefiere no vivir a que pase algo así.

Margarita clavó su mirada enfurruñada entre los matraces del banco de trabajo, como si quisiera romperlos en pedazos.

—Por favor, continúa. —Julián animó a Mariela.

—… y ella me amaba a mí. Fue antes de Petr, así que no tiene por qué ponerse celoso. Nos conocimos aquí, en Vary, tenía un trabajo temporal en el festival y yo trabajaba para La Délicatesse, una empresa de cosméticos que añade a sus productos olor y aceite de almendras amargas. Amor a primera vista. Primero nos amamos en el bosque, bajo las Tres Cruces, luego en la habitación del hotel. Empezamos a salir. Se metía pervitina, una adicción que todavía no te quitaba la belleza, pero sí la voluntad. Le gustaban también los chicos, pero estaba hasta el moño de ellos, ya les tenía miedo, tan joven aún. Quise reprogramarla con mis delicias, corporales y químicas, menos perjudiciales. Se lo metí para curarla. Pero me pasé. Esa mañana era un bonito día, cuando la tatué. Pandora es un poema de Goethe que leímos. Le expliqué cómo en esta región se enamoró de Ulrika. Ella era Ulrika, yo Goethe, aunque solo ocho años mayor. El mismo día en que la tatué con calcomanías y, al menos por un rato, me casé con ella, el día en que recibió mi nombre, me arriesgué con una dosis que debía trasladar su adicción hacia otra sustancia… hacia mí. Yo tomé lo mismo. Pero Ulrika… Josefa murió. O al menos eso pensé. Murió, aunque solo para mí y para ella.

—Tendrías que haber llamado a una ambulancia —dijo Margarita.

Y Julián, que había escuchado a Mariela como arrebatado, susurró que se callara.

—Me la llevé en coche al bosque para dejarla allí, una acción como de cuento, porque no fui capaz de enterrarla, y no dejaba de esperar

que se despertara, que se levantara de entre los muertos. La fotografié una vez más, tumbada entre los árboles donde estuvimos tan bien juntas. Pero estaba muerta. Volví a casa y no salí en dos semanas, solo esperé horrorizada que vinieran a por mí, y leí en Internet todo lo que tuviera que ver con el cadáver encontrado en el bosque de Karlovy Vary. Se descubrió poco. Que estaba muerta. Y luego que no estaba muerta, que estaba en un coma del que no se despertaba y del que seguramente no se despertaría. Nunca. Me lo tomé como que querían que el culpable sacara la cabeza del agujero. Y no estaba dispuesta a hacerlo. Conocí al Técnico y nos mudamos aquí. Con él estaba cubierta, encubierta tras él. Me llevé la alfombra sobre la que le hice las fotos, no fui capaz de deshacerme de ella. Un error, pero no me imaginaba que luego el Técnico empezaría a repartir las fotos. Ni que vendría aquí el señor escritor. Pero tenía curiosidad y necesitaba asegurármelo.

—Gracias —dijo Julián—. No por lo que hiciste, sino por conseguir verbalizarlo.

Makro solo agitó la cabeza con una mueca, pero no dijo ni una palabra.

También Mariela callaba.

—Pues continuaré donde lo ha dejado ella, ya solo para que no me lo carguen a mí —dijo el Técnico—. Nunca me he engañado a mí mismo, hasta que estuve con ella. Que saliera conmigo una chica tan guapa, ni había soñado con ello. Además, me sedujo ella a mí, no yo a ella. Como si yo fuera no sé qué. Pero debió de encontrarme precisamente por ello. Antes de que se empezara a reparar la columnata de la Fuente Termal, estaba sentada en el banco del vestíbulo bebiendo Becherovka de una taza… eso me lo dijo después, que no llevaba agua de la fuente, sino alcohol. Los alcohólicos, que venían al balneario por el seguro, lo hacían siempre así, también sale en una película antigua. Estaba allí sentada, dando sorbos y mirando cómo iba por las escaleras desde el subterráneo, donde se distribuyen las fuentes termales. Nunca habría pensado que tuviera este plan. Le siguió un viaje de varios meses. Mezclaba cosas. Sabía como un licor de almendras amargas. Pero comprobé que ya no era capaz de vivir nada más, solo la droga y ella. Y luego fue conmigo al subterráneo y vertió otra cosa al brote. La primera vez no pasó nada en absoluto, nadie bebió nada, se perdió en el Teplá y perdió la fuerza. Si se lo tragó algún pez blanco o una especie invasora y se convirtió en piraña, quizá pasara, pero nadie lo documentó. Solo que la segunda vez surtió efecto.

—Pudiste pararla.

—La amaba. Sigo amándola.

—Precisamente por eso.

—Me habría matado a mí.

—Nadie quiere otra carnicería, seguro que Muriel tampoco —dijo Margarita.

—Seguro que Muriel tampoco —repitió Mariela, impasible.

—Tomaos el antídoto, vosotros dos —dijo el Técnico—. Enseguida.

—Yo ya no tengo. —Margarita se encogió de hombros—. Había una dosis para una sola persona.

Todos buscaron con la mirada por el laboratorio. Mariela se apartó el pelo del ojo derecho, luego, enfurecida, de los dos. Se los frotó con las palmas de las manos. Fue hacia la nevera y, con las manos temblorosas, sacó de ella un recipiente de plástico para conservar alimentos. Dentro había tres frascos: dos marrones y uno blanco; también una jeringuilla y agujas plastificadas. Vertió todo el contenido en un vaso de precipitado y le dio vueltas con suavidad. Sacó una aguja de la funda, la puso en la jeringuilla de diez mililitros y apretó ligeramente el pistón. De la aguja, que apuntaba al techo, cayó una gota.

—Será más seguro que si lo bebéis. Ahora me iré, ya no nos volveremos a ver ni nos hemos visto nunca. Podéis compartir la jeringuilla, hay líquido para dos. Adiós.

—Espera —dijo Julián—. No puedes irte por aquí, te matarán.

—Ya hace mucho que estoy muerta —contestó con calma—. Porque mi amor está muerto.

Ni siquiera miró al Técnico. Le dio la jeringuilla a Makro, ella la cogió, se remangó el abrigo oscuro y el jersey blanco, dio tres pasos rápidos y en el siguiente momento se lo clavó con decisión a Mariela en el cuello, justo en el lugar donde se veía la vena azul bajo la piel fina y pálida. Con la izquierda, le dio una palmada al círculo del pistón.

Mariela lanzó un suspiro, se arrancó la jeringuilla, se lanzó a por su asaltante y cayó.

—Os lo he contado todo —buscó aire desde el suelo—. No tenía por qué pasar esto.

—Vamos. —Margarita hizo un gesto con la cabeza hacia los dos hombres y salió por la puerta del laboratorio. Julián y el Técnico corrieron tras ella.

Cruzaron el oscuro pasillo y abrieron la puerta de un golpe. En ese momento, Weber estaba bajando de una limusina negra frente al edificio. Al mismo tiempo, los apuntaban una docena de cañones en las manos de una unidad de intervención algo desconcertada que estaba preparándose para entrar.

Cerca, dos microbuses, dos coches de policía señalizados, con las luces de emergencia parpadeantes y bloqueando la calle. Detrás, dos ambulancias y un coche de bomberos. Más policías al fondo.

Julián empezó a reírse. Era su histeria masculina la que se reía. Al mismo tiempo, se le revolvió el estómago.

Rendirse fue tan automático como automáticas eran las armas. Estaban frente a la sala de máquinas, a la luz de las farolas y de las linternas policiales, como actores, como doce cañones contra seis brazos sobre tres cabezas, todos sin pensamientos ni compasión, solo con instintos aquí y órdenes allá, con el miedo de todos los presentes.

—Al suelo, las manos detrás de la cabeza —dijo Weber, maquinalmente. Nadie gritaba. Obedecieron. Con la voz gélida, añadió hacia el comandante, el chico del pelo erizado al que Julián había visto delante del balneario Mantova—: Si empiezan a hacer bobadas, apuntad a las piernas. Necesitamos un análisis inmediato, por si llevan algo dentro. Y si matáis a alguno de ellos antes de que hagamos el análisis, os romperé el culo.

—Los químicos aún no han salido —contestó el del pelo de erizo, con una estoicidad sorprendente.

—¡Pues que salgan ya, coño! —dijo Weber.

El del pelo erizado dijo algo en algún código, y bajaron los cañones. Julián, el Técnico y Makro estaban tumbados en el asfalto, esposados por la luz de las linternas y por la amenaza de ser disparados.

Weber se arrodilló junto a Julián y susurró:

—Me has traicionado.

—¿Cómo? —Julián giró la cabeza para verlo.

—Te comprometiste a cerrar el pico.

—Ante los medios. No ante mi exnovia.

—Has dejado que lo resolviera ella por ti.

—Y tú antes dejaste que lo resolviera yo por ti.

—Acarrearás con las consecuencias.

—Lo sé desde el momento en que te cruzaste en mi camino. Esa vez.

Weber quiso añadir algo, pero se detuvo. Miró a Julián con desprecio indisimulado.

—¿Llevas la mierda esa dentro? —preguntó, al final.

—Me temo que sí —asintió Julián, resignado—. Lo mejor será que nos encierren en algún sitio, y a cada uno por separado. Cuanto antes.

—Me encantaría cumplir tu deseo, amigo —dijo Weber, con una sonrisa.

Se llevó la mano a la espalda y sacó una pistola.

—CZ 75 Compact —sonrió Julián—. Habría supuesto que tendrías un cañón mayor.

—Para ti basta. —Weber, con el dorso de la mano que llevaba la pistola, le tapó la boca y, bruscamente, como si moviera el arco por las cuerdas crepitantes de un violín, la rozó con un movimiento amplio hasta separar los labios y rozarse contra los dientes descubiertos. Luego se mordió su propia muñeca.

Gimió de dolor, pero fue con cuidado de no atravesar la piel. Justo después, se apartó de un salto de Julián y gritó que el cabrón lo había mordido. Luego apuntó a la sien de Julián.

—Déjalo —dijo Julián—. Se darán cuenta de que te lo has hecho tú solo.

—No se darán cuenta de un pijo. Como mucho de tu ADN babeado.

—Cerdo —gruñó Makro hacia Weber y empezó a levantarse, pero no llegó. Algo pasó volando por encima de ellos, un murciélago negro. Pero los murciélagos no chocan contra las personas.

Oyó el chillido furioso de Weber, un jadeo, el ruido de una pelea. En los conos bamboleantes de la luz de las linternas, dos cuerpos se agitaban en el suelo. Uno gruñía como un perro rabioso, el otro chillaba con la voz aguda del horror. No se podía disparar lo suficientemente bien hacia eso.

Después de medio minuto, largo como una hora, se separaron. Weber se levantó con sus últimas fuerzas, sin dejar de chillar. Su brazo derecho colgaba de los tendones, arrancado de la articulación, en el hombro desgarrado hasta el hueso.

También Mariela se puso en pie, tranquila y con una sonrisa, los labios y su entorno manchados por un pintalabios oscuro de sangre. Se inclinó hacia Julián, escupió algo y su boca, todavía saturada de un líquido espeso, dijo:

—Tampoco te gustan los policías, ¿verdad?

El del pelo de erizo dio la orden y le dispararon, todavía estaba en pie y ya estaba muerta, las balas atravesaron la cabeza, la cara, el pecho y la barriga. Cayó sobre Julián, como si quisiera abrazarlo por detrás. Él esperó que en ese momento se acabaran los disparos. Junto con Mariela, murió también el tercer niño no nacido de Julián.

Le acarició la mejilla derecha, intacta. Enseguida cambió de idea. Al darse cuenta de la manera tan terrible en que quería asesinarlos a Margarita y a él. Ya no podía borrar la caricia. Todavía pasaron un par de largos segundos, el silencio siempre dura. Totalmente ensordecidos por el ruido de las armas de fuego, se pusieron de pie a una orden del comandante.

Los paramédicos se ocuparon de Weber y de Mariela. De él más, a ella la cubrieron entera con una manta, no tenía sentido reanimar a una víctima con la cabeza como un tamiz, un agujero en la cara, debajo del ojo, delante de la oreja y en medio de la barbilla. La cubrieron entera, la cabeza, el tronco, las extremidades. Antes de que la envolvieran en una bolsa para cadáveres, se extendió debajo de ella un charco negro.

Julián cogió a Makro de la mano y dijo:

—Vámonos. —Le pareció curioso oír su propia voz extraña.

Dieron siete pasos, el Técnico los siguió. Entonces se puso en su

camino el jefe de la intervención, el pelopincho. Se iluminó la cara con una linterna para que se tranquilizaran. Sus ojos eran igual de azul grisáceo que los de Mariela antes de apagarse. Pero estos relucían, con una vida impetuosa, de la felicidad por el éxito de la caza. En el chico bullía la adrenalina, para él esas cacerías eran mejores que cualquier otra cosa. Mejores que el sexo. El hedor a azufre se elevó sobre la cuenca tras el Balneario Imperial. Cuando los policías los llevaron al vehículo, Julián vio, detrás de la cinta abigarrada ante la que estaban los policías, al hombre con el viejo sombrero de Sherlock Holmes. El del sombrero hizo un discreto gesto con la cabeza y Julián, antes de subir al coche, le sonrió.

Toda agua es una medicina si uno la bebe en una cantidad razonable, y un veneno si se bebe más de lo que el cuerpo aguanta. Un desierto puede ser sano si hay en él un oasis de agua pura. Un pantano retiene eficazmente el agua, pero esta suele estar llena de cólera y malaria. La ciudad-balneario puede curar, puede dar la ilusión de una cura, y también puede matar. Pero el agua no sabe mentir. Eso lo sabe hacer solo la gente que la administra. El mar subterráneo debajo de Karlovy Vary, aun lleno de azufre, es puro. El agua, a diferencia de las personas, solo puede ensuciarse cerca de la superficie. Tuvieron que quedarse en Vary un mes más. Nadie les prohibió a los dos encontrarse, pero iban por separado a los interrogatorios y no debían salir de la ciudad. El Técnico esperaba el juicio bajo custodia, fue inmediatamente imputado y Julián le recomendó al abogado Bohosud, de Vinohrady, Praga, un viejo metido en negocios oscuros que, en los ratos libres, tocaba la sierra musical, y era bueno. Su especialidad eran las sonatas a trío de Beethoven (arregladas para sierra).

Y nunca había habido algo así: un asesino que actuaba con el convencimiento sincero de que, si no mataba, él mismo moriría de esa misma muerte como víctima activa y pasiva. Tanto Makro como Julián serían citados como testigos. Él declararía que había vivido un par de días con el mismo convencimiento con el que el Técnico había vivido durante largos meses. Ella declararía que ni el señor Taufer ni el señor Uřídil se imaginaban que el veneno neuropático preparado por Mariela Moretti, liquidada durante la intervención policial, no tuviera un efecto tan duradero como la señora Moretti había asegurado al señor Taufer, que a su vez infectó al señor Uřídil con esa misma convicción. Y esa convicción no era nada más que miedo. Creer una falsa amenaza significa pánico, paranoia y comportamiento irracional de los individuos y de grupos enteros. El doctor Bohosud, incluso, utilizaría el término de resonancias científicas «desinformación manipulativa maligna», que causaría impresión en el tribunal. Julián luego lo tomaría prestado para su novela sobre los asesinatos karlovarianos. Lo que no se mencionó en el juicio fue la

convicción de Julián de que Mariela y el Técnico le dieron de beber algo más, aparte del antídoto y alcohol. En la habitación de su hotel se había lanzado contra Makro, quería hacerle daño, sin duda drogado. Pero ¿con qué?

Mariela ya no le respondería. Quizá lo hiciera el Técnico.

También tenía la sospecha de que Makro se había equivocado: que Mariela, originalmente, de verdad quería convertirlo en uno de los asesinos/víctimas, pero no sabía en qué momento había cambiado de idea por segunda vez y, de hecho, quiso que se inyectaran el veneno, aunque por vía oral hubiera sido tan efectivo, al menos en algunos casos.

De todas formas, tenía la sensación de tener el veneno dentro desde que se había ido de la ciudad. Y precisamente ese mismo veneno lo había atraído para que volviera.

Aún faltaba mucho para el juicio, menos para la publicación de la novela. ¿Qué revelaría en ella? ¿Que solo era un escritor, o un monstruo asesino al que Dios liberó y al que le entregó el arte de dominarse? ¿Cuántas personas no de papel habría masacrado Julián sin su habilidad? Él, un asesino de papel en serie. Un escritor gore. Todas las demás mezclas, después de las dos primeras iniciales, las había hecho ya el Técnico bajo sus órdenes. El setenta, quizá el ochenta por ciento de ellas no salieron bien, el veneno se perdió en el río, quizá allí se mordieran las truchas entre sí. Los demás ataques terroristas contra el agua —y contra personas que no se imaginaban nada y que se la bebieron— habían tenido más o menos éxito. Mariela había perfeccionado la solución. Lo vigilaba, igual que a Julián, con uranio; pero él, el Técnico, además tenía dentro la droga de la verdad, gracias a la que le soltaba casi todo lo que hacía y casi todo lo que opinaba. No le había dado esa sustancia a Julián, temía que como escritor fuera capaz de resistírsele. Sin embargo, fue capaz de engañarle cuando, por medio del Técnico, lo convenció de que él mismo se había bebido la mezcla asesina y que, si no se tomaba el antídoto, acabaría como aquellos por los que había ido a Vary.

Lo que le había dado al Técnico, y a través de este a Julián, era un derivado potente y no estudiado de la cocaína, pero no se pudo determinar la composición exacta de la sustancia, igual que la diagnosis del estado de trastorno que provocaba. Mezclado con el miedo, habría podido provocar con total facilidad un infarto de miocardio, pero Mariela siempre trabajó con el riesgo, eso no podía frenarla. Se llevó el secreto de la receta a la tumba. Fue cremada sin ceremonia, sus cenizas fueron esparcidas, con asistencia de Julián Uřídil, que entregó la discreta suma de dinero por el acto indispensable y el ritual, en el prado para ello designado en Mariánské Lázně. Cerca de las cenizas de sus abuelos. Sus padres fueron

informados, pero no aparecieron.

Julián encendió una vela en uno de los bancos del jardín de esparcimiento. No era una luz de perdón, a los monstruos no se los puede perdonar.

Los monstruos se deleitan en el cinismo, en la negación de la verdad, en la búsqueda y la imposición de la mentira. Mariela empezó a vivir del odio al mundo y supo convertirlo en dinero. Cuando la empresa de minería Sukhumi Ugol contactó con ella, en tanto que química excelente, titubeó solo brevemente y se dejó contratar por ellos. Vary debía acabar como balneario. La bella ciudad interior, con todas sus fuentes, debía mantenerse como un museo etnográfico de las antiguas termas. El carbón es oro negro, en este caso, marrón. Tras la explotación de las cuevas bajo los Pescadores, Tašovice y la Colina Rosa, en cincuenta años quizá pudiera renovarse el negocio de los balnearios, pero a saber por dónde encontraría mientras tanto el agua su camino. La colaboración con los mineros alemanes tras la frontera líquida estaba garantizada.

No sucedió. Vary sigue siendo un destacado balneario europeo, con agua que es irremplazable. Uno se puede bañar en ella, puede beberla. Como cuando uno se mete en la bañera y lentamente consume lo que le calienta los músculos, las vértebras y las articulaciones. Un baño en champán caliente y salado. ¿Tiene esto alguna otra ciudad de Europa?

Todo el caso tiene a sus víctimas. Las mordidas y desgarradas, las mordientes y desgarradoras. Mariela/Muriel, a la que disparó la unidad de intervención junto con el hijo de Julián, que ya crecía dentro de ella. Weber, que perdió el brazo, incluso el hombro. En la herida, a pesar del cuidado inmediato, tuvo una dolorosa sepsis… u otra cosa. Los cirujanos tuvieron que quitarle un trozo de la clavícula. La infección, por fortuna, no alcanzó el lóbulo superior del pulmón. Weber es un inválido que carece de una extremidad, desfigurado hasta el punto de que ni siquiera puede llevar una prótesis. El cuello, en el costado derecho, pasa directamente a la caja torácica. Un zombi, tendría ganas de decir alguien con malicia. Pero se dice «inválido».

Como opinó Makro, en un par de años le podrán imprimir en 3D los huesos que faltan, pero de esta manera, de momento, no se pueden reemplazar los tejidos, los músculos, las articulaciones, las venas, las arterias ni los ligamentos. Pasarán aún cincuenta años hasta que sea posible. Pero para entonces a Weber ya no le servirá de nada y, al fin y al cabo, Margarita es matemática y no la vanguardia de la cirugía plástica.

Dale la mano al diablo y te agarrará todo el brazo. Pero aquí fue el diablo el que perdió su miembro, al menos eso era lo que sentía Julián. ¿Se alegraba? Más bien sentía tristeza. Cumplió su contrato con Weber. Uno se fue a una bonita pensión de invalidez, el otro

escribió su novela. Los dos, infelices por cómo había acabado.

Pero nunca da felicidad un caso resuelto. Siempre se cuentan los muertos y heridos, sean físicos o mentales, o ambos.

Pudieron irse de Vary el primer martes de Adviento. Justo el siguiente miércoles, fue a ver a Josefa. Estaba en la cama del Hospital Universitario de la plaza de Carlos, en una habitación individual, enchufada a las máquinas. A Julián le pareció raro y pidió una entrevista con el jefe de la sección de neurología.

Luego estaba junto a Makro en una agradable habitación blanca, él con un ramo de rosas amarillas y naranjas en la mano, ella con una bolsa llena de naranjas. Colocaron las flores y las naranjas sobre la mesilla de noche, igualmente no importaba cuándo vendrían bien.

Miraron a la chica, que tenía en las mejillas socavones secos, remansos sin agua. Una enfermera echó un vistazo en la habitación. Margarita pidió permiso para poner crema a Josefa. Enseñó la crema a la enfermera y le explicó que solo era cáñamo concentrado y grasa. La enfermera se enfurruñó, pero luego debió de pensar: «¿Qué daño podría hacerle, a la pobre?». Asintió y miró cómo Margarita aplicaba crema en la cara de la chica durmiente. Las mejillas, como si necesitaran ese cosmético, inmediatamente se sonrojaron. Parecía un ser de cuento.

Cuando la enfermera se marchó, Julián la fotografió con el móvil.

En la segunda visita, Makro volvió a aplicar la crema, él volvió a fotografiarla. Josefa parecía mejor, ya no tan escuálida, ya no tan muerta. La solución de infusión circulaba por sus venas.

Quedaban para verla una vez por semana, cada uno vivía su vida. Julián escribía; Margarita, en la universidad, se preparaba para el nombramiento como profesora asociada. Pero cada miércoles estaban en la plaza de Carlos. Una hora, no más. Más, no tenía sentido. Esperar un milagro se reduce a sesenta minutos por semana. Josefa parecía que se iba a despertar en cualquier momento, pero no pasó.

En otoño del año siguiente, salió su libro. Hacía mucho que ya no iba a verla ninguno de los dos, casi un mes. Los dos tenían al respecto remordimientos de conciencia. Pero quien va a ver a un enfermo durante mucho tiempo siempre encuentra una triquiñuela.

No es que Josefa estuviera enferma. No se puede hablar directamente de enfermedad aquí. Estaba sana, todas sus funciones corporales funcionaban, solo estaba en coma, que es un diagnóstico que se opone a todos los diagnósticos. Nadie lo entiende, nadie lo entenderá durante mucho tiempo. El coma seguirá siendo incomprensible aún por cien años, juzgó Margarita. El coma es uno de los secretos más profundos del cerebro.

—La mayoría de las veces acaba con la muerte —recordó Julián—. Al menos, cuando dura tanto tiempo.

—Pero excepcionalmente acaba con la vida. Una paradoja, ¿eh? —dijo Margarita. De hecho, no sonaba nada triste.

Llegó el invierno. Oscuridad por todas partes, una luz tranquila en el hospital. De vez en cuando llegaban a la hora de la limpieza, a la hora de la rehabilitación, a la hora de girar el cuerpo, a la hora de aplicar un supositorio. Entonces esperaban en el pasillo, se sentaban uno junto a otro y charlaban. Después los llamaban al cuarto.

Hablaban con ella, le masajeaban la espalda para que no tuviera úlceras. Aprendieron del personal a manipular la bicicleta estática de la cama. Siempre le metían los pies en los ganchos y luego giraban por turnos los pedales para que la sangre corriera por las piernas enjutas de la chica y que los músculos no se atrofiaran completamente. Julián dejaba las demás acciones de cuidado al cuerpo inerte de la mujer a Margarita y a las enfermeras.

En esa época, tuvo lugar el juicio al Técnico. Resultó desconcertante, la prensa sensacionalista disfrutó del caso. ¿Cómo juzgar correctamente a una persona que asesina desde el miedo mortal por su propia vida? Hay muy pocos precedentes. Le reprendieron que debía haberse entregado o haberse matado y no haber tomado la vida de inocentes. Pero ellos mismos nunca se habían encontrado en su situación. Por eso les excitaba tanto, mientras que él habría preferido olvidar toda la dilatada tragedia de su unión con Muriel Bardisalová. Algo que no olvidaría jamás. Al mismo tiempo, por ello nunca viviría, porque, como más tarde escribiría «el del sombrero», Blažej Novotný, en su obra de no ficción, que siguió los asesinatos de Karlovy Vary día tras día, se agarró a la vida como la muerte al condenado.

El Técnico primero recibió catorce años, después de la apelación, ocho. Había sido responsable de sus acciones, pero bajo el efecto de un duro adoctrinamiento. Él mismo rechazó un diagnóstico psiquiátrico, aunque el abogado se lo aconsejó y los médicos no estaban del todo seguros. Si se porta bien, en cuatro, como mucho en seis años lo soltarán. Pero no es un criminal, así que la cuestión es si sobrevive en esa dura cárcel. Julián iba a verle a la Cartuja, siempre le había gustado Jičín y ya de pequeño había querido ver la famosa prisión. Le llevaba libros, le autografió el de Karlovy Vary, donde Petr Taufer salía con el apodo de «Técnico». Si a los presos tras las rejas algo les subía el prestigio entre los quinquis del lugar, era esto. A Julián le sorprendió que los presos leyeran. Pero qué otra cosa iban a hacer.

Un tardío día de febrero —había pasado casi un año y medio desde los asesinatos de Karlovy Vary— volvían a estar sentados junto a ella. Después de dos horas, se habían hartado de hablar. Ella médico, él todavía un escritorcillo. Y desde la cama sonó un ronquido. Luego otro. Julián y Margarita se quedaron inmóviles.

Entonces sonó, casi con claridad a través de los tubos que succionan la saliva:

—Ma. Rilka. Mri. Estás aquí conmigo. Mrie… Mari…

Miraron el cuerpo, que se giró con dificultad al costado izquierdo, luego al derecho. Finalmente, de nuevo boca arriba.

Julián abrió las persianas. Comprobó que fuera había la misma oscuridad que en el cuarto.

—Marielka. Mura. Dame de beber otra vez. ¡Contesta! ¿Estoy aquí sola? —se oyó desde la cama, con impaciencia, y ellos se quedaron a la espera. Ninguno de los dos quiso encender la luz. Ni él ni ella querían aceptar que, de nuevo, todo volvería a cambiar.

Que por fin tenían una hija, aunque fuera muy adulta.

En esa época, la fama de Karlovy Vary se empezaba a elevar desde el fondo de las fuentes subterráneas. Quizá hubieran colaborado un poco los infames asesinatos y consiguientes suicidios. El libro de Novotný tuvo muchísimo más éxito que el de Julián. Los turistas coreanos, chinos y japoneses devoran cada palabra que les explica la guía. Aquí murió el niño ruso. Y aquí la abuela. Los rusos vuelven a venir. Ya están otra vez aquí.

Estamos en el cementerio. ¡*Selfies*, no! Un poco de respeto, por favor. Un recuerdo silencioso. Huele a tejos y velas. Desde la colina, en la otra orilla del río, vela el mirador que lleva el nombre de la diosa romana de la caza.

No se trataba de si él era de ella o ella de él. La nueva era no admite poseer a gente. Es el mismo tabú que las pruebas con animales para la industria cosmética. La sal karlovariana y la piel de la mujer moderna, un oxímoron.

No dejó de sentirse mal por Mariela. Estaba enamorada de alguien que ya no existía.

Con todo lo extraordinaria que era, Makro nunca entendería algo así. En su opinión, podías amar, pero no podías hacer daño.

En la opinión de él, era diferente. Ya cuando te enamoras, haces daño a alguien. A otra persona, quizá a la persona amada. Un urbanita no lo entendería nunca. No lo aceptaría. Lo rechazaría.

Hacer daño es fundamental entre la gente, los primates, los vertebrados, los celentéreos. No puede ser de otra manera. Herir a una ciudad es como herir a una persona. Aunque tenga que ser el objeto de tu amor. El romanticismo es terrible, destructivo. De otra manera no puede ser, siempre muere alguien.

Basta enamorarse y a tu alrededor empieza a morir gente. Mejor no enamorarse. Tienes la conciencia tranquila. Estás en un convento.

Sin él, no se puede. Siempre fue así, siempre será así. O se puede, pero entonces se despiertan los fantasmas.

Amar significa matar.

Temer cualquier relación nueva. Nunca sabes con quién te estás juntando. Ni por qué. La respuesta tal vez la sepa la otra parte.

Pero ¿realmente el suicidio se distingue tanto del asesinato en una inecuación romántica y, por tanto, no lineal?

Tenían una relación. Al principio no se veían muy a menudo, pero tampoco poco. El futuro de la hija, que no era su hija y que empezaba a salir con un chico, a Margarita al principio la inquietó. Pero Josefa lo cambió por un segundo, por un tercero. Luego Margarita ya se quedó tranquila, las mujeres lo hacen así, los hombres seguramente también.

Julián escribió otro libro y pareció que él también estaba a gusto. También esta historia debía ir sobre Vary. Y finalmente sobre Goethe. Las ocho tazas de caldo de la ciudad. También iba sobre Josefa. Ella había acabado su quinta relación amorosa y empezaba a desesperarse. «¿Puede alguien como yo concebir un hijo?». Seguramente no, con esa caída de la memoria y una cartera tan miserable de padres potenciales. Cada pareja le resultaba indiferente, todos recordaban, explicaban. Explicar es una posesión sin la que solo hay miseria y yermo.

Quería tener un hijo. La mayoría de las veces, eso les importa a las mujeres que ya hace tiempo que son adultas. Y ella, aunque le faltaba la memoria de un gran bloque de pasado en el que estuvo muerta *de facto*, no era ninguna excepción.

Julián y Margarita lo entendían y la apoyaban. El romanticismo, como lo entendían, no se puede ligar con nada, con ninguna convención. Margarita daba clases, Julián escribía, «su bebé» deseaba tener un bebé, y en dos años lo consiguió. Hubo un hombre en quien se fijó desde que se despertó. Ningún príncipe, solo un hombre que la resolvió como figura literaria.

A Julián, ser autor, padre, abuelo y niño le molestaba solo por las noches, cuando no podía dormir y bebía demasiado. Pero he perdido tantos hijos, se decía por la mañana, ¿por qué no tener también a sus madres? Mezclar la sangre con la sangre, no hay incesto biológico.

La eterna Margarita, siempre más sensata y práctica que el Maestro en esos asuntos básicos, finalmente comprendió que debía llegar a esto. Que su romántico «hacía relaciones» porque las relaciones son más prácticas que el amor. La practicidad de una matemática preparada para la vida. Ella se encargó de que los cuatro vivieran en un gran apartamento en el barrio praguense de Letňany.

Padre/abuelo, madre/abuela, hija/ pareja, bebé.

Los cuatro se amaban y su relación se fortaleció. Por fin estaban juntos. Con seguridad, seguramente como una familia. Como en una fábula romántica. Como en una inecuación.

Casi allí.

Nota del autor

La primera cita de la introducción ha sido traducida por Veronika Dudková. Las citas, incompletas y modificadas, ocultas en el texto de la novela, provienen sobre todo de su traducción del libro *Goethe en Bohemia*, de Johannes Urzidil.
Las otras dos citas introductorias han sido demasiado retocadas como para permitirme mencionar a su traductor.
Mis agradecimientos por las consultas y valiosos consejos a:
Marko «Makro» Hauliš
Michael J. Storek
David Macháček
Jiří Popiolek
y
Lucie Van Koten

1 Referencia a *Tres huevos en un vaso* (*Tři vejce do skla*), película protagonizada en 1937 por el actor cómico Vlasta Burian (N. del T.).
2 Puaj, el perro. Tiene que limpiar después, en Praga es un caso de multa. (Intento de ruso del protagonista, N. del T.)
3 Eso no hará falta en mucho tiempo (N. del T.).
4 Obra de Jiří Voskovec y Jan Werich, del Teatro Liberado (1933) (N. del T.).
5 Azul, en checo (N. del T.)
6 *Vary* o «baños», viene de la palabra checa *var*, que significa «ebullición». (N. del T.)

Esta edición de

Banquete fúnebre
por Karlovy Vary

ha sido publicada en Madrid,
agosto de 2020

Huso

